

Juan Crisóstomo

HOMILÍAS SOBRE JUAN

III

HOMILÍA 61

Se celebraba la fiesta de la dedicación en Jerusalén. Era invierno. Y Jesús paseaba por el Templo, en el pórtico de Salomón. Los judíos lo rodearon y le decían: ¿Hasta cuándo vas a tenernos en vilo?

1. Cualquier virtud es buena, especialmente la bondad y la afabilidad. Prueban, sin duda, que somos hombres, nos diferencian de las fieras y nos preparan para convivir con los ángeles. Por este motivo Cristo habló continuamente de la virtud e instó a ser afables y bondadosos². Y no sólo habló, sino que también lo enseñó con obras. Era golpeado, y lo soportaba, maltratado y acechado, y se colocaba ante quienes le acechaban. Aquéllos que lo habían llamado demonio y samaritano, los que habían querido matarlo muchas veces y lo habían apedreado, tras rodearle, le preguntaban: *¿Tú eres el Cristo?* Y él no los rechazó a pesar de tantas injurias, sino que se distinguía por su gran bondad.

Es necesario examinar el discurso desde el principio. *Se celebraba la fiesta de la dedicación en Jerusalén. Era invierno.* Era una fiesta importante y oficial, ya que celebraban con gran fervor el día en que el Templo fue construido, una vez que hubieron regresado de la larga cautividad en Persia. Cristo estaba presente en esta fiesta. Últimamen-

te visitaba con frecuencia Judea, ya que su muerte estaba próxima. *Lo rodearon los judíos y le decían: ¿Hasta cuándo vas a tenernos en vilo? Si eres Cristo, dínoslo abiertamente.* Él no respondió: «¿Qué queréis de mí? Muchas veces me habéis llamado demonio, loco y samaritano y habéis dicho que era enemigo de Dios e impostor. Con frecuencia habéis afirmado: *Tú das testimonio de ti mismo. Tu testimonio no es verdadero*³. ¿Por qué, entonces, me preguntáis y queréis aprender de alguien cuyo testimonio rechazáis?». Pero no dijo nada de esto. Sabía con certeza que la intención con la que le preguntaban era perversa.

El hecho de rodearle y preguntarle: *¿Hasta cuándo vas a tenernos en vilo?* parecía indicar deseo de aprender, pero la razón por la que le interrogaban era corrupta y nociva. Sus obras no eran merecedoras ni de calumnia ni de ofensa, y se veían forzados a creer en sus palabras. Por eso, constantemente le interrogan en sentido contrario a lo que él afirmaba, con la intención de confundirlo. No podían reprochar nada a sus obras, y por eso ansiaban hallar algún punto débil en sus palabras. Por este motivo le decían: «Háblanos», y en verdad que habló. A la samaritana le dijo: *Yo soy, el que te habla.* Y al ciego: *El que te habla, ése es*⁴. También les había hablado a ellos, aunque no con esas palabras, sino con otras. En realidad, si hubieran sido sagaces y hubieran querido preguntarle con intención recta, habrían convenido en sus palabras, pues él se había revelado muchas veces con sus obras.

Observa ahora su perversidad y su envidia. Cuando hablaba en público y enseñaba con palabras, ellos le decían: *¿Qué señal nos muestras?*⁵. Y cuando aportaba pruebas mediante las obras, le decían: *Si eres Cristo, dínoslo abierta-*

mente, reclamando explicaciones de palabra, aun cuando sus obras eran de sobra elocuentes. Y, al contrario, cuando les instruía con palabras, reclamaban obras. En todo momento pedían lo contrario. El resultado mostró que no preguntaban con la intención de aprender. Dijeron que era fidedigno, por lo que aceptaban que diese testimonio de sí mismo. Mas, a continuación, intentaron lapidarlo, pese a haber hablado poco. De ello resulta que el hecho de rodearlo y de hostigarlo procedía de su maldad. El modo en el que preguntaban evidenciaba odio. *Dinos abiertamente si tú eres el Cristo*. En realidad, hablaba abiertamente cuando acudía a las fiestas, y nunca en secreto. Por eso le dirigían palabras como aduladoras, tales como: *¿Hasta cuándo vas a tenernos en vilo?*, con el objeto de provocarle y encontrar algún punto débil.

Parece claro que no sólo aquí, sino también en otras ocasiones, preguntaban con la misma intención, esto es, no para aprender, sino para acusarle por lo dicho. Por ejemplo, cuando se acercaron y le preguntaron: *¿Es lícito dar tributo al César o no?*⁶. O cuando discutían acerca de absolver o no a una mujer⁷. O cuando preguntaban acerca de otra, que decían que había tenido siete maridos⁸. En todos los casos quedó al descubierto que le interrogaban, no con el fin de aprender, sino con mala intención. En estas circunstancias los reprende diciendo: *¿Por qué me tentáis, hipócritas?*⁹, y con esta pregunta demuestra que conocía sus intenciones.

En este caso, sin embargo, no dice nada parecido. Nos enseña así que no debemos reprender nunca a quienes nos acechan, sino soportar todo con bondad y afabilidad. Era necedad pretender testimonio de sus palabras, cuando sus obras lo evidenciaban. Escuchad cómo les respondió. Les repro-

chó que preguntaran con falsedad y no con deseo de conocer y, al mismo tiempo, les mostró que había usado la voz de sus obras, más sabia que la de sus palabras. *Muchas veces os lo he dicho, pero no me creéis. Las obras que hago en nombre de mi Padre dan testimonio de mí*¹⁰. Unos, más dispuestos que otros, decían continuamente: *No puede un pecador realizar tales pruebas*. Y en otra ocasión: *No puede un demonio abrir los ojos de un ciego*. Y también: *Nadie puede realizar tales pruebas si Dios no está con él*. Al ver los milagros que hacía, decían: *¿Acaso no es éste el Cristo?* Y otros: *Cuando llegue el Mesías, ¿hará más señales que las que hace éste?* Éstos, los que preguntaban: *¿Qué señal nos muestras, para que la veamos y creamos en ti?*¹¹, deseaban creer en él.

2. Puesto que entonces pretendían convencerse por su discurso quienes no se habían persuadido por obras tan grandes, él les reprocha su maldad con las palabras siguientes: *Si no creéis en mis obras, ¿cómo vais a creer en mis palabras?* Por lo tanto, su ruego carecía de sentido. *Os hablé y no me creísteis, porque no sois de mis ovejas*¹². «Hice todo lo que un pastor debe hacer, y si no me seguís, no es porque no sea pastor, sino porque no sois de mis ovejas». *Mis ovejas oyen mi voz y me siguen. Yo les doy la vida eterna y no perecerán jamás. Nadie puede arrebatarlas de mi mano, porque el Padre, que me las dio, es el mejor de todos. Nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre, porque el Padre y yo somos uno*¹³. Mira cómo los mueve a seguirle. Vosotros no me escucháis porque no sois de mis ovejas. «Quienes me siguen son mis ovejas». Lo decía para que procuraran ser sus ovejas. Les dice lo que habrían de conseguir, y con ello los anima y estimula a seguir su deseo.

«Y bien: si nadie las arrebatara gracias a la fuerza del Padre, ¿es porque tú no tienes poder y eres débil para protegerlas?». De ninguna manera. Has de saber que la expresión: *el Padre, que me las dio*, la dijo por ellos, para que no repitieran que era contrario a Dios. Al decir «nadie las arrebatara de mi mano», demostró que su mano y la del Padre son una. Si no hubiera sido así, habría seguido diciendo: «El Padre, que me las dio, es el mejor de todos, y nadie puede arrebatarlas de mi mano». Pero no dijo eso, sino *de la mano de mi Padre*. Seguidamente, para que no creas que es débil y que sólo por el poder del Padre las ovejas están seguras, añadió: *El Padre y yo somos uno*. Es decir, es como si hubiera dicho: «No dije que nadie arrebatara las ovejas gracias al Padre porque mi debilidad no basta a cuidarlas». Por el contrario, *el Padre y yo somos uno*. Se refiere al poder, y todo el discurso versa sobre ello. Si el poder es el mismo, es evidente que también lo es la substancia. Los judíos llevaban a cabo muchas cosas mientras conspiraban y sacaban de las sinagogas a la gente: por eso dice que todo fue maquinado por ellos en vano y sin motivo. «En la mano de mi Padre están las ovejas» y, como dice el profeta: *En mi mano pinté tus muros*¹⁴.

A continuación, con el fin de demostrar que, efectivamente, la mano es una, unas veces dice que es la suya, y otras, la del Padre. Cuando escuches la palabra «mano» no creas que se trata de una mano visible, sino que con este término se refiere al poder y a la autoridad. Si nadie las ha arrebatado porque el Padre fortalece al Hijo, habría sido innecesario añadir a continuación: *el Padre y yo somos uno*. Si él fuera inferior al Padre, estas palabras serían en extremo osadas. Por lo tanto, no se refiere a otra cosa que a la igualdad de poder, algo de lo que eran conocedores los ju-

díos, que, a pesar de ello, querían arrojarle piedras. No logró de esta forma disuadirlos de esa idea ni de esa sospecha.

Sospechaban por malicia, y habría sido conveniente para excusarse replicarles de la forma siguiente: «¿Por qué lo hacéis? Al decir estas cosas, no fue mi intención insinuar que el Padre y yo tenemos el mismo poder». Sin embargo, hace todo lo contrario: confirma sus sospechas y ofrece pruebas, pese a que ellos estaban enfurecidos. No se defiende de cuanto se había dicho, a pesar de que no era cierto, sino que les reprocha el hecho de que no tuvieran una opinión adecuada sobre él. Cuando dijeron: *Por ninguna obra buena te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tú, pese a ser hombre, te haces Dios*¹⁵, escucha lo que respondió: *Si la Escritura llama dioses a aquellos a quienes se dirigió la palabra de Dios, ¿cómo decís que blasfemo porque dije que soy Hijo de Dios?*¹⁶. Lo que quiere decir es lo siguiente: «Si a quienes lo han recibido por la gracia no se les hace reproches cuando se llaman a sí mismos dioses, ¿cómo sería justo reprochárselo a quien lo posee por naturaleza?». Pero no se expresó de este modo, sino que expuso esta idea más tarde, luego de ceder y afirmar: *A quien el Padre santificó y envió*¹⁷. Calma sus ánimos, y entonces sabiamente expone su argumentación. Para que sus palabras fuesen bien acogidas, las dijo en un tono humilde; después, elevó el tono y dijo: *Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, ya que no me creéis a mí, creed a las obras*¹⁸. ¿Ves, tal y como dije, cómo expone el hecho de que él no es inferior en nada al Padre, sino igual en todo? Era imposible ver su substancia, por lo que demuestra la igualdad de su poder por la igualdad e identidad de sus obras.

3. Di, ¿qué hemos de creer? *Que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí.* «No soy nada que no sea el Padre, permaneciendo Hijo, y él no es nada que no sea el Hijo, permaneciendo Padre. Quien me conoce, conoce al Padre y al Hijo. Si el poder fuera inferior, lo relativo al conocimiento sería falso. Porque no es posible conocer una substancia o poder por medio de otra».

*Querían prenderlo, pero él se deslizó de sus manos y fue al otro lado del Jordán, donde antes Juan había bautizado. Y muchos se acercaron a él y decían: Juan no hizo ningún milagro, pero todo cuanto dijo de éste es verdad*¹⁹. Cuando expresa algo grande y sublime, se aleja al punto, para, de ese modo, no presionar su ánimo y dejar que su ira se apacigüe y se calme con su ausencia. Aquí actúa de esta forma. ¿Por qué el evangelista menciona este lugar? Para que sepas que Jesús fue a ese lugar para recordarles lo allí acaecido, cuanto Juan había dicho y el testimonio que dio de él. Tan pronto como se presentó en ese lugar, se acordaron de Juan, por eso dicen: *Juan no realizó ninguna señal.* ¿Qué otra conclusión podría desprenderse de ello? El lugar les trajo a la memoria al Bautista, y recordaron también su testimonio. Mira cómo razonan: «Juan no hizo milagros, pero éste sí.

Por eso su superioridad es evidente. Si creímos en Juan, que no realizó milagro alguno, mucho más debemos creer en éste». Juan mismo había dado testimonio, mas, para que no pareciese indigno por no haber realizado prueba alguna, añadieron: «Aunque no realizó ningún milagro, dijo toda la verdad sobre él», demostrando con ello que Juan era digno de crédito por cuanto hizo.

*Muchos creyeron en él*²⁰. Muchas cosas eran las que les atraían. Recordaron las palabras de Juan, que lo llamaba «más fuerte que él», «luz», «vida», «verdad» y otras cosas

más. Y recordaban la voz que venía desde lo alto, y el Espíritu en forma de paloma, que lo manifestó a todos²¹. Y seguidamente, una demostración de sus milagros, a la vista de los cuales se persuadieron. «Si debimos creer en Juan —decían— mucho más en éste. Si debimos creer en Juan sin que realizara milagro alguno, mucho más en éste, ya que, aparte del testimonio de Juan, aporta la prueba que ofrecen sus milagros».

¿Ves cómo fue de gran provecho el que se quedara en aquel lugar y se separara de los hombres malvados? Por este motivo los alejaba y se apartaba continuamente de su compañía. Aparece haciendo esto mismo en el Antiguo Testamento, cuando separa a los judíos de los egipcios, lejos en el desierto, y les da instrucciones para todo. De hecho nos exhortó a huir de plazas, alborotos y barullos, y rogar en nuestro cuarto a solas²². De la misma forma que un barco navega prósperamente si no es balanceado por la tormenta, el alma, si se aleja de lo mundano, permanece en estado de tranquilidad.

Por este motivo las mujeres, más que los hombres, debían llevar una vida cristiana, ya que casi siempre están en casa. Jacob era un hombre pleno, puesto que vivía en casa, libre de los alborotos de la vida pública. No en vano la Escritura lo afirma al decir: *viviendo en casa*²³. «Pero en casa también hay gran alboroto». Sucede eso cuando tú consientes en toda una turba de preocupaciones. El hombre, que va y viene a la plaza y a los juicios, se ve desbordado, como por las olas, por preocupaciones externas. En cambio, la mujer, que permanece en casa como en una escuela de ascetismo y preserva sus pensamientos, podrá dedicarse a la oración, a la lectura y a otras prácticas de vida cristiana. Y

como los eremitas, no tiene nada que le moleste, ya que, al estar en casa, puede disfrutar continuamente de tranquilidad. Si alguna vez necesita salir, no tendrá motivo para la turbación. Hay salidas necesarias para las mujeres, como ir a la iglesia o cuando necesitan ir a los baños. Sin embargo, pasa la mayor parte del tiempo en casa, y le es posible llevar una vida cristiana. Recibe a su marido y le quita sus preocupaciones, moldea su carácter, olvida lo vano y agrio de sus palabras, y así aleja cuantos males trajo él de la plaza, y, desprendido, comparte con él las virtudes que aprendió en casa.

Nada, nada es más fuerte que la mujer piadosa e inteligente para corregir al hombre y modelar su alma de la forma en la que ella desee. Con amigos, maestros y magistrados no se comportará como con su esposa, que le exhorta y le aconseja. La exhortación comporta un cierto placer por el amor a la que aconseja. Podría mencionar a muchos hombres crueles e indómitos que así se amansaron. Ella comparte con él comida, lecho, procreación, palabras, secretos, entradas, salidas, y otras muchas cosas. Ella está atada a él en todo, unida a él como la cabeza al cuerpo. Si además es prudente e inteligente, soportará y vencerá todo por el cuidado de su marido.

4. Por ello, exhorto a las mujeres a llevarlo a la práctica y a aconsejar a sus esposos lo que conviene. La mujer tiene mucha fuerza, tanto para lo bueno como para lo malo. Así es: una mujer mató a Absalón, una mujer destruyó a Amnón y una mujer pudo haber destruido a Job. Una mujer salvó a Nabal de la muerte y una mujer salvó a una nación entera²⁴. Por otro lado, Débora, Judit y otras muchas mujeres dirigían los éxitos de hombres que eran generales²⁵. Por

eso Pablo dice: *¿Qué sabes, mujer, si salvarás a tu marido?*²⁶. Y en este tiempo vemos a Pérside, María y Prisca partícipes de las contrariedades de los apóstoles²⁷.

Vosotras, por consiguiente, debéis imitar a estas mujeres y moldear el carácter de vuestros esposos, no sólo con vuestras palabras, sino también con vuestro ejemplo. «Pero, ¿cómo les enseñaremos con nuestro ejemplo?». Cuando tu marido vea que no eres malvada, ni derrochadora, ni dada a las cosas del mundo, y que no reclamas gastos innecesarios de dinero, sino que te contentas con lo que tienes, también él aguantará cuando tú le aconsejes. Ahora bien, si muestras prudencia de palabra mas haces todo lo contrario en la práctica, se dará cuenta de tu falsa palabrería. Cuando, después de las palabras, le enseñes con el ejemplo, aceptará y obedecerá de mayor grado. Por ejemplo, cuando no pretendas oro, ni perlas, ni excesivos vestidos, sino que, en su lugar, busques decencia, templanza y amabilidad, manifestarás estas cualidades en tu propio carácter y, a su vez, las podrás reclamar en él. Si es preciso hacer algo para agradar al marido, es necesario adornar el alma antes que adornar o, por mejor decir, corromper el cuerpo. Rodeado tu cuerpo de oro, no hará que seas tan amada ni deseada por tu marido como lo conseguiría la templanza, la buena disposición para con él y dar la vida por él.

Esto es lo que conquista a los hombres. Aquella otra clase de adorno lo paraliza, lo pone en apuros y le reporta gastos y preocupación. En cambio, lo que he mencionado une al hombre con la mujer. La buena disposición, el amor y el afecto no ocasionan preocupaciones ni producen gastos, sino todo lo contrario. Aquel tipo de adorno llega a empalagar por la costumbre, mientras que el del alma florece día tras día y enciende una llama de amor incluso más

grande. De modo que, si quieres complacer a tu marido, adorna tu alma con templanza, con piedad y con la esmerada administración de tu casa. Estas cualidades lo cautivan más y más y nunca dejan de hacerlo. La vejez no destruye este adorno, ni la enfermedad lo pierde. En cambio, un largo período de tiempo debilita el adorno del cuerpo, y la enfermedad, además de otras muchas más cosas, lo destruye. La belleza del alma es superior a todo esto. La belleza del cuerpo está abierta a la envidia y enciende los celos, mientras que la del alma es inmune a la enfermedad y ajena a la vanagloria. De esta suerte, todo lo de casa mejorará y los ingresos serán suficientes, siempre y cuando el oro no adorne tu cuerpo ni ciña tus manos, sino que sea gastado en lo que es necesario, por ejemplo, en el alimento de la servidumbre, en el imprescindible cuidado de los hijos y en otras útiles finalidades.

Ahora bien, si no es así, y ella se arregla para exhibirse, mientras el corazón de su marido se angustia, ¿qué ventaja habrá en ello?, ¿qué provecho? Si su corazón está apesadumbrado, esto le impide, incluso, observar la hermosa exhibición. Sabéis, sabéis bien que, aunque un marido vea a su mujer ataviada como la más hermosa, no disfrutará si su alma está dolorida. El hombre que está dispuesto a disfrutar es preciso que esté alegre y relajado. Si se ha gastado todo el oro para el cuidado del cuerpo de la mujer y hay dificultades económicas en casa, el marido no disfruta. De modo que, si queremos agradar a los maridos, habremos de darles placer, que se lo daremos si prescindimos de ornatos y adornos. Todo esto parece proporcionarle algún goce en el momento del matrimonio, mas, a la larga, todo esto tiene su fin. No admiramos siquiera el cielo, que es tan bello, porque estamos acostumbrados a él, ni tampoco el sol, que es tan resplandeciente y con el que no podemos comparar cuerpo celeste alguno. ¿Cómo podremos admirarnos ante un cuerpo adornado?

Digo todo esto deseoso de que os adornéis con el verdadero ornato tal y como Pablo ordenó con las palabras siguientes: *Ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino lo que conviene a mujeres que hacen profesión de piedad con buenas obras*²⁸. Mas ¿quieres agradar a los de fuera y ser alabada por ellos? Es un deseo impropio de una mujer decente. Pero si lo deseas, los tendrás como entusiastas admiradores y ensalzadores de tu templanza. Nadie que sea respetable y virtuoso alabará a esta clase de mujer; sólo los libertinos y lascivos. Y además, ni ellos realmente la admirarán, sino que la injuriarán cuando se irriten por el desenfreno de su mujer. Éstos, aquéllos y todos, por el contrario, alabarán a la mujer virtuosa y la admirarán, ya que no reciben de ella una mala influencia, sino una lección de cómo llevar una vida virtuosa. La alabanza de los hombres será grande, y grande la recompensa que reciba de Dios.

Esforcémonos, por consiguiente, en conseguir este adorno con el objeto de que podamos vivir en este mundo con seguridad y logremos los bienes futuros. ¡Ojalá que todos nosotros los alcancemos! por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 62

Había un enfermo, Lázaro de Betania, de la aldea de María y su hermana Marta. María era la que había ungido al Señor con perfumes

1. Muchos hombres, cuando ven que algunos de los que agradan a Dios sufren algo terrible, por ejemplo, que les sobreviene la debilidad, o la pobreza, o algo semejante, se escandalizan. Desconocen que sufrir de este modo es propio de los que aman a Dios. Lázaro era uno de los que amaban a Cristo, y estaba enfermo. Los mensajeros enviados le dijeron: *Mira, aquel al que amas, está enfermo*².

Examinemos todo desde el principio. El evangelista dice: *Había un enfermo, Lázaro de Betania*. No señala por casualidad o por azar de dónde era Lázaro, sino por un motivo que se indica después. Consideremos, mientras, lo anterior. Para ayudarnos a identificar a Lázaro, el evangelista menciona a sus hermanas y señala que María tenía un privilegio con las palabras siguientes: *María era la que había ungido al Señor con perfume*. En este punto, algunos dudan y preguntan: ¿Cómo permitió Cristo que esa mujer hiciera esto? En primer lugar hay que aclarar que ésta no es la pecadora mencionada en el Evangelio de Mateo³, ni tampoco

en el de Lucas⁴. Se trata de una persona diferente. Esas otras eran pecadoras y estaban sumidas en el vicio. Ésta, en cambio, es respetada y honrada y atendió debidamente a Cristo cuando le dio hospitalidad.

El evangelista señala que las hermanas amaban a Cristo, y que él permitió la muerte de Lázaro. ¿Por qué no dejaron a su hermano enfermo, como hizo el centurión y el oficial real, y acudieron a Cristo, sino que le enviaron mensajeros? Confiaban por completo en Cristo y tenían mucha familiaridad con él. Ahora bien, eran mujeres débiles, y estaban invadidas por el dolor. Finalmente demostraron que no lo hicieron por desdén. Es obvio que María y la pecadora no eran la misma persona. Pero ¿por qué Cristo acogió a la pecadora? Para apartarla del pecado, para mostrar su misericordia, para que aprendas que no hay vicio que sea superior a su bondad, y para que no observes sólo esto, que la acogió, sino también aquello otro, es decir, cómo cambió.

¿Por qué el evangelista nos recuerda con detalle esta historia? ¿Qué quería enseñar con las palabras: *Jesús amaba a Marta, y a su hermana, y a Lázaro*⁵? Que no hemos de irritarnos ni enojarnos si alguna enfermedad afecta a hombres virtuosos y que aman a Dios. *Mira, aquél al que tú amas, está enfermo*. Deseaban que Cristo se lamentara, ya que todavía lo veían como a un hombre. Esto resulta evidente por cuanto dicen: *Si hubieras estado aquí, él no habría muerto*, motivo por el cual no afirman: «Mira, Lázaro está enfermo», sino: *Mira, aquel al que amas está enfermo*. ¿Qué dijo Cristo? *Esta enfermedad no es mortal, sino para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella*⁶. Mira cómo, una vez más, afirma que su gloria y la del Padre es

una. Efectivamente, después de decir *de Dios*, añade: *para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella*.

Esta enfermedad no es mortal. Pensaba quedarse allí dos días y, entre tanto, envió mensajeros que lo anunciaran. Sus hermanas estaban sorprendidas porque, aunque habían oído *no es mortal*, habían visto que estaba muerto. No se escandalizaron, sin embargo, pese a que había sucedido lo contrario de lo que había dicho. Acudieron a él, sin recelar que les hubiera mentido. Las palabras «para que» no eran casuales, sino que expresaban el resultado. La enfermedad tenía otro origen, mas él se sirvió de ella para la gloria de Dios. *Y tras haber dicho esto, se quedó dos días*. ¿Por qué se quedó? Para que Lázaro muriera, fuese enterrado, y nadie pudiera decir que había resucitado a un hombre todavía vivo, y para que no dijeran que se trataba de un coma, de un desmayo y que había sufrido un ataque y no la muerte. Por eso se quedó tanto tiempo, de modo que el cuerpo hubiera empezado a corromperse y ella dijera: *Ya hiede*⁷.

*Después, dijo a los discípulos: Vayamos a Judea*⁸. ¿Por qué ordena esto cuando nunca antes lo había hecho? Estaban muy atemorizados y, como permanecían en ese estado, les adelantó sus intenciones, para que todo en su conjunto no les turbase más. ¿Qué dijeron los discípulos? *Los judíos te buscan para apedrearte ¿y de nuevo vas allá?*⁹. Tenían miedo por él, pero sobre todo por sí mismos, ya que todavía no eran perfectos¹⁰. Por esto, Tomás, atemorizado, dijo: *Vayamos para morir con él*, pues era más débil y más incrédulo que los demás. Pero mira cómo Jesús les infunde coraje con las palabras que les dice: *¿No son doce las horas del día?*¹¹. Lo que quería decir es que aquel que no sea cons-

ciente de haber hecho mal alguno no sufrirá nada terrible, mas el que haya obrado el mal, sufrirá. Es como si dijera: «No debemos temer, puesto que nada digno de muerte hicimos». O lo que es lo mismo: «Quien ve la luz de este mundo anda seguro. Y, si el hombre que ve la luz de este mundo está seguro, mucho más el que está en mi compañía si no se aparta de mí». Luego de decir estas palabras de ánimo, explica la razón que hace necesaria su marcha a Judea y señala que no pensaban ir a Jerusalén, sino a Betania. *Lázaro, nuestro amigo, está dormido, pero yo voy a despertarlo*¹². Es decir: «No voy por la misma razón que antes, esto es, con el objeto de disputar y contender con los judíos, sino para despertar a nuestro amigo». *Dicen entonces los discípulos: Señor, si duerme, sanará*¹³. No lo dijeron sin motivo alguno, sino con el deseo de impedir su partida hacia allí. Lo que ellos querían decir es: «¿Dices que duerme? En tal caso, no hay necesidad urgente de que vayas». Por este motivo les dijo: *nuestro amigo*, para mostrar que el viaje era necesario.

2. Puesto que no parecían muy dispuestos, dice: *Está muerto*. No habló así al principio para no parecer jactancioso, mas como no lo entendían, añadió: *Está muerto, y me alegro por vosotros*¹⁴. ¿Por qué *por vosotros*? «Porque, sin estar allí presente, hablé antes de su muerte, y cuando lo resucite no habrá ocasión para que se dude de que realmente lo hice». ¿Ves cómo los discípulos no eran todavía perfectos y no entendían, tal y como debían, su poder? El motivo eran sus temores, que agitaban y turbaban sus almas. Cuando dijo: *Duerme*, añadió: *Voy a despertarlo*. Mas cuando dijo: *Está muerto*, no añadió: *Voy a resucitarlo*. No que-

ría anticipar con sus palabras lo que quería afirmar con sus obras. De este modo nos enseña que no debemos vanagloriarnos ni hacer promesas vanas. Si actuó así cuando fue reclamado en el caso del centurión, cuando dijo: *Iré y lo curaré*¹⁵, lo hizo para demostrar la fe del centurión. Alguno podría preguntar: ¿Por qué los discípulos creyeron que estaba dormido y no entendieron que Lázaro estaba muerto? ¿Quizá porque dijo: *Voy a despertarlo*? (Sería una insensatez, sin duda, recorrer quince estadios sólo para despertarlo). Podríamos responder a esto que ellos creían que se trataba de algo enigmático, como tantas otras cosas que él había dicho.

Todos temían la hostilidad de los judíos, pero Tomás más que ninguno. Por esto decía: *Vamos también nosotros a morir con él*¹⁶. Algunos afirman que Tomás deseaba morir, pero no era así, sino que sus palabras se debían al miedo. No se le hizo ningún reproche, ya que Cristo todavía permitía su debilidad. Más tarde, de hecho, fue el más fuerte de todos y fue invencible. Es asombroso, sin duda, ver a una persona tan débil antes de la crucifixión y que, tras ésta y tras creer en la resurrección, se convierta en la más fuerte. Tan grande es el poder de Cristo. El que no osaba ir con Cristo a Betania, atravesó después el mundo entero sin Cristo por lugares donde hombres crueles deseaban matarlo.

Mas, si Betania estaba quince estadios, es decir, dos millas, ¿cómo permaneció Lázaro muerto durante cuatro días? Se quedó dos días, y el día anterior a éstos, el mensajero había ido, es decir, el día de la muerte de Lázaro. El llegó a Betania en el cuarto día. Esperó a ser llamado y no fue por propia iniciativa, con el fin de que nadie sospechara lo que iba a suceder. No vinieron las queridas hermanas, sino que otros fueron enviados.

Distaba Betania unos quince estadios. De estas palabras se deduce que muchas personas de Jerusalén estaban allí presentes. De hecho, el evangelista añade a continuación que muchos judíos las confortaban. ¿Cómo podían confortar a aquéllas que eran amadas por Cristo, sin olvidar que estaba establecido que todo aquél que confesara a Cristo fuese echado de la sinagoga? Estaban allí por la desgracia sucedida, o por respeto a las nobles mujeres o, quizá, porque no tenían malas intenciones. Además, muchos de ellos creían en Cristo. El evangelista menciona este detalle para confirmar el hecho de que Lázaro había muerto.

¿Por qué la que fue al encuentro de Cristo no fue acompañada de su hermana? Porque quería encontrarse con él a solas e informarle de lo sucedido. Luego de llenarla de esperanza, fue, llamó a María, y ésta se encontró con él, todavía llena de dolor. ¿Ves qué ardiente era su amor por él? De ella dice: *María eligió la mejor parte*¹⁷. ¿Cómo es que Marta parece más fervorosa? No lo era, si bien María no había oído sus palabras, y Marta era, sin duda, más débil. Había oído palabras sublimes y, sin embargo, dice: *Ya hiede, pues lleva cuatro días.* María, en cambio, sin haber oído sus palabras, no dijo nada parecido, sino que con fe dijo: *Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano*¹⁸.

3. ¿Veis qué grande es la sabiduría de estas mujeres, aunque su entendimiento fuese débil? Vieron a Cristo y no empezaron a lamentarse, a gemir o gritar, tal y como nosotros acostumbramos a hacer cuando vemos a algunos amigos sufrir. Por el contrario, enseguida expresaron su admiración por el Maestro. Ambas creían en Cristo, pero no como convenía. Todavía no entendían completamente que él fuera Dios, ni que hiciera estos milagros por su propio poder y

autoridad, a pesar de que él había instruido a ambas en estos hechos. Es evidente que no lo sabían, porque dijeron: *Si hubieras estado aquí, nuestro hermano no habría muerto*. Y añadieron: *Cuanto pidas a Dios, él te lo dará*¹⁹, como si hablaran de un hombre ejemplar y honrado. Mira lo que dijo Cristo: *Tu hermano resucitará*. Estas palabras ponen en entredicho la expresión *cuanto pidas*. Él no dijo: «Pediré que resucite». ¿Qué entonces? *Tu hermano resucitará*. Si hubiera dicho: «Mujer, ¿todavía fijas tu mirada en el suelo? No necesito ayuda; lo hago todo por mí mismo», habría sido confuso y habría podido ofenderla. Mas, después de decir: *resucitará*, habló con la moderación que la situación requería, y por ello, a continuación añadió lo que acabo de decir. Cuando ella dijo: *Sé que resucitará el último día*, él mostró claramente su autoridad con las palabras: *Yo soy la resurrección y la vida*²⁰. Ponía de manifiesto que no necesitaba a nadie que le ayudara, ya que él mismo es la vida. Mas, si necesitara ayuda de otro, ¿cómo podría ser él la resurrección y la vida? No lo dijo explícitamente, pero lo insinuó.

Ella dijo: *Cuanto pidas*, por eso él contestó: *Quien cree en mí, aunque muera, vivirá*, para poner de manifiesto que es él quien otorga los favores y que es a él a quien hay que pedirselos. *Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá para siempre*²¹. Mira cómo conduce sus pensamientos. No pretendía sólo resucitar a Lázaro, sino que era preciso también que ella y quienes la acompañaban tuvieran conocimiento de la resurrección. Éste es el motivo por el que, antes de que sucediera, les instruye con sus palabras.

Si él es la resurrección y la vida, no se ciñe a un sólo lugar, sino que, presente en el lugar que sea, puede curar. Si hubieran hablado como el centurión: *Di una sola palabra y*

*mi siervo será curado*²², lo habría hecho. Lo llamaron, sin embargo, y juzgaron necesario que él fuese. Por ello él condescendió con sus deseos y fue allí, de forma que también elevó la baja opinión que tenían sobre él. Condescendió verdaderamente, mas demostró que, incluso ausente, podía curar. Ése es el motivo por el que se demoró, porque el milagro no habría sido tan patente si no lo hubiera precedido el hedor.

¿Cómo tenía Marta conocimiento de la futura resurrección? Había escuchado a Cristo muchas veces hablar de la resurrección; no obstante, ella hacía tiempo que deseaba verlo. Pero mira qué confusa estaba todavía, ya que, aunque había oído: *Yo soy la resurrección y la vida*, no dijo: «Resucítalo». ¿Qué dijo entonces? *Creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios*²³. ¿Qué dijo Cristo? *Todo el que cree en mí, aunque muera, vivirá*, refiriéndose a la muerte del cuerpo. Y también: *Todo el que vive y cree en mí, no morirá*. Y con estas palabras se refería a la muerte del alma. «Puesto que yo soy la resurrección, no te alarmes si Lázaro está ya muerto, sino ten fe, ya que esto no es la muerte».

La calma por lo sucedido y le da esperanzas con las palabras *Resucitará y Yo soy la resurrección*. «Si pudiera morir de nuevo después de resucitar, no sufrirá nada, de modo que no hay que temer esta clase de muerte». Lo que quería significar es lo siguiente: «Ni Lázaro ha muerto, ni vosotros moriréis». ¿Lo crees? *Ella le dice: Creo que tú eres el Cristo, el hijo de Dios, que ha venido a este mundo*. Me parece que la mujer no había comprendido sus palabras. Aunque intuía que se trataba de algo importante, no alcanzaba a entenderlo en su totalidad. Por este motivo, cuando se le preguntaba una cosa, ella respondía otra distinta. Ahora bien, obtuvo un gran beneficio, ya que puso fin a su dolor.

Tal es el poder de las palabras de Cristo. Por este motivo, cuando Marta se fue, María la siguió. Presente él, el respeto que sentía por el Maestro no superaba en nada a su gran tristeza. De modo que, además de quererle, el pensamiento de las mujeres era en verdad virtuoso.

4. Pero ahora, aparte de otros vicios, hay uno que prevalece especialmente entre las mujeres. Hacen toda una demostración de gemidos y lamentaciones y desnudan sus brazos, desgarran sus cabellos y corren torrentes de lágrimas por sus mejillas. Unas lo hacen por dolor; otras, por presunción y vana ostentación, y otras, por desenfreno, ya que desnudan sus brazos incluso en presencia de hombres.

¿Qué haces, mujer? Dime, ¿te desnudas sin decencia, en medio de la plaza, en presencia de hombres, tú que eres parte de Cristo? ¿Arrancas tus cabellos, desgarras tus vestidos, te lamentas en voz alta, te rodeas como de un coro comportándote como mujeres que están fuera de sí y no crees que ofendes a Dios? ¿Qué locura es ésta? ¿No se burlarán, acaso, los paganos? ¿No pensarán que nuestras enseñanzas son mitos? Así lo dicen: «No es resurrección. Las enseñanzas cristianas son un fraude, un engaño y una burla. Sus mujeres se lamentan como si nada existiese después de la vida. No prestan atención a las palabras escritas en sus libros. Y con ello demuestran que todas sus doctrinas son fantasías. En verdad, si creyeran que el que muere no ha llegado realmente a su fin, sino que pasa a una vida mejor, no se lamentarían por él como por alguien que ya no existe, ni se desgarrarían de esa forma, ni lanzarían voces llenas de incredulidad como “¡Ya no te veré más!”, “¡Ya no te tendré más!”. Todas sus enseñanzas son invenciones. De esta suerte, si no se cree en uno de sus más importantes postulados, mucho menos se creerá en el resto de sus enseñanzas».

Los paganos no se comportan como las mujeres, sino que muchos de ellos viven de acuerdo con los preceptos de

la verdadera sabiduría. Por ejemplo, una mujer pagana, enterada de que su hijo había caído en el campo de batalla, preguntó: «¿Cómo van las cosas de la ciudad?»²⁴. Otro filósofo fue coronado y, después de que supo que su hijo había caído por la patria, se quitó la corona, preguntó cuál de sus dos hijos era el que había caído, y, enterado, se puso de nuevo la corona²⁵. Además, otros muchos entregaron a sus hijos e hijas al sacrificio, honrando así a sus divinidades. Y, por último, las mujeres espartanas ordenan a sus hijos, o traer de vuelta de la batalla el escudo, o, muerto, ser portado sobre él.

Por todo esto me avergüenza que los paganos practiquen las enseñanzas verdaderas y nosotros actuemos tan vilmente. Así es: los que nada saben acerca de la resurrección actúan como los que sí la conocen, y quienes la conocen actúan como los que la ignoran. Muchos no lo hacen por Dios, sino por respetos humanos. Por ejemplo, las mujeres más ricas no se arrancan los cabellos ni desnudan sus brazos. Es algo reprochable, pero no porque no los desnuden, sino porque no lo hacen por piedad, sino para preservar su propia honra. El honor prevalece entonces sobre el dolor. Mas ¿el temor de Dios no prevalece? ¿Cómo no va a ser esto digno de una extrema condena? En este caso las mujeres pobres debían hacer por temor a Dios lo que las ricas hacen por su riqueza. Sucede, no obstante, todo lo contrario: las mujeres ricas practican la virtud por vanagloria, mientras que las pobres actúan innoblemente debido a su mezquindad.

¿Hay algo peor que esta desviación? Lo hacemos todo por consideraciones humanas y con fines materiales. Además, proferimos palabras llenas de insensatez y estupidez. El Señor

dijo: *Bienaventurados los que lloran*²⁶, refiriéndose a los que lloran por sus pecados, si bien nadie llora con esa clase de dolor, ni se preocupa por la pérdida de su alma. No se nos ordenó hacer esto, y lo hacemos. ¿Por qué un hombre no puede llorar, pese a ser humano? Yo no lo prohíbo. Lo que prohíbo es el hecho de desgarraros y de llorar sin medida. No soy salvaje ni cruel. Sé que la naturaleza humana se aflige y añora la compañía y el trato cotidiano con los seres queridos. Es imposible no mostrar dolor, y ya Cristo lo demostró cuando lloró por Lázaro. Sigue su ejemplo, llora, pero con decoro, con recato, con temor de Dios. Si lloras de esta forma, lo haces, no como alguien que no cree en la resurrección, sino como quien no soporta la separación.

5. Lloramos también a los que están ausentes y a los que emprenden un viaje, pero no lo hacemos desesperados. Lloras de este modo, como si acompañaras al que comienza el viaje. No digo todo esto como una orden, sino por consideración a vosotros. Si el muerto fue un pecador y ofendió mucho a Dios, es preciso llorar, pero no sólo llorar, pues derramar lágrimas no le sirve de ayuda, sino hacer algo que realmente lo asista, como dar limosna y ofrecer sacrificios. Y por eso es preciso alegrarse, ya que de esta forma las malas acciones se han alejado de él. Por el contrario, si era un hombre justo es preciso regocijarse, ya que su destino está seguro y se halla libre de la incertidumbre de lo que ha de venir. Si era joven, es preciso alegrarse porque rápidamente se ha alejado de los males de este mundo. Y si era viejo, porque se ha ido de este mundo habiendo recibido en abundancia todo lo que es deseable.

Tú, sin embargo, sin considerar estas cuestiones, exhortas a las muchachas a desgarrarse, como si de esta forma

honraran al que se va, y, no obstante, esto es un grandísimo deshonor. Honrar al muerto no consiste en lamentaciones y gemidos, sino en entonar himnos y salmos y en vivir una vida honrada. De esta forma el hombre que ha partido de esta vida recorrerá el camino en compañía de los ángeles, aunque nadie esté presente en su funeral. Mientras que aquél que ha sido corrupto no conseguirá nada aunque toda la ciudad esté a su lado.

¿Deseas honrar al que ha muerto? Hónralo de otro modo: por ejemplo, dando limosnas, haciendo buenas obras y tomando parte en los servicios divinos. ¿Qué ventaja se deriva de los muchos lamentos? Yo, por otra parte, tengo noticia de otra falta. He oído que muchas mujeres persuaden a sus amantes con lamentos en tanto que obtienen la fama de amantes esposas con la vehemencia de sus gemidos. ¡Diabólica idea! ¡Satánica invención! ¿Qué ventaja tendremos nosotros, que no somos más que tierra y polvo, sangre y carne?

Fijemos nuestra mirada en el cielo y detengámonos en consideraciones espirituales. ¿Cómo podremos refutar a los paganos? ¿Cómo podremos exhortarlos si hacemos tales cosas? ¿Cómo les hablaremos de la resurrección? ¿Cómo acerca de otras doctrinas? ¿Cómo viviremos nosotros mismos con seguridad? ¿No sabéis que la muerte puede ser causada por la tristeza? Si se oscurece la claridad del alma, no sólo no se ve lo que se debería, sino que incluso causa miedo. De esa manera ofendemos a Dios y no nos ayudamos a nosotros mismos, ni tampoco al que ha partido. De esta otra manera, agradamos a Dios y estaremos bien considerados a los ojos de los hombres. Si no sucumbimos a la pena, él rápidamente nos quitará la parte de tristeza que sentimos; mas si nos abandonamos a ella, permitirá que la tristeza nos posea completamente. Si somos agradecidos, no nos entristeceremos.

¿Cómo puede un hombre que ha perdido un hijo o una hija, o a su esposa, no sucumbir al dolor? Yo no digo: «No

os apenéis», sino: «No lo hagáis sin medida». Si pensamos que fue Dios quien se lo llevó, que teníamos un marido o un hijo mortal, enseguida encontraremos consuelo. Enojarse por ello es característico de quienes reclaman algo que es superior a la propia naturaleza. Eres un hombre mortal: ¿por qué, entonces, te duele lo que sucede por naturaleza? ¿Sufres porque te nutres comiendo? ¿Pretendes vivir, acaso, sin ello? Reacciona así también con respecto a la muerte y no pretendas la inmortalidad cuando eres mortal.

Toda esta doctrina ha quedado definida. No sufras sin medida, no te desgarras, sino resígnate con lo que ha sido determinado para todos nosotros por igual. Sufre por tus pecados. Ésta es la mejor clase de dolor, ésta es la mejor enseñanza. Por consiguiente, lloremos continuamente con el objeto de alcanzar la alegría en la vida futura, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 63

Todavía Jesús no había entrado en la aldea, sino que se hallaba aún en el lugar en el que Marta lo había encontrado. Los judíos que estaban con ella en casa para consolarla, al ver que María se levantaba a toda prisa y salía, fueron detrás de ella pensando que iba a llorar junto al sepulcro

1. Una buena cosa es la filosofía. Me refiero, por supuesto, a nuestra filosofía. La filosofía pagana sólo consiste en palabras y fábulas, y ni siquiera estas fábulas tienen algo de verdadera sabiduría. De hecho, todas sus enseñanzas surgen con vistas a conseguir fama. Nuestra filosofía es algo muy importante y nos reporta un gran beneficio en esta vida. El hombre que desdeña las riquezas alcanza al punto un beneficio, ya que la filosofía lo aparta de las preocupaciones vanas e inútiles. El que pisotea la fama también obtiene su recompensa, ya que no es esclavo de nadie, sino que es libre con la verdadera libertad. El que desea las cosas del cielo también recibe su premio, en tanto que considera en nada las cosas presentes y con facilidad supera toda pesadumbre.

He aquí cómo esta mujer que puso en práctica la enseñanza verdadera también recibió su recompensa. Pese a que todos estaban sentados alrededor de ella mientras sufría y

se lamentaba, no esperó a que el Maestro llegara junto a ella, ni la contuvo su dignidad, ni la retuvo su dolor. Sucede que las mujeres que sufren, además de todas sus restantes miserias, tienen también esta aflicción, es decir, desean ser compadecidas por sus presentes dolores. Ésta no sufría de ese modo, sino que tan pronto como oyó que él estaba allí, rápidamente fue junto a él.

Todavía Jesús no había entrado en la aldea. Caminaba despacio para que no pareciera que se lanzaba precipitadamente al milagro, sino que se dirigía allí porque había sido requerido por ellas. Esto, al menos, quería insinuar el evangelista con las palabras: *Ella se levantó rápidamente.* O bien manifiesta que corría tanto para salir al encuentro del que llegaba. No fue sola, sino que fue seguida por los judíos que estaban en su casa. Por este motivo su hermana prudentemente le habló a solas, de suerte que no causara turbación en quienes estaban con ella. María no mencionó el motivo por el que había ido, ya que muchos, si lo hubiera hecho, no habrían querido seguirla. Todos, no obstante, fueron tras ella con el fin de llorar con ella, y quizás el hecho de que Lázaro estuviera realmente muerto se confirmó una vez más con su presencia.

*Se echó a sus pies*². Era más fervorosa que su hermana. No sentía desconcierto por la presencia de la gente, ni tampoco por las sospechas que tenían contra él. Allí estaban muchos de sus enemigos, que dijeron: *¿No podría acaso él, que abrió los ojos del ciego, haber hecho que éste no muriese?* Pero ella desdeñó todas las consideraciones humanas, y, presente el Maestro, sólo le importaba una cosa, esto es, honrarle. *¿Qué dijo? Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto.* ¿Qué respondió Cristo? En ese momento no contestó nada, ni siquiera le repitió lo que

antes había dicho a su hermana. La muchedumbre que estaba presente era numerosa, y no era el momento oportuno para esas palabras. Por el contrario, guardó mesura y condescendió con su flaqueza. Con el objeto de confirmar con hechos su naturaleza humana, lloró un poco y aplazó de momento el milagro. Iba a ser un gran milagro; en pocas ocasiones había obrado alguno semejante, y gracias a éste muchos iban a creer en él. Para evitar que, si hubiera tenido lugar sin estar esa multitud presente, ellos no obtuvieran beneficio alguno de su grandeza, atrae a muchos como testigos de su condescendencia, y, además, con el fin de no echar a perder esta posibilidad, manifiesta aspectos característicos de la naturaleza humana, es decir, lloró y sintió turbación. Sabía, en efecto, que la tristeza despierta simpatía.

Reprimido su dolor (las palabras «se conmovió en su interior» quieren decir precisamente esto), contuvo la turbación y preguntó: *¿Dónde lo habéis puesto?*³. Formuló esta pregunta sin manifestar externamente su tristeza. Mas ¿por qué hizo esa pregunta? Porque no deseaba lanzarse sin mediar palabra, sino que quería obtener toda la información de ellos y actuar a requerimiento de ellos, de suerte que, de esta forma, librara al milagro de la sospecha de fraude. Ellos le dijeron: *Ven y verás. Jesús lloró*⁴. ¿Ves cómo todavía no hace referencia alguna al milagro de la resurrección de Lázaro y cómo se acerca a la tumba, no para resucitarlo, sino para llorar? Los judíos indicaron claramente que él parecía acercarse a la tumba para llorar y no para resucitarlo cuando exclamaron: *Mirad cómo lo amaba*⁵. Algunos dijeron: *¿No pudo éste, que abrió los ojos del ciego, hacer que no muriese?*⁶. Ni siquiera ante la desgracia desistieron de su maldad. Lo que él iba a realizar era mucho más asombro-

so, ya que es, con mucho, más grande expulsar la muerte que ya ha sobrevenido y vencido que detener la muerte que es inminente. Por todo esto, por lo que precisamente debían admirar su poder, le calumnian. Reconocen que había abierto los ojos del ciego, y aunque era preciso que lo admiraran por ello, lo calumnian como si nada hubiese ocurrido. No sólo por esto quedó de manifiesto que estaban corruptos, sino porque, aunque él todavía no se había ido y pese a que no había hecho nada todavía, anticipan sus acusaciones sin aguardar al resultado. ¿Ves qué corrompido estaba su juicio?

2. Llegó entonces a la tumba y, de nuevo, no contuvo su emoción. ¿Por qué motivo el evangelista repite una y otra vez que lloró y se conmovió? Para que aprendas que verdaderamente asumió nuestra naturaleza. Es evidente que éste expresa cosas más sublimes sobre él que el resto de los evangelistas, y en este punto y en lo relativo a la naturaleza humana de Cristo se expresa más humildemente. No dijo nada semejante acerca de su muerte, tal y como hicieron los otros: por ejemplo, que estaba muy triste y angustiado, sino todo lo contrario, que postró a sus enemigos en el suelo⁷. De esta forma, lo que menciona en este pasaje acerca de su tristeza completa lo que omite en aquél de su pasión. Al hablar de su propia muerte, Cristo afirma: *Tengo el poder de dar mi vida*⁸, y en este punto no expresa nada en un tono humilde. Éste es el motivo por el que, incluso en su pasión, los evangelistas le atribuyen muchas cualidades humanas, para demostrar la veracidad de la encarnación. Mateo lo hace sirviéndose de su angustia, turbación y sudor, mientras que Juan toma ocasión del dolor de Cristo. Si no hubiera poseí-

do verdaderamente nuestra naturaleza humana, no habría sido vencido por el dolor la primera y segunda vez.

¿Qué hizo Jesús? No se defendió en ningún momento de los reproches que le hacían. ¿Por qué habría de hacerles callar con las palabras, cuando iban a ser refutados con sus obras, algo que era menos ofensivo y más eficaz para dejarlos en evidencia? Sólo dijo: *Quitad la piedra*⁹. ¿Por qué no llamó y atrajo a su lado a Lázaro, cuando estaba lejos de allí? Aún más: ¿por qué no hizo que resucitase sin necesidad de mover la piedra? Quien era capaz con su sola voz de mover un cuerpo y devolverlo a la vida, sin duda habría sido mucho más capaz de mover la piedra con esa misma voz. El que con su voz pudo hacer que Lázaro anduviera, a pesar de estar atado y lleno de vendajes, habría sido mucho más capaz de mover una piedra; ¡qué digo!: incluso sin estar presente habría podido hacerlo. ¿Por qué no lo hizo entonces? Para que ellos mismos fueran testigos del milagro, y para que no dijeran, como habían hecho en el caso del ciego: *Es éste. No es éste*¹⁰. Sus manos y su llegada a la tumba atestiguaban que era él. De no haber estado ellos presentes, podrían haber pensado que era mera imaginación, o que estaban hablando de una persona distinta. Mas estaban allí y apartaron la piedra, y se les ordenó quitar las ataduras del muerto. Los amigos que lo habían sacado de la tumba habían reconocido que era Lázaro por sus vendajes. Sus hermanas no estaban lejos, pues una de ellas dijo: *Ya hiede. Lleva cuatro días muerto*. Todas estas circunstancias eran suficientes para silenciar a aquellos hombres obstinados que se habían convertido en testigos del milagro.

Por esta razón les ordenó apartar la piedra de la tumba, para demostrar que era a Lázaro a quien iba a resucitar. Por eso preguntó: *¿Dónde lo habéis puesto?*, para que quienes

le dijeron: *Ve y verás*, y lo siguieron, no pudieran decir que había resucitado a otra persona. De esta forma, tanto su voz como sus manos fueron testigos del milagro: la voz, porque le dijeron: *Ve y verás*. Las manos, porque con ellas apartaron la piedra y desataron las ataduras. También la vista y el oído fueron testigos. Éste, al escuchar sus palabras, y ésa, al ver que caminaba. Y lo fueron también el olfato, que sintió el fétido olor, ya que Marta dijo: *Ya hiede. Lleva cuatro días muerto*. Con razón dije que la mujer no había entendido las palabras de Cristo: *aunque muera, vivirá*. Observa qué quiere decir ella: que era algo imposible debido a que ya había pasado mucho tiempo. Era algo realmente extraño el hecho de resucitar un cadáver cuyo proceso de descomposición había empezado hacía ya cuatro días.

A sus discípulos les dijo: *Para que sea glorificado el Hijo de Dios*, refiriéndose a sí mismo. Y a la mujer: *Verás la gloria de Dios*, refiriéndose al Padre. ¿Ves cómo la debilidad de sus oyentes era la causa de la diferencia en sus palabras? Le recordaba a ella cuanto le había dicho, casi con reproches, como si lo hubiera olvidado. Por el momento no era su deseo atemorizar a los presentes, por lo que suavemente dijo: *¿No te he dicho que, si creyeres, verás la gloria de Dios?*¹¹.

3. Un bien grande es la fe, un bien grande y causa de muchos bienes, de modo que los hombres son capaces de hacer las cosas de Dios en su nombre. El dijo: *Si creyeráis, le diríais a este monte ve de aquí allá y se movería*. Y en otra ocasión: *El que cree en mí, ése hará también las obras que yo hago y las hará mayores que éstas*¹². ¿Qué clase de obras mayores? Las que los discípulos hicieron después. La sombra de Pedro resucitó a un muerto¹³. Así se proclama-

ba el poder de Cristo. No es tan admirable que él hiciera milagros mientras todavía vivía como el hecho de que, tras su muerte, los demás los hicieran en su nombre, mayores que él. Esto era, sin duda, una prueba irrefutable de su resurrección. No habría sido tan firmemente aceptada, incluso siendo presenciada por todos los hombres. Podrían haber dicho que se trataba de una aparición, mas el hombre que viera milagros realizados en el nombre de Cristo, incluso mayores que los que él obró cuando vivía entre los hombres, no habría podido dejar de creer en él, a no ser que estuviera falto de sentido.

La fe es un bien muy grande cuando procede de una mente fervorosa, de un amor grande y de un alma ardiente. Manifiesta que seguimos las enseñanzas verdaderas, oculta la simplicidad humana, deja de lado los razonamientos terrenos, se detiene en el conocimiento de las cosas del cielo, y, sobre todo, lo que la sabiduría humana no puede descubrir, ella lo alcanza y lo regula. Tengamos fe, entonces, y no nos fiemos de nuestros propios razonamientos. Dime: ¿por qué los griegos no fueron capaces de descubrir nada acerca de Dios? ¿Acaso no tenían conocimiento de toda la sabiduría pagana? ¿Por qué no pudieron aventajar a pescadores, a mercaderes y a personas iletradas? ¿No es, acaso, porque aquéllos lo confiaban todo a la razón, y éstos, a la fe? Es por ello por lo que éstos prevalecieron sobre Platón y Pitágoras, y, en realidad, sobre todos los que se hallaban en el error. Superaron a quienes estaban familiarizados con la astrología, las matemáticas, la geometría y la aritmética, y a quienes habían tenido una educación completa. Fueron mucho mejores que éstos, tanto como los verdaderos filósofos lo son con respecto a los que por naturaleza deliran y son necios.

Observa que éstos decían que el alma era inmortal; es más, no sólo lo decían, sino que estaban completamente convencidos. Aquéllos, en cambio, al principio no sabían

qué era el alma. Cuando lo descubrieron y la diferenciaron del cuerpo, de nuevo cayeron en el mismo error, ya que unos afirmaban que era incorpórea, otros, que era corpórea, y la unían al cuerpo mismo. Acerca del cielo, unos decían que era algo animado por un alma y que era un dios, mientras que los pescadores afirmaban que era obra de Dios y una parte de su creación, y así lo enseñaban y creían. No es de extrañar que los griegos se sirvieran de la razón, mas lo que es lamentable es que los que parecían tener fe, luego resultó que sólo se preocuparon de las cosas de esta vida. Por este motivo se equivocaban, porque algunos afirmaban conocer a Dios tal y como él se conoce a sí mismo, afirmación que ninguno de aquéllos otros osó hacer. Otros decían que Dios no podía engendrar sin dolor, ya que no creían que él fuese superior a los hombres. Otros sostenían que una vida recta no reporta ningún beneficio, ni tampoco una conducta cuidadosamente regulada. Ahora, sin embargo, no es el momento de refutar estos errores.

4. Cristo y Pablo, especialmente preocupados por este asunto, ya demostraron que, si la vida está corrompida, la fe recta no reporta beneficio alguno. Cristo lo manifiesta cuando afirma lo siguiente: *No todo el que me dice «Señor, Señor» entrará en el reino de los cielos. Y junto con esto, lo siguiente: Muchos me dirán aquel día: Señor, ¿no profetizamos en tu nombre? Yo entonces les diré: Nunca os conocí. Apartaos de mí, obradores de iniquidad*¹⁴. Quienes no se guardan a sí mismos, con facilidad pueden caer en una vida de maldad, incluso cuando tengan una fe verdadera. Cuando Pablo escribía a los hebreos, también les decía y aconsejaba cuanto sigue: *Procurad la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor*¹⁵. En este pasaje, con el

término «santidad» se refiere a la castidad, de suerte que cada uno ha de contentarse con su propia mujer, y no tener relaciones con otra¹⁶. Un hombre que no se contenta con su propia mujer, no podrá alcanzar la salvación, sino que forzoso será que se pierda, incluso aunque tenga en su haber un sinfín de acciones rectas. No es posible entrar en el reino de los cielos si se es culpable de fornicación. Es más, esto es así no sólo con respecto a la fornicación, sino también con respecto al adulterio.

Por tanto, de la misma forma que una mujer que está casada con un hombre comete adulterio si tiene relaciones con otro, de igual modo un hombre que esté casado, también comete adulterio si toma a otra mujer. Un hombre así no heredará el reino de los cielos, sino que caerá en el infierno. Escucha lo que dice Cristo a este respecto: *Su gusano no muere ni el fuego se apaga*¹⁷. No tiene perdón el hombre que, pese a tener mujer y hallar consuelo en ella, mantiene relaciones con otra. Este comportamiento denota falta de continencia.

Muchos hombres evitan las relaciones con sus esposas en tiempo de ayuno y oración. Ahora bien, el hombre que no se satisface con su mujer, sino que tiene relaciones con otra, ¡qué fuego no está acumulando para él! Si no está permitido que un hombre que se ha divorciado de su mujer y separado de ésta tenga relaciones con otra, ya que esto es adulterio, ¿cuánto mal hace quien, pese a que su esposa vive todavía con él, toma a otra mujer? Que nadie permita que este vicio anide en su alma, sino que lo arranque de raíz. No hace tanto daño a su mujer como a sí mismo.

Este pecado es una seria ofensa, además de imperdonable, tanto que si una mujer se separa de un marido idólatra, aunque él no lo quiera, Dios la castiga, mas si se separa de un

adúltero, no obra así. ¿Ves cuán grande es el mal? La Escritura dice: *Si una mujer fiel tiene un marido infiel y éste consiente en cohabitar con ella, no lo despida*¹⁸. De la fornicación, sin embargo, no habla así. ¿Cómo entonces? *Si alguno repudia a su mujer, excepto en caso de fornicación, la expone a cometer adulterio*¹⁹. Si la cohabitación hace al hombre y a la mujer un solo cuerpo, el hombre que conviva con una meretriz será un solo cuerpo con ella. ¿Cómo entonces podrá una mujer honrada, que es miembro de Cristo, aceptarlo? O ¿cómo podrá ella unirse al que es parte de una meretriz?²⁰.

Observa la diferencia. La mujer que vive con un marido infiel no es impura. Pablo dice: *Será santificado el infiel por la mujer*²¹. Pero en el caso de la meretriz no dice esto. ¿Qué entonces? *¿Debería yo tomar los miembros de Cristo para hacerlos miembros de meretriz?* En el primero de los supuestos la santidad permanece, aunque el infiel continúe viviendo con su mujer, y no se aparta, mientras que en el segundo caso se aparta completamente.

El adulterio es algo terrible, algo terrible, y conlleva un castigo eterno. En esta misma vida, incluso, conduce a innumerables males. Un hombre impuro se ve forzado a vivir una vida miserable y perversa, y su condición no es mejor que la de quienes ya sufren su castigo. Entra en casa ajena con recelo y miedo y sospecha de todos, tanto de esclavos como de hombres libres. Por ello, os lo ruego, intentad apartaros de este pecado. Si no obedecéis mis palabras, no pongáis vuestros pies en estos sagrados portales. Es necesario que las ovejas cubiertas de pecado y llenas de enfermedad no se mezclen con las sanas, sino que queden aparte del rebaño hasta verse libres de esa dolencia.

Somos miembros de Cristo, no seamos miembros de una meretriz. Este lugar no es un prostíbulo, sino una iglesia. Si tienes parte con una meretriz, no permanezcas en la iglesia, a fin de que no ofendas el lugar. Incluso en el caso de que no existiera infierno, aunque no hubiera castigo, después del matrimonio, de las antorchas nupciales, de ese lecho justo, después de la procreación de los hijos, después de la íntima cohabitación, ¿cómo vas a unirme a otra mujer? ¿Cómo no te avergüenzas y ruborizas? ¿No sabes que los que se casan con otra después de la muerte de su mujer, son censurados por muchos por ello, aunque ese proceder no merezca castigo? Tú, sin embargo, aunque la tuya todavía vive, tomas a otra mujer. ¡De cuánta lascivia es característica esta actitud! Aprende lo que se dice de tales hombres: *Su gusano no muere ni el fuego se apaga*. Estremécete ante la amenaza y teme el castigo. El placer que se obtiene en esta vida no es tan grande como el castigo de la próxima. Mas ¡ojalá que nadie se someta a aquel castigo, sino que, practicando la santidad, veamos a Cristo y alcancemos los bienes prometidos! ¡Ojalá que todos nosotros gocemos de ellos, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo!

HOMILÍA 64

Jesús, alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sé que tú siempre me escuchas, pero lo digo por estos que me rodean

1. He dicho muchas veces, y ahora lo repito, que Cristo no mira tanto por su dignidad como por nuestra salvación, y que no pensaba en cómo decir algo sublime, sino en cómo podría persuadirnos. Por este motivo son pocas y oscuras sus palabras excelsas y elevadas, y, en cambio, las humildes y sencillas abundan en su expresión. Estas últimas les persuadían más, y por ello las emplea con frecuencia; y no utilizó exclusivamente aquéllas para no intimidar a sus oyentes, mas tampoco las silenció, de suerte que no se escandalizaran. Por supuesto que los que han abandonado sus opiniones terrenas podrán ser capaces de comprender su alta dignidad a partir de una sublime enseñanza, mientras que los que continúan con mente mundana no podrán llegar a él en absoluto, a no ser que las escuchen con frecuencia.

Ahora bien, aun después de oír cosas semejantes, no le siguieron, sino que le apedrearon, persiguieron, intentaron matarlo, y lo llamaron blasfemo. Cuando hace las mismas cosas que Dios, dicen: *Blasfema*². Cuando dijo: *Todos tus*

*pecados son perdonados*³, le llamaban endemoniado, igual que cuando afirmó que quien escuchaba sus palabras era más fuerte que la muerte. Y cuando dijo: *Yo en el Padre y el Padre en mí*⁴, lo abandonaron. Se escandalizaron, por último, cuando afirmó que había bajado del cielo⁵. Si no soportaban oír estas cosas que, por otra parte, dijo en pocas ocasiones, difícilmente le habrían prestado atención si su discurso hubiera sido siempre sublime. Cuando dijo: *Como me lo mandó el Padre, así hablo*⁶, y: *No he venido de mi mismo*⁷, creyeron en él, como es evidente por las palabras del evangelista, que afirmó: *Después de decir esto muchos creyeron en él*⁸. Si hablar en un tono humilde hacía que la gente creyera, y expresarse en un tono sublime los apartaba, ¿cómo no va a ser una gran insensatez no pensar que la causa del tono humilde era que se dirigía a sus oyentes?

En otra ocasión deseó decir algo elevado, mas permaneció en silencio. Añadió seguidamente el motivo diciendo: *Para no escandalizarlos, echa el anzuelo al mar*⁹. Y así es como actúa en este pasaje. Después de decir: *Yo sé que tú siempre me escuchas*, añadió: *Pero lo digo por éstos que me rodean, para que crean*. ¿Son nuestras palabras? ¿Se trata de una suposición humana? Quizás alguien no permita que las palabras que han sido escritas le persuadan, porque escandalizan por su tono elevado. Mas cuando escuche a Cristo decir que él hablaba así, humildemente, para no ofender a sus oyentes, ¿cómo va a pensar que las palabras sencillas son propias de su naturaleza y no producto de su condescendencia? De esta forma y en otro contexto, cuando bajó una voz del cielo, dijo: *Esta voz no vino por mí, sino por vosotros*¹⁰.

Es propio del hombre que tiene una alta dignidad decir cosas humildes de sí mismo, pero no es correcto lo contrario: que el humilde diga cosas grandes y elevadas sobre sí mismo. La primera actitud se debe a la condescendencia, y la origina la debilidad de las personas a las que se instruye. En concreto, la razón de todo ello era el deseo de persuadirlos a contemplar su humildad, el que se hubiera revestido de nuestra carne, enseñar a sus oyentes a no decir grandes cosas acerca de sí mismos, el que pensaran que era contrario a Dios, el que no creyeran que procedía de Dios, que sospecharan que abolía la Ley, que sus oyentes lo calumniaran y que le fueran hostiles, por todo lo cual afirmó que él era igual a Dios. Por el contrario, el hecho de que una persona humilde diga cosas sublimes de sí misma no tiene ninguna excusa, ni razonable ni absurda, sino que es una estupidez, una imprudencia y un atrevimiento imperdonable. Entonces, ¿por qué él, cuya substancia es grande e inefable, habló en términos humildes? Por todas las razones ya explicadas, de suerte que no fuese juzgado como increado. Pablo parecía temer algo semejante, por eso dijo: *Excepto él, que ha sometido todas las cosas bajo sus pies*¹¹. Pensar lo contrario sería impío.

Si él hubiera creído ser igual al Padre, aunque fuera inferior al que lo había engendrado y hubiera sido de otra substancia, ¿no se habría esforzado para no ser considerado de esta forma? Sin embargo, hizo todo lo contrario cuando afirmó: *Si no hago las obras del que me envió, no me creáis*. Cuando dijo: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*, indirectamente nos habla de la igualdad entre ellos. Si él fuera inferior al Padre, habría tenido que negarlo firmemente y no decir: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*, ni: *Somos uno*, ni: *El que me ve, ve al Padre*¹². Cuando se

refería a su poder, decía: *Yo y el Padre somos uno*. Y aludiendo a su autoridad, afirmaba: *Como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así el Hijo da vida a los que quieren*¹³, algo que no podría sostener si su sustancia fuese diferente a la del Padre.

Si hubiera sido posible, no habría sido necesario hacer estas afirmaciones a fin de que ellos no sospecharan que su substancia era una y la misma. Si con frecuencia él no hablaba de sí mismo en términos que eran los adecuados, para que no creyeran que era contrario a Dios, mucho más necesario era en ese momento. Mas ahora, el hecho de decir: *Para que honren al Hijo como honran al Padre, Las obras que él hace, yo las hago igual*¹⁴, y que él era *la resurrección y la vida y la luz del mundo*, era lo propio de quien se hace a sí mismo igual al que lo ha engendrado, algo que, por otra parte, no hacía sino confirmar sus sospechas. Puesto que no abroga la Ley, ¿ves lo que dice y cómo se defiende? Por el contrario, no desmiente la idea de que era igual al Padre, sino que la confirma. De esta suerte, aunque dijeron: *Blasfemas, porque te haces Dios*¹⁵, él probó su igualdad con el Padre por medio de la identidad de sus obras con las del Padre.

2. ¿Por qué digo que el Hijo hizo esto cuando el Padre, que no asumió nuestra carne, hace esto mismo? El permitió que se dijeran de sí mismo muchas cosas en tono humilde para la salvación de sus oyentes. Por ejemplo: *Adán, ¿dónde estás?*; *Para ver si sus obras han sido como el clamor que ha venido hasta mí*; *Ahora he visto que en verdad temes a Dios*¹⁶; *Si escucharan*; *Si lo comprendieran*; *¿Quién hará que el corazón del pueblo sea así!* y *No hay nadie igual a*

*ti entre los dioses, Señor*¹⁷, y otros tantos textos similares del Antiguo Testamento que alguien podría considerar indignos de la sublime dignidad de Dios. En el caso de Ajab, Dios dijo: *¿Quién engañará a Ajab?*¹⁸. El hecho de que siempre se compare con los dioses paganos es algo indigno de Dios, mas, visto de otro modo, es algo que pertenece a la dignidad de Dios. En efecto, amó tanto a los hombres que por nuestra salvación omitió las palabras que expresaban su dignidad. Si alguien considerara aquella dignidad, creería que es del todo impropio de él hacerse hombre y que tomara la forma de esclavo y, junto con ello, el hecho de decir cosas humildes y vivir humildemente. Mas si alguno reflexiona en la inefable riqueza de su misericordia, lo juzgaría digno.

Hay otra razón que justifica el humilde tono de sus palabras. ¿Cuál? Que ellos conocían y admitían al Padre, pero no al Hijo. Por este motivo, con frecuencia recurre al Padre, que sí era aceptado, pero no porque fuera realmente inferior, sino porque él todavía no era juzgado fidedigno; y todo por la insensatez y debilidad de sus oyentes. Por este motivo oró y dijo: *Padre, te doy gracias porque me has escuchado*. Ahora bien, si el Hijo da la vida a quienes quiere, tal y como hace el Padre¹⁹, ¿por qué invoca al Padre?

Es el momento ahora de examinar el resto del pasaje. Levantaron la piedra donde yacía el muerto. *Jesús, alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sé que tú siempre me escuchas, pero lo digo por éstos que me rodean, para que crean que tú me has enviado*. Preguntemos al herético: ¿Recibió de esta oración el poder que necesitaba para resucitar al muerto? Si fuera así, ¿cómo hizo todo lo demás sin necesidad de orar? Por ejemplo, cuando dijo: *A ti te digo, espíritu mudo y sordo: sal de*

él; y Quiero. *Queda limpio*²⁰. Cuando dijo: *Toma tu camilla, y Tus pecados son perdonados*²¹. Y cuando increpó al mar en los términos que siguen: *Calla, enmudece*²². ¿Cómo sería superior a los apóstoles si todo lo realiza con la ayuda de la oración? Ni siquiera éstos realizaban todo con oraciones, sino sólo con la invocación del nombre de Cristo y sin necesidad de orar. Si su nombre tenía ese poder, ¿cómo es que él necesitaba la ayuda de la oración? Si necesitara de la plegaria, su nombre no tendría poder. Si fue él quien creó al hombre, ¿de qué ruegos estaba necesitado? ¿No era igual en honor? Dios dijo: *Hagamos al hombre*²³. Si realmente necesitaba de la oración, ¿qué podría ser más débil?

Veamos, no obstante, cuál es esta petición. *Padre, te doy gracias porque me has escuchado*. ¿Quién, en alguna ocasión, ha rogado de esta forma? Antes de añadir nada más, dice: *Te doy gracias*, para poner de manifiesto que él no necesitaba la ayuda del ruego. *Yo sé que tú siempre me escuchas*. Pronunció estas palabras, no porque él careciera del poder necesario para realizar el milagro, sino porque uno era el pensamiento de él y del Padre. Pero ¿por qué utilizó la forma propia de una oración? Escucha, no a mí, sino a él cuando dice: *Lo digo por éstos que me rodean, para que crean que tú me has enviado*. No dijo: «para que crean que soy inferior, que necesito la ayuda del cielo, y que sin oración no puedo hacer nada», sino *que tú me has enviado*. Todo esto es lo que pondría de relieve esa oración si la interpretáramos superficialmente. Ahora bien, no quería decir: «Me has enviado a mí, que soy débil, que reconozco mi dependencia de ti y no puedo hacer nada por mí mismo». Por el contrario, omitió todo esto para que no tuvieras una idea equivocada, y expuso la verdadera razón de

su oración, esto es, «para que no me consideren contrario a Dios, para que no digan “no es de Dios”, y para que pueda poner de manifiesto que el milagro fue realizado según tu deseo». Puede decirse que lo que quiso dar a entender es: «Si fuera contrario a Dios, el milagro no habría ocurrido con éxito».

Las palabras «me escuchas» se dicen de los que son amigos y son iguales. Cuando dice: *Yo sé que tú siempre me escuchas*, lo que quiere decir es: «No necesito de la oración para dar cumplimiento a mi deseo, sino para persuadirlos de que tú y yo tenemos un solo deseo». Entonces, ¿por qué oras? «Por los débiles y por los necios».

*Diciendo esto, gritó con fuerte voz*²⁴. ¿Por qué no dijo: «En el nombre de mi Padre, sal fuera»? ¿Por qué no dijo: «Padre, resucítalo»? Asumió la actitud de quien ruega. ¿Por qué, entonces, omitió todo esto y mostró su autoridad a través de cuanto hizo? Porque manifestar condescendencia en sus palabras y autoridad en sus obras era propio de su sabiduría. No podían encontrar, para acusarlo, nada que no procediera de Dios, y de esta forma estaban engañando a muchos. Por cuanto decía, en consecuencia, probó suficientemente esto mismo, y en el modo en que su debilidad lo requería. Era posible manifestar de otra forma la igualdad de su dignidad con la del Padre, mas la multitud no habría sido capaz de subir tan alto. Él dijo: *Lázaro, sal fuera*. Éste era el resultado de todo lo que había dicho anteriormente. *Llega la hora en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la escuchen, vivirán*²⁵. Para que no pienses que recibió su poder de algún otro, te enseñó esto desde el principio y te lo mostró a través de sus obras. No dijo «Levántate», sino *Sal fuera*, como si hablara a un muerto que viviera.

3. ¿Qué podría ser igual a este poder? Si no realizó el milagro por su propio poder, ¿cómo era superior a los apóstoles, que decían: *¿Por qué nos miráis, como si por nuestro propio poder o nuestra piedad hubiéramos hecho andar a éste?*²⁶. Supuesto que él no lo realizara por su propio poder y que no lo admitiera tal y como los apóstoles dijeron de sí mismos, ¿serán aquéllos, acaso, más virtuosos por rechazar su gloria? Reaccionaron de la misma forma en otra ocasión, cuando dijeron: *Hombres, ¿qué es lo que hacéis? Nosotros somos hombres iguales a vosotros*²⁷. Los apóstoles, que no habían realizado nada por su propio poder, se expresaron de este modo para persuadir de ello. Él, en cambio, ya que tenía tal opinión con respecto a sí mismo, ¿no habría evitado sus sospechas si no llevara a cabo sus obras por su propio poder? ¿Quién podría afirmarlo?

Cristo hizo todo lo contrario cuando dijo: *Lo digo por éstos que me rodean, para que crean*, de forma que, si hubieran creído, no habría tenido necesidad de orar. Ahora bien, si no era indigno de él rogar, ¿por qué les explicó el motivo por el cual lo hacía? ¿Por qué no dijo: «Para que no crean que yo no soy igual a ti»? Era posible que él hubiera llegado a esto por sus sospechas. Mas cuando recayó sobre él la sospecha de que abolía la Ley, pese a que ellos no la habían expresado abiertamente, dijo lo siguiente: *No penséis que he venido a abrogar la Ley*²⁸. En este punto lo que hizo fue confirmar sus sospechas. Pero ¿por qué eran necesarias tantas vueltas y misterios? Habría sido suficiente con decir: «No soy igual» y terminar con ello. Entonces, ¿qué? ¿No dijo acaso: *No hago mi voluntad*²⁹? Lo dijo, pero lo hizo sin claridad, a causa de su debilidad y por la misma razón por la que rezó.

¿Qué quiere decir con las palabras *porque me has escuchado*? Lo que quiere significar es lo siguiente: «No existe oposición entre tú y yo». Por tanto, las palabras *porque me has escuchado* no quieren decir que él no tuviera poder. Si hubiera sido así, estas palabras indicarían, ya no sólo la falta de poder, sino también ignorancia, pues, antes de rogar a Dios, desconocía que iba a responder favorablemente. Ahora bien, si realmente no lo sabía, ¿cómo es que dijo: *Iré a despertarlo*, y no: «Iré para suplicar al Padre que lo despierte»? Estas palabras no son indicativas de su debilidad, sino de su conformidad con el Padre, algo que también evidencia la expresión: *Tú siempre me escuchas*. Podemos llegar a esta conclusión, o bien concluir que él hablaba en respuesta a sus sospechas. Por consiguiente, si no era ni ignorante ni débil, es del todo evidente que dijo palabras humildes por la razón siguiente: para que te persuadieras pese a su exageración y para forzarte a reconocer que no son propias de su dignidad, sino de su condescendencia. ¿Qué decían los enemigos de la verdad? «No dijo: *Porque me has escuchado* por la debilidad de sus oyentes, sino para mostrar la superioridad del Padre». Estas palabras no prueban la mayor excelencia del Padre, sino su propia humillación y la manifestación de que él, como hombre, no está por encima de la naturaleza humana. Rogar no es propio de la dignidad de Dios Padre ni de aquél que comparte su trono. ¿Ves que el motivo por el que Cristo oró no es otro que su incredulidad?

Observa que el milagro testimonia su poder. Lo llamó; y el que estaba muerto y todavía atado, salió. Seguidamente, a fin de que el milagro no les pareciese una fantasía, porque no era menos increíble que la resurrección el hecho de que saliera fuera todavía atado, *ordenó que lo soltaran*³⁰ para que, tocándolo y próximos a él, reconocieran que realmente era Lá-

zaro. Y dijo: *Dejadle ir*. ¿Observas la ausencia de ostentación? No lo atrajo hacia él, ni le ordenó que lo siguiera, y todo para que no pareciese que hacía alarde de ello. Sabía actuar con moderación. Una vez realizado el milagro, unos se quedaron asombrados y otros se fueron a referirlo a los fariseos. ¿Qué hicieron éstos entonces? Pese a que era preciso que se asustaran y asombraran, querían matarlo porque había resucitado a un muerto. ¡Qué insensatez! Creían que podían dar muerte a quien la había vencido en el cuerpo de otro hombre.

Ellos dijeron: *¿Qué hacemos? Pues este hombre hace muchos milagros*³¹. Éstos, que habían recibido la prueba de su origen divino, todavía lo llamaban «hombre». *¿Qué hacemos?* Debían creer en él, servirlo y adorarlo, y no llamarlo todavía hombre. *Si le dejamos así, vendrán los romanos y arrasarán nuestro pueblo y nuestra ciudad*³². ¿Qué querían hacer? Querían agitar al pueblo con el pretexto de que iban a estar en peligro por la amenaza del tirano. Decían: «Si los romanos se enteran de que él reúne a la gente a su alrededor, sospecharán de nosotros y vendrán a destruir nuestro pueblo». ¿Por qué? ¿Les instruía con vistas a la sublevación? ¿No les ordenó dar tributo al César? Cuando quisisteis hacerlo rey, ¿no huyó? ¿No dio pruebas de llevar una vida sencilla y sin pretensiones, sin tener hogar ni posesiones de esa clase? Por tanto, decían cosas tales, no porque previeran el peligro, sino por envidia. Ahora bien, incluso aunque ellos no lo hubieran anticipado, ocurrió así, y los romanos, cuando ellos mataron a Cristo, arrasaron su pueblo y su ciudad.

Todas sus acciones estaban lejos de ser sospechosas. El que había curado enfermos, daba ejemplo de una vida irreprochable y ordenaba obedecer a los jefes, no se comportaba como un tirano, sino, antes al contrario, destruía esa actitud. «Pero basamos nuestras sospechas en ejemplos del

pasado», decían. Esos hombres del pasado enseñaban la sedición, mientras que él enseñaba todo lo contrario. ¿Te das cuenta de que sus palabras eran hipócritas? ¿Qué ponía de manifiesto cosa semejante? ¿Se había rodeado, acaso, de hombres que se jactaban? ¿Arrastraba, acaso, carros de guerra? ¿No buscó la soledad? Para que no pareciese, sin embargo, que hablaban guiados por sus propios sentimientos, dijeron que toda la ciudad corría peligro, que se conspiraba contra el bien común y que temían lo peor.

Ésta no fue la causa de vuestra esclavitud, sino todo lo contrario; ni la de ésta, ni la de Babilonia y, tras ésta, la de Antíoco. No fue porque hubiera quienes adoraban a Dios entre vosotros, sino porque entre vosotros había quienes delinquían e irritaban a Dios. Esto ocasionó vuestra perdición. Pero la envidia es así. Una vez que ha cegado al alma, impide ver lo que debería. ¿No enseñó él a ser afables? Cuando se recibe un golpe en una mejilla, ¿no enseñó a poner la otra? ¿No enseñó a soportar pacientemente la injurias?, ¿a estar más dispuestos a sufrir injurias que los otros a hacerlas? Dime: ¿todo esto es propio de quien es partidario de un poder tiránico o de quien lo destruye?

4. Tal y como he dicho, la envidia es algo terrible y está llena de hipocresía. Ha colmado el mundo de innumerables males. A causa de este vicio los tribunales están llenos de acusados. De ella provienen el afán de gloria y la avaricia. De ella, la ambición y el orgullo. Por ella los caminos están llenos de malvados ladrones y el mar infestado de piratas. En su nombre se cometen los asesinatos en el mundo. Debido a su influencia nuestra raza está dividida. Cuanto de malo veas, verás que de ella proviene. Ha penetrado incluso en la Iglesia. Desde el principio ha originado cosas terribles sin número. Engendró la avaricia, una enfermedad que cambió las cosas y corrompió la justicia. Como dice la Escritura: *Regalos y dones ciegan los ojos de los sabios, y son*

*como bozal en la boca, que ahoga los reproches*³³. La avaricia nos hace esclavos en lugar de libres. Hablamos de ella a diario, sin aportar nada más.

Nos hacemos peores que las bestias, robamos a huérfanos, despojamos a las viudas, cometemos injusticia con los pobres, y proferimos ¡ay! tras ¡ay! *¡Ay de mí, porque han desaparecido de la tierra los piadosos!*³⁴. Lo nuestro es lamentarnos, y deberíamos decirlo cada día. No conseguimos nada con los ruegos, ni con las advertencias y exhortaciones, por tanto sólo nos queda llorar. Esto es lo que Cristo hizo. Hizo muchas exhortaciones en Jerusalén, mas como no obtuviera ningún beneficio, lloró por su ceguera. Así actuaron los profetas. Hagamos lo mismo nosotros ahora. Es el momento del lamento, de las lágrimas y del llanto. Es la ocasión para decir: *Llamad a las plañideras, envidad por las más hábiles y que hablen*³⁵. Quizá de esta forma podamos alejar esta enfermedad de quienes construyen radiantes casas, de quienes ponen los campos a salvo de la rapiña.

Es el momento de lamentarse. Quienes fuisteis despojados e injuriados, tomad parte conmigo en mis lamentos, unid mis lágrimas a vuestros lamentos. Mostremos nuestro dolor, pero no por nosotros, sino por ellos, porque no cometieron injusticia con vosotros, sino que se perdieron a sí mismos. Vosotros tenéis el reino de los cielos a cambio de la injusticia cometida contra vosotros; ellos, en cambio, el infierno a cambio de sus injustas ganancias. Por eso es mejor padecer la injusticia que cometerla. Lamentémonos por ellos, pero no con un lamento humano, sino con el de las Sagradas Escrituras, con el que también se lamentaron los profetas. Lamentémonos amargamente con Isaías y digamos: *¡Ay, de los que añaden casas a casas, de los que juntan campos a campos*

*para arrebatar lo que está próximo. ¿Viviréis, acaso, solos en la tierra? Habrá casas grandes y hermosas y no habrá quienes habiten en ellas*³⁶. Lamentémonos con Nahúm y digamos con él: *¡Ay del que edifica en alto su casa*³⁷. Lamentémonos por ellos como Cristo hizo entonces con las palabras que siguen: *¡Ay de vosotros, los ricos, porque habéis recibido vuestra recompensa y vuestro consuelo!*³⁸. Por lo tanto, os lo ruego, no cesemos también nosotros de lamentarnos, y, si no es vergonzoso, golpeémonos por la apatía de nuestros hermanos. No lloremos por el que ya ha muerto, sino que lloremos por el ladrón, el ambicioso, el avaricioso, el insaciable.

¿Por qué lamentamos a los muertos, algo con lo que no es posible conseguir nada? Lamentemos a aquéllos cuyo cambio es posible. De cualquier forma, posiblemente ellos se rían si nosotros nos lamentamos. Pero su risa es también digna de nuestros lamentos, pues ríen por lo que sería preciso sufrir. Ahora bien, si cambiaran gracias a nuestros lamentos, sería necesario dejar de lamentarse, ya que están dispuestos a corregirse. Mas si permanecieren inamovibles, continuemos llorando, sobre todo, no por los ricos, sino por los avaros, los ambiciosos y los ladrones. La riqueza no es algo malo. Podemos hacer buen uso de ella, sin duda, cuando la gastamos con los necesitados. Pero es mala la codicia que procura castigos eternos. Lamentémonos, entonces. Quizás haya así algún cambio como resultado, o, si los que ya han caído no cambian, al menos otros no caerán en algo tan terrible, sino que estarán en guardia. Ojalá que aquéllos se vean libres de la enfermedad y que ninguno de nosotros caiga en ella, para que todos juntos alcancemos los bienes prometidos, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 65

Pero uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: No sabéis nada, ni entendéis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo

1. *Las naciones están hundidas en la fosa que ellas han excavado; en la trampa que ellas han puesto, su pie ha sido atrapado*². Sucedió esto en el caso de los judíos. Decían que Jesús había de ser ejecutado, no fuera que los romanos vieran y destruyeran su pueblo y su ciudad. Mas cuando lo hubieron matado, sufrieron su destino, y cuando hubieron tomado las medidas que creyeron necesarias para escapar de él, no escaparon. Aquel que fue ejecutado está en el cielo, y, en cambio, los que lo mataron, aunque no lo planearon de ese modo, tienen el infierno por herencia. ¿Cuál era su plan? *Desde aquel día su plan era matarle*, dice el evangelista. Ellos dijeron: *Los romanos vendrán y destruirán nuestra nación. Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, dijo* —pues era más desvergonzado que el resto—: *No sabéis nada*. Las dudas que los demás tenían y habían expuesto para ser discutidas cuando dijeron: ¿*Qué estamos haciendo?*, éste, desvergonzadamente, sin disfraz y en tono quejumbroso, las apartó a gritos. ¿Qué dijo? *No sabéis nada, ni entendéis que es conveniente que un hom-*

bre muera, en lugar de que toda la nación perezca. No dijo esto de sí mismo, sino que, puesto que era sumo sacerdote, lo profetizó.

¿Ves cuán poderosa es la autoridad del cargo de sumo sacerdote? Juzgado digno de este cargo, e incluso, sin merecer tal honor, profetizó, mas sin saber lo que estaba diciendo. La gracia había hecho uso de su boca, si bien no tocó su sucio corazón. Efectivamente, muchos otros –Nabucodonosor, el Faraón, Balaam– han predicho el futuro, aunque sin ser merecedores de ese privilegio. Y la razón es del todo evidente. Lo que quería significar es algo semejante a lo que sigue: «Deliberáis, os asaltan demasiadas dudas a este respecto y no entendéis que la seguridad de un hombre, en comparación con la seguridad del bien común, ha de ser tenida en nada». Observa cuán grande es el poder del Espíritu. Fue capaz de hacer proferir a una mente maliciosa palabras de maravillosa profecía. El evangelista llamó a las naciones *hijos de Dios*, pues lo habrían de ser en el futuro. De igual modo Cristo había dicho: *Tengo otras ovejas*³. Las llamaba así porque habrían de serlo en el futuro.

¿Qué significa: *era el sumo sacerdote aquel año*? Como otras costumbres judías, también ésta se había corrompido. En el momento en el que comenzaron a comprarse los cargos, el de sumo sacerdote ya no era vitalicio, sino sólo por un año. De cualquier forma, el Espíritu todavía estaba presente. Mas, cuando levantaron sus manos contra Cristo, los abandonó y fue a los apóstoles. A este hecho hacía referencia la cortina rasgada del Templo, como la voz de Cristo que dijo: *He aquí que vuestra casa está desolada*⁴. Por su parte, Josefo, que vivió poco tiempo después, declaró que unos ángeles, que todavía permanecían entre ellos para comprobar si estaban dispuestos a cambiar, también los abandona-

ron. Mientras la viña permaneció en pie, sucedió todo, mas cuando mataron al heredero, no sucedió así, sino que perecieron. Dios, luego de apartar a los judíos de su lugar de predilección como se quita una prenda que resplandece de un niño rebelde, la entregó a los esclavos fieles de entre los gentiles y dejó a los judíos solos y desprotegidos. No tuvo pequeña importancia que el enemigo de Cristo profetizara de este modo. Este hecho pudo, incluso, atraer a los demás hacia él. Todo resultó de forma contraria a lo deseado por Caifás, ya que, cuando Cristo murió, y por este motivo, los fieles se vieron libres del castigo futuro.

¿Qué significa: *para que pudiera reunir a los que están cerca y a los que están lejos*⁵? Que los hizo un solo cuerpo. El que vive en Roma considera a los que habitan en India su miembro. ¿Qué podría ser igual a esta unión? Y Cristo es la cabeza de todos.

*Desde aquel día los judíos tomaron la resolución de matarlo*⁶. Ya antes lo habían intentado. Está escrito: *Por esto los judíos buscaban matarlo, y ¿Por qué buscáis matarme?*⁷. Entonces sólo lo intentaban, mas ahora concretaron su propósito y trataron el asunto como tarea por llevar a cabo. *Cristo, por eso, ya no andaba abiertamente entre los judíos*⁸. Una vez más se salva a sí mismo al modo humano, cosa que hace con frecuencia.

2. El motivo por el que salió y se retiró lo dije. Ahora permanece cerca del desierto, en Efrem, y permanece con sus discípulos ¿Crees que sus discípulos se inquietan al verlo a salvo al modo humano? Nadie le siguió a Efrem, ya que estaba próxima la fiesta de la Pascua y toda la gente se apresuraba a Jerusalén. Jesús y sus discípulos, por el contrario,

cuando todos celebraban alegremente la fiesta, estaban escondidos y en peligro. No obstante, permanecen con él. Se ocultaron en Galilea, cuando tenía lugar la Pascua y la fiesta de los tabernáculos. En otra ocasión, durante la fiesta, sólo ellos mostraron lealtad cuando huyeron con el maestro y se escondieron con él. Por eso Lucas afirma que él había dicho: *He permanecido con vosotros en el tiempo de la prueba*⁹. Lo afirmó para manifestar que ellos estaban robustecidos gracias a su fuerza.

*Muchos subían del campo para purificarse*¹⁰. Los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos habían dado orden de apresarlo¹¹. ¡Sorprendente manera de purificación, acompañada de un propósito sangriento, con la intención de cometer un asesinato, con las manos manchadas de sangre! Y decían: *¿Creéis que no vendrá a la fiesta?*¹². Durante la Pascua, tramaron asechanzas y convirtieron el momento de la fiesta en ocasión para el asesinato. Decían: «Es preciso que aparezca, ya que la ocasión lo reclama».

¡Qué impiedad! Era momento para que mostraran más piedad y liberaran a los presos por los crímenes más graves, y, sin embargo, buscaban apresar a quien nada malo había hecho. Ahora bien, inmersos en este proyecto, no lograron nada, sino que hicieron el más completo ridículo. Por este motivo y con frecuencia escapaba al toparse con ellos; mantenía en suspenso a quienes pretendían matarlo y los dejaba desconcertados. Sin duda deseaba inducirlos a que se arrepintieran con la exhibición de su poder. Esto sucedía para que, cuando lograran capturarlo, supieran que sucedía así, no gracias a su capacidad para ello, sino porque él lo permitía. Ni siquiera entonces tuvieron fuerza suficiente para capturarlo, y eso aunque Betania estaba cerca.

Cuando finalmente lograron capturarlo, él los arrojó al suelo.

*Seis días antes de la Pascua vino a Betania, donde estaba Lázaro. Fue invitado a comer con ellos. Marta servía y Lázaro comía*¹³. Ésta es una prueba de la veracidad de la resurrección de Lázaro, ya que varios días después estaba vivo y comía. En este pasaje resulta evidente que la cena tuvo lugar en casa de Marta, donde acogieron a Jesús porque eran sus amigos y lo amaban. Algunos aseguran, no obstante, que este hecho tuvo lugar en otra casa¹⁴. Sea como fuere, lo cierto es que María no servía, porque era su discípula. De nuevo, ésta es más espiritual. No servía como llamada a ello, ni servía a todos por igual, sino que le tributaba honor sólo a él, y se le acercó, no como a hombre, sino como a Dios.

Éste es el motivo por el que vertió el ungüento y lo enjugó con sus cabellos, porque no tenía de él la opinión que tenían los demás. Judas la reprendió, con una falsa piedad en sus palabras ¿Qué dijo Cristo entonces? *Ha hecho una buena obra para mi entierro*¹⁵. ¿Por qué no reprendió al discípulo a causa de la mujer? ¿Por qué no dijo lo que el evangelista afirmó, esto es, que había reprendido a la mujer sólo por su propio latrocinio? Por su mucha paciencia, deseaba ponerle en evidencia. Sabía que Judas era un ladrón. Le había censurado en varias ocasiones, como cuando dijo: *Uno de vosotros es un demonio*¹⁶. Puso de manifiesto que sabía que era un traidor, aunque no lo acusó abiertamente, deseoso de ganárselo de nuevo. ¿Cómo, entonces, otro evangelista dice que todos los discípulos expresaron su indignación por este desperdicio?¹⁷. Todos la manifestaron, y con ellos éste, pero los demás lo hicieron con una intención distinta.

Si alguien preguntara por qué encomendó la bolsa de los pobres a quien era un ladrón y por qué encargó su administración al que era avaricioso, le responderíamos que Dios conoce la explicación inefable; mas si es preciso que aleguemos algo a modo de conjetura, diremos que lo hizo para impedir que Judas se excusara cuando lo traicionó. No podía alegar que lo hizo por amor al dinero, pues había mucho en la bolsa para dar satisfacción a su deseo. Al contrario, lo hizo por su gran maldad, que Cristo quería comprobar, por lo que usó de mucha condescendencia con él. No lo acusó de ser ladrón, aunque sin duda sabía que lo era, ni obstaculiza de este modo su malvado propósito e impide toda defensa.

«Dejadla —dijo Cristo—; lo ha hecho para mi entierro»¹⁸. Una vez más amonesta al traidor con palabras referentes a su entierro. La advertencia, no obstante, no lo afectó, no lo ablandaron las palabras, aunque eran suficientes para hundirlo en la tristeza. Es como si hubiera dicho: «Soy molesto y fastidioso, pero espera un poco y me habré ido». Pensaba en ello cuando dijo: *No siempre me tendréis*. Nada de esto, sin embargo, hizo ceder a este hombre bestial y enloquecido, aunque hizo y dijo muchas más cosas que éstas, lavó sus pies en la noche de la traición, compartió su mesa y hospitalidad. Habitualmente este tipo de cosas mueven el alma de los ladrones. Pronunció, además, palabras capaces de ablandar incluso a una piedra. Añádase a ello que todos estos hechos sucedieron no mucho tiempo antes, sino en el mismo día, a fin de que el paso del tiempo no le hubiera hecho olvidar. Se mantuvo, no obstante, firme en su propósito.

3. Un vicio terrible es la codicia, un vicio terrible. Incapacita ojos y oídos, convierte a los hombres en seres más

fieros que las bestias salvajes y no les permite considerar su conciencia, ni la amistad, ni la unión, ni la salvación de su alma. Los aparta irrevocablemente de estas consideraciones y, como una severa tiranía, hace de sus cautivos esclavos. La característica terrible de esta amarguísima esclavitud es que incluso les persuade de que han de estarle agradecidos; y cuanto más se esclavizan, tanto más se incrementa el placer que en ello encuentran. De esta suerte, la enfermedad es difícil de curar, y la bestia, difícil de domar. Este vicio convirtió a Guejazí en leproso en lugar de discípulo y profeta¹⁹, destruyó a Ananías y a sus seguidores²⁰, hizo de Judas un traidor, corrompió a los gobernantes de los judíos, quienes aceptaban regalos y se hicieron partícipes de los ladrones. Ha originado innumerables guerras, llenado las calles de sangre y las ciudades de luto y lágrimas. Ha hecho impuros los banquetes, malditas las mesas y llenado los alimentos de ilegitimidad. Por este motivo, Pablo la denominó idolatría²¹. Y aun así, no infundió temor. ¿Por qué dijo idolatría? Muchos poseen riquezas y no osan usarlas, sino que las consideran sagradas, las dejan intactas en herencia a sus hijos y a los hijos de sus hijos. No se atreven a tocarlas, como si fuera algo consagrado a Dios. Es más, si en alguna ocasión se ven obligados a usarlas, se sienten como si estuvieran haciendo algo sacrílego.

De la misma forma que el pagano cuida diligentemente su ídolo, tú confías el oro a puertas y cerrojos, y en el lugar de un templo dispones el tesoro y lo depositas en vasos de plata. ¿No lo veneras como él hace con el ídolo? Pones de manifiesto toda diligencia en ello. Con alegría ofrecería sus ojos y su vida en lugar del ídolo y los que aman el oro obrarían de la misma forma. «Pero yo no venero al oro». Tam-

poco él adora al ídolo, sino al espíritu malvado que habita en él. De igual modo tú, supuesto que no adores el oro, sí que veneras el espíritu malvado que gravita sobre tu alma desde el momento mismo en que lo ves y deseas. El vicio de la codicia es peor que un espíritu malvado, y muchos son más obedientes a él que aquéllas otras lo son a los ídolos. Estos últimos no obedecen muchas cosas, mas los esclavos de la avaricia ceden y obedecen en todo.

¿Qué dice? «Sé hostil, enemigo de todos, olvida la naturaleza, desdeña a Dios, sacrifícate a mí». Y en todo obedecen. Los paganos sacrifican bueyes y ovejas a los ídolos, por lo que la codicia dice: «Sacrifícame tu propia alma», y obedece. ¿Ves qué altares posee?, ¿qué tipo de sacrificios acepta? Los codiciosos no tendrán en herencia el reino de Dios²², mas ni ante esto sienten temor. Esta inclinación es más débil que las demás, ya que no es innata ni natural. Si lo fuera, habría estado en el hombre desde el principio. Ahora bien: el oro no existía desde el principio y nadie lo amaba apasionadamente. Si lo queréis, explicaré cómo ha entrado este vicio.

Como cada uno envidiara al que tiene ante sí, extienden la enfermedad, y el primero incita al que, en principio, no lo desea. Mas al ver hermosas casas, extensos campos, gran número de esclavos, vasos de plata e innumerables vestidos, se esforzaron por conseguir otros mejores. De esta suerte, lo primero dio origen a lo segundo, y esto, a lo que vino después. Ahora bien, si hubieran querido ser prudentes, no habrían servido de modelo para otros, por lo que no tienen defensa alguna, porque hay hombres que desprecian las riquezas. ¿Quién las desprecia? Este vicio está tan extendido que parece imposible hacerlo, y se duda de que alguien pueda obrar con rectitud. He de mencionar a muchos que

en las ciudades y en las montañas desdeñan las riquezas. Mas ¿cuál es el beneficio? A todas luces no seréis mejores por ellas.

Ahora mi discurso no trata de esto, ni pretende que abandonéis vuestras posesiones, aunque yo lo desearía, mas no obligo a ello, ya que el peso os resultaría grande en exceso. Sin embargo, insisto en que no codiciéis las posesiones de otros y en que compartáis las vuestras. Hallaremos a muchos a quienes su hacienda les parece suficiente, que velan por los suyos y que viven de un trabajo honrado. ¿Por qué no envidiamos e imitamos a éstos? Pensemos en nuestros antepasados. Permanecen sus propiedades, y de ellos sólo se preservan sus nombres. El baño de este tal, la casa en las afueras y la morada de aquel otro. Al verlas, ¿no nos quejamos pensando en qué esfuerzo realizó y cuántos fraudes perpetró? A él, sin embargo, no se le ve, sino que otros gozan del resultado de su trabajo, personas que nunca pensaron que los disfrutarían, quizá sus enemigos, mientras él sufre la máxima pena.

Nos aguarda también este destino a nosotros. Inevitablemente moriremos y llegaremos al mismo fin. ¿Qué enojada rivalidad, qué gasto, qué enemistad no padecieron? Y ¿cuál es el beneficio? El castigo eterno, sin alcanzar consuelo alguno, ser castigados por todos, no sólo en vida, sino también después de la muerte. ¿Qué más? Cuando vemos la imagen de muchos en sus casas ¿no los lloramos más? Bien dijo el profeta: *Todo hombre viviente en vano está intranquilo*²³. Sin lugar a dudas, la preocupación por asuntos tales es inquietud, inquietud y conmoción innecesaria. No sucede lo mismo en las moradas eternas, en las moradas de la vida futura. En esta vida uno trabaja y otro goza del fruto, mas en la vida futura uno será el dueño de su propio es-

fuerzo y recibirá la recompensa, multiplicada muchas veces. Por tanto, esforcémonos por esta clase de posesiones, preparémonos allí moradas, a fin de que podamos hallar reposo en Cristo nuestro Señor.

HOMILÍA 66

Una muchedumbre de judíos supo que estaba allí, y vinieron, no sólo por Jesús, sino por ver a Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos

1. De la misma forma que la riqueza puede hacer caer a quienes no estén en guardia, de igual modo sucede con el poder. La primera conduce a la codicia y el segundo al orgullo. Observa, por ejemplo, que el pueblo judío, que estaba sujeto a la autoridad, estaba sano, mientras que sus dirigentes estaban corruptos. Que el pueblo creía en él, repetidamente lo declararon los evangelistas con expresiones como *Mucha gente creía en él*². Muchos de los dirigentes, sin embargo, no creían. Estos mismos, y no la multitud, preguntaron: *¿Alguno de los dirigentes, acaso, ha creído en él? ¿Qué añade? Esta gente que no conoce la Ley son unos malditos*³. Decían que los que creían en él eran unos malditos, mientras que ellos, sus asesinos, estaban exentos de pecado.

En este punto, muchos que vieron el milagro creyeron, pero a los gobernantes no sólo no les bastaban sus personales crímenes, sino que, además, intentaban matar a Lázaro. Baste que quisieran matar a Cristo porque no observaba el sábado, porque se hacía igual al Padre y a causa de los

romanos a los que se refieren. Pero ¿qué cargos podían alegar contra Lázaro para pretender su muerte? ¿Recibir su favor, acaso? ¿Ves cuán criminal era su propósito? Pese a que Cristo había hecho muchos milagros, ninguno, ni el del paralítico, ni el del ciego, les irritó como éste. Este milagro era más digno de mención por sus características: tuvo lugar después de otros muchos y, sin duda, era sorprendente ver a un hombre que llevaba cuatro días muerto caminar y hablar. ¡Bonita forma de guardar la fiesta (¿o no?), mezclando asesinatos y celebraciones! En cierta ocasión, además, lo acusaron de violar la observancia del sábado y, de este modo, atrajeron a la gente⁴. Aquí, por el contrario, puesto que no encontraban qué reprocharle, intentaron atacar a quien había sido curado. No podían decir que se oponía al Padre, ya que el hecho de que orara les hizo callar.

Así las cosas, puesto que había eliminado lo que sostenía la acusación que en tantas ocasiones habían alegado, y como el milagro era a todas luces evidente, se lanzaron sin dilación al asesinato. De lo que se deduce que, si no hubieran podido acusarle de violar la observancia del sábado, habrían obrado igual en el caso del ciego. Añádase que el ciego era una persona desconocida, por lo que lo expulsaron del Templo. Lázaro, por el contrario, era persona bien conocida, tal y como se deduce del hecho de que muchos acudieran a consolar a sus hermanas. El milagro, además, tuvo lugar ante muchos testigos y fue acompañado de muchos sucesos extraños, por lo que muchos corrieron para presenciarlo. Molestó, por tanto, a los gobernantes el hecho de que todos, sin prestar atención, acudiesen a Betania, aunque se estaba celebrando la fiesta. Intentaban matarlo y, sin embargo, no creían hacer algo osado. ¡Tan criminales eran! Por este motivo la Ley co-

mienza diciendo: *No matarás*⁵ y el profeta dice: *Sus manos están llenas de sangre*⁶.

¿Por qué motivo él, que no había ido abiertamente de un lado a otro de Judea, sino que se había retirado al desierto, entró de nuevo en Judea y todos lo sabían? Había saciado la sed de su ira con su retirada y, ya calmados, regresó de nuevo. Además, la gran cantidad de personas que iban delante y detrás de él era suficiente para precipitarlos en la congoja. Ningún milagro atrajo a tanta gente como el de Lázaro. Otro evangelista, sin embargo, dice: *Arrojaban sus mantos a sus pies, y Toda la ciudad estaba conmovida*⁷. ¡Con tanto honor entró! Hizo esto para prefigurar una profecía y dar cumplimiento a otra, y el mismo hecho fue principio de una y fin de la otra.

Así es: las palabras *Alégrate porque tu rey, que es manso, viene a ti*⁸ se dijeron de él al cumplir esta profecía, mientras que, con el hecho de estar sobre un asno, prefiguraba la circunstancia de que en el futuro él tendría bajo su dominio la raza impura de los gentiles ¿Cómo es que los otros evangelistas dijeron que envió a sus discípulos y les dijo: *Desatad al asno y al pollino*⁹ y Juan, en cambio, no mencionó nada de esto, sino que sólo dijo: «Encontró un asno y lo montó»?¹⁰ Porque es posible que sucedieran ambas cosas, que después de que el asno fuera desatado, mientras los discípulos se lo llevaban, lo encontrara y lo montara. Seguidamente, tomaron ramas de palmera y olivo y extendieron sus mantos sobre la calzada, manifestando con ello que tenían una opinión más elevada sobre él que la de considerarlo un simple profeta. Por todo esto exclamaron: *Hosanna, bendito el que viene en nombre del Señor*¹¹.

¿Ves cómo los enfurecía que todos creyeran que no se oponía a Dios y, mucho más que esto, algo que dividía al pueblo, que él dijera que venía del Padre? Pero ¿qué significa *Alégrate, hija de Sión*? Puesto que todos sus reyes, o, al menos, en gran parte, eran injustos y codiciosos, habían traicionado a sus enemigos, habían pervertido a la gente y los habían hecho súbditos de sus enemigos, el profeta dijo: «Ten confianza. Éste no es así, sino manso y humilde», y corroboró esta afirmación con el asno, pues no hizo su entrada con un ejército entrenado, sino sólo con un asno.

Sus discípulos no entendieron que esto había sido escrito sobre él. ¿Ves cómo los discípulos no sabían muchas cosas porque él mismo no se las había revelado? Cuando dijo: *Destruid este templo y en tres días lo levantaré*¹², los discípulos no entendieron. Otro evangelista afirma que les había sido ocultado su significado y que no entendían que él había de resucitar de entre los muertos¹³. Con razón se les había ocultado. Otro evangelista había dicho que siempre que oían hablar de este asunto, se entristecían y turbaban y sucedía, sin duda, porque desconocían el sentido de la resurrección. Se les había ocultado con razón, ya que era un asunto de una importancia tan capital que no podían entenderlo. ¿Por qué no se les explicó el significado del asunto del asno? Porque también era algo de una gran importancia.

2. Observa la sabiduría del evangelista, cómo no se avergüenza de poner de manifiesto que, al principio, eran unos ignorantes. Sabían de la existencia de la profecía, pero desconocían que había sido escrita en referencia a él. Sin lugar a dudas les habría escandalizado el pensamiento de que él habría de sufrir tales sufrimientos, pese a ser un rey, y oír que habría de ser traicionado, como lo fue en realidad. No

habrían entendido al punto, sin duda, la noción del reino al que se refería, ya que, como otro evangelista afirmó, pensaban que hablaba del reino de este mundo¹⁴.

La multitud era testigo de que había resucitado a Lázaro. Es decir, no habrían sido atraídos tantos a la vez si no hubieran creído en el milagro. *Los fariseos se decían: ¿Veis cómo no conseguís nada? He aquí que todo el mundo va tras él*¹⁵. Me parecen palabras de hombres que razonan sensatamente, pero cierto es también que no tenían valor para decirlo abiertamente, de suerte que intentaban retenerlos a la luz de lo que había sucedido como quienes pretenden algo imposible. Una vez más denominan a la gente «mundo». La Escritura usa habitualmente la expresión «mundo» con referencia tanto a la creación, como a los que llevan una vida malvada. Empleó este término con el primer sentido cuando dijo: *¿Quién cuenta el mundo por su número?*¹⁶; y con el segundo, cuando afirmó: *El mundo no puede odiaros, pero me odia a mí*¹⁷. Es preciso entender bien estas cosas a fin de no proporcionar base y argumentos a los herejes a partir del significado de los conceptos.

*Había algunos griegos entre ellos que habían subido a adorar en la fiesta*¹⁸. Estaban a punto de convertirse en prosélitos, por lo que acudieron a la fiesta. Su fama se había extendido, y dijeron: *Queremos ver a Jesús*¹⁹. Felipe se hizo a un lado en favor de Andrés, que era de mayor rango que él, y le comunicó la petición. Pero Andrés no actuó con total dominio de la situación, porque había oído: *No vayáis en el camino de los gentiles*²⁰. Por este motivo, una vez que lo hubo consultado con el discípulo, se dirige al maestro, y

ambos se lo dijeron. ¿Qué contestó? *Ha llegado la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado*²¹. *Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará sólo*²². ¿Qué significa: *ha llegado la hora*? Impidiendo a los judíos todo pretexto basado en el desconocimiento, había dicho: *No vayáis en el camino de los gentiles*, y tuvo a sus discípulos apartados. Como los judíos persistían en no creer, y aquéllos, en cambio, deseaban ir a él, dijo: «Ha llegado la hora de ir a la pasión, ya que todo se ha cumplido. Si nos uniéramos a los judíos, pese a su falta de fe, y no admitiéramos a los gentiles, aunque desean venir a nosotros, sería algo indigno de nuestra providencia».

De acuerdo con esto, y puesto que iba a enviar a los discípulos a los gentiles después de la crucifixión, y ya que vio que éstos acudían de grado a él, dijo: «Es el momento de ir a la crucifixión». Antes no les había permitido dirigirse a los gentiles para que esto pudiera servir de testimonio a los judíos. Antes de que le rechazaran de hecho, antes de que lo crucificaran, no dijo: *Id y enseñad a todas las naciones*²³, sino: *No vayáis en el camino de los gentiles*²⁴, y *No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel*, y *No es justo tomar el pan de los hijos y arrojárselo a los perros*²⁵. Mas cuando le odiaron —y le odiaron tanto como para matarlo— era inútil acercarse a quienes lo rechazaban. Así es, pues ellos le negaron cuando dijeron: *No tenemos más rey que el César*²⁶. Fue entonces cuando definitivamente los apartó de sí, porque ellos lo habían apartado de ellos mismos. Por este motivo dijo: *¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos y no quisiste!*²⁷.

¿Qué significa: *Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere*²⁸? Hablaba de la crucifixión. Por si podía desconcertarlos la circunstancia de que fuera a morir en el momento preciso en el que los gentiles acudían a él, dijo: «Esto mismo será el motivo por el que vengan a mí y extiendan mi predicación». Consciente de que no los persuadía con sus palabras, puso un ejemplo objetivo: «Sucede lo mismo con el grano: cuando muere, produce un fruto más abundante. Si esto ocurre con las semillas, mucho más conmigo». Sus discípulos, sin embargo, no entendieron sus palabras. El evangelista constata este hecho repetidamente para justificar su huida posterior. Pablo, por lo demás, utilizó este mismo ejemplo para referirse a la resurrección²⁹.

3. ¿Qué excusa pueden tener los que no creen en la resurrección, cuando a diario este fenómeno puede ser observado en semillas, plantas y en nuestro mismo nacimiento? La semilla ha de experimentar primero la corrupción y después la regeneración. Cuando Dios hace algo, en suma, no hay cabida para los razonamientos humanos, porque ¿cómo nos hizo Dios de la nada? Dirijo estas palabras a los cristianos que dicen creer en las Escrituras. Y añadiré algo más conforme al razonar humano. Algunos viven en el vicio y otros en la virtud. Mas muchos de los que pasan sus vidas en el vicio han alcanzado una edad avanzada y disfrutado de una gran fortuna, mientras que los virtuosos han experimentado todo lo contrario ¿Cuándo recibirá cada uno lo que merece? ¿En qué momento? «Sin lugar a dudas ¿no existe la resurrección de los cuerpos?». No escuchan a Pablo cuando dice: *Es preciso que lo corruptible se revista de inmortalidad*³⁰.

No se refería al alma, que no sufre corrupción. Habla, además, de la resurrección de lo que ha caído; y es el cuerpo lo que cae. ¿Por qué motivo no deseas la resurrección del cuerpo? ¿No es posible para Dios lograrlo? Afirmar esto sería una grandísima estupidez. ¿No es conveniente? ¿Por qué no conviene al cuerpo corruptible, que ha participado de las penalidades y de la muerte junto con el alma, compartir también con ella las coronas? Desde luego que, si esto no hubiera sido conveniente, no habría sucedido desde el principio. Él no habría tomado su cuerpo otra vez. Que él lo tomó de nuevo y que lo resucitó, escucha cómo lo dice: *Colocad vuestros dedos aquí y ved que un espíritu no tiene huesos ni tendones*³¹. Es más: ¿por qué resucitó a Lázaro, si habría sido mejor que resucitara sin cuerpo? ¿Por qué incluyó la resurrección entre los milagros y las buenas obras? ¿Por qué les daba de comer siempre?³²

No os dejéis engañar, queridos, por los herejes. Existe una resurrección y un juicio. Los que no quieren dar razón de sus actos lo niegan. Es necesario que exista la resurrección, como acaeció la de Cristo. Él es el primero y el primer nacido de la muerte. Si la resurrección consiste sólo en la purificación del alma y en la liberación del pecado, ¿por qué Cristo resucitó de la muerte si no cometió pecado alguno? Si él hubiera pecado, ¿cómo nos libraríamos nosotros de la maldición? ¿Por qué dijo: *El príncipe del mundo viene y en mí no tiene nada*³³? Sin lugar a dudas, estas palabras evidencian que él estaba libre de pecado. En resumen, y conforme a lo que sus opositores alegarían, o bien no resucitó de la muerte, o bien, si resucitó, tendría que haber cometido pecado con anterioridad. Ocurrió todo lo contrario. Porque resucitó de la muerte sin haber cometido pecado. Él se mostró con su cuerpo, y estos argumentos malvados responden sólo a la vanagloria.

Rehuyamos, por tanto, este error: *Las malas compañías corrompen las buenas costumbres*³⁴. No es ésta la enseñanza de los apóstoles. Son Marción y Valentín quienes introdujeron esa innovación. Evitémosla, amados. Una vida pura no reporta beneficio alguno si las doctrinas están corruptas, de la misma forma que, y justo al contrario, las doctrinas rectas no benefician si la vida está corrupta. Los griegos engendraron estas enseñanzas y nuestros opositores las nutrieron tomándolas de filósofos paganos y sosteniendo que la materia no es creada y otros errores semejantes. Por consiguiente, de la misma forma que dijeron que no podía existir un demiurgo si la materia no fuera increada, de igual modo negaron la resurrección.

No les prestemos atención, que conocemos el omnipotente poder de Dios. No les prestemos atención. Os lo digo porque nosotros no nos excusaremos por el combate entablado contra ellos. El que esté desarmado e indefenso será fácilmente capturado, aun cuando arroje contra los débiles y aun en el caso de que fuera más fuerte que ellos. Si hubierais prestado atención a las Escrituras y a diario os hubierais estimulado, no os aconsejaría que evitarais entablar una batalla contra ellos, sino que, por el contrario, os exhortaría a que os lanzarais a ella, pues la verdad prevalece. Pero, como desconocéis cómo emplear las Escrituras, temo la pelea, no sea que os hallen desarmados y os venzan. Nada, nada es más débil que aquellos que se ven privados de la ayuda del Espíritu.

Si se sirvieran de la sabiduría pagana, no debéis extrañarlos; por el contrario, debéis reíros, ya que recurren a necios maestros. Aquéllos eran incapaces de descubrir alguna sana doctrina sobre Dios o sobre la creación. Así es. Pitágoras, por ejemplo, ignoraba lo que una viuda entre nosotros entiende³⁵. Dijeron que el alma es un arbusto, o un pez, o un perro. Dime entonces: ¿tenemos que prestarles aten-

ción? ¿Cómo podría ser razonable? Son hombres importantes en su pueblo, llevan largos rizos, se visten con mantos y su filosofía llega hasta esto. Ahora bien, si miras dentro, ves cenizas, polvo y nada sano, pero *su garganta es una tumba abierta*³⁶, con un hedor ulceroso, y sus enseñanzas están corroídas por los gusanos. El primero de ellos afirmó que dios es agua; el siguiente, que fuego; y el otro, que aire. Y todos ellos se refieren a cosas corpóreas³⁷. Dime, por tanto: ¿es preciso admirarlos cuando ni siquiera comprenden la idea de un Dios incorpóreo? Si tiempo después lo admitieron fue por el contacto con los nuestros en Egipto.

Interrumpamos en este punto nuestro discurso a fin de no inquietaros. Si comenzáramos a divagar acerca de sus enseñanzas relativas a Dios, la materia, el alma y el cuerpo, todo eso provocaría una gran risa. No necesitan, además, de nuestra acusación, ya que entre ellos se calumniaron. Por ejemplo, el que, en oposición a nosotros, escribió su obra relativa a la materia, se anuló a sí mismo. Por lo tanto, para evitar reteneros en vano por más tiempo y perdernos en un verdadero laberinto de palabras, omitiremos estos detalles y diremos sólo una cosa: que perseveréis en escuchar las divinas Escrituras y que no entréis en discusiones cuando no sea necesario. Pablo exhortó a Timoteo a que adoptara esta actitud, aunque ya poseía una gran sabiduría y tenía el poder de obrar milagros³⁸. Obedezcámosle, por tanto, dejemos a un lado las palabras vanas, ocupémonos en las buenas obras —me refiero al amor fraterno y a la hospitalidad— y prestemos atención a la limosna, para que alcancemos los bienes prometidos, por la gracia y la misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 67

Quien ama su vida la pierde, y el que odia su vida en este mundo, la conserva para la vida eterna. Si alguno me sirve, que me siga

1. La vida presente es agradable y está llena de placer, aunque no para todos, sino sólo para quienes se sienten apegados a ella. Si alguno fijara los ojos en el cielo y observara las bellezas allí contenidas, sucederá que, al punto, desdenará esta vida y la juzgará de poca importancia. La belleza corporal, en efecto, suscita admiración siempre que no surja nada más bello, porque en el momento en el que algo más hermoso hace su aparición, la primera es estimada en menos. Por consiguiente, si nosotros quisiéramos también observar aquella belleza y examinar atentamente la hermosura de ese reino, rápidamente nos liberaríamos de los vínculos que nos unen a las cosas de esta vida. Sin duda, el apego a las cosas presentes se asemeja a una cadena. Escucha lo que dijo Cristo para persuadirnos de ello: *Quien ama su vida la pierde, y el que odia su vida en este mundo, la conserva para la vida eterna. Si alguno me sirve, que me siga; y donde yo esté, allí también estará mi servidor.* Estas palabras son en apariencia enigmáticas, si bien no son oscuras, sino que están llenas de una gran sabiduría.

Mas ¿cómo puede suceder que *quien ama su vida la pierde*? Le sucede a quien da rienda suelta a sus perniciosos deseos, al que se complace en ella más de lo debido. Por este motivo alguien advierte con las palabras: *No cedas ante los deseos de tu alma*². Así la perderás, porque esta actitud se aparta, sin ningún género de dudas, del camino que conduce a la virtud. Sucede todo lo contrario, por tanto, en el caso de *el que la odia en esta vida la salvará*. ¿Qué significa *el que la odia*? El que no cede cuando se le ordena algo que es perjudicial. Si bien no dijo simplemente «el que no cede a ella», sino *el que la odia*. De la misma forma que nosotros no podemos soportar escuchar la voz de quienes odiamos y no nos agrada ver su rostro, sucede lo mismo con el alma, ya que, en el momento en el que nos ordena algo contrario al parecer divino, debemos apartarnos con contundencia de ella.

Estaba a punto de hablarles de la muerte, de su propia muerte, y previó su desánimo y turbación, por lo que vehementemente dijo: «¿Por qué hablo, si no soportáis con entereza mi muerte? A no ser que vosotros mismos muráis, no obtendréis beneficio alguno». Observa, sin embargo, cuán reconfortantes fueron sus palabras. Era duro y molesto oír que quien ama su vida habría de perecer. Mas ¿por qué hablo del pasado? Ahora, incluso, hallaremos hombres que soportan con satisfacción toda suerte de sufrimientos a cambio de disfrutar de la vida presente, incluso aunque hayan creído en la vida venidera. Cuando contemplan edificios, obras de arte y artilugios mecánicos, lloran y exclaman: «¿Qué cosas fabrica el hombre! Y, sin embargo, se han de convertir en polvo». Tan fuerte es su apego a la vida presente. Cristo, para destruir este vínculo, dijo: *El que odia su vida en este mundo, la conserva para la vida eterna*.

Escucha qué palabras dijo a continuación para animarlos y disipar su temor: *Si alguno me sirve, que me siga*. Se refería a su propia muerte, y les pedía que lo siguieran con hechos. Es del todo necesario que el que sirve siga al que es servido. Observa, además, en qué momento les dijo estas palabras. No se las dijo cuando sufrían persecución, sino cuando estaban confiados, cuando se creían a salvo gracias al respeto y a la reverencia que muchos le mostraban, cuando podían permanecer de pie y oír palabras como *Dejadle que tome su cruz y me siga*³. Lo que quería decir es: «Permanece siempre preparado para el peligro, para la muerte, para dejar esta vida». A continuación, puesto que había mencionado los sufrimientos, se refirió a la recompensa. ¿Cuál era? Seguirle a él y estar donde él esté, manifestando con ello que la resurrección sucede a la muerte. *Donde yo esté allí estará también mi siervo*. Pero ¿dónde está Cristo? En el cielo. Por consiguiente, antes de la resurrección, trasladémonos allí con el alma y el pensamiento.

*Si alguno me sirve, mi Padre le honrará*⁴. ¿Por qué no dijo: «Yo le honraré»? Porque ellos todavía no tenían una opinión adecuada sobre él, sino que tenían en más estima al Padre. Los que todavía ignoraban que él debía resucitar, ¿cómo podían tenerle en gran estima? Por este motivo dijo a los hijos de Zebedeo: *No me corresponde a mí dároslo, sino que es para quienes está preparado por mi Padre*⁵, aunque, él, sin duda, es el juez. Con estas palabras sostiene su legitimidad y como siervos del Hijo legítimo, el Padre los acogerá.

*Ahora mi alma se siente turbada. Y ¿qué diré? Padre, librame de esta hora*⁶. Éstas ya no eran palabras de quien los exhortaba a afrontar la muerte, ni muchísimo menos.

Eran las palabras de quien les recomendaba encarecidamente que lo hicieran. Para que no dijeran que él estaba libre del dolor humano, que le era fácil hablar de la muerte y animarnos porque él no corría este peligro, manifiesta que, aun cuando él ciertamente la temía, no se negaba a sufrirla, porque era necesaria. Todo esto es una manifestación de su humanidad, no de su divinidad. Por este motivo dijo: *Ahora mi alma se siente turbada*. Si no fuera así, ¿qué relación habría entre esta afirmación y la siguiente: *Padre, librame de esta hora*? Él estaba tan angustiado que buscaba librarse de ello si fuera posible rehuirlo.

2. En esto consiste la debilidad de su naturaleza humana. «Yo no tengo qué alegar para pedir que se me libre de la muerte». *Mas para esto he venido a esta hora*⁷. Es como si dijera: «Aunque estemos inquietos y preocupados, no rehuyamos la muerte, porque, aunque yo ahora me siento turbado, no hablo para conseguir evitarla, pues es preciso soportar lo que sobrevenga. No digo: “Librame de esta hora”, sino ¿qué? *Padre, glorifica tu nombre*⁸. Pese a que la turbación me obligó a hablar tal y como lo hice antes, sin embargo, quería decir lo contrario, es decir, *glorifica tu nombre*, o dicho de otro modo: “Llévame hacia la cruz”». Todo esto nos demuestra que era humano, que su naturaleza humana no deseaba sufrir la muerte, sino que estaba aferrada a la vida, y que tenía sentimientos humanos. De la misma forma que el hecho de que sintiera hambre y sueño no era un pecado, de igual modo, desear la vida tampoco. El cuerpo de Cristo estaba libre de pecado, pero no de necesidades humanas. De no ser así, no habría sido un cuerpo verdadero. Con estas palabras, por tanto, él enseñaba algo distinto. ¿Qué? Que, si en alguna ocasión nos encontramos en

peligro y en una situación angustiosa, no debemos desistir de nuestro cometido.

Padre, glorifica tu nombre. Manifiesta que habría de morir por la verdad, refiriéndose con ello a la manera de dar gloria a Dios; algo que, por otra parte, sería evidente tras la crucifixión. El mundo habría de convertirse, conocer el nombre de Dios y servirlo; y no sólo el del Padre, sino también el nombre del Hijo. Si bien todavía callaba este asunto. *Llegó entonces una voz del cielo: Lo glorifiqué y de nuevo lo glorificaré*⁹. ¿Dónde lo glorificó? En los acontecimientos que acaecieron antes de esto, y de nuevo lo glorificará con la crucifixión. ¿Qué contestó entonces Cristo? *Esta voz no se ha dejado oír por mí sino por vosotros*¹⁰. Creyeron que había sido un trueno o que un ángel le había hablado. ¿Cómo lo pensaron? ¿La voz no era clara y fácil de reconocer? Sí, pero pasó muy rápida, pues eran muy duros, carnales y negligentes. Algunos, incluso, apenas detectaron el sonido.

Otros, en cambio, aunque sabían que la voz estaba correctamente pronunciada, no acertaron a entender qué significaba. ¿Qué dijo Cristo entonces? *Esta voz no se ha dejado oír por mí sino por vosotros*. ¿Por qué dijo esto? Para rebatir lo que ellos continuamente decían, esto es, que no procedía de Dios. ¿Cómo es posible que no sea de Dios si él fue glorificado por Dios, cuyo nombre fue también glorificado por él? Por este motivo se dejó oír la voz, y por este motivo también, dijo: *Esta voz no se ha dejado oír por mí sino por vosotros*, «no para que yo aprendiera algo que desconociese, porque yo conozco todo lo del Padre, sino por vosotros». Puesto que decían que un ángel le había hablado, o que se había oído el ruido de un trueno, y no le prestaban atención, dijo: «Sucedió por vosotros, para que, aunque os sorprendiera así, os impulsara a preguntar por su signifi-

cado». Estaban sorprendidos por este incidente y, sin embargo, cuando oyeron que había sucedido por su bien, no preguntaron nada. Naturalmente, la voz no pareció del todo clara para el que desconocía a qué se refería. *Esta voz no se ha dejado oír por mí sino por vosotros*. ¿Ves que lo humano sucedía por ellos y no porque el Hijo necesitara de ayuda?

*Ahora es el juicio de este mundo, ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera*¹¹. ¿Qué relación guardan estas palabras con *lo glorifiqué* y con *lo glorificaré*? Guardan una relación muy estrecha y hay plena armonía entre ellas. Había dicho: *Lo glorificaré*, y ahora manifiesta la forma en la que habría de hacerlo. ¿De qué forma? *Aquel será expulsado*. Pero ¿qué significa la expresión: *es el juicio de este mundo*? Es como si hubiera dicho: «Habrá un tribunal y un castigo. ¿Cómo y de qué forma? «Destruyó al primer hombre cuando lo atrapó en las redes del pecado, pues *a través del pecado entró la muerte*¹², pero no lo ha encontrado en mí. ¿Por qué, entonces, se arrojó sobre mí y me entregó a la muerte? ¿Por qué preparó el alma de Judas para que me destruyera? Que el conocimiento de aquel malvado lo examine para que no me digas ahora que Dios lo planeó, que es el resultado, no de la estrategia del demonio, sino de la sabiduría de Dios. Pero, ¿cómo, entonces, el mundo va a ser juzgado en mí?». Sucede como si en el tribunal se le dijera: «De acuerdo, destruiste a todos porque los encontraste culpables de pecado, pero ¿por qué destruiste a Cristo? ¿No es evidente que actuaste injustamente? Por consiguiente, por él todo el mundo será justificado».

Para que esto quede todavía más claro, lo ilustraré con ejemplos. Supongamos que existe un tirano entregado a la violencia, que rodea de innumerables maldades a todo el que se topa con él y, llegado el caso, se enfrentara a un rey, o

al hijo de un rey, y lo destruyera injustamente. Su muerte conseguiría que los demás fueran vengados. Supongamos que un acreedor exige a sus deudores, los golpea y encarcela, y que después, por esa misma demencia, a alguien que no le debe nada también lo mete en la misma cárcel. El acreedor pagará por lo que ha hecho a los otros, ya que este inocente lo destruirá.

3. Esto ha sucedido en el caso del Hijo, y por lo que nos hizo a nosotros, por lo que osó hacer con Cristo, el diablo tendrá que dar cuenta. Escucha lo que dijo como demostración de que insinuaba esto: *Ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera por mi muerte. Y yo si fuere levantado, atraeré a todos hacia mí*¹³, es decir, también a los gentiles. Por si alguno preguntara: «¿Cómo será arrojado si también te vence a ti?», dijo: «No me vence, porque ¿cómo podría hacerlo si atraigo a todos los demás?». No hizo mención de la resurrección, sino que se refirió a algo mayor que la resurrección, esto es, dijo: *Atraeré a todos hacia mí*. Si hubiera dicho «resucitaré», no sería evidente que habrían de creer, pero al afirmar «crecerán», se refería a ambas cosas y confirmaba que habría de resucitar. Si hubiera permanecido muerto y hubiera sido sólo un hombre, ninguno habría creído.

Atraeré a todos hacia mí. ¿Cómo dijo, entonces, que el Padre los atrae? Porque, cuando el Hijo los atrae, el Padre los atrae. Lo que quería decir es lo siguiente: «Los atraeré como si hubieran estado sujetos a un tirano y hubieran sido incapaces de venir a mí sólo con sus esfuerzos y, al oponerse, incapaces de escapar a sus manos». En otro punto denominó a esta actitud «saqueo»: *Nadie puede arrebatarse los bienes de un hombre fuerte, a menos que primero ate al fuerte y luego saquee sus bienes*¹⁴. Lo dijo para mostrar su

fuerza. Lo que en aquel punto denominó «saqueo», en éste lo llamó «atracción».

Conocedores de todo lo cual, levantémonos y glorifiquemos a Dios, no sólo por nuestra fe, sino también por nuestra vida, ya que de otra forma no sería gloria, sino blasfemia. Dios no es tan infamado por un gentil impuro como por un cristiano corrupto. Os ruego, por tanto, que hagáis cuanto esté en vuestras manos para que Dios sea glorificado. Él dijo: *¡Ay de aquel siervo por quien el nombre de Dios es infamado!* Cuando hay una desgracia, al punto se sigue un castigo y una justa pena. En cambio, bienaventurado aquel por quien su nombre es glorificado. No caminemos en la oscuridad, sino evitemos todos los pecados, en especial aquellos que ocasionan un daño general, que con éstos es especialmente infamado Dios. ¿Qué perdón tendremos si nosotros, a quienes se exhorta a dar a los demás, robamos sus bienes? ¿Qué esperanza de salvación tendremos? Si no diste de comer al hambriento serás castigado, pero si desnudas a quien ya está vestido, ¿qué perdón tendrás?

No dejaremos de decir constantemente estas cosas, pues los que no escuchan hoy, quizá escuchan mañana, y los que no presten atención mañana, quizá sean persuadidos pasado mañana. Mas si fuera el caso que algunos continuaran en su obstinación, nosotros, al menos, no seremos juzgados culpables y habremos cumplido con nuestro deber. Ojalá que nosotros no tengamos que avergonzarnos por estas palabras y que vosotros no tengáis que ocultaros, sino que todos podamos presentarnos confiados ante el tribunal de Cristo, a fin de que, incluso, podamos gloriarnos de nosotros mismos, alcanzar algún alivio a nuestras maldades, gracias a que vosotros contéis con la aprobación en nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 68

La multitud le contestó: Nosotros sabemos por la Ley que el Cristo permanece para siempre. ¿Cómo dices, entonces, que el Hijo del hombre ha de ser levantado? ¿Quién es ese Hijo del hombre?

1. El engaño se detecta enseguida y es fácil de captar, aunque exteriormente esté camuflado por colores innumerales. De la misma forma que los que reparan fisuras en las paredes no pueden hacer que éstas sean sólidas y fuertes sólo cubriéndolas con pintura, los mentirosos son atrapados con facilidad, algo que en este punto los judíos han experimentado. Cuando Cristo dijo: *Cuando sea levantado, atraeré a todos hacia mí*, ellos contestaron: *Nosotros sabemos por la Ley que el Cristo permanece para siempre. ¿Cómo dices, entonces, que el Hijo del hombre ha de ser levantado? ¿Quién es ese Hijo del hombre?* Conocieron entonces que el Cristo es inmortal y que tiene una vida que no tiene fin. Supieron, sin duda, lo que quería decir. En las Escrituras, la resurrección es frecuentemente mencionada en el mismo pasaje que la pasión. Isaías, por ejemplo, se refirió a ambas cosas cuando dijo: *Era llevado como oveja al matadero*, y lo que sigue². David, en el Salmo 2 y en alguna otra parte, unía ambas cosas. Es más, cuando el patriarca dijo:

Se encorvaba y echaba como un león, él añadió: *Y como cachorro de león ¿quién lo hostigará*³. Se refiere a un tiempo a la pasión y a la resurrección. Por tanto, aunque éstos entonces pensaban que le estaban haciendo callar y que demostraban con la Ley que él no era el Cristo, lo cierto es que estaban reconociendo que el Cristo permanece para siempre.

Observa qué malicia. No decían: «Hemos oído que el Cristo no sufrirá ni será crucificado», sino *permanece para siempre*. Ahora bien, ni siquiera esta afirmación era contradictoria, ya que la pasión no era obstáculo para la inmortalidad. Por este incidente es posible ver que entendían lo que parecía ambiguo y que deliberadamente persistían en el error. Ya antes había hablado de su muerte, por lo que al oír las palabras «ser levantado», sospecharon que se refería a ésta. Luego preguntaron: *¿Quién es ese Hijo del hombre?*, y lo preguntaron con malicia.

En realidad lo que querían decir es lo siguiente: «No creas que decimos esto por ti y no digas que te contradecemos por hostilidad. De cualquier forma, no sabemos de quién hablas y, con todo, manifestamos lo que pensamos». ¿Qué contestó Cristo? Para reducirlos al silencio y demostrarles que su pasión no era un obstáculo que le impidiera permanecer para siempre, dijo: *Por poco tiempo aún está la luz en medio de vosotros*⁴, demostrándoles que su muerte es sólo un cambio de estado. La luz del sol no se extingue, sino que desaparece por poco tiempo y reaparece de nuevo. *Caminad mientras tenéis luz*. ¿A qué momento se refiere? ¿A toda la vida o al momento anterior a la crucifixión? Yo, por mi parte, opino que a ambas cosas, ya que por su inefable misericordia muchos creyeron después de la crucifixión. Y lo dice para atraerlos a la fe, tal

y como había hecho antes cuando dijo: *Aún estaré con vosotros un poco de tiempo*⁵.

El que camina en tinieblas, no sabe por dónde va. ¿Qué hacen los judíos ahora? Ellos mismos desconocen qué hacen, mas, sea lo que fuere, caminan en la oscuridad. Ellos, por supuesto, creen que caminan por el camino correcto; sin embargo, recorren el opuesto, ya que observan el sábado, guardan la Ley y observan todo lo relativo a los alimentos, y aun así no saben por dónde caminan. Por este motivo dijo: *Caminad en la luz para que seáis hijos de la luz*, es decir, «para que seáis hijos míos». Aunque el evangelista dijo al comienzo: *Nacieron no de la sangre, ni del deseo de la carne, sino de Dios*, es decir, del Padre, en este punto dice que él los engendra, para que aprendas que una es la acción del Padre y del Hijo.

Después de decir estas cosas, Jesús se apartó de ellos y se ocultó. Ahora ¿por qué se oculta? No le arrojaban piedras ni dijeron ninguna blasfemia como antes. ¿Por qué, entonces, se ocultó? Leía en sus corazones y sabía que estaban muy irritados, aunque no dijeran nada. Sabía que estaban furiosos y decididos al asesinato; por eso no esperó a que emprendieran ese proyecto, sino que se escondió para calmar su mala fe. Observa cómo lo sugiere el evangelista. Al punto añadió: *Aunque había hecho tan grandes milagros, no creyeron en él*⁶. ¿Qué milagros eran éstos? Los numerosos prodigios que el evangelista no mencionó. Que se ocultara es evidente por lo que vino a continuación. Cede, se aparta de ellos y, cuando de nuevo regresa, les habla amablemente en los términos siguientes: *El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió.*

Observa cómo actúa: empieza con palabras humildes y recurre al Padre; seguidamente habla en términos sublimes

y, cuando percibe su indignación, se va, se contiene y, de nuevo, comienza con palabras humildes. ¿Dónde hizo esto? ¿Dónde no lo hizo? Observa lo que dijo al principio: *Como le oigo, juzgo*; y después, en un tono más sublime: *Como el Padre resucita a los muertos y los vivifica, así también el Hijo da la vida a los que quiere*⁷. Y de nuevo: *Yo no os juzgo, otro es el que juzga*. Una vez más se aleja, y, después, cuando fue a Galilea, dijo: *Procuraos no el alimento perecedero*. Luego de afirmar grandes cosas de sí mismo, que había bajado del cielo y que da la vida eterna, una vez más se aleja. Y en la fiesta de los tabernáculos, por último, hace lo mismo⁸.

2. Cualquiera podría ver que continuamente sus enseñanzas se presentaban de formas distintas, con su presencia, con su ausencia, con palabras humildes, con palabras sublimes, algo que, precisamente, ha hecho en este pasaje.

*Aunque había hecho muchos milagros, no creían en él, para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías que dice: «Señor, ¿quién creyó en nuestro mensaje?, y el brazo del Señor ¿a quién ha sido revelado?». Y tampoco pudieron creer porque también había dicho Isaías: «Oiréis con el oído y no entenderéis». Dijo esto cuando vio su gloria y habló de él*⁹. He aquí que las palabras «porque» y «dijo» no se refieren a la causa, sino al resultado final. No porque Isaías lo dijera no creyeron, sino porque no iban a creer fue por lo que Isaías lo afirmó. ¿Por qué el evangelista no lo expresa de esta forma, sino que afirma que su falta de fe procedía de la profecía y no la profecía de su falta de fe, y sostiene esta afirmación con las palabras «por esto no podían creer, porque Isaías dijo»? Desea demostrar la veracidad de las Es-

crituras con varias pruebas y demostrar que lo que se profetizó no sucedió de forma distinta a como se dijo. Para que alguien no preguntara: «¿Por qué vino Cristo? ¿No sabía que no iban a hacerle caso?», las Escrituras presentan a los profetas que lo sabían. Vino para que no tuvieran excusa para su pecado. Lo que predijo el profeta lo predijo como algo que iba a suceder en su totalidad. Si no fuera a suceder, no lo habría predicho. Iba a acaecer que los judíos fueran incorregibles.

Aparecen las palabras «no podían» en lugar de «no querían». No te sorprendas. En otra parte las Escrituras dicen: *El que pueda entender, que entienda*¹⁰. Es frecuente decir «poder», en lugar de «desear». Y una vez más: *El mundo no puede odiaros, pero a mí me odia*¹¹. Ahora bien, cualquiera puede observarlo en el uso normal, como cuando uno dice: «No puedo querer a éste tal», refiriéndose a la fuerza ejercida por la voluntad, y, en la misma línea: «Este tal no puede ser bueno». Y el profeta ¿qué dice?: *Si el etíope cambia su color y el tigre su rayada piel, también este pueblo podrá obrar el bien aunque haya conocido el mal*¹². No quiere decir que sean incapaces de practicar la virtud, sino que no quieren, por lo que no pueden. Las palabras del evangelista significan que era imposible que el profeta mintiese, y no imposible que ellos creyeran. Incluso en el caso de que ellos hubieran creído, era posible que se ajustara a verdad, ya que no habría hecho esta profecía si hubieran tenido la intención de creer. Bien, entonces, ¿por qué no lo expresó de este modo? Porque la Escritura tiene modos peculiares de expresión y es preciso, por tanto, observar sus reglas.

Dijo esto cuando vio su gloria. ¿De quién? Del Padre. ¿Cómo es, entonces, que Juan se refiere al Hijo¹³, y Pablo,

al Espíritu? Por supuesto que no porque confundiesen las Personas, sino para manifestar que ellos poseen una única dignidad. Los atributos del Padre son del Hijo y los del Hijo, del Padre. Dios dijo muchas cosas a través de ángeles, y nadie dice: «Tal y como dijo el ángel», sino ¿qué? «Dios dijo». Las palabras dichas por Dios a través de los ángeles eran de Dios, y no de los ángeles. De igual modo, en este punto Juan quería decir que las palabras pronunciadas por Isaías eran del Espíritu. *Y habló de él.* ¿Qué ha dicho? *Vi al Señor sentado sobre un trono elevado.* Con la palabra «gloria» en este pasaje, se refiere a aquella visión, al humo, a oír inefables misterios, a la visión del serafín y al relámpago de luz fulgurante desde su trono, al que aquellas fuerzas no podían mirar. *Y habló de él.* ¿Qué ha dicho? Que oyó una voz que decía: *¿A quién enviaré? ¿Quién irá? Y respondí: «Heme aquí, envíame a mí».* *Y él dijo: «Con vuestro oído oiréis y no comprendéis, y mirando miraréis y no veréis. Él ha cegado sus ojos y endurecido sus corazones para que no vean con sus ojos y no entiendan con sus corazones».*

He aquí de nuevo otro pasaje confuso, mas no si lo examinamos correctamente. De la misma forma que el sol, y no es algo extraño a su naturaleza, daña los ojos de aquellos cuya visión es débil, sucede lo mismo con los que no analizan las palabras de Dios detenidamente. Como en el caso del faraón, de quien se decía que su corazón se había endurecido, ocurre lo mismo con aquellos que se oponen a las palabras de Dios. Se trata de una expresión peculiar de la Escritura, similar a la siguiente: *Los entregó a su réprobo sentir, y Ha permitido caer a las naciones*¹⁴, es decir, ha consentido, lo ha permitido. Esto no implica que Dios fuera el responsable de ello, sino que manifiesta que todas estas cosas ocurrieron como resultado de la maldad de esos hombres.

Cuando somos abandonados por Dios, somos entregados al diablo y, entregados al diablo, sufrimos innumerables y terribles consecuencias. Con el fin de atemorizar al auditorio dice «ha endurecido» y «ha entregado». Escucha lo que dice como testimonio de que él no sólo no nos entrega, sino que además no nos abandona si no lo deseamos: *¿No han hecho vuestras iniquidades una barrera entre vosotros y yo?* Y junto a esto: *Los que se apartan de ti perecerán*¹⁵. Es más, Oseas dice: *Has olvidado la Ley de tu Dios; yo también me olvidaré de ti*¹⁶. Y en los Evangelios él dijo: *Cuántas veces quise juntar a tus hijos y no quisiste*¹⁷. E Isaías, a su vez: *Vine y no encontré a nadie, llamé y nadie respondió*¹⁸. Lo dice para demostrar que somos nosotros quienes comenzamos el proceso de abandono y nosotros los responsables de nuestra destrucción. Dios no sólo no desea abandonarnos ni castigarnos, sino que, incluso, cuando castiga lo hace sin desearlo. Él dijo: *No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*¹⁹. Cristo, incluso, llora por la destrucción de Jerusalén, algo que también nosotros hacemos en el caso de nuestros amigos.

3. Sabedores de todo lo cual, esforcémonos para no separarnos de Dios. Pongamos especial cuidado, por el contrario, en la atención de nuestras almas y en amarnos los unos a los otros. No desgarraremos nuestros miembros, actitud propia de quienes están locos y fuera de sí, sino que, en la medida en la que observemos su propensión al mal, cuidémosles más. Cuando vemos a muchos con enfermedades incurables en sus cuerpos, no dejamos de aplicar remedios. ¿Qué es peor que pies aquejados por la enfermedad?

¿Qué peor que manos enfermas? ¿Debemos por ello amputar estos miembros? De ninguna manera. Nos esforzamos, por el contrario, en aliviar el dolor, ya que no podemos quitar la enfermedad.

Hagamos esto con nuestros hermanos, y, aun en el caso de que sean enfermos incurables, continuemos cuidándolos y llevemos las cargas de unos y otros. De este modo, daremos cumplimiento a la ley establecida por Cristo y alcanzaremos los bienes prometidos, por la gracia y la misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 69

Y aun así, incluso entre los magistrados muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo reconocían, no fuese que los expulsaran de la sinagoga. Pues amaban la gloria de los hombres más que la gloria de Dios

1. Debemos huir de todas las pasiones que corrompen el alma, de todas ellas por igual. Pero especialmente de las que por naturaleza hacen aflorar muchos pecados: por ejemplo, el de la avaricia. En sí misma es ésta una enfermedad temible, pero se vuelve mucho más grave por ser raíz y madre de todos los males. Lo mismo sucede con la vanagloria. Repara, por ejemplo, en que estos hombres estaban alejados de la fe a causa de su amor por la gloria de este mundo. Pues el evangelista dijo: *Incluso entre los magistrados muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo reconocían, no fuese que los expulsaran de la sinagoga*. Cristo les había hablado de esto antes. ¿Cómo podéis creer vosotros, que recibís gloria los unos de los otros y no buscáis la gloria que viene del único Dios?² Sin duda no eran magistrados, sino esclavos en el grado más bajo de la esclavitud. Sin embargo, este miedo fue destruido más tarde. Pues en ninguna ocasión vemos a los apóstoles cautivos de esta pasión. Digo esto porque, en su caso, los magistrados y

sacerdotes profesaron su creencia. La gracia del Espíritu vino y los hizo a todos más inflexibles que categóricos.

En esta ocasión, por tanto, ya que este respeto humano era un obstáculo para su creencia, escucha lo que él dijo: *El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envía*³. Es como si dijera: «¿Por qué os da miedo creer en mí? La fe en Dios viene a través de mí y, en consecuencia, también el descreimiento». Repara en cómo mostraba por todos los medios la completa identidad de sus substancias. Además, no dijo: «El que me cree», no fuese que alguien afirmase que se estaba refiriendo a sus palabras y estaba diciendo algo que podría ser dicho por hombres ordinarios. Pues quien creyera a los apóstoles no los creía a ellos, sino a Dios. Para que supieras que estaba hablando de creencia en su substancia, no dijo: «El que cree en mis palabras,» sino: *el que cree en mí*.

Aun así, ¿por qué nunca aseveró lo contrario, a saber: «El que cree en el Padre no cree en el Padre, sino en mí»? Porque replicarían: «Mira, creemos en el Padre, pero no creemos en ti». Digo esto porque eran todavía muy débiles. Al dirigirse a sus discípulos, habló de este modo: *Vosotros creéis en Dios: creed también en mí*⁴. Sin embargo, dado que percibía que estos hombres eran demasiado débiles para oír tales palabras, los condujo por un camino diferente. Les mostró que es imposible creer en el Padre sin creer en él. Además, para que no pensaras que estaba hablando como si hablara de un hombre, añadió: *El que me ve, ve al que me envió*⁵.

¿Qué es esto, entonces? ¿Es Dios un cuerpo? De ninguna manera, pues él estaba hablando aquí de visión mental, y por medio de eso estaba evidenciando su consubstantialidad con el Padre. Además, ¿qué significa *el que cree en*

mí? Como uno diría: «El que lleva agua del río no toma agua del río, sino realmente la de su fuente». Aun así, este ejemplo es aún demasiado endeble para la cuestión.

*He venido como luz al mundo*⁶. Puesto que el Padre es llamado con este nombre en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, él también usó este nombre para sí mismo. Por eso Pablo le llama también *resplandor*⁷, pues aprendió de la Escritura a hacerlo. Cristo estaba señalando que su relación con el Padre es muy estrecha, o mejor, que no hay diferencia. Por eso dijo que la creencia en él no es sólo en él, sino que incluye al Padre. Más aún, se llamó a sí mismo *luz*, porque libra a los hombres del error y destruye la oscuridad de sus mentes.

*Si alguien no me escucha, no soy yo quien lo juzga; pues no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar el mundo*⁸. Para que no pensaran que, por falta de poder, fue incapaz de juzgar a los que lo rechazaban, declaró: *No he venido a juzgar al mundo*.

2. Seguidamente, para que no se relajaran por esta razón, cuando supieron que quien cree se salvará y quien no crea será castigado, mira cómo los amenazó con un tribunal temible. Siguió diciendo: *El que me rechaza y no acepta mis palabras tiene a alguien para condenarlo*⁹.

Si el Padre no juzga a nadie y tú no has venido a juzgar el mundo, ¿quién lo juzgará? *La palabra que he dicho lo juzgará*. Como estaban diciendo que él no venía de Dios, habló de este modo para señalar que entonces no podrán decir estas cosas. Dijo: «Las palabras que he dicho ocuparán el lugar del acusador para declararlos culpables y privarlos de toda excusa». *La palabra que he dicho*. ¿Qué tipo de palabra? *No*

*he venido por mí, sino que el que me envió, el Padre, me ha dado el mandato de lo que debo decir y lo que debo declarar*¹⁰. Y otras afirmaciones similares a ésta. En consecuencia, estaba hablando de este modo por ellos, en orden a que no tuvieran ni una brizna de excusa. Si esto no fuese así, ¿cómo habría sido él mejor que Isaías? Digo esto porque este último dijo: *El Señor me ha dado una lengua sabia de modo que sepa cuándo debo decir una palabra*¹¹. Además, ¿qué ocurre con Jeremías? Cuando fue enviado estaba inspirado por Dios. ¿Y qué hay de Ezequiel? Cuando hubo comido el capítulo del libro, entonces habló proféticamente¹².

Por otra parte, los que escuchaban lo que Cristo decía serían responsables de que él adquiriese ese conocimiento. Pues si, cuando fue enviado, «recibió el mandato de lo que debía decir», tendrías que admitir que antes de ser enviado no sabía qué decir.

¿Qué hay más impío que estas palabras, si alguien las interpreta de este modo, sin entender la razón de su humildad? Pablo declaró que sabía —y los discípulos sabían también— *cuál es la buena y aceptable y perfecta voluntad de Dios*¹³. ¿Y no comprendió el Hijo hasta que «recibió el mandato»? Pero ¿cómo podría esto ser razonable? ¿Percibes que Cristo estaba llevando lo que decía a un grado extremo de humildad para atraerlos y silenciar a los que vinieran detrás? Habló de un modo humano por esta razón: para empujarlos a huir del significado tópico de lo que decía, pues sabían que procedía, no de su naturaleza, sino de la debilidad de sus oyentes.

*Y sé que su mandato es vida eterna. Las cosas que digo, las digo como el Padre me ha pedido*¹⁴. ¿Percibes la humil-

dad de sus palabras? Quien recibe un mandato no es su propio amo. Aun así, había dicho: *Como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así el Hijo tiene el poder de resucitar a quien quiere*¹⁵. Entonces, ¿él tiene el poder de resucitar a quien quiere, pero no tiene poder para decir lo que desea? No, pues lo que deseaba expresar con sus palabras era lo que sigue: «Sería contrario a nuestra naturaleza que el Padre dijera una cosa y yo otra».

Y sé que su mandato es vida eterna. Dirigió estas palabras a los que mantenían que era un seductor de las gentes y que había venido a destruir. Cuando dijo: *No soy yo quien juzga*, estaba señalando que él no era causa de la destrucción de tales hombres. Como estaba a punto de partir de su lado y no viviría más con ellos, con estas palabras estaba testificando: «Os he hablado sin decir nada mío, sino diciéndolo todo del Padre». Y concluyó su discurso con una nota de humildad, diciendo: «Hasta el fin es éste el tipo de palabra que he pronunciado».

¿Qué clase de palabra era ésa? *He hablado como el Padre me ha hablado.* «Si estuviera en oposición a Dios, diría justo lo contrario. No diría nada que complaciese al Padre, para asegurarme así la gloria. Sin embargo, tan completamente le he remitido todo a él que no digo nada mío. ¿Por qué no me creéis cuando digo que he recibido su mandato y por qué no os desprendéis eficazmente de vuestra maliciosa sospecha en lo que respecta a mi oposición a Dios?». Cuando los hombres aceptan llevar a cabo una misión, es imposible que hagan o digan algo en disconformidad con los deseos de quienes los han enviado, si es que quieren continuar cumpliendo su misión y no falsificarla. Es imposible que yo haga o diga nada contrario a lo que el Padre desea. Lo que hago, él lo hace, porque *él está conmigo y el Padre no me ha dejado solo*¹⁶.

¿Ves cómo estaba señalando continuamente su estrecha afinidad con el Padre y que no hay diferencia entre ellos? Digo esto porque, cuando dijo: *No he venido por mí*, estaba hablando, no para desprenderse de su propio poder, sino para desechar la idea de que es diferente y opuesto al del Padre. Pues si los hombres son sus propios amos, mucho más lo es el Hijo unigénito. Más aún: escucha lo que Pablo dijo en testimonio de la verdad de esta afirmación: *Se despojó a sí mismo y se entregó por nosotros*¹⁷. Sin embargo, como he dicho, la vanagloria es algo terrible, ¡terrible! Provocó que los judíos no creyeran y que otros tuviesen una fe defectuosa, y que las cosas que por su misericordia dijo por el bien de ellos se pervirtieran en impiedad.

3. Huyamos, pues, de esta bestia sobre todo. Pues tiene muchos colores y formas y extiende su particular veneno por todas partes: en las riquezas, en el lujo, en la belleza del cuerpo. Debido a ella, nos excedemos en nuestras necesidades en todas las fases de nuestra vida. Debido a ella gastamos demasiado en ropa, y adquirimos enjambres de esclavos. Debido a ella hacemos caso, olvidamos nuestras necesidades y el despilfarro entra en los hogares, en ropa y en comida.

¿Quieres disfrutar de verdadera gloria? Practica la limosna. Entonces los ángeles te alabarán y Dios te dará su aprobación. Sin embargo, mujer, tu admiración alcanza sólo a los orfebres y a los tejedores, así que partes de esta vida sin corona y, frecuentemente, con la conciencia de que te has hecho a ti misma blanco de la maldición. Si, por el contrario, no adornas tu cuerpo con estos ornamentos, sino que los derramas para satisfacer el hambre de los pobres, recibirás gran encomio de todas partes y elogio generoso. Cuando des esas cosas a otros, las poseerás, mientras que si las

tienes tú sola, no las poseerás. Tu casa no es un almacén seguro, pero las manos de los pobres ofrecen uno que sí lo es.

¿Por qué engalanas tu cuerpo mientras descuidas tu alma, esclavizada como está por la impureza? ¿Por qué no prestas tanta atención a tu alma como a tu cuerpo? Deberías cuidarla más, querida; deberías, al menos, prestarle la misma atención. Dime, por favor: si alguien te preguntara qué prefieres: que tu cuerpo esté radiante de salud y sobresalga en belleza, pero que esté vestido con ropa mezquina, o que tu cuerpo esté lisiado y lleno de enfermedad, pero adornado con oro y suntuosamente adornado, ¿no elegirías poseer belleza como parte de la propia naturaleza de tu cuerpo, antes que el mero atavío externo de la ropa? ¿Harás esa elección respecto a tu cuerpo, pero justo la opuesta en el caso de tu alma? Si está infecta, fétida y negra, ¿qué fruto crees que disfrutarás de tus ornamentos de oro? ¿Qué locura es ésta?

Colócate estos adornos dentro y pon estos collares alrededor de tu alma. Los ornamentos colocados en torno al cuerpo no contribuyen ni a su salud ni a su belleza, pues no vuelven blanco lo negro; ni lo deshonesto, hermoso y bello. Si, por el contrario, rodeas de adornos tu alma, rápidamente la vuelven blanca en lugar de negra, hermosa y atractiva en lugar de infecta y deforme. Ésta no es una afirmación mía, sino del Señor mismo, que habló como sigue: *Si vuestros pecados son como escarlata, los haré blancos como nieve; y Dad limosna y todo lo tendréis limpio*¹⁸.

Si actúas de ese modo, no sólo te harás hermosa a ti misma, sino también a tu marido. Pues si los maridos ven a sus esposas privándose de adornos mundanos, no se verán obligados a hacer frente a grandes gastos. Si no tienen gasto, renunciarán a toda codicia y estarán mejor dispuestos para

dar limosna. Y así podrás instarlos con confianza a obrar como deberían. Habéis sido privadas de ese poder. ¿Qué palabras encontrarás para decir estas cosas? ¿Con qué clase de expresión miraréis a vuestros maridos al instarlos a dar limosna, cuando estáis gastando la mayor parte de su riqueza en el ornato de vuestro cuerpo? Cuando os privéis de vuestros ornamentos de oro, podréis hablar confiadamente a vuestros maridos sobre el tema de la limosna.

Incluso si no obtienes ningún éxito, habrás cumplido plenamente con tu obligación. Pero es imposible que él no obtenga beneficio cuando le hables por medio de tus propias obras. *Pues ¿cómo sabes, oh esposa, si salvarás a tu marido?*¹⁹. Como habrás de rendir cuentas por ti y por él, si apartas toda esa exhibición tendrás una doble corona. Serás coronada y gloriosa, junto a tu marido, durante tiempo ilimitado, y gozarás de bendiciones sin fin. Ojalá logremos todas estas cosas por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 70

Antes de la fiesta de Pascua, Jesús, sabiendo que había llegado su hora de dejar este mundo e ir al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el final

1. *Sed imitadores míos* –dijo Pablo– *como yo lo soy de Cristo*². Tomó él carne de nuestra arcilla para enseñarnos la virtud. *En la semejanza de la carne pecaminosa como expiación del pecado, ha condenado el pecado en la carne*³, declaró Pablo. Y el propio Cristo dijo: *Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón*⁴.

El enseñó, no sólo de palabra, sino también con sus obras. Digo esto porque le habían estado llamando samaritano y demonio y seductor y estaban recogiendo piedras para lanzárselas. Los fariseos enviaron siervos para arrestarlo y de nuevo despacharon a otros para conspirar contra él, mientras ellos mismos seguían insultándolo frecuentemente, incluso aunque no tenían fundamentos para la acusación, sino que, de hecho, estaban recibiendo continuamente beneficios de él. No obstante, incluso después de tamaños rechazos, él no renunció a hacerles el bien, tanto de palabra como de obra.

Incluso cuando un siervo lo golpeó, Cristo dijo: *Si he hablado mal, da testimonio de la maldad; pero si he hablado bien, ¿por qué me golpeas?*²³. Sin embargo, éstas eran sus relaciones con sus enemigos y con aquellos que estaban conspirando contra él. Veamos, por otra parte, cómo actuó en el presente ejemplo para con sus discípulos, o, mejor, cómo trató a su delator.

Tenía motivo para despreciarlo más que nada, porque, a pesar de ser un discípulo, un compañero de su mesa y hospitalidad, un testigo de sus milagros y, por ello, altamente honrado, cometió la ofensa más grave de todas. No lanzó piedras a Cristo ni lo insultó abiertamente, pero lo traicionó y lo abandonó. Aun así, ve cuán amablemente lo recibió Cristo y cómo lavó sus pies. Hizo esto porque con esta acción deseaba apartar de su mala obra al traidor.

Aunque le habría sido posible, si lo hubiera deseado, marchitarlo, como hizo con la higuera; o atravesarlo, como escindió las rocas; o rasgarlo, como hizo con la cortina del Templo, no deseaba forzarlo, sino apartarlo de la traición por su propia elección libre. Por ello lavó sus pies. Aun así, ese desgraciado e infeliz hombre ni siquiera se avergonzó por esto.

Antes de la fiesta de Pascua —dice el evangelista—, *Jesús, sabiendo que había llegado su hora*. No sólo lo sabía entonces, sino que quiso decir que actuó como actuó habiéndolo «sabido» desde tiempo atrás. *De dejar este mundo*: el evangelista se estaba refiriendo con eufemismo a su muerte como a un «abandono». *Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el final*. ¿Percibes que, cuando estaba a punto de dejarlos, les dio una evidencia mayor de su amor? Pues las palabras: *Habiéndolos amado, los amó hasta el final* significan esto, que no omitió nada que alguien que ame profundamente haga

usualmente. Pero ¿por qué no actuó de este modo desde el principio? Llevó a cabo sus mayores obras en la última parte de su vida para aumentar su apego hacia él y para proveerlos de coraje para mucho tiempo, en previsión de las cosas terribles que se les avecinaban. El evangelista los llamó *los suyos* en el sentido de «sus criaturas», como cuando dijo: *Los suyos no lo recibieron*⁶. Además, ¿qué significa: *que estaban en el mundo*? Dijo esto porque los muertos también son suyos —Abraham e Isaac y Jacob y sus seguidores y otros como ellos—, pero no estaban ya en el mundo. ¿Percibes que él es el Dios tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento? Pero ¿qué significa «siguió amándolos sin cesar»? Juan hizo esta afirmación como prueba de la grandeza del amor de Cristo, aunque había ofrecido otra prueba de él en otra parte, a saber, que había entregado su vida por sus amigos⁷. Esto, sin embargo, no había tenido lugar todavía.

¿Por qué razón escogió este momento para lavarles los pies? Lo hizo porque era mucho más admirable hacerlo en un momento en que él parecía más estimable a ojos de todos; como estaba a punto de partir de su lado, dejó tras de sí no poco consuelo. Pues, como iban a sufrir un profundo dolor, para compensarlo, recurrió a este modo de darles consuelo.

*Y durante la cena, habiendo puesto ya el demonio en el corazón de Judas el traicionarlo*⁸. El evangelista dijo esto con asombro y para dejar claro que Cristo lavó los pies del hombre que ya había decidido traicionarlo. Por otra parte, estaba señalando la enorme maldad de aquel hombre, porque ni siquiera lo desanimó compartir la hospitalidad de Cristo, con ser esto el freno más eficaz para la maldad, ni tampoco que Cristo siguiera siendo su maestro y continuara soportándolo hasta el último día.

Pero Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos, que había venido de Dios e iba a Dios⁹. El evangelista, una vez más, estaba hablando con admiración de que él, que es tan grande y preeminente, que había venido de Dios y a él iba, que es el soberano de todas las cosas, realizara esta acción y no desdenara rebajarse a semejante cometido. Pienso que Juan estaba hablando aquí de la salvación de los fieles, cuando mencionó «entregar». Digo esto porque, cuando Cristo dijo: *Todas las cosas me las ha dado mi Padre*, se refería a este «entregar». En otra parte también dijo, de modo parecido: *Eran tuyos, y tú me los has dado*. Y también: *Nadie puede venir a mí, a menos que el Padre se lo conceda*. Y: *A menos que le sea dado desde el cielo*¹⁰. Por tanto, o bien el evangelista quiso decir esto, o bien, que Cristo en ningún modo fue despreciado por esta acción, pues había venido de Dios e iba a Dios y poseía todas las cosas.

Sin embargo, cuando oigas «entregar» no lo entiendas en un sentido humano. Estaba dejando claro el honor que Cristo muestra respecto a su Padre y su completa unión con él. Como el Padre le entrega a él, él entrega al Padre. Pablo dejó esto claro diciendo: *Cuando entregue el reino a Dios Padre*¹¹.

Juan habla aquí de un modo humano para mostrar la gran solicitud de Cristo y su inefable amor por ellos, porque se ocupaba de ellos como de «los suyos». Les estaba enseñando que la humildad es la madre de las bendiciones, el principio y el fin de la virtud. Más aún, las palabras: *había venido de Dios e iba a Dios* no son una mera casualidad. Están escritas para que sepamos que estaba cumpliendo acciones dignas de quien viene de esa fuente y regresa a ella,

ya que estaba pisoteando toda la vanidad bajo sus pies. *Y se levantó de la cena y dejó a un lado su manto*¹².

2. Observa cómo mostró humildad no sólo por el hecho de lavarles los pies, sino también en otras cosas. No se levantó antes de ponerse a comer, sino cuando todos se habían dispuesto ya a comer. No sólo llevó a cabo esas abluciones, sino que lo hizo tras dejar a un lado su manto. Y no paró aquí, sino que se pertrechó de una toalla. Más aún: no satisfecho con esto, él mismo llenó la palangana. No le pidió a otro que la llenase, sino que hizo todas estas cosas él mismo, para mostrar que, cuando obramos bien, no debemos actuar con espíritu de rutina, sino con celo entusiasta. Me parece que primero le lavó los pies al traidor, porque el evangelista dijo: *Comenzó a lavar los pies a los discípulos*. Y añade: *Fue donde Simón Pedro. Y Pedro le dijo: ¿Lávarme tú los pies?* «¿Con esas manos con las que has abierto los ojos de los ciegos?». Quería decir: «¿las manos con las que has limpiado a los leprosos, con las que has resucitado a los muertos?». Sus palabras son enfáticas. Por tanto, no necesita decir sino la palabra «tú», que por sí misma basta para expresar todo este significado.

Alguien probablemente preguntará: «¿Cómo es que, siendo una acción reveladora de amor y respeto, ninguno de los otros detuvo a Cristo, sino sólo Pedro? ¿Cuál puede ser la razón?». Me parece que primero le lavó los pies al traidor y, a continuación, fue donde Pedro, y el resto quedó instruido con este ejemplo. Como Juan dice: *Cuando fue donde Pedro*, queda claro que lavó a alguno antes que a éste. Pero el evangelista no fue muy explícito y la palabra *comenzó* sólo insinúa eso. Además, aunque Pedro era el primero en rango, es posible que el traidor se adelantara y ocu-

para en la mesa un lugar de rango mayor que el del príncipe de los apóstoles. Digo esto porque mostró en la cena su atrevimiento cuando mojó su pan con el maestro y cuando, después de ser amonestado, no sintió remordimiento. Pedro, por el contrario, como había sido reprendido al principio de la cena, aunque de nuevo hablaba por amor, fue tan humilde que, con miedo y temblando, prefirió que otro hiciera la pregunta. Judas, en cambio, después de ser amonestado repetidas veces, persistió en su descaro.

Cuando Cristo fue donde Pedro, *Pedro le dijo: «Señor, ¿lavarme tú los pies?»*. Jesús le contestó: *«Lo que hago tú no lo sabes; pero lo sabrás después»*¹³. Esto es: «Sabrás cuán grande es el provecho de esto, cuán útil para instruir y cómo puede conducirnos a la completa humillación». ¿Qué replicó Pedro? Todavía se opuso a él y dijo: *¡Nunca me lavarás los pies!* ¿Qué estás haciendo, Pedro? ¿No recuerdas lo que dijiste antes? ¿No dijiste: *Lejos esto de ti?* Y ¿no oíste: *Apártate de mí, Satanás*¹⁴? ¿No te has vuelto sabio aún y sigues siendo impulsivo? «Sí —replica—, pero lo que estaba haciendo me sorprendió totalmente». Como Pedro actuaba por amor, Cristo lo venció con el mismo recurso. Actuó aquí igual que en la ocasión en que lo había reprendido severamente y había dicho: *Eres un escándalo para mí*. Y dijo: *Si yo no te lavo, no tendrás parte en mí*¹⁵. ¿Qué replicó entonces su ferviente y exaltado discípulo? *Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza*. Fue vehemente en su rechazo, y más aún al dar su consentimiento. En ambos casos actuaba por amor. ¿Por qué no explicó Jesús la razón por la que hacía esto y respondió con una amenaza? Porque Pedro no habría obedecido. Si le hubiera dicho: «Permíteme hacer esto porque así te estoy persuadiendo para que

practiques la humildad», Pedro habría prometido hacerlo diez mil veces, de manera que su Señor habría renunciado.

En realidad, ¿qué dijo? Algo ante lo que Pedro se asustaría y temblaría sobremanera: que se alejaría de él. Era Pedro quien preguntaba con frecuencia: *¿Adónde te vas?* Más aún, declaró: *Entregaría mi vida por ti*¹⁶. Ahora, si ni siquiera consintió al oír: *lo que hago no lo sabes ahora, pero lo sabrás después*¹⁷, mucho menos habría consentido de haberlo sabido. Por eso Cristo dijo: *Lo sabrás después*, porque se dio cuenta de que, si Pedro lo hubiera sabido entonces, se habría resistido. Además, Pedro no dijo: «Instrúyeme, de modo que pueda captar lo que estás haciendo». Dijo algo mucho más vehemente. No se dio a sí mismo la oportunidad de aprender, sino que ofreció resistencia al decir: *Nunca me lavarás los pies*. Pero cuando se le amenazó, inmediatamente dejó este tono.

¿Qué significa: *lo sabrás después*? ¿Cuándo? «Cuando hayas expulsado demonios en mi nombre y me hayas visto elevarme al cielo. Cuando hayas aprendido por el Espíritu que estoy sentado a la diestra del Padre. Entonces sabrás qué está pasando ahora». ¿Qué replicó Cristo? Cuando Pedro declaró: *No sólo los pies, sino también las manos y la cabeza*, dijo: *Quien se ha bañado sólo necesita lavarse los pies, y está limpio entero. Y vosotros estáis limpios, pero no todos. Pues sabía quién iba a delatarlo*¹⁸. Si están limpios, ¿por qué les lavas los pies? Obró así para que aprendieran a actuar humildemente. Por eso no eligió ningún otro miembro del cuerpo, sino sólo el que parece menos honorable. ¿Qué significa *quien se ha bañado*? Dijo esto en lugar de «quien está limpio». No estaban limpios, porque aún no se habían desprendido de sus pecados, ni habían sido juzgados dignos del Espíritu.

Como el pecado aún prevalecía, la escritura de la maldición permanecía también, pues la víctima no había sido aún ofrecida. ¿Cómo dijo, entonces, que estaban limpios? Para que no pensaras, por razón de esas palabras, que estaban limpios porque estaban libres de pecado, más tarde añadió: *Ya estáis limpios debido a la palabra que os he dicho*¹⁹. Esto es: «Estáis limpios sólo hasta ese punto. Ya habéis recibido la luz y os habéis desprendido del error judío». Digo esto porque el profeta afirmó: *Purificaos, apartad el mal de vuestras almas*²⁰. Un hombre tal ha sido bañado y está limpio. Como habían desarraigado todo mal de sus almas y lo estaban siguiendo con completa sinceridad, dijo esto, de acuerdo con las palabras del profeta: *Quien se haya bañado está ya limpio*. En estas palabras el profeta no se refiere a bañarse con agua, el método judío de la purificación, sino a purificar la conciencia.

3. Permanezcamos limpios. Aprendamos a hacer el bien. ¿Qué significa hacer el bien? *Juzgad por el huérfano, defended a la viuda. Venid y discutamos juntos, dice el Señor*²¹. En las Escrituras se hace frecuente mención de viudas y huérfanos, pero no quiero referirme a ese tema. Aun así considera cuán grande es la recompensa. *Si vuestros pecados son como escarlata, los haré blancos como nieve. Y si son rojos como carmesí, los haré blancos como lana*. Esto es así porque la viuda está sin protección y Dios ejerce gran solicitud en su favor. Hace esto porque, aunque les es posible contraer matrimonio por segunda vez, soportan la prueba de la viudedad por temor de Dios.

Extendámosles todos, hombres y mujeres, nuestras manos, no sea que en algún momento soportemos las prue-

bas de la viudez. Y, en caso de que las soportemos, proveámonos primero de una abundante reserva de misericordia. El poder de las lágrimas de las viudas no es pequeño: puede abrir el mismo cielo. No las tratemos duramente ni empeoremos su infortunio. Ayudémoslas por todos los medios. Si las ayudamos, estaremos obteniendo gran seguridad para nosotros mismos, tanto en la vida presente como en el tiempo venidero. Pues serán nuestras protectoras, no sólo aquí, sino también en el mundo futuro, recortando la mayor parte de nuestros pecados debido a los beneficios que les hemos proporcionado y haciendo que ocupemos nuestro lugar con confianza ante el tribunal de Cristo. Ojalá obtengamos esto por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 71

Y después se puso el manto, y cuando se hubo sentado de nuevo, les dijo: ¿Comprendéis lo que he hecho?

1. Es algo peligroso, querido, muy peligroso, sondear las profundidades del mal. Pues el alma al final se vuelve incorregible. Por tanto, deberíamos hacer todos los esfuerzos posibles para no ser atrapados en sus redes al principio. En verdad es más fácil no enredarse en ellas que recuperarse después de haberse enredado. Mira de cuánta ayuda disfrutó Judas cuando empezó a torcerse, y ni siquiera así pudo corregirse. Cristo le dijo: *Uno de vosotros es un demonio*. Y: *No todos vosotros creéis*². Y también: *No hablo de todos vosotros*. Y aún: *Sé a quiénes he elegido*³. Pero Judas no captó la trascendencia de ninguna de estas afirmaciones.

Después que les hubo lavado los pies y se hubo puesto su manto, cuando se hubo sentado de nuevo, dijo: ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Ya no se estaba dirigiendo sólo a Pedro, sino a todos. *Me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, pues lo soy*.

«Me llamáis»: dio su aprobación a su juicio. Y para que sus palabras no se interpretasen sólo como una expresión de su amor, añadió «pues lo soy». Repitiendo lo que ellos

decían, hizo sus palabras inofensivas, mientras que el hecho de que sus palabras fuesen corroboradas por él elevaron a éstas por encima de la sospecha.

Pues lo soy, declaró. ¿Percibes que, cuando estaba hablando sólo a sus discípulos, habló más abiertamente y reveló la verdad acerca de sí mismo? Por tanto, exactamente igual que dijo: *No llaméis a nadie maestro; pues uno sólo es vuestro maestro*, así declaró: *No llaméis a nadie padre*⁴. Sin embargo, la palabra «uno» y «uno» se predica no sólo del Padre, sino también de él mismo. Pues, si se estaba descartando a sí mismo cuando habló, ¿cómo es que dijo: *Para que os convirtáis en hijos de la luz*?⁵. Y además, si quiso decir que el Padre sólo es maestro, ¿cómo es que dijo: *Pues lo soy*? Y también: *Uno sólo es vuestro maestro, Cristo*?

Sí, por tanto, yo, el Señor y maestro, os he lavado los pies —dijo—, *también vosotros deberíais lavaros los pies los unos a los otros. Os he dado ejemplo para que, como yo he hecho, así también hagáis vosotros*⁶. Pero no es lo mismo, pues él es maestro y Señor, mientras que vosotros sois compañeros de esclavitud. Por tanto ¿qué significa «así»? Quiso decir: «con el mismo celo». Elige sus ejemplos a partir de cuestiones de gran importancia para que al menos logremos lo menor. Digo esto porque los profesores escriben las letras para los niños muy bellamente, para que ellos logren al menos una imitación imperfecta. ¿Dónde están ahora los que desprecian a sus compañeros de esclavitud? ¿Dónde están los que exigen honor para sí mismos? Cristo lavó los pies al traidor, un perverso sacrílego y un ladrón, e incluso en el momento de la delación le hizo partícipe de su mesa, incluso aunque estaba más allá de la reconciliación. ¿Y tú te das aires y arqueas tus cejas?

«Lavémonos los unos los pies a los otros», dijo. ¿También a los esclavos? Y ¿qué mérito tiene lavar los pies a los esclavos? En nuestro caso, «esclavo» u «hombre libre» es una distinción sólo nominal, mientras que en el de Cristo era cosa verdadera. Pues él era Señor por naturaleza, mientras que nosotros somos esclavos. Y aun así, no pidió ser dispensado de esto. Se considera digno de alabanza si no tratamos a los hombres libres como esclavos, como siervos comprados por un precio. Pero ¿qué diremos entonces nosotros, que hemos recibido el ejemplo de tanta paciencia pero no la imitamos ni siquiera ligeramente, sino que, por el contrario, adoptamos la actitud opuesta: magnificándonos excesivamente y no dedicando a los demás lo que deberíamos? Dios nos ha hecho deudores los unos de los otros, después de que él hubo empezado este proceso, y deudores de una cantidad no pequeña. Él era el Señor, en tanto que nosotros, si realizamos un acto de humildad, lo hacemos con nuestros compañeros de esclavitud. Indirectamente hizo otra referencia a lo mismo diciendo: *Si yo, el Señor y maestro*, y añadiendo: *así también vosotros*. Sería lógico que nosotros dijéramos: «Cuánto más nosotros, que somos esclavos», pero dejó esta conclusión a la conciencia de sus oyentes. ¿Por qué les lavó los pies en ese preciso momento? En aquel momento estaban disfrutando de un honor, unos más y otros menos.

2. Para que no se magnificasen a sí mismos, los unos a expensas de los otros, y repitieran lo que ya antes habían dicho: *¿Quién es más grande?*, y para que no se indignasen los unos con los otros, apaciguó el orgullo de todos declarando: «Aunque seáis grandes, no debéis tratar con prepotencia a vuestro hermano». Y no mencionó un punto que era aún más importante: «Si yo he lavado los pies del traidor, ¿qué mérito tiene si os laváis los unos los pies a los otros?». Tras haber dejado eso claro con sus obras, dejó la

conclusión al juicio de quienes habían sido testigos de ellas. Por eso había dicho: *Todo el que cumpla y enseñe será llamado grande*⁷. Pues enseñar una cosa es ilustrarla con el propio ejemplo.

¿Qué presunción habrá que no sea purgada por este acto? ¿Qué orgullo y vanidad no quedará disipada? Quien se sienta sobre querubines lavó los pies del traidor; y tú, hombre, que no eres sino tierra y cenizas, carbonilla y polvo, ¿te engrandesces y actúas con arrogancia? ¿Qué infierno no merecerá semejante conducta? Si albergas el deseo de que tus pensamientos sean elevados, ven y te mostraré un modo de que lo sean, un modo que ignoras por completo. Cuando un hombre está preocupado por las cosas presentes, como si fuesen importantes, sus pensamientos son bajos. No podría haber humildad sin magnanimidad, ni orgullo engraido que no proceda de la pusilanimidad.

Igual que los niños pequeños se sienten atraídos por objetos nimios y quedan boquiabiertos de admiración ante pelotas y aros y cubos, pero no pueden llegar a la comprensión de las cosas grandes, así también en esta vida el hombre realmente sabio considera las cosas presentes como nada y, por tanto, no elegirá adquirirlas o quitárselas a otro, mientras que el hombre que no es tal se verá afectado del modo opuesto y sentirá atracción por telarañas, sombras, sueños y cosas incluso más insustanciales.

*Ningún siervo es más grande que su amo, ni ningún enviado más grande que quien lo envía*⁸. Si sabes estas cosas, bendito serás si las haces. No hablo de todos vosotros. Pero para que la Escritura se cumpla: *Quien come pan conmigo ha levantado su talón contra mí*⁹. Aquí estaba repitiendo lo que había dicho antes, para avergonzarlos. «Pues si el sier-

vo no es más grande que su maestro, ni el enviado más grande que quien lo envía, y este acto ha sido realizado por mí, mucho más debería serlo por vosotros».

Entonces, para que nadie dijera: «¿Por qué estás diciendo estas cosas, si ya las sabemos?», añadió: «Os estoy diciendo esto no porque lo ignoréis, sino en orden a que imitéis mis palabras con vuestros actos. Pues el conocimiento es común a todos, pero no el hacerlo». Por ello dijo: *Benditos seréis si hacéis estas cosas*¹⁰. Por eso, también yo te estoy diciendo eso mismo frecuentemente. Siempre, a decir verdad, a fin de alentarte al cumplimiento de lo que ya sabes. Los judíos también tenían este conocimiento, pero no fueron benditos, porque no lo cumplieron.

No hablo de todos vosotros, dijo. ¡Válgame Dios, qué paciencia! Él no sólo no condenó al traidor, sino que le ocultó su acto dándole, de este modo, una oportunidad de arrepentimiento. Lo condenó y no lo condenó diciendo: *Quien come pan conmigo ha levantado su talón contra mí*. Además, me parece que las palabras: *Ningún siervo es más grande que su amo* fueron dichas por esta razón: si los hombres en alguna ocasión son perjudicados por siervos, o por personas todavía inferiores, no deben sentirse ofendidos al mirar el caso de Judas, que, después de disfrutar de innumerables beneficios, pagó a su benefactor con lo opuesto. Por eso Cristo citó las palabras: *quien come pan conmigo*. Omitiendo mencionar todo lo demás, habló de lo que debería haber refrenado a Judas y cambiado su propósito más que ninguna otra cosa. «Quien ha sido alimentado por mí, quien ha compartido mi mesa», quiso decir.

Dijo esto, además, para enseñarles a hacer el bien a quienes los injuriaban, aun cuando siguieran siendo incorregibles. Después de declarar: *No hablo de todos vosotros*, no fuese

que el miedo acuciara a muchos de ellos, acabó por individualizarlo diciendo: *Quien come pan conmigo*. Las palabras: «no de todos vosotros» no restringían totalmente lo que dijo a una sola persona. Por eso añadió: «Quien come pan conmigo», para señalar a ese hombre desgraciado que él sería arrestado, no porque lo pillaran desprevenido, sino teniendo pleno conocimiento de ello. Y esto estaba, más que nada, calculado para refrenarlo. Más aún, no dijo: «me delata», sino: *ha levantado su talón contra mí*, porque deseaba afirmar la traición, el engaño y el encubrimiento de la conspiración.

3. Por otra parte, estos detalles han sido registrados para que no alberguemos mala voluntad contra quienes nos perjudican, sino que se lo reprochemos y lloremos por ellos. No los perjudicados, sino quienes perjudican merecen nuestras lágrimas. Pues el hombre codicioso y calumniador y el hombre culpable de cualquier otro perjuicio se dañan a sí mismos más que a nadie, mientras que a nosotros nos son de gran provecho, si no nos vengamos. Quiero decir, por ejemplo: ¿te ha robado ese individuo? ¿Has dado gracias y alabado a Dios por el agravio? Has cosechado una recompensa multiplicada por diez mil gracias a ese agradecimiento, y él se ha provisto de un indecible sufrimiento por fuego.

Si alguien dijera: «¿Qué ocurre si no puedo vengarme del malhechor, porque soy más débil?», respondería esto: «Podrías haber mostrado enfado o irritación, pues estaba dentro de tu poder maldecir a tu opresor, proferir diez mil imprecaciones contra él, difamarlo ante todos los hombres». Si un hombre evita esas cosas, ¿no recibirá la recompensa por no vengarse? Pues deja claro que, incluso pudiendo hacerlo, no lo habría hecho. El hombre que ha sufrido un agravio se sirve del arma disponible cuando, debido a su carácter polémico, se venga de su agresor con maldiciones, insultos y traición. Pero tú, abstente de esas cosas y reza por tu adversario.

Digo esto porque, si no sólo te abstienes de hacer estas cosas, sino que, además, rezas por él, te habrás vuelto como Dios. *Reza por los que te calumnian* —dijo— *para ser como tu Padre en el cielo*¹¹. ¿Percibes qué gran provecho obtenemos del agravio que otros nos han infligido? Nada complace a Dios más que no devolver mal por mal. Pero ¿por qué digo simplemente «no devolver mal por mal»? Se nos ha impuesto que devolvamos lo opuesto: buenas obras y oraciones. Cristo pagó al hombre que iba a delatarlo justamente con lo opuesto: lavó sus pies, lo reprendió en privado, le inspiró miedo con moderación, cuidó de él, le permitió compartir su mesa y su beso. Aunque no se volvió mejor debido a estas cosas, él perseveró en su acción.

Ven y quedarás instruido con el ejemplo de esclavos y con la abundante evidencia ofrecida por los personajes del Antiguo Testamento, para que comprendas que no tenemos asomo de excusa cuando albergamos mala voluntad a causa de los agravios. ¿Mencionaré a Moisés o llevaremos nuestra discusión a un estadio aún anterior? Cuanto mayor es la antigüedad de los ejemplos citados, más nos convencen. ¿Por qué ocurre eso? Porque en aquel tiempo la virtud era más difícil de practicar. Pues los que estaban vivos entonces no tenían mandamientos escritos, ni el ejemplo de las vidas de los hombres, sino la naturaleza comprometida en la lucha, equipada sólo con su propio poder y forzada a mantenerse a flote en todo momento sin ayuda externa. Por eso, en alabanza de Noé, la Escritura no sólo lo llama «inocente», sino que añade *entre todos los hombres de su tiempo*¹² para aclarar que él era así en un tiempo en el que los obstáculos para la virtud eran muchos. Además, otros hombres fueron ilustres después de él, pero no recibirá él menos elogio que ellos. Pues era inocente en su propia época.

¿Quién, antes de la época de Moisés, fue paciente ante los agravios? El bendito y noble José, quien, ilustre por su castidad, no lo fue menos por su paciencia. Fue vendido cuando no había hecho ningún mal, sino que sólo estaba prestando servicio, actuando como esclavo, desempeñando todos los cometidos de un siervo. Aun así sus hermanos proferían acusaciones maliciosas contra él, pero él no les pagó con la misma moneda, aunque tenía a su padre de su lado. Bien al contrario, fue a llevarles comida al desierto. Y cuando no los encontró, no se sumió en la desesperación, ni regresó, aunque tenía buenas razones para hacerlo si lo deseara, sino que permaneció entre bestias salvajes y esos hombres feroces, sin dejar de actuar como un verdadero hermano. Una vez más, cuando estaba viviendo en la prisión y se le preguntó la razón, no dijo nada de su maldad, sino: *No he hecho nada y me han secuestrado de la tierra de los hebreos*¹³. Y después de esto, cuando de nuevo estaba en una posición de autoridad, alimentó a sus hermanos y los libró de terribles infortunios sin número. Si estamos alerta, la maldad de nuestro vecino no puede privarnos de nuestra propia virtud.

Sus hermanos, por el contrario eran diferentes de él. Le arrebataron su túnica, intentaron matarlo, hicieron comentarios insultantes sobre su sueño, e incluso, aunque él los había provisto de alimento, intentaron privarlo de su vida y libertad. Más aún, comenzaron a comer mientras se desentendían de su hermano, arrojado desnudo a una cisterna. ¿Qué habrá peor que esta ferocidad? ¿No eran peores que cualquier asesino? Lo sacaron, después, de la cisterna y lo entregaron a diez mil muertes vendiéndolo a hombres salvajes y toscos que estaban a punto de marchar a pueblos extranjeros. A pesar de todo lo cual, hecho rey, no sólo no

se vengó de ellos, sino que los libró de culpa, al menos en la medida de sus posibilidades, llamando a lo que había ocurrido la providencia de Dios, en lugar de maldad por parte de ellos. Lo que hizo contra ellos no lo hizo por venganza, sino porque estaba desempeñando un papel en todo esto por su hermano. Más tarde, cuando vio su apego por este último, se quitó su disfraz, lloró y los abrazó como si fuesen sus mayores benefactores, aunque una vez lo destruyeron. Además, los llevó a todos a Egipto y les correspondió con innumerables beneficios.

¿Qué excusa tendremos, después de recibir la Ley y gracia y sabiduría tan verdaderas, si ni siquiera emulamos al que vivió antes del don de la gloria y la Ley? ¿Quién nos salvará del castigo? Pues no hay, no hay nada peor que seguir recordando los agravios. El hombre que poseía diez mil talentos ha dejado esto claro, ya que al principio no se le exigió pagar y luego volvió a exigírsele el pago¹⁴. No se le exigió pagar por la misericordia de Dios, pero se le exigió pagar por su propia maldad y por el hecho de que fue rencoroso con su compañero de esclavitud. Sabiendo todo esto, perdonemos las deudas de nuestros vecinos y correspondámosles con lo opuesto para que obtengamos la misericordia de Dios, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 72

*El que recibe a cualquiera que yo envió me recibe a mí;
y el que me recibe, recibe al que me envió*

1. Grande es la recompensa por los servicios dispensados a los siervos de Dios; y los frutos de esto redundan en nuestro beneficio. Pues declaró: *El que te recibe me recibe; y el que me recibe, recibe al que me envió*. Y ¿qué beneficio podría equipararse al de recibir a Cristo y a su Padre?

Pero ¿qué secuencia lógica hay entre esta afirmación y las palabras que la preceden? ¿Qué conexión tiene con la primera aseveración: *Benditos seréis si hacéis estas cosas*, para añadir luego: *El que te recibe*? Se sigue de esto inmediatamente y está muy en armonía con ello. Ve cómo esto es así. Ya que estaban a punto de ir a enfrentarse a muchos sufrimientos terribles, les estaba dando coraje de dos modos: uno, respecto a él mismo; otro, respecto a los demás. Pues quiso decir: «Si sois verdaderamente sabios y siempre me tenéis en vuestra mente y seguís recordando lo que he sufrido y todo lo que he hecho, soportaréis cosas tremendas con facilidad». Y no sólo de este modo les estaba dando coraje, sino también por el hecho de que disfrutarían de mucha ayuda por parte de todos los hombres. Los estaba advirtiéndolo del primer punto diciendo: *Benditos seréis si hacéis*

estas cosas, y del otro, declarando: *El que te recibe me recibe*. Él les abrió las puertas de todos los hombres para que obtuvieran doble coraje: tanto por la virtud exhibida en su propia conducta, cuanto por el celo de quienes cuidarían de sus necesidades.

Después, como les había dado estas órdenes porque iban a atravesar el mundo entero, al meditar que el traidor se vería privado de estas ventajas y no disfrutaría del beneficio de ninguna de ellas, ni de la paciencia tolerante en sus pruebas ni de los servicios de personas ofreciéndole hospitalidad, Cristo se sintió una vez más conmovido. Para revelar esto y dejar claro que estaba preocupado por el traidor, el evangelista añadió: *Cuando Jesús hubo dicho estas cosas, se sintió conmovido en su espíritu y dijo solemnemente: Uno de vosotros me delatará*². Una vez más los aterró a todos al no mencionar al traidor por su nombre. Más aún: algunos estaban dubitativos, aunque eran conscientes de no haber hecho mal, pues consideraban la afirmación de Cristo más fiable que su propia razón. Por ello se miraban los unos a los otros. Al limitar el asunto de su delación a un solo hombre, redujo su miedo, pero al añadir: *Uno de vosotros*, los perturbó a todos. ¿Qué hicieron, entonces?

Pedro, siempre preparado para la acción, hizo una seña a Juan, mientras los demás simplemente se miraban entre sí. Como había sido reprendido antes, al haber intentado detener a Cristo cuando él deseó lavarle los pies, y, dado que en muchas ocasiones se precipitó por amor y fue reprendido, como todo eso le tenía temeroso, ni se quedó callado ni habló, sino que deseó obtener información por medio de Juan. Vale la pena indagar la razón por la que, cuando todos estaban inquietos y cohibidos y hasta su cabeza tenía miedo, Juan se reclinó en el pecho de Jesús como si estuviera tran-

quilo. Y no sólo se reclinó, sino que se apoyó en su pecho. No sólo esto merece un cuidadoso estudio, sino también lo que sigue. ¿Qué es? El hecho de que dijo de sí mismo: *Al que Jesús amaba*³. ¿Por qué nadie más dijo esto de sí mismo, aunque también los otros eran amados?

Lo eran, pero Juan era amado más que los otros. Así que, si nadie más ha hablado de este modo de sí mismo, sino sólo el propio Juan, no es en absoluto extraño. Pablo también lo hizo cuando la ocasión lo requirió, y habló de sí mismo con las siguientes palabras: *Conozco un hombre que hace catorce años...*⁴. No faltan otros hechos relevantes que afectan a Juan. ¿O te parece insignificante que cuando oyera: «Seguidme», al instante dejara sus redes y a su padre y siguiera a Cristo? ¿Y que él se lo llevara sólo a él, junto con Pedro, a la montaña? ¿Y que, en otra parte, de nuevo él solo entrara en una casa con Cristo, Pedro y Santiago?⁵.

Por otra parte, él dio un testimonio parejo acerca de Pedro, y no lo ocultó, sino que declaró que Cristo dijo: *Pedro, ¿me amas más que éstos?* En todo momento lo retrata como devoto y mostrando sincero afecto hacia Cristo. Más aún, cuando Pedro dijo: *¿Qué hay de este hombre?*⁶, lo dijo debido al gran amor de Juan por Cristo. Por esta razón, nadie dijo de sí mismo: *Al que Jesús amaba*. El propio Juan no lo habría dicho si no se hubiera visto implicado en este pequeño incidente. Si, después de decir que Pedro le hizo una seña para que formulara la pregunta, no hubiera añadido nada, habría causado mucha perplejidad y nos habría obligado a buscar la razón. Por eso dijo: *estaba reclinado sobre el pecho de Jesús*⁷, para explicar esto. Aun así, ¿crees que has aprendido algo nimio cuando has oído:

estaba reclinado sobre el pecho de Jesús, y que el Maestro le permitió tamaña libertad? Si buscas saber la causa de este privilegio, fue concedido por su amor. Por eso dijo: Al que Jesús amaba.

Pienso, además, que hizo esto por otra razón: por el deseo de mostrar que él mismo no era culpable del cargo. Por eso era íntimo de Cristo y no estaba bajo coacción. ¿Por qué, entonces, no hizo esta observación en ninguna otra parte, sino sólo cuando su cabeza le hizo una seña? Para que no pienses que estaba haciendo señas a uno más grande que él. Por eso Juan explicó que este incidente tuvo lugar a causa del gran amor de Cristo por él.

¿Por qué se apoyó en su pecho? Ellos aún no tenían ninguna sospecha de su divinidad, y él estaba apaciguando sus espíritus turbados. Es probable que incluso sus miradas estuvieran entonces abatidas. Si se sentían turbados en sus almas, mucho más lo revelarían sus rostros. Para tranquilizarlos, preparó el camino para su propia afirmación y para la pregunta del discípulo, permitiéndole descansar en su pecho. Repara en la falta de pretensiones de Juan. No mencionó su propio nombre, sino que se limitó a decir: *Al que Jesús amaba*, igual que hizo Pablo, cuando dijo: *Conozco un hombre que hace catorce años...*

Jesús entonces, por primera vez, acusó a Judas, aunque ni siquiera por su nombre. ¿Cómo hizo esto? *Es para el que mojaré el pan y al que se lo daré*⁸. El método que utilizó estaba calculado para avergonzar al traidor, pues, después de compartir el mismo pan, estaba deshonorando la mesa. Si disfrutar de la hospitalidad de Cristo no lo avergonzaba, ¿a quién no habría derrotado recibir el bocado de él? No a Judas. *Satanás entonces entró en él*, burlándose de él por su desvergüenza. En tanto que estaba en la compañía de los

discípulos de Cristo, Satanás no se atrevió a tomar posesión de él, sino que lo atacaba desde fuera. Cuando Cristo lo desenmascaró y lo apartó, Satanás se apoderó de él finalmente con total libertad. Puesto que era como era, e incorregible, ya no era adecuado tenerlo por compañía. Por eso Cristo al final lo expulsó. Entonces, cuando hubo sido apartado, Satanás se apoderó de él. Dejando a sus compañeros, el traidor se adentró en la noche. *Jesús le dijo: «Amigo, lo que has de hacer, hazlo rápido».* Y ninguno de los que estaban sentados a la mesa comprendió⁹.

2. ¡Ay, qué gran desvergüenza! ¿Cómo es que no se ablandó, ni se avergonzó, sino que se volvió más insensible y se marchó? Sin embargo, las palabras: *hazlo rápido* no fueron pronunciadas como un mandato o un consejo, sino como un reproche y para mostrar que Cristo mismo deseaba que reparase sus errores. Pero, puesto que seguía siendo incorregible, lo despidió.

Y ninguno de los que estaban sentados a la mesa comprendió esto, dice el evangelista. Aquí, alguien puede sentirse sobremanera perplejo porque, cuando los discípulos preguntaron: *¿Quién es?*, él respondió: *Es para el que mojaré el pan y al que se lo daré*, y aun así no entendieron, a no ser que él hablase en privado para que nadie más entendiera. Digo esto porque Juan se apoyó en su pecho para su propósito y formuló la pregunta prácticamente en su oreja, para no revelar al traidor. Por otra parte, Cristo replicó del mismo modo, con lo cual ni siquiera entonces lo dio a conocer. Y aunque dijo abiertamente: *Amigo, lo que has de hacer, hazlo rápido*, los demás no entendieron.

Dijo esto para mostrar que lo que había declarado ante los judíos sobre su muerte era cierto. Había afirmado ante

ellos: *Tengo poder para abandonar mi vida, y tengo poder para recuperarla, y nadie me lo quita*¹⁰. En tanto que él lo impidió, nadie fue lo bastante fuerte como para hacerlo, pero cuando finalmente hubo consentido, entonces el acto fue fácil de lograr. Estaba insinuando todo eso cuando dijo: *Lo que has de hacer, hazlo rápido*. Ni siquiera entonces lo dio a conocer, pues tal vez lo habrían matado. Por esa razón, *ninguno de los que estaban sentados a la mesa comprendió*.

¿Ni siquiera Juan? Ni siquiera él, pues no pudo haber supuesto que un discípulo hubiera llegado a semejante grado de maldad. Como ellos estaban apartados de tal perversidad, ni siquiera podían sospechar tales cosas de otros. Igual que les acababa de decir: *No hablo de todos vosotros* y había dejado claro por todos los medios lo que quería decir, así aquí también pensaron que estaba hablando de alguna otra cosa.

*Era de noche cuando salió*¹¹, declara el evangelista. ¿Por qué, pregunto, mencionas la hora? Para que sepas su afanosa disposición al acto, porque ni siquiera la hora del día lo refrenó de llevarlo a cabo. Sin embargo, ni siquiera esto lo reveló ante ellos. Estaban cohibidos por el miedo y turbados por mucha ansiedad, y no entendieron la verdadera razón de sus palabras, sino que supusieron que Cristo dijo esto *para que diera algo a los pobres*. Empleó gran caridad con los pobres para enseñarnos a poner mucho celo en esa materia. No sin razón supusieron esto, sino *porque Judas llevaba la bolsa*, aunque no se registra que nadie aportara dinero para Cristo. Por el contrario, el evangelista declara que las mujeres que le acompañaban cuidaban de sus necesidades con sus propios recursos¹². ¿Cómo es que él, que

les pidió que no portasen ni monedero, ni dinero, ni bastón, disponía de una bolsa para el servicio de los pobres?¹³. Hizo esto para que aprendieras que, aunque él era muy pobre y estaba destinado a ser crucificado, se preocupó sobremanera acerca de este asunto. Ciertamente, hizo muchas cosas para instruirnos.

Los discípulos pensaron que estaba dirigiendo estas palabras a Judas *para que diera algo a los pobres*. Ni siquiera el hecho de que hasta el último momento Cristo no quisiera desenmascararlo apartó al traidor de su propósito. También nosotros deberíamos actuar así y no revelar los pecados de nuestros compañeros, aunque sean incorregibles. Deberíamos hacer esto porque, incluso después de esto, él dio un beso al que había venido para delatarlo, y recibió a cambio un mal tan monstruoso. Entonces se encaminó hacia algo que exigía mucho más coraje, a saber, la cruz misma, la muerte más ignominiosa, y ahí de nuevo mostró su amor misericordioso.

Además, aquí llamó a la crucifixión «gloria» para enseñarnos que no hay nada bajo e ignominioso que no haga brillar espléndidamente al que lo soporta, cuando lo soporta por Dios. De hecho, después de que Judas hubo marchado a delatarlo, dijo: *Ahora es el Hijo del Hombre glorificado*, disipando de este modo las reflexiones sombrías de los discípulos y persuadiéndolos no sólo para que no se sintiesen abatidos, sino incluso para que se regocijaran. Por ello siguió reprendiendo a Pedro, porque es una gran gloria para el que ha caído bajo el poder de la muerte lograr una victoria sobre la muerte.

Esto es lo que había dicho de sí mismo: *Cuando haya sido elevado, entonces sabrán que yo soy*. Y: *Destruid este templo*. Y también: *No te será dada otra señal que la de*

*Jonás*¹⁴. Verdaderamente ¿no era gran gloria que incluso después de la muerte pudiera realizar obras mayores que antes de su muerte? En orden a que la resurrección ganase crédito, los discípulos realizaron obras mayores. Si no estaba vivo y si no era Dios, ¿cómo podían obrar tales milagros en su nombre?

*Y Dios lo glorificará. ¿Qué significa: Dios también lo glorificará en sí mismo? Lo glorificará, esto es, «por sus propios medios», no por medio de otro. Y lo glorificará inmediatamente, esto es, en el mismo momento de la crucifixión. «No lo glorificará al cabo de mucho tiempo», quiso decir, «ni esperará durante un largo período después de la resurrección, ni sólo entonces revelará su esplendor, sino que hará aparecer su resplandor en la misma cruz». De hecho: El sol se oscureció, las rocas se rasgaron, la cortina del Templo se desgarró en dos, muchos cuerpos de los santos que se habían dormido resucitaron*¹⁵. La tumba tenía sellos y guardas sentados encima, y aunque la piedra yacía sobre el cuerpo, el cuerpo resucitó. Cuarenta días pasaron y la abundante gracia del Espíritu vino y todos los discípulos inmediatamente lo predicaron. Ese es el significado de: *lo glorificará, y lo glorificará inmediatamente*, no por ángeles y arcángeles, o por ningún otro poder, sino por sus propios medios.

3. Pero ¿cómo lo glorificó en sí mismo? Haciendo todas las cosas para la gloria del Hijo, aunque fuera el Hijo quien hizo todas las cosas. ¿Percibes que estaba atribuyendo al Padre las cosas que él mismo hizo?

Hijos míos, poco estoy ya con vosotros. Me buscaréis, y, como dije a los judíos «donde voy no podéis venir», así tam-

*bién os lo digo a vosotros ahora*¹⁶. Finalmente, tras la cena, entró en su tiempo de dolor. Cuando Judas partió, ya no era por la tarde, sino de noche. Puesto que iban a ser ascendidos a posiciones de autoridad poco después, era necesario poner todas sus enseñanzas bajo su custodia, de modo que las recordaran. O, por mejor decir: el Espíritu llevaría a sus mentes todas las cosas. Es posible que olvidaran muchas verdades que estaban oyendo entonces por primera vez y, además, estaban a punto de soportar fuertes tentaciones.

De hecho, se sentirían deprimidos hasta el punto de quedarse dormidos, como otro evangelista declaró, y los oprimiría la tristeza, como Cristo aseveró: *Porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha llenado vuestros corazones*¹⁷. ¿Cómo, entonces, podrían haber recordado todo con exactitud? ¿Por qué se las dijo? Obtuvieron provecho no pequeño para la gloria de Cristo cuando más tarde supieron estas cosas más claramente, al recordar que las habían oído antes, de los labios de Cristo.

¿Por qué hizo que sus espíritus quedasen abatidos antes de tiempo al decir: *Poco estoy ya con vosotros*? Dijo esto por causa de los judíos. «Pero ¿por qué nos colocas en la misma categoría que a esos ingratos?». De ningún modo lo hago. ¿Por qué dijo: *como dije a los judíos*? Estaba recordándoles que ahora, debido a la presencia de esos desdichados, ya no iba a predecir el futuro. Estaba afirmando que lo había previsto de antemano y que ellos mismos eran testigos que le habían oído decir estas cosas a los judíos. Por eso añadió las palabras: *Hijos míos*, para que, al oírle decir: *como dije a los judíos*, no pensaran que lo que dijo iba dirigido a ellos de la misma manera. No les causó abatimiento que hablara así, sino que los alentó, en orden a que las

cosas terribles que pendían sobre ellos no los desconcertaran totalmente por ser inesperadas.

Donde voy no podéis venir. Estaba señalando que su muerte era una transición y un cambio a una condición mejor, a un lugar que no admite cuerpos mortales. Dijo esto para suscitar su amor por él y hacerlo más ardiente. Cuando vemos marchar a los que amamos es cuando sentimos el afecto más profundo por ellos. Lo cual se cumple cuando los vemos partir a un lugar al que no podemos ir. Dijo estas palabras, por tanto, para asustar a los judíos, por un lado, y, al contrario, para avivar el amor de los discípulos por él. «Es un lugar tal que no sólo es imposible que éstos vayan allí, sino que incluso es imposible para vosotros, mis amados». Con estas palabras evidenciaba, además, su propia dignidad.

También os lo digo a vosotros ahora. ¿Por qué ahora? Por un lado a ellos, por otro a vosotros, esto es, no en común con ellos. Pero ¿dónde lo «buscaron» los judíos y dónde los discípulos? Los discípulos, cuando huyeron; los judíos, cuando experimentaron sufrimientos insoportables y terribles y toda suerte de indescriptibles horrores, cuando su ciudad fue tomada y la ira de Dios los acosó por doquier. Les dijo a causa de su falta de fe y ahora os lo repite a vosotros para impedir que los eventos terribles de la Pasión os sobrevengan sin estar avisados.

*Un mandamiento nuevo os doy*¹⁸. Puesto que era probable que al oír estas cosas se sintieran turbados porque iban a quedarse solos, los confortó poniendo sobre ellos la protección de la raíz y garantía de todas las bendiciones: la caridad. Fue como si dijera: «¿Os lamentáis porque me voy? Si os amáis los unos a los otros, seréis más fuertes». ¿Cómo no dijo eso? Porque dijo algo que les era más útil: *Por esto sabrán todos los hombres que sois mis discípulos.* Con tales

palabras revelaba que no se dispersarían, pues les había dado su sello.

Dijo esto cuando el traidor se había separado de ellos. ¿Cómo es que llamó *nuevo* a este mandamiento, si se encuentra en el Antiguo Testamento? Él lo hizo nuevo por el modo en que se amarían. A tal fin añadió: *como yo os he amado*. «Al amaros no he estado saldando una deuda con vosotros por las cosas que ya habéis realizado. Soy yo quien ha iniciado el proceso», quiso decir. «También vosotros deberíais hacer bien a quienes más queréis, aunque no estáis en deuda con ellos». Omitió mencionar los milagros que iban a realizar y los identificó por su caridad. ¿Por qué fue eso? Porque esta virtud es la marca distintiva de los hombres santos y base de toda virtud. Por medio de ella todos nosotros somos salvados. «Esto es lo que significa ser mi discípulo», quiso decir. «Todos los hombres os alabarán cuando os vean imitar mi amor».

4. ¿Qué ocurre, entonces? ¿No muestran lo mismo los milagros y mucho más claramente? De ningún modo. Pues *Muchos dirán: Señor, ¿no expulsamos demonios en tu nombre?*¹⁹. Cuando se regocijaban porque los demonios se les sometían, dijo: *No os regocijéis por esto, que los demonios sean vuestros súbditos, sino porque vuestros nombres estén escritos en el cielo*²⁰. Más que esto: el poder de obrar milagros vencerá al mundo cuando la caridad esté presente. Pero si esta última no estuviera ahí, el poder de los milagros no tendría valor duradero. Lo que al instante los hizo virtuosos y buenos fue el que los corazones y almas de todos ellos fueran uno. Si, por el contrario, hubieran mantenido enemistades mutuas, todo se habría perdido.

No sólo a ellos dirigió estas palabras, sino a todos los que crecerían en él en el futuro. También ahora, nada escandaliza tanto a los paganos como la falta de caridad. Dirás, tal vez: «También echan en falta los milagros». Pero no del mismo modo. ¿En qué mostraron los apóstoles su mutuo amor? ¿Ves a Pedro y Juan, que eran inseparables, subiendo al Templo? ¿Ves las disposiciones de Pablo hacia ellos y aún albergas dudas? Si estaban destinados a poseer todas las virtudes, debían poseer, sobre todo, la que es madre de toda bondad. Esta flor crece en el alma dotada de virtud, mientras que donde hay inmoralidad se marchita. *Porque la iniquidad abundará*, Cristo declaró: *La caridad de la mayoría se enfriará*²¹. Los milagros no influyen en los paganos tanto como el ejemplo, y nada hace que la vida sea ejemplar tanto como la caridad. A menudo incluso han sido llamados seductores los que obran milagros, pero nadie sería capaz de poner en entredicho la pureza de vida.

Cuando el mensaje del Evangelio no había sido dado todavía, era razonable que fueran los milagros lo que produjera admiración. Pero ahora la admiración ha de ser despertada por el ejemplo. Nada tiene tanta influencia en los paganos como la virtud, nada los ofende tanto como el vicio. Y con toda razón. Si el pagano ve un avaro o ladrón abogando por el comportamiento opuesto, si observa a un hombre al que se le ha pedido que ame a sus enemigos, tratar a sus prójimos como bestias salvajes, declarará que sus palabras son una necedad. Si ve a un hombre temblando de miedo ante la muerte, ¿cómo aceptará su testimonio sobre la inmortalidad? Cuando nos ve ambicionando poder y esclavizados por las otras pasiones se mantendrá más firmemente afianzado en sus propias creencias, pues no alberga ninguna opinión exaltada de nosotros.

Nosotros, nosotros somos responsables de que continúen en el error. Hace tiempo que desprecian sus propias enseñanzas y admiran las nuestras, pero se resisten a ellas a causa de nuestras vidas. Es fácil ser virtuoso en teoría, y son muchos, también entre ellos, los que lo han hecho. Pero ellos buscan la prueba dada con las obras. «Recordémosles nuestros antepasados», dirás. Pero no confían en esa prueba. Buscan la evidencia de los que ahora están vivos. *Mostradme vuestra fe con vuestras obras*²², dicen. Y no hay tal evidencia. Cuando nos observan atacar a nuestros vecinos más salvajemente que cualquier bestia salvaje, nos llaman la plaga del mundo. Estas cosas frenan a los paganos y no les permiten unirse a nosotros. Como consecuencia, sufriremos castigo no sólo por las malas acciones que cometemos, sino también por las blasfemias proferidas contra el nombre de Dios. ¿Hasta qué punto nos habremos entregado a la riqueza y al lujo y a las otras pasiones? Apartémonos de ellas en el futuro.

Escucha lo que el profeta dijo de cierto hombre necio: *Comamos y bebamos, pues mañana moriremos*²³. Entre los hombres actuales no son sólo unos pocos, sino muy numerosos los que aspiran a poseer todas las cosas. Para censurarlos, dijo el profeta: *¿Habitarás tú solo en medio de la tierra?*²⁴. Temo que nos ocurra algo duro de soportar y que tengamos que cargar con una venganza de Dios de enorme gravedad. Para que eso no ocurra, cultivemos toda virtud, a fin de que también obtengamos la posesión de las cosas buenas de la vida venidera, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 73

Simón Pedro dijo: Señor, ¿a dónde te vas? Jesús contestó: Donde voy no podéis seguirme ahora, pero me seguiréis después

1. Un gran amor es algo noble. Es más devastador que el fuego, y asciende hasta el mismo cielo. No hay barrera lo bastante fuerte para contener su curso impetuoso. Cuando Pedro, que estaba inflamado de amor, oyó: *Donde voy no puedes venir*, ¿qué dijo? *Señor, ¿a dónde te vas?* Dijo esto, no tanto porque quisiera obtener información, cuanto porque deseaba sobremanera seguirlo. Pero por el momento no se atrevió a decir explícitamente: «Me voy», sino que preguntó: *¿Adónde te vas?* Cristo, por su parte, no replicó a las palabras, sino al pensamiento de Pedro. Está claro, a partir de lo que dijo Cristo, que Pedro deseaba esto. ¿Qué dijo, ciertamente? *Donde voy no podéis seguirme ahora.* ¿Ves que Pedro deseaba sobremanera seguirlo y formuló la pregunta por esa razón? Ni siquiera cuando oyó: *me seguiréis después* contuvo su amor, aunque se le había dado semejante promesa, sino que se apresuró afanosamente a decir: *¿Por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti.* De hecho, ya que se había desprendido del miedo a ser un traidor y se presentaba como uno de entre los leales a Cristo,

planteó ahora la pregunta con confianza en él mismo, mientras los demás permanecían en silencio.

¿Qué estás diciendo, Pedro? ¿Cristo dijo: «No podéis» y tú declaras: «Puedo»? Bien, entonces, aprenderás por experiencia que tu amor no sirve de nada a no ser que la gracia de lo alto esté presente. A partir de esto es claro que Cristo permitió esa caída de Pedro debido a su preocupación por él. Desde el primer momento había estado intentando enseñarle, pero, debido a que él persistía en su celo obstinado, no siguió presionándolo ni lo forzó a la negación, sino que lo dejó solo para que aprendiera su propia debilidad.

Cristo había dicho que él debía ser entregado y Pedro declaró: *Lejos esto de ti. Eso nunca te ocurrirá*². Fue reprendido por esto, pero no aprendió la lección. Bien al contrario, una vez más, cuando Cristo quiso lavarle los pies, dijo: *Nunca me lavarás los pies*. De nuevo, al oír: *no podéis seguirme ahora*, declaró: *Incluso aunque todos te nieguen, yo no te negaré*³. Como era posible que quien acostumbraba a contradecir a Cristo se inflara de orgullo hasta la estulticia, él lo instruyó para que no se le resistiera en el futuro. Al menos Lucas estaba insinuando esto cuando consignó que Cristo dijo: *He estado rezando por ti para que tu fe no falle*⁴. Esto es: «Para que no perezcas al final». Le estaba enseñando humildad en todas las cosas, y que la naturaleza humana en sí misma no es digna de nada. Como el gran amor de Pedro lo hacía propenso a contradecir a Cristo, él finalmente le puso freno para que no tuviera también la misma inclinación en el período posterior, cuando asumiera el control del mundo, sino que, por el contrario, recordando su experiencia pasada, reconociera sus propias limitaciones.

Pero ve cuán bajo cayó. No falló una vez o dos. Perdió tanto el juicio que dijo la palabra de negación hasta tres veces en un corto espacio de tiempo, para aprender que no amaba tanto como era amado. No obstante, después, Cristo dijo a quien había caído así: *¿Me amas tú más que éstos?*⁵. Su caída tuvo lugar, no porque su amor se entibiara, sino porque había sido privado de la ayuda de lo alto. Una vez más, él aceptó el amor de Pedro, pero cortó el espíritu de contradicción que procedía de él. Si amas, deberías someterte a quien amas. Pedro: os dijo a ti y a tus compañeros: *No podéis*. ¿Por qué discutes con él? ¿No sabías lo que significaba refutar a Dios? «Ya que no quieres admitir de este modo que es imposible que mis afirmaciones no se cumplan, lo aprenderás en tu negación de mí», dijo Cristo, aunque esto entonces te pareciese mucho más increíble. No entendiste esto, pero tenías en tu alma el conocimiento de lo otro. A pesar de lo cual, no era de esperar lo que ocurrió.

Daré mi vida por ti. Debido a que había oído que nadie tiene un amor mayor que éste, al instante se abalanzó sobre él, pues era imposible satisfacer su amor, y deseaba alcanzar el grado más alto. Para mostrar que hacer esta declaración con autoridad le correspondía sólo a él, Cristo dijo: *Antes de que cante el gallo*, esto es, «ahora». Ese momento no estaba lejos, pues estaba conversando con ellos a una hora inusualmente tardía de la noche, y la primera y segunda guardia habían pasado.

*Que vuestro corazón no se turbe*⁶. Dijo esto porque era probable que al oírle se sintieran sobremanera turbados. Pues, si a su cabeza, que estaba tan encendida de amor, se le había dicho que negaría a Cristo tres veces antes del canto del gallo, es razonable suponer que esperarían que ocurriera alguna gran catástrofe, suficiente para derrotar incluso sus

almas inflexibles. Como era probable que debido a estas reflexiones también ellos se asustaran, ve cómo les infundió seguridad diciendo: *Que vuestro corazón no se turbe*. Con la primera parte de esta afirmación probó el poder de su divinidad, porque sabía lo que guardaban en lo más profundo de su alma y lo reveló.

Vosotros creéis en Dios: creed también en mí, esto es: «Todas las cosas terribles pasarán. Pues la fe en mí y en mi Padre es más poderosa que todas las cosas que puedan sobreveniros, y no permitirá que ningún mal prevalezca sobre vosotros». Entonces añadió: *En la casa de mi Padre hay muchas moradas*. Al igual que alegró a Pedro en su turbación de corazón al decir: *Me seguiréis después*, así también les surgió esta esperanza. Para que no pensarán que la otra sentencia fue dicha sólo por él, declaró: *En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Si no fuera así, os lo debería haber dicho. Voy a preparar un lugar para vosotros*⁷. «Porque ese lugar que recibe a Pedro también os recibirá a vosotros». En ese lugar hay gran abundancia de mansiones, y no puede decirse que necesiten ser dispuestas. Como había dicho: *No podéis seguirme ahora*, para que no pensarán que iban a ser separados para siempre, añadió: *Que donde esté yo, allí también estaréis vosotros*. «Me importa tanto este asunto que ya me he ocupado de él, si no ha sido previamente dispuesto para vosotros». Así mostró que deberían ser de buen corazón y tener fe.

2. Después, para que no pareciera que estaba hablando como si los engañase, sino para que creyeran que sus palabras eran ciertas, añadió: *Y sabéis adónde voy y sabéis el camino*⁸. ¿Ves cómo les dio prueba de que lo que él había dicho no era una mera exhibición vacua? Dijo esto porque

era consciente de que sus almas estaban buscando esta información. Pedro había dicho lo que dijo, no para obtener información, sino para seguir a Cristo. Pero había sido reprendido, y el propio Cristo había mostrado que lo que por el momento parecía imposible, era en realidad posible. Y cuando la aparente imposibilidad había despertado un deseo de conocimiento más preciso, para satisfacer ese deseo les dijo: *Y sabéis el camino.*

Igual que, después de decir: *Me negaréis*, aunque nadie pronunció una palabra, penetrando en sus pensamientos y en sus corazones, dijo: *No os sintáis turbados*, así también en este lugar, después de decir *sabéis*, reveló el deseo en que pensaban y les dio pie para una pregunta. Mientras que Pedro había pronunciado las palabras de: *¿Adónde te vas?* debido a la abundancia de su tierno afecto, Tomás habló por miedo: *Señor, no sabemos a dónde vas, no sabemos el lugar.* Quiso decir: «Y ¿cómo podemos saber el camino que conduce allá?». Repara en el sumo respeto con que habló. No dijo: «Dinos el lugar», sino: *No sabemos adónde vas.* Antes todos estaban ansiosos por saber esto. Si los judíos, aunque querían librarse de él, se quedaron perplejos al oírle, mucho más desearían saberlo quienes deseaban no separarse nunca de él. Aunque por respeto vacilaron en preguntarle, le plantearon la pregunta tanto por su gran afecto como por su ansiedad.

¿Qué replicó, entonces, Cristo? *Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie puede ir al Padre si no es a través de mí.* ¿Por qué, al preguntarle Pedro: *¿Dónde te vas?* no replicó: «Voy al Padre, pero vosotros no podéis venir ahora»? ¿Por qué los enredó en una red de múltiples palabras al multiplicar las preguntas y las respuestas? Con razón no formuló esta afirmación ante los judíos, pero ¿por qué

no ante los apóstoles? Les había dicho, tanto a ellos como a los judíos, que venía de Dios¹⁰ y que iba a Dios, y en esta ocasión lo dijo más claramente que antes. No habló tan claramente a los judíos. Pues, si hubiera dicho: «No podéis venir al Padre, si no es a través de mí», habrían considerado esto vanidad por su parte. Siendo enigmático los dejó en la perplejidad.

«Pero ¿por qué habló como lo hizo a sus discípulos y también a Pedro?», preguntarás. Él conocía el carácter impulsivo de Pedro y que a causa de él estaba predispuesto a ser más problemático. Por tanto, habló enigmáticamente para hacerle detenerse y reflexionar. Pero cuando, mediante su desapego y su enigmático modo de hablar, hubo logrado lo que deseaba, una vez más aclaró lo que quería decir. Como había dicho: *Donde estoy, no podéis venir*, añadió: *En la casa de mi Padre hay muchas moradas*. Y: *Nadie va al Padre si no es a través de mí*. No quiso decirles esto desde el principio para no arrojarlos a la angustia, sino que cuando los hubo alentado, se lo dijo. Debido a su reproche a Pedro, les había causado gran angustia. Dando paso al miedo para que oyeran las mismas palabras, se sintieron sobremedida abatidos.

Yo soy el camino. Esta es la prueba de que *nadie va, si no es a través de mí*, mientras que las palabras: *y la verdad y la vida* son la prueba de que estas afirmaciones serían cumplidas sin excepción. «Si soy la verdad, nada es falso en mí. Si soy la vida, ni siquiera la misma muerte será capaz de impedir que vengáis a mí. Si soy el camino, no necesitaréis un guía. Si soy la verdad, no hay nada falso en lo que he dicho. Si soy la vida, aunque muráis recibiréis el cumplimiento de mis palabras». En consecuencia, comprendieron la idea del «camino» y asintieron, pero dudaban del resto, aunque sin

atreverse a manifestar su perplejidad. Aun así, se sintieron muy confortados por la idea del «camino». Quiso decir: «Si soy quien gobierna el llevar hombres a Dios, iréis allá, sin duda. No es posible ir de ninguna otra manera». Como había dicho previamente: *Nadie puede venir a mí a no ser que el Padre lo consienta*. Y: *Si soy elevado de la tierra, me atraeré todas las cosas*¹¹, añade: *Nadie va al Padre si no es a través de mí*. Estaba probando su igualdad con su Padre.

Pero ¿cómo es que, después de decir: *Sabéis adónde voy y sabéis el camino*, siguió diciendo: *Si me hubierais conocido, habrías conocido también a mi Padre. Y por tanto lo conoceréis y lo habréis visto*¹²? De ningún modo se estaba contradiciendo a sí mismo, pues lo conocieron sin duda, pero no como deberían. Conocían a Dios, pero todavía no al Padre, pues el Espíritu que vino sobre ellos después los proveyó del conocimiento de todo esto. Además, lo que quiso decir fue algo semejante a esto: «Si conocierais mi esencia y dignidad, conoceríais también la del Padre. Y por ello lo conoceréis y lo habéis visto, lo primero en futuro, lo último en presente, esto es: “a través de mí”». Por «vista» quiso decir conocimiento por medio del entendimiento. Pues podemos ver y fracasar en el conocimiento de personas que realmente vemos, pero no podemos conocer y fracasar en el conocimiento de personas que conocemos. Por ello declaró: *Y lo habéis visto*, igual que dice la Escritura: *Como también había sido visto por ángeles*¹³. Aunque su propia esencia, desde luego, no se veía, dijo que él *había sido visto*, queriendo decir «visto» en la medida en que los ángeles pueden ver.

Habló de este modo en orden a que aprendieses que quien lo ha visto a él también conoce a su Padre. Aun así, ellos lo contemplaban, no en su pura esencia, sino vestido

de carne. Y, en otro contexto, también llamó al conocimiento «vista», como cuando dijo: *Bienaventurados los puros de corazón, pues ellos verán a Dios*¹⁴. Con «puros» no quería decir sólo los que son inocentes de conducta inmoral, sino aquellos que están libres de todo pecado, pues todas las especies de pecado colocan una mancha en el alma.

3. Hagamos, entonces, todo de modo que limpiemos la profanación del pecado. El primero de todos lo limpia el bautismo. Después, hay muchos y varios otros métodos. Pues, como Dios es misericordioso, nos ha garantizado, incluso después del bautismo, múltiples modos de liberarnos del pecado, el principal de los cuales es la limosna. Pues dice la Escritura: *Los pecados son purgados por la limosna y la fe*¹⁵. Por limosna no entiendo la que es fruto del trato injusto, pues esto no es limosna, sino crueldad e inmisericordia. ¿Qué provecho hay en desnudar a un hombre para vestir a otro? El acto debe partir de la misericordia, pero eso es inmisericordia. Si damos todas nuestras posesiones obtenidas de otros hombres, no nos beneficia. Zaqueo es prueba de esto, ya que declaró en aquel tiempo que se propiciaría la voluntad de Dios dando cuadruplicado lo que había estafado¹⁶.

Por el contrario, nosotros, que hemos robado cantidades imposibles de calcular, pensamos que dando un poco nos propiciamos la voluntad de Dios, sin darnos cuenta de que en realidad estamos suscitando más su ira. Dime, por favor: si llevaras al altar del sacrificio un asno muerto, ya putrefacto, que hubieras arrastrado por cruces de caminos y calles, ¿no te lapidarían hasta la muerte todos los hombres por impío y abominable? Y ¿qué ocurrirá si pruebo que el sacrificio que es fruto del robo es más abominable

que eso? ¿Qué clase de defensa obtendremos? Supongamos que algún artículo de valor ha sido obtenido por fraude: ¿no es más maloliente que un asno muerto? ¿Deseas saber cuán grande es el hedor del pecado? Escucha al profeta diciendo: *Malolientes y purulentas son mis llagas*¹⁷.

Por una parte, suplicas a Dios con tus palabras que olvide las malas obras que haces, mientras tú mismo, con tus actos de rapiña y codicia, se las recuerdas continuamente, al poner tu conducta pecaminosa en el altar. En realidad, no es ésta tu única ofensa, sino también algo más serio que esto, a saber, que estás profanando las almas de los santos. Pues el altar es una piedra y está consagrada, pero los santos siempre llevan al propio Cristo con ellos. ¿Te atreves a ofrecer allí algo tomado de tan corrupta fuente? No, replicas, no ese dinero, sino otro. ¡Excusas y tonterías! ¿No sabes que, incluso si sólo una gota de injusticia cae en una gran cantidad de dinero, todo ello es profanado? Igual que alguien, al verter inmundicia en un manantial de agua pura, la contamina toda ella, también cualquier ganancia injusta que entra en la riqueza hace que toda huela al hedor que de ella procede. Nos lavamos las manos al entrar en la iglesia y ¿no limpiamos nuestro corazón? Nuestras manos no pronunciarán ni una palabra. Es el alma lo que produce palabras. Dios la contempla desde arriba. Si está manchada, la limpieza del cuerpo no sirve de nada. ¿Qué beneficio supone que limpies tus manos exteriormente mientras que por dentro tienes unas sucias? El mal grave que mina toda virtud es éste: que somos escrupulosos respecto a las cosas pequeñas y completamente negligentes respecto a las importantes. Rezar con las manos sin lavar no tiene consecuencias, pero rezar con la conciencia no limpia es el peor de todos los males.

Escucha lo que se dijo a los judíos que se preocupaban mucho de tal purificación externa: *Lava tu corazón de maldad. ¿Cuánto tiempo anidarán en ti los pensamientos funestos?*¹⁸. Lavemos también nosotros nuestros corazones, no con inmundicia, sino con agua pura; con limosna, no con codicia. Primero libérate de la rapiña, y entonces da ejemplo de limosna. *Apartémonos del mal y hagamos el bien*¹⁹. Retirad vuestras manos de la codicia y llevadlas así a la limosna. Si engañamos a un grupo con estas mismas manos, aunque no vistamos a otros con lo mismo que a aquéllos hemos arrebatado, no escaparemos al castigo. Lo que usamos para la propiciación se convierte en nuestra completa ruina. Es mejor no mostrar piedad en absoluto que mostrar piedad de este modo. Por ejemplo, mejor habría sido que Caín no hubiera ofrecido sacrificio alguno²⁰.

Si el hombre que llevó una ofrenda demasiado pequeña enfadó a Dios, ¿cómo no lo enfadará el que ofrece la propiedad de otros? «He dicho: “No robarás”, y ¿me rindes tributo con bienes robados? ¿Qué piensas? ¿Que algo semejante me complace?». Las siguientes palabras te serán dirigidas: *¿Piensas injustamente que seré como tú mismo? Te reprobaré y pondré tus pecados ante tus ojos*²¹. ¡Ojalá ninguno de nosotros oiga tales palabras, sino que, tras practicar la limosna sin defecto, y con nuestras lámparas brillando esplendorosamente, entremos así en la cámara nupcial, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo!

HOMILÍA 74

Felipe le dijo: Señor, muéstranos al Padre y nos basta. Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo he estado con vosotros y no me has conocido, Felipe? El que me ve, ve también al Padre

1. El profeta dijo a los judíos: *Tienes una meretriz en la frente, tú que has carecido por completo de vergüenza ante todos los hombres*². Igualmente podría con justicia dirigir estas palabras no sólo a esa ciudad, sino también a todos aquellos que miran desvergonzadamente a la verdad a la cara sin reconocerla. Pues, cuando Felipe le dijo a Cristo: *Muéstranos a tu Padre*, Cristo replicó: *¿Tanto tiempo he estado con vosotros y no me has conocido, Felipe?* A pesar de lo cual, hay algunos que, incluso después de estas palabras, diferencian al Hijo del Padre. Pero ¿qué relación buscas más estrecha que ésta? Hay algunos que, por razón de esta afirmación, han contraído la enfermedad de Sabelio. Desdeñemos a este último grupo tanto como a los otros, pues caen en extremos de error opuestos, y examinemos el significado exacto de lo que se dijo.

¿Tanto tiempo he estado con vosotros y no me has conocido, Felipe?, preguntó. ¿Qué ocurre? ¿Eres tú el Padre sobre el que he estado indagando? En absoluto, replicó. No dijo: «No lo has conocido», sino: *No me has conocido*. El punto

que estaba aclarando sobre todos los demás era que el Hijo no es otra cosa que lo que el Padre es, aunque siga siendo Hijo en su persona. Pero ¿cómo es que Felipe formuló esta pregunta? Cristo acababa de decir: *Si me hubierais conocido, habríais conocido también a mi Padre*, y había dicho esto a menudo a los judíos. Pedro frecuentemente le había preguntado, como también los judíos: ¿*Quién es tu Padre*? Por otra parte, Tomás le había preguntado también, pero nadie había sabido nada explícito, y aún estaban perplejos ante sus palabras. Por tanto, cuando el propio Felipe preguntó: *Muéstranos a tu Padre*, añadió: *y nos basta*, «no estamos buscando nada más», para no resultar ofensivo y como quejándose sin motivo ante él, junto con los judíos.

Pero Cristo acaba de decir: *Si me hubierais conocido, habríais conocido también a mi Padre*, y estaba revelando a su Padre a través de sí mismo. Felipe, por el contrario, dio la vuelta a la orden y dijo: *Muéstranos al Padre*, como si ya conociese a Cristo adecuadamente. Cristo no le permitió permanecer en el error, sino que lo puso en el buen camino instruyéndolo en conocer al Padre a través de él. Pero Felipe quería verlo con estos ojos del cuerpo, tal vez porque había oído que los profetas habían «visto» a Dios. Sin embargo, Felipe, ésa era sólo una humilde forma de hablar. Por eso Cristo dijo: *Nadie ha visto nunca a Dios*³. Y de nuevo: *Todo el que ha escuchado al Padre y ha aprendido, viene a mí*⁴. *Pero nunca habéis oído su voz, ni visto su rostro*⁵. Y en el Antiguo Testamento: *Nadie verá mi rostro y vivirá*⁶. ¿Qué replicó aquí Cristo? Dijo en tono de reprobación: ¿*Tanto tiempo he estado con vosotros y no me has conocido, Felipe*? No dijo: «no me has visto», sino: *no me has conocido*.

«Sí, ciertamente te conozco —quiso decir Felipe—, así que ¿por qué debería querer saber de ti? En este momento estoy pidiendo ver a tu Padre, pero tú me dices: *¿No me has conocido?* ¿Qué conexión tiene esto con mi pregunta?». Una conexión muy estrecha, sin duda. Como él es lo que el Padre es, aunque siga siendo el Hijo, con toda la razón te remite a su Padre en sí mismo. Después, para distinguir las Personas dijo: *El que me ve, ve también al Padre*, no fuese que alguien dijera que el Padre y el Hijo son la misma Persona. Pues, si él fuera el Padre, no habría declarado: *El que me ve, lo ve*.

Pero ¿cómo es que no le dijo: «Estas pidiendo lo imposible y lo que no está dentro del ámbito del hombre, pues éste es un poder que sólo yo tengo»? No dijo esto porque Felipe había declarado: *nos basta*, como si conociera a Cristo. Le mostró que ni siquiera a él lo había visto realmente. Sin duda habría visto al Padre si hubiera sido capaz de ver al Hijo. Por esta razón, aseveró: *El que me ve, ve también al Padre. Si alguien me ve, también lo verá a él*. Y lo que quiso decir es algo como esto: «No es posible verme a mí o verlo a él». Felipe estaba buscando el conocimiento obtenido por la visión y, pensando que había visto a Cristo, deseaba ver también al Padre de esa manera. Cristo le mostró que en realidad ni siquiera a él lo había visto. Si alguien dice que en este lugar «vista» significa «conocimiento», no le llevaré la contraria. Él quiso decir: «El que me conoce, conoce al Padre». Pero no dijo eso, sino que, deseoso de subrayar el hecho de su consubstancialidad, afirmó: «El que conoce mi esencia, conoce también la del Padre».

«¿Qué es esto? —dirás—. No te comprendo, pues el que conoce la creación también conoce a Dios». Aun así, aunque todos los hombres conocen la creación y la ven, no todos conocen a Dios. Por otro lado, veamos qué es lo que Felipe estaba buscando contemplar. ¿Seguro que no era la sabiduría del Padre? ¿Seguro que no su bondad? De ninguna manera, sino, en realidad, cualquier cosa que sea lo que

Dios es: su propia esencia. Por tanto, Cristo replicó a esta petición: *El que me ve*. El que ve la creación no ve también la esencia de Dios. Pero *si alguien me ve, también ve a mi Padre*, declaró. Si él fuera de otra esencia, no habría dicho esto. Para usar un ejemplo algo crudo: nadie que ignore lo que es el oro puede ver lo que es mirando plata, pues la naturaleza de una cosa no aparece en la otra. Por ello Cristo hizo bien al reprender a Felipe diciendo: *¿Tanto tiempo he estado con vosotros?* Habéis disfrutado el beneficio de tan excelente instrucción, habéis visto milagros obrados con autoridad y todas las marcas propias de la Divinidad, y cosas que sólo el Padre podría hacer: pecados perdonados, pensamientos secretos revelados, la muerte dándose a la fuga, una criatura en realidad hecha de tierra, y *¿no me has conocido?*

2. Puesto que se había vestido de carne, dijo: *¿No me has conocido?* Has visto al Padre. No busques ver más, pues en él me has visto a mí. Si me has visto a mí, no indagues más, pues en mí a él has conocido. *¿No crees que estoy en el Padre?* Esto es: «Soy revelado en su esencia. Las palabras que te digo no las digo por mi propia autoridad». ¿Percibes su intimidad extraordinariamente estrecha y prueba de su unidad de esencia?

*Pero habitando el Padre en mí, es él quien realiza las obras*⁷. ¿Cómo es que empezó hablando de palabras y pasó a los hechos? Ciertamente, la conclusión natural sería que dijera: «Es él quien dice las palabras». Sin embargo, aquí se estaba refiriendo a dos cosas: sus enseñanzas y sus milagros, o bien habló de este modo porque sus palabras también eran actos. ¿Cómo es, entonces, que es el Padre quien los hace? En otra parte, dijo: *Si no realizo las obras de mi Padre, no creáis en mí*⁸. ¿Cómo es, entonces, que aquí declara que es

el Padre quien las realiza? Para mostrar esto mismo, a saber, que no hay diferencia entre el Padre y el Hijo. Y lo que quiso decir es esto: «El Padre no habría hecho una cosa, y yo, otra». En otro lugar, ciertamente, son ambos, él y su Padre, quienes actúan, cuando dice: *Mi Padre obra también ahora, y yo también*⁹. En la otra afirmación probó que no hay distinción entre sus obras, y aquí también mostró que sus obras son las mismas. Y si en su tenor las palabras muestran humildad, no te admires del hecho. Fue después de decir: «No creáis» cuando hizo esta afirmación, para mostrar que expresó sus palabras de este modo por llevar a Felipe a creer. Pues estaba habitando en sus corazones.

¿Crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí? Al oír el Padre y el Hijo no deberías buscar nada más como prueba de su estrecha relación en su esencia. Pero si esto te basta para convencerte de su igualdad y consubstancialidad, también lo aprenderías de sus obras. Si las palabras: *El que me ve, ve también al Padre* fueron dichas sobre sus obras, no habría dicho ulteriormente: *Si no, creed por las obras en sí mismas*.

Después, para mostrar que no sólo podía hacer estas obras, sino también otras mucho más grandes que éstas, prosiguió en términos excelsos. No se limitó a decir: *Puedo realizar obras aún mayores que éstas*, sino algo mucho más notable. Declaró: «Incluso puedo conceder a otros realizar obras incluso mayores que éstas». *El que cree en mí, también hará las obras que yo hago, y más grandes que éstas hará, porque voy al Padre*¹⁰. Esto es: «En el futuro obrar milagros es vuestra prerrogativa porque me voy».

A continuación, cuando hubo concluido lo que la discusión demandaba, declaró: *Todo lo que pidáis en mi nombre, lo recibiréis, y haré esto para que el Padre sea glorificado en mí*. ¿Percibes cómo una vez más era él el hacedor?

Pues afirmó: *Seré yo quien haga esto*. Además, no dijo: «Se lo pediré a mi Padre», sino: *en orden a que el Padre sea glorificado en mí*. Antes de esto había dicho: *Dios lo glorificará en sí mismo*¹¹. Aquí, por el contrario, él mismo glorificará al Padre. Cuando sea evidente que el Hijo puede hacer grandes cosas, quien lo engendró será glorificado. Pero, ¿qué significa: *en mi nombre*? Como los apóstoles dijeron: *En el nombre de Jesucristo, levántate y anda*. Pues él mismo les dio el poder de obrar los milagros que realizaron. *Y la mano del Señor estaba con ellos*¹².

Eso haré, declaró. ¿Percibes su autonomía? ¿Realiza él mismo los milagros obrados por otros, mientras que no es lo bastante poderoso para obrar lo que él mismo hace, sino que recibe poder de su Padre? ¿Quién podría decir semejante cosa? ¿Por qué, entonces, relegó esta afirmación a un segundo plano? Para confirmar su primera afirmación y para mostrar que lo que había dicho antes fue dicho por condescendencia para con la debilidad de ellos. Las palabras: *Me voy al Padre* tienen este significado: «No pereceré, sino que permaneceré por siempre en mi propio rango, y estoy en el cielo». Dijo todas estas cosas para darles coraje. Pues era probable que, como aún no comprendían la resurrección, considerasen sus palabras malas nuevas. Por tanto, debido a su solicitud por ellos, que a todos abarcaba, prometió que también ellos llevarían a cabo buenas obras para otros tales como las que él había estado realizando, probando con esta certeza que siempre permanecería con ellos y que no sólo permanecería con ellos, sino que desplegaría un poder aún mayor.

3. Sigámoslo, entonces, y carguemos con nuestra cruz. Incluso si no hay persecución cerca, hay oportunidad para otro tipo de muerte. *Mortificad por tanto vuestros miem-*

*bro*s que están en la tierra, dice la Escritura¹³. Extingamos el fuego de la lujuria, acabemos con la ira, destruyamos la envidia. Éste es un *sacrificio viviente*¹⁴. Este sacrificio no acaba en las cenizas de la pira funeraria, ni se dispersa en humo, ni necesita madera, fuego ni puñal. Tiene al Espíritu Santo como fuego y cuchillo sacrificial. Haciendo uso de este cuchillo sacrificial, recorta de tu corazón lo que sea superfluo y no pertenezca a él. Retira lo que interfiera tu sentido del oído. Pues los impulsos desordenados y los malos deseos tienen como consecuencia impedir la entrada de la palabra de Dios. Digo esto porque cuando el deseo de riqueza se interpone en el camino, no te permite oír la enseñanza sobre la limosna. Cuando la envidia está presente, se convierte en un obstáculo para la instrucción acerca de la caridad. Algunas otras tendencias desordenadas atacan el alma y la hacen aún más apática respecto a todas las cosas.

Bien, entonces, librémonos de nuestros malos deseos. Basta con quererlos, y todos ellos serán erradicados. Aun así —suplico—, no seamos de la opinión de que el amor a la riqueza tiene un poder despótico sobre nosotros, sino démonos cuenta de que la tiranía reside en nuestro propio amor por la comodidad. Hay muchos, desde luego, que aseguran que no saben lo que es la riqueza, pues este deseo no está arraigado en nuestra naturaleza. Nuestras tendencias naturales, sin duda, fueron implantadas en la naturaleza humana hace mucho tiempo, e incluso desde el principio. Pero durante un largo período de tiempo, hasta la existencia del oro y la plata era desconocida. ¿De qué fuente, entonces, creció este tan fuerte deseo por ellas? De la vanagloria y del excesivo amor por la comodidad. Algunos de nuestros deseos son necesarios; otros son naturales, mientras que otros no son ni una cosa ni la otra. Por ejemplo: los deseos que, de ser in-

cumplidos, destruyen el principio de la vida, son naturales y necesarios. Así, los deseos de comer y beber y dormir.

El deseo carnal es natural, pero no necesario, pues hay muchos que no lo satisfacen y aun así no mueren. Pero el deseo de riqueza no es natural ni necesario, sino superfluo. Y si lo deseamos, no necesitamos aceptar su dominación. De hecho, incluso Cristo, que al hablar de la virginidad, dijo: *Que lo acepte quien pueda*¹⁵, no habló así del dinero. Por el contrario, ¿qué dijo? *Todo el que no renuncia a todo lo que posee no es digno de mí*¹⁶. Los exhortó a practicar esta última renuncia, que era fácil de hacer, mientras que se limitó a dejar a su elección la renuncia al otro deseo, que prevalece sobre muchos hombres.

Entonces, ¿por qué nos privamos de toda defensa? El hombre que es derrotado por la pasión más fuerte no sufrirá demasiado castigo. Pero el que ha sido vencido por la más débil carecerá de excusa. ¿Qué replicaremos cuando él diga: *Me visteis hambriento y no me disteis de comer*?¹⁷. ¿Qué excusa tendremos? ¿Alegaremos nuestra pobreza como algo que nos exonere por completo? Pero no estamos más acuciados por la pobreza que esa viuda que, al depositar dos óbolos, deposita más que todos. Dios pedirá cuentas no de cuán grande fue el montante de nuestra contribución, sino de la medida de nuestra buena voluntad, y esto es evidencia de su solicitud por nosotros. Hagamos, por tanto, admirando su misericordia, la ofrenda que esté en nuestro poder hacer, en orden a que, después de asegurar la abundante misericordia de Dios tanto en esta vida como en la vida venidera, podamos disfrutar las bendiciones a nosotros prometidas, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 75

Si me amáis, guardaréis mis mandamientos, y yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir porque no lo ve ni lo conoce

1. Continuamente necesitamos obras, y no palabras vanas y fastuosas. A todos resulta fácil decir y prometer, pero no es tan fácil dar cumplimiento. ¿Por qué digo esto? Porque hoy hay muchas personas que dicen temer y querer al Señor, y vemos, no obstante, que desmienten sus palabras con sus obras. Dios, por el contrario, quiere ser amado por las obras. Por eso decía a sus discípulos: *Si me amáis, guardaréis mis mandamientos*. Después de afirmar: *Cualquier cosa que me pidáis, yo lo haré*, a fin de que sus discípulos no creyeran que simplemente bastaba con pedir, añadió: *Si me amáis —dice—, lo haré*. Puesto que era natural que al oír las palabras: *voy a mi Padre* se turbaran, les dijo: «El hecho de que os turbéis por estas palabras no significa que me améis. Vuestro amor se ha de manifestar en la obediencia a mis palabras. Os he ordenado que os améis los unos a los otros para que hagáis a unos y a otros lo que yo os hice. La obediencia a estas palabras y la sumisión al amado manifiestan vuestro amor».

Rogaré al Padre y os dará otro Paráclito. Una vez más son palabras que denotan condescendencia. Era probable que quienes todavía no lo conocían bien buscaran con empeño su compañía, su conversación, su presencia corporal, y que no alcanzaran consuelo si él estaba ausente. Por eso, ¿qué les dijo? *Rogaré a mi Padre y os dará otro Paráclito*, es decir, «otro igual que yo». ¡Que los sectarios de Sabelio y los que no tienen una opinión adecuada acerca del Espíritu se cubran de vergüenza al oír estas palabras! Es sorprendente que con estas palabras eche abajo de golpe todas las herejías que enseñan doctrinas completamente opuestas. Cuando dice *otro*, marca la distinción de personas, y cuando dice *Paráclito*, manifiesta la igualdad de su sustancia. ¿Por qué dijo: *rogaré al Padre*? Porque si hubiera dicho «lo enviaré», no le habrían creído, y en ese momento lo que él pretendía es que creyeran en él. Seguidamente declara que él es quien lo envía. *Recibid al Espíritu Santo*², dice. Aquí, para que sus palabras fueran más dignas de crédito, dice que rogará al Padre.

Juan dice de él: *Todos nosotros hemos recibido de él su plenitud*³. Ahora bien, lo que él tenía ¿cómo lo había recibido de otro? Y: *El os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego*⁴. Pero ¿cómo habría de tener un poder mayor que el de los discípulos si hubiera tenido que rogar al Padre para dar el Espíritu a otros, cuando los apóstoles lo habían visto dar sin necesidad de pedirlo? Y si el Espíritu es enviado por el Padre como respuesta a la oración de Cristo, ¿cómo es que el Espíritu se manifiesta por sí mismo? ¿Cómo puede el Espíritu ser enviado por otro cuando está presente en todas partes, distribuye a cada uno según quiere⁵ y con autoridad dice: *Separadme a Pablo y a Bernabé*⁶? Estos mi-

nistros se dedicaban al servicio de Dios y, a pesar de eso, el Espíritu los llamó para trabajar en su obra. En realidad, no los llamó para que se dedicaran a un trabajo distinto, sino para manifestar su poder.

«¿Qué significan –preguntaréis– las palabras: *rogaré al Padre?*». Con ellas manifiesta el momento de la venida del Espíritu. Una vez que los hubo purificado con su sacrificio, el Espíritu Santo descendió sobre ellos. ¿Por qué no vino sobre ellos cuando Jesús todavía estaba con ellos? Porque el sacrificio todavía no había sido ofrecido. Destruído el pecado, los discípulos iban a exponerse a grandes peligros y debían estar preparados para esa contienda; por eso era necesario que el ungido viniera. ¿Por qué no vino el Espíritu inmediatamente después de la resurrección? Para que, imbuidos en un mayor deseo por él, lo recibieran con mayor abundancia de gracia. Mientras Cristo estuvo con ellos no sintieron aflicción, pero tan pronto como él se apartó, desamparados y sumidos en un gran temor, desearon ansiosamente recibir el Espíritu.

Permanece con vosotros. Estas palabras significan que él no se irá ni siquiera después de la muerte. Mas, para que no pensaran en una nueva encarnación al oír «Paráclito» y no esperaran verlo con sus propios ojos, los corrige y dice: *que el mundo no puede recibir porque no lo ve.* «El Espíritu no estará con vosotros como yo estoy, sino que vivirá en vuestras almas». Esto es lo que significan las palabras «estará en vosotros». Le llama «Espíritu de verdad», y con ese título hace referencia a las imágenes aparecidas en el Antiguo Testamento. *Para que esté con vosotros.* ¿Qué significa «esté con vosotros»? Explica su significado cuando dice: *Yo estoy con vosotros*⁷. Además insinúa lo que sigue: «No tendrá que sufrir cuanto yo he sufrido y no se separará de vo-

sotros». *A quien el mundo no puede recibir porque no lo ve.* Dime, ¿qué es? ¿Era algo que no puede verse? De ninguna manera.

En este punto Cristo se refiere al conocimiento. Añade: *Y no lo conoce*, porque acostumbra a utilizar el término «visión» para referirse al conocimiento preciso. Habida cuenta de que, entre los sentidos, la vista es el que mejor nos permite conocer las cosas, siempre se refiere al conocimiento exacto a través de la palabra «vista». Por lo demás, aquí denomina «malvado» al mundo, al mismo tiempo que consuela a los apóstoles con la concesión de un don especial.

Observa qué sublimes son sus palabras acerca del Espíritu. Dijo: «otro como yo». Y añade: «no os dejaré». Afirma: «Vendrá sólo a vosotros, tal y como yo hice». Y añade: «Se quedará con vosotros». Ni siquiera con tales promesas anula su tristeza. Lo querían a él y le rogaban que se quedase con ellos. Para consolarlos, les dijo: *No os dejaré huérfanos. Vendré a vosotros*⁸. «No temáis. No os dije que os enviaría a otro Paráclito porque yo fuera a separarme de vosotros para siempre. No os dije: «permanece con vosotros» porque yo no os vaya a ver más. Vendré a vosotros. *No os dejaré huérfanos*. Al comienzo les había dicho: *Hijos míos*⁹. Por eso ahora les dice: *No os dejaré huérfanos*.

2. Al comienzo afirmó: *Vendréis donde yo voy y En la casa de mi Padre hay muchas moradas*. Como quedaba todavía mucho tiempo, les hace la promesa del Espíritu. Ignoraban el verdadero significado de sus palabras, por lo que no recibieron un consuelo suficiente; por ello les dice: *No os dejaré huérfanos*. Esto era lo que, en concreto, necesitaban. Una vez más les dice: *Vendré a vosotros*, señalando su presencia entre ellos. Para que no le reclamaran el mismo

tipo de presencia otra vez, tal y como habían hecho antes, mira cómo no les habla claramente, sino que sólo lo insinúa. Después de decir: *Todavía un poco y el mundo ya no me verá*¹⁰, añade: *pero vosotros me veréis*. Es como si dijera: «Vendré a vosotros, pero no de la misma forma que antes, cuando estaba con vosotros todos los días». A fin de que no le dijeran: «¿Por qué dijiste a los judíos: “No me veréis más”?», resuelve esa objeción diciendo: «sólo a vosotros», y lo mismo respecto al Espíritu.

Porque yo vivo, también vosotros viviréis. «La cruz no nos separará para siempre, me ocultará sólo por poco tiempo». Me parece que no se refiere sólo a la vida presente, sino también a la futura. *En aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros*¹¹. Es decir, en el Padre por la sustancia y en los apóstoles por la unión y la ayuda que procede de Dios. Dime, preguntas: ¿Cómo es razonable? ¿Cómo es razonable su contrario? Grande, o, por mejor decir, infinita es la distancia entre Cristo y sus discípulos.

No te sorprendas si emplea las mismas expresiones. A menudo la Escritura se sirve de los mismos términos para referirse a Dios y a los hombres, pero no los emplea en el mismo sentido. Cuando somos llamados dioses e hijos de Dios¹², esta expresión no tiene la misma fuerza que cuando se aplica a Dios. El Hijo es llamado imagen y gloria de Dios, y también nosotros, pero la diferencia es grande. Y también: *Vosotros, de Cristo, y Cristo, de Dios*¹³, pero Cristo no es de Dios de la misma forma que nosotros somos de Cristo. ¿Cuál es, entonces, el sentido de estas palabras? Lo que quiere decir es: «Cuando haya resucitado sabréis que no me

he separado de mi Padre, sino que tengo el mismo poder que él y que estoy siempre con vosotros. Las obras habrán de proclamar la ayuda que os dispensaré: cuando vuestros enemigos sean derribados, cuando habléis con toda confianza, cuando desaparezcan las dificultades, cuando florezca día tras día vuestra predicación y cuando todos los hombres se sometan a la doctrina de la piedad». *Como él me ha enviado, también yo os envío*¹⁴.

¿Ves que esta expresión no tiene aquí la misma fuerza? Si la tomáramos en el mismo sentido, los apóstoles no serían diferentes a Cristo. Mas ¿por qué dice: *Entonces lo conoceréis*? Porque era entonces cuando ellos vieron que había resucitado y que estaba presente entre ellos, y fue entonces cuando recibieron la plenitud de la fe. Grande es, en efecto, el poder del Espíritu, que les enseñó todas las cosas.

*El que recibe mis preceptos y los guarda, ése es el que me ama*¹⁵. En realidad, no basta con tenerlos, sino que es necesario observarlos exactamente. ¿Por qué repetidamente les dice lo mismo? Por ejemplo: *Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; El que tiene mis mandamientos y los guarda; Si alguien escucha mi palabra y la guarda, éste es el que me ama; El que no escucha mis palabras, no me ama*. Pienso que se refiere indirectamente a la tristeza que ellos sienten. Les había instruido con toda verdad sobre su muerte, por lo que les había dicho: *El que odia su vida en este mundo, la conserva para la vida eterna*¹⁶, *El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí*¹⁷, y otras cosas semejantes. Como reproche les dijo: «¿Creéis que es vuestro amor por mí lo que os entristece? Una prueba de amor podría ser, sin duda, no entristeceros».

Puesto que deseaba fundamentarlo bien, vuelve a ello y resume sus palabras diciendo: *Si me amarais, os alegraríais de que vaya a mi Padre*¹⁸. «Por consiguiente, padecéis por temor. Tener esta disposición con respecto a la muerte no es la actitud de quien se acuerda de mis mandamientos. Antes al contrario, sería preciso que fuerais crucificados si realmente me quisierais. Mis palabras os exhortan a no temer a quienes matan el cuerpo¹⁹. Ésos son a quienes ama mi Padre, y también yo». *Y me manifestaré a ellos*. Entonces Judas le pregunta: *¿Cómo es que tú te vas a manifestar a nosotros?*²⁰.

3. ¿Ves que su alma estaba oprimida por el temor? Judas estaba trastornado y turbado, y creía que, tal y como vemos a los muertos en sueños, así él iba a ver a Cristo. Escucha lo que dice para que no sospecharan tal cosa: *Mi Padre y yo vendremos a él y haremos en él nuestra morada*²¹. Es como si hubiera dicho: «De la misma forma que mi Padre se revela a sí mismo, así lo haré yo». Destruyó esta suposición no sólo de esta forma, sino también con las palabras: *haremos en él nuestra morada*, algo que no puede suceder en sueños. Observa al discípulo que, turbado, no osa decir claramente lo que deseaba decir. Efectivamente, no dijo: «¡Ay de nosotros! Vas a morir y vas a aparecer ante nosotros como los muertos». No dijo nada de esto, sino que, por el contrario, le preguntó: *¿Cómo es que te vas a manifestar a nosotros y no al mundo?* Cristo replica entonces: «Os considero dignos de ello porque guardáis mis mandamientos».

El motivo por el que predice los hechos futuros es para que, al verle, no creyeran que se trataba de un fantasma. Ade-

más, para que no creyeran que se les aparecería de la forma que antes he descrito, les explica el motivo por el que él se manifestará a sí mismo: *Porque guardáis mis mandamientos*. Junto con ello, les dice que el Espíritu habría de manifestarse de la misma forma. Si, después de haber estado durante tanto tiempo con él, no están preparados para aceptar su sustancia espiritual, ni siquiera concebirla, ¿cuál habría sido su reacción si él desde el principio se les hubiera revelado en toda su gloria? Por este motivo come con ellos²², para que no creyeran que lo que veían era un fantasma. Si cuando lo vieron caminar sobre las aguas creyeron que era un fantasma²³, aunque tenía el mismo aspecto y no estaba lejos de ellos, ¿qué habrían sospechado si al que habían visto arrestar y amortajar, al punto lo hubieran visto resucitar? Por consiguiente, continuamente les dice que él se les aparecerá y por qué y cómo lo hará, para que no crean que es un fantasma.

*El que no me ama no guarda mis palabras. Y la palabra que habéis oído no es mía, sino del que me ha enviado*²⁴. «De suerte que el que no escucha estas palabras no sólo no me ama a mí, sino tampoco al Padre. Si escuchar los mandamientos es una prueba de amor, y si éstos son del Padre, entonces, el que los escucha, no ama sólo al Hijo, sino también al Padre». «Pero ¿cómo la palabra puede ser tuya y no ser tuya al mismo tiempo?». Lo que quiere decir es: «No digo nada sin mi Padre, no digo nada propio que no sea conforme a su voluntad». *Os he dicho estas cosas mientras todavía estoy con vosotros*²⁵.

El significado de estas palabras no era claro para ellos, no comprendían algunas de ellas y de la mayoría dudaban. Para evitar que se turbaran de nuevo y que preguntaran: «¿Qué mandamientos?», les evita esa ansiedad diciendo: *El*

*Paráclito que el Padre envíe en mi nombre, os enseñará*²⁶. «Quizá mis palabras no sean claras para vosotros ahora, pero ese maestro os las enseñará con claridad». La expresión «se quedará con vosotros» lleva implícito el hecho de que él se irá. Con el fin de que no se entristecieran les dice que, mientras él permanezca con ellos y no venga el Espíritu, ellos no serán capaces de comprender nada grande y sublime. Les dice todo esto para prepararlos a que lleven con nobleza de ánimo su marcha, ya que ésta será la causa de grandes bienes para ellos.

Continuamente hace referencia al Paráclito por la aflicción en la que en ese momento los ve sumidos. Puesto que al oír todas estas cosas, el pensamiento de desgracias, guerras y la marcha de Jesús les turbaba, observa cómo les consuela de nuevo diciendo *La paz os dejo*²⁷, como si dijera: «¿Qué de lo que turba a este mundo sufriréis si estáis en paz conmigo? Esta paz no es como la paz que tiene el mundo. La paz exterior es a menudo peligrosa y vana, y no reporta ayuda alguna a quienes la poseen. Sin embargo, la paz que yo os doy es tal que os hará vivir en paz con los demás y os hará más fuertes». Al decirles de nuevo «os dejo», expresión que implícitamente indicaba su marcha y era suficiente para trastornarlos, les dice una vez más: *No se turbe vuestro corazón, que no tema*. ¿Ves que estaban afligidos, en parte por amor y en parte por temor? *Habéis oído que os dije que voy al Padre y vengo a vosotros. Si me amarais, os alegraríais de que vaya al Padre, ya que el Padre es mayor que yo*²⁸. ¿Qué alegría debía producirles esto? ¿Qué consuelo?

4. ¿Qué significan estas palabras? Ellos todavía no entendían la resurrección y no tenían la opinión que convenía

acerca de él. ¿Cómo iban a tener esa opinión los que ni siquiera sabían que iba a resucitar? Pero creían que el Padre era grande. Lo que quiere decir a sus discípulos es: «Si teméis por mí, porque creéis que no tengo el poder suficiente para protegerme a mí mismo, y no confiáis en que vaya a veros de nuevo después de la crucifixión, al oír decir que voy al Padre debéis alegraros, pues voy al que es más grande y puede resolver todas las dificultades». *Habéis oído que yo os dije*. ¿Por qué añadió estas palabras? Lo que quiere decir es: «Estoy tan seguro de los acontecimientos que hasta los predigo y no tengo temor alguno».

*Os lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis que yo soy*²⁹. Es como si dijera: «¿Lo sabríais si yo no os lo dijera? No os lo diría si no estuviera seguro de ello». ¿Ves que esta afirmación se adapta a la capacidad de los oyentes? Cuando dice: *¿Creéis que no puedo rogar al Padre y que pondría a mi disposición doce legiones de ángeles?*³⁰, estaba dando respuesta a la sospecha que estaba en la mente de sus oyentes. Nadie podría decir, incluso aunque fuera un demente, que Cristo no podía socorrerse a sí mismo, sino que necesitaba de los ángeles. Ahora bien, puesto que sólo le estimaban como hombre, por eso dice: *doce legiones de ángeles*. Y, no obstante, con la sola pregunta dirigida a los que venían a prenderle, hizo que se postraran en tierra³¹.

Si alguno dijera que el Padre es más grande en tanto que es el que engendra al Hijo, no le contradiremos. Ahora bien, eso no significa que hiciera que el Hijo fuera de otra sustancia. Lo que quiere decir es: «Mientras esté aquí, es razonable que creáis que corremos peligro. Sin embargo, si voy al Padre, confiad en que estaremos seguros, ya que no

hay nadie que pueda ser superior a él». Decía todas estas cosas para adaptarse a la debilidad de los discípulos. «Yo tengo completa seguridad y no me preocupa la muerte». Por este motivo dijo: *Os digo estas cosas antes de que sucedan*. Quiere significar lo siguiente: «Puesto que todavía no podéis aceptar mis afirmaciones acerca de estas cosas, os traigo el consuelo del Padre, a quien llamáis grande».

Luego de haberlos consolado, de nuevo les habla de cosas tristes. *Ya no hablaré con vosotros. ¿Por qué? El príncipe de este mundo viene y no tiene nada en mí*³². Con la expresión «príncipe del mundo» se refiere al demonio, y así denomina a los hombres malvados. No gobierna ni en el cielo ni en la tierra, porque lo cambiaría todo y lo destruiría, pero gobierna a los que se le entregan. Por eso también lo llama príncipe de las tinieblas de este siglo, refiriéndose con el término «tinieblas» a las malas acciones. ¿Cómo? ¿El diablo te destruye? «No, por supuesto, porque él no tiene nada en mí». ¿Cómo, entonces, podrán ellos hacerte morir? «Porque yo quiero, para que el mundo sepa que amo al Padre. No porque esté sujeto a la muerte ni porque esté bajo el poder del demonio, sino que me someto a este sufrimiento por amor al Padre». Dice esto para, una vez más, levantar el ánimo de sus discípulos y para que aprendan que no va a la muerte contra su deseo, sino voluntariamente, y que desprecia al demonio.

No le basta con haber dicho una vez *Aún estaré con vosotros un poco de tiempo*³³, sino que vuelve una y otra vez a este mismo y triste argumento, y con razón, hasta hacer que sea bien aceptado por ellos, e introduce, entre tanto, cosas más favorables. Por eso, unas veces dice: *Me voy y vengo*, otras: *Para que allí donde estoy, estéis también vosotros*, otras: *Ahora no podéis seguirme, pero me seguiréis*

después; Voy al Padre; El Padre es mayor que yo, Os lo he dicho ahora, antes de que suceda, y «No sufro porque yo deba, sino por amor al Padre».

Dice todas estas cosas de suerte que ellos se den cuenta de que su pasión no es para él algo funesto ni dañino si el Padre, que le quiere mucho y es querido, así lo desea para él. Por este motivo decía constantemente cosas que producían tristeza, pero las entremezclaba con asuntos más favorables; y todo para ejercitar el ánimo de sus discípulos. Expresiones como: *permanecerá con vosotros* y *Os conviene que yo me vaya*³⁴ eran palabras de consuelo. Por este motivo, adelantándose a su venida, les había dicho muchas cosas acerca del Espíritu, por ejemplo: *Está en vosotros; El mundo no puede recibirlo; Él os recordará todas las cosas; Espíritu de verdad; Espíritu Santo; Paráclito* y *Os conviene*. Les dijo todo esto para que no cayeran en el abatimiento, como si no hubiera nadie que los protegiera y ayudara. Les dice que les conviene que se vaya, manifestándoles con ello que el Espíritu los hará hombres espirituales.

5. Veamos lo sucedido. Éstos, temblorosos y temerosos, después de recibir el Espíritu, se precipitaron en medio de los peligros, a las espadas, al fuego, a las fieras, a los mares y a toda suerte de castigos. Hombres iletrados y simples hablaban con tal elocuencia que sorprendían a sus oyentes³⁵. El Espíritu los transformó de instrumentos de barro en instrumentos de hierro, les dio alas y no permitió que sucumbieran a nada humano. Tal es la gracia del Espíritu: si halla abatimiento, lo disipa; si encuentra malos deseos, los consume; si halla temor, lo desecha y no permite que hombre alguno participe en lo sucesivo de éste, sino que, como transportado al cielo, hace que contemple todas las cosas de allí.

Por este motivo, ninguno de los que estaban bajo su poder afirmaba que nada le perteneciera, sino que estaban en continua oración con alegría y sencillez de corazón. El Espíritu Santo, sin duda, reclama esto: *Los frutos del Espíritu son gozo, paz, fe y bondad*³⁶. «Los hombres espirituales, sin embargo —objetas—, a menudo están tristes». Sí, pero esta tristeza es más dulce que la alegría. Caín, por ejemplo, estaba triste. Se trataba de la tristeza del mundo³⁷. Pablo también estaba triste, si bien su tristeza era según Dios³⁸. En verdad, todo lo que es espiritual produce el más grande beneficio, mientras que todo lo del mundo ocasiona el peor castigo.

Atraigamos sobre nosotros, por consiguiente, la invencible ayuda del Espíritu con la observancia de sus mandamientos, y en nada seremos inferiores a los ángeles. Los ángeles no son como son porque sean incorpóreos. Si fuera así, ninguno de los incorpóreos habría sido malvado. La libre voluntad es la causa de todo en cualquier momento. Por eso, entre las naturalezas incorpóreas pueden hallarse unas peores que algunos hombres, e, incluso, que las bestias. Y, por el contrario, entre las naturalezas corpóreas se han encontrado algunas mejores que las incorpóreas. Todos los justos que habitaban la tierra y poseían cuerpos realizaron con rectitud cuanto realizaron. Habitaron la tierra como peregrinos y extranjeros, y el cielo como ciudadanos. No digas, por tanto: «Estoy impedido por la carne, no puedo vencer y no puedo esforzarme por adquirir la virtud». No acuses al creador. Si la carne impide adquirir la virtud, la culpa no es nuestra. Ahora bien, que no lo hace imposible lo demostraron la multitud de los santos. La naturaleza de la carne no impidió a Pablo ser cual fue, ni a Pedro recibir

las llaves del cielo. Y Henoc, pese a estar revestido de carne, fue tomado por Dios y no fue visto más³⁹. Elías también fue arrebatado con la carne⁴⁰. Abraham, juntamente con Isaac y su descendencia, aunque con carne, brillaron. Y José, también con ésta, venció a la mujer impúdica⁴¹.

¿Qué digo de la carne? Aunque la rodearas con cadenas, no sufriría ningún daño. «Aunque yo fuera encadenado —dijo Pablo—, *sin embargo la palabra de Dios no está encadenada*»⁴². ¿Por qué hablo sólo de lazos y cadenas? Suma a ello prisiones y cerrojos, pero, incluso así, nada es obstáculo para la virtud. Pablo nos lo demostró con su ejemplo. El hierro no es lo que ata el alma, sino el miedo, el deseo de riquezas e innumerables pasiones. Esto es lo que nos encadena, aunque nuestro cuerpo estuviera en libertad. «Pero estas pasiones —objetas— las produce el cuerpo». Esas palabras son pretextos y excusas vanas. Si estas pasiones fueran engendradas por el cuerpo, todos los hombres las padecerían.

De la misma forma que no podemos escapar al cansancio, al sueño, al hambre y a la sed, porque pertenecen a nuestra naturaleza, de igual modo, si estas pasiones fueran tales, nadie estaría libre de su tiranía. De hecho, si muchos escapan de ellas, está claro que imperfecciones semejantes proceden de la negligencia del alma. Pongamos fin a ésta, por tanto, y no acusemos al cuerpo, sino sujetémoslo al alma, para que, teniéndolo bajo control, alcancemos los bienes eternos, por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 76

Levantaos, vayámonos de aquí. Yo soy la vid verdadera, vosotros los sarmientos y mi Padre es el viñador

1. La ignorancia hace al alma débil y cobarde, y la instrucción en las doctrinas celestiales, por el contrario, la hace grande y noble, ya que el alma, privada de instrucción, es débil, no por naturaleza, sino por elección de la voluntad. De hecho, cuando veo a un hombre unas veces osado, otras cobarde, digo que su comportamiento no es un defecto de su naturaleza, ya que las cualidades inherentes a ésta no están sujetas a cambio. De igual modo, cuando veo a los que ahora son cobardes y, de repente, son osados, llego a la misma conclusión; y todo lo atribuyo a su libre elección.

Los discípulos, antes de entender lo que era necesario y de ser dignos del don del Espíritu, eran muy cobardes. Después, sin embargo, fueron más audaces que leones. Pedro, que no fue capaz de soportar las amenazas de una criada, fue crucificado cabeza abajo, azotado y expuesto a un sin fin de peligros, y no guarda silencio. Antes al contrario, como si sufriera todos estos tormentos en sueños, habló con plena libertad, algo que, no obstante, no hizo ante la cruz. Por eso Cristo dijo: *Levantaos, vayámonos de aquí*. ¿Por qué motivo? ¿Ignoraba la hora a la que Judas iba a apare-

cer? ¿Temía que Judas llegara y los arrestara, y que los que conspiraban contra él se presentaran antes de que él completara su excelente doctrina? ¡Ni muchísimo menos! ¡Estas consideraciones se apartan completamente de su divinidad! Si no temía nada de esto, ¿por qué los hace salir de allí y, después de acabar su discurso, los conduce al huerto que era bien conocido por Judas? Aunque Judas hubiera estado presente, ¿no podía cegar los ojos de sus oponentes, algo que también había hecho en su ausencia? ¿Por qué se va, entonces? Iba a dar a sus discípulos un corto respiro.

Era natural que, estando en un lugar de fácil acceso, ellos estuvieran temblorosos y temerosos, tanto por la hora cuanto por el lugar. Era muy avanzada la noche y no les era posible prestar atención a sus palabras. Estaban distraídos y con el pensamiento puesto en quienes iban a salir a su encuentro. Y, sobre todo, el discurso del maestro hacía que previeran sufrimientos. *Todavía un poco de tiempo y no estaré con vosotros, y el príncipe de este mundo viene.* Al oír palabras semejantes, se turbaron, como si fueran a ser apresados en el acto. Él los lleva a otro lugar para que, creyéndose seguros, lo escucharan con confianza. Iban a escuchar una enseñanza de gran importancia. Por eso dice: *Levantaos, vayámonos de aquí.*

Entonces es cuando afirma: *Yo soy la viña, vosotros los sarmientos.* ¿Qué quiere decir con esa parábola? Que a nadie le es posible vivir si no presta atención a las palabras de Cristo, y que los milagros que hayan de suceder tendrán lugar en virtud del poder de Cristo. *Mi Padre es el viñador.* ¿Cómo? ¿El Hijo necesita ayuda? ¡Ni muchísimo menos! No es eso lo que insinúa este ejemplo. Observa con qué exactitud explica la parábola. No dice que el viñador cuide de la raíz, sino de los sarmientos. En este pasaje es mencionada la raíz para que aprendan que nada puede hacerse sin su poder y que ellos deben estar unidos a él por la fe, como el sarmiento a la vid.

*Todo sarmiento que en mí no lleve fruto, lo cortará*². Se refiere a la vida, para manifestar que no es posible estar en él sin las obras. *Y todo el que lleve fruto lo podará*, es decir, hará que gocen de mucho cuidado. La raíz necesita cuidado antes que los sarmientos, debe ser cavada alrededor y limpiada. Pero en este punto no dice nada de la raíz, sino que sólo habla de los sarmientos. Pone de manifiesto que él se basta a sí mismo, en tanto que sus discípulos necesitan del cuidado del viñador, aunque sean virtuosos. Por eso dice: *Y todo el que lleve fruto lo podará*. El que no lleva fruto no puede estar en la viña, mientras que al que lleva fruto lo hace más fecundo. Alguno podría decir que esto se ha dicho en referencia a las persecuciones que entonces habrían de recaer sobre ellos. Las palabras *lo podará* significan «lo cortará, algo que lo hará más fértil». Con estas palabras, en suma, manifiesta que las pruebas los harán más fuertes.

Seguidamente, para que no pregunten: «¿Con relación a qué dice estas cosas?, y, una vez más, para no sumirles en la turbación, les asegura lo que sigue: *Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he transmitido*³. ¿Ves cómo se presenta a sí mismo como preocupado por los sarmientos? «Yo —dice— soy quien os ha podado, aunque antes manifesté que es el Padre quien lo hace. No hay, por consiguiente, diferencia alguna entre la actuación del Padre y del Hijo. Es necesario que, en lo sucesivo, vosotros hagáis vuestra parte». A continuación, para mostrarles que, aunque él no necesita de su cooperación, lo hizo con vistas a que progresaran, añade: *Como el sarmiento, que no puede dar fruto de sí mismo, de igual modo el que no permanece en mí*⁴. Para que no se apartaran por el temor, fortifica su alma debilitada por el miedo, la une estrechamente a sí mismo y le promete es-

peranzas futuras. La raíz permanece, mas depende de los sarmientos que sean cortados o dejados.

Luego de exhortarnos con argumentos consoladores y con otros que afligen, recalca la necesidad de nuestra cooperación. *El que permanece en mí y yo en él*⁵. ¿Ves que el Hijo, no menos que el Padre, contribuye al cuidado de los discípulos? El Padre los poda y el Hijo los contiene en sí mismo. Permanecer en la raíz hace que los sarmientos den fruto. El sarmiento no podado, si permanece en la raíz, da fruto, aunque no tanto como debiera. En cambio, el que no permanece, no da ningún fruto. Está claro que podar es la tarea del Hijo, y mantener en la raíz se atribuye al Padre, que es quien la engendró.

2. ¿Ves cómo todo, podar el sarmiento y gozar del poder que procede de la raíz, es común? Es una gran pérdida para el que no permanece en la vid, sin duda, y además, una gran desgracia no poder hacer nada. Pero el castigo no termina aquí, sino que va más lejos. *Es echado fuera*⁶, sin gozar por más tiempo del cuidado del viñador. *Y se secará*; es decir, si obtuvo algún fruto de la raíz, lo pierde; si alguna gracia, es despojado de ella, de donde se ve privado de toda ayuda y de la vida. ¿Cuál será el final? *Será arrojado al fuego*, algo muy diferente al que permanece en él. Seguidamente señala lo que significa «permanecer en él» diciendo: *Si mis palabras permanecen en vosotros*⁷. ¿Ves que lo que dije anteriormente lo dije con razón, que él busca el testimonio de las obras? Luego de decir: *lo que me pidáis, lo haré*, añadió: *Si me amáis, guardaréis mis mandamientos*. Y en este punto: *Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que quisiereis y se os dará*.

Decía estas cosas para manifestarles que los que conspiraban contra él serían arrojados al fuego, mientras que ellos darían fruto. De este modo, dejando a un lado el temor que sentían por sus oponentes, y una vez que les ha mostrado que serán invencibles, dice: *En esto será glorificado mi Padre, en que vosotros seáis mis discípulos y en que deis mucho fruto*⁸. Con estas palabras hace que sus argumentos sean creíbles. Si dar fruto redunda en la gloria del Padre, él no descuidará su propia gloria. «Y vosotros seréis mis discípulos». ¿Ves cómo el que da fruto es su discípulo? Pero ¿cuál es el significado de las palabras: *En esto será glorificado mi Padre*? Significan: «Él se regocija cuando vosotros permanecéis en mí, cuando vosotros dais fruto».

*Como el Padre me amó, yo también os he amado*⁹. Aquí, finalmente, habla de un modo más humano, ya que, dirigidas estas palabras a hombres, de suyo tienen eficacia. El que escogió morir, y —aunque éramos esclavos, enemigos y perseguidores— nos consideró dignos de honor tal y nos condujo al cielo, ¡qué gran medida de amor mostró! «Si yo os quiero tanto, tened confianza. Si dar fruto es la gloria del Padre, no temáis nada malo».

A continuación, para no hacer que fuesen negligentes, mira cómo, de nuevo, les anima: *Permaneced en mi amor, «está en vuestras manos»*. Pero ¿cómo será esto? *Si guardáis mis mandamientos, como yo he guardado los preceptos del Padre*¹⁰. De nuevo habla en tono humano. Pero, por supuesto, el legislador no debía estar sujeto a los mandamientos. ¿Ves lo que constantemente digo, que también en este punto se pone de manifiesto que su modo de expresarse se acomoda a la debilidad de su auditorio? Muchas de sus palabras pretenden desmontar sus sospechas, y todas

ellas, demostrarles que estén seguros, que sus enemigos serán destruidos, que cuanto poseen lo poseen por el Hijo, y que, si manifiestan una vida pura, ninguno de ellos podrá ser jamás destruido. Observa con qué autoridad les habla.

No les dice: «Permaneced en el amor del Padre», sino: *en mi amor*. Después, para que no le dijeran: «Una vez que nos has atraído el odio de todo el mundo, nos abandonas y te apartas de nosotros», les dice que no les abandona, sino que, si ellos le quieren, él permanece tan estrechamente unido a ellos como el sarmiento a la vid. Y para que no fuesen negligentes por exceso de confianza, les dice que la virtud puede perderse si no la practican. Junto a esto, para no hacer depender todo de él mismo y exponerles así a una caída mayor, les dice: *En esto es glorificado el Padre*. En todo momento les manifiesta su amor y el amor del Padre por ellos. Las obras de los judíos no eran la gloria del Padre, sino estas cosas que los discípulos iban a acoger. Además, para que no dijeran: «Hemos perdido nuestro patrimonio, estamos abandonados, despojados y privados de todo», les dice: «Miradme, soy amado por el Padre, y, sin embargo, soporto todos estos sufrimientos. No me aparto de vosotros ahora porque no os quiera. Si se me da muerte, no considero que sea una prueba de no ser amado por el Padre. Por eso vosotros tampoco debéis turbaros. Si permanecéis en mi amor, estos males no podrán dañaros gracias al amor».

3. Puesto que el amor es grande e invencible, y no una palabra vana, mostrémoslo en nuestras obras. Cristo nos reconcilió con él cuando éramos sus enemigos. Ahora, en cambio, puesto que somos sus amigos, permanezcamos en su amor. El nos amó primero, sigámosle. No nos ama por su propio interés, pues no necesita nada. Amémosle, por tanto, por nuestro propio beneficio. Amó a los que eran sus enemigos, amemos nosotros a nuestros amigos. Ahora, no obstante, hacemos todo lo contrario. Todos los días blasfema-

mos contra Dios a través de los robos y la avaricia. Quizá alguno de vosotros diga: «Todos los días hablas sobre la avaricia». ¡Ojalá fuera posible hablar sobre ella, incluso todas las noches! ¡Ojalá pudiera seguiros en la plaza y hasta en la mesa! ¡Ojalá que mujeres, amigos, hijos, sirvientes, labradores, vecinos, incluso este pavimento y estas piedras sean capaces de emitir este grito para que nosotros, aunque sólo sea un poco, cedamos!

Esta enfermedad se ha extendido a todo el mundo, y la gran tiranía de la riqueza se ha apoderado del alma de todos los hombres. Nosotros hemos sido redimidos por Cristo y, sin embargo, somos siervos del oro. Proclamamos la autoridad de un dueño y, en cambio, servimos a otro. Escuchamos con buena disposición cuanto nos ordena, raza, amistad, naturaleza y leyes, mas por aquél, todo lo olvidamos. Nadie alza los ojos al cielo, nadie piensa en la vida futura. Mas llegará un tiempo en el que nuestras palabras sean inútiles. *¿Quién te alabará en el infierno?*¹¹. El oro es deseable, nos proporciona placer y hace que seamos estimados, pero no tanto como el cielo.

Muchos rechazan y odian al rico, pero respetan y estiman al hombre que lleva una vida virtuosa. «Pero ridiculizan al pobre, aunque sea virtuoso», replicas. Esto no sucede, no obstante, entre los hombres, sino entre los privados de razón, por lo que no es preciso preocuparse por ello. Si los asnos rebuznaran y los grajos graznaran, pero todos los sábios nos aplaudiesen, no desdeñaríamos a esta audiencia para prestar atención a los gritos de esos animales. Son semejantes a grajos y peores que asnos quienes admiran la vida presente. Si un rey de la tierra elogiara a alguien, éste no tendría en cuenta la opinión de la muchedumbre, aunque todos lo ridiculizaran. Pero si es el Señor del universo

el que te alabara, ¿buscarías también el elogio de los escarabajos y mosquitos? Así son estos hombres en comparación con Dios. Es más, ni siquiera esto, sino más viles que estas criaturas.

¿Hasta cuándo estaremos en el barro? ¿Hasta cuándo escogeremos como nuestra audiencia a vagos y glotones? Son capaces de dar su aprobación a jugadores, borrachos y a quienes viven para sus estómagos, mas no pueden, ni siquiera en sueños, imaginar el concepto de virtud o de vicio. Si alguien se mofara de ti porque no sabes construir fosos, no te ofenderías, sino que más bien te reirías del que te acusara de esta clase de ignorancia. Pero cuando quieres practicar la virtud, ¿sientas como árbitros de tus acciones a los que no conocen nada de ésta? Éste es el motivo por el que jamás sobresalimos en este arte. Confiamos nuestras cosas, no a expertos, sino a ignorantes, y ellos juzgan de acuerdo con su propia ignorancia, no según las reglas del oficio.

Por todo ello, os lo ruego, despreciemos a la multitud, o más bien, no deseemos sus alabanzas, no busquemos el dinero y la riqueza y no juzguemos un mal la pobreza. La pobreza es para nosotros maestra de prudencia, de constancia y de toda sabiduría. Lázaro vivió en la pobreza y fue coronado¹². Jacob deseaba obtener sólo pan¹³, José se encontró en la más absoluta pobreza y, no sólo era esclavo, sino además prisionero, y por eso le admiramos sobremanera. Sin duda, no lo admiramos tanto cuando distribuía el trigo como cuando estaba encerrado en prisión; no cuando le fue puesta la diadema, sino cuando estuvo encadenado; no cuando estaba sentado en el trono, sino cuando sufría asechanzas y fue vendido¹⁴.

Considerando todas estas cosas y las coronas dispuestas para estos combates, no estimemos las riquezas, el honor, los placeres y el poder, sino la pobreza, las cadenas, las ataduras y la constancia con vistas a la virtud. Su final está lleno de confusión y turbación, y acaban en esta vida, mientras que el fruto de las otras es el cielo y bienes celestiales, *cuales el ojo no vio y el oído no oyó*¹⁵. ¡Ojalá que todos nosotros los alcancemos!, por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 77

Os he dicho estas cosas para que mi gozo permanezca en vosotros y vuestro gozo sea cumplido. Éste es mi mandamiento, que os améis unos a otros como yo os he amado

1. Todos los bienes, cuando llegan al término que conviene, tienen su premio, pero interrumpirlos prematuramente se convierte en un naufragio. De la misma forma que una nave cargada de innumerables mercancías, si no arriba a puerto, sino que se hunde en alta mar, no obtiene de su larga navegación beneficio alguno, sino que, por el contrario, sufre tanto mayor desastre cuanto mayores eran las fatigas soportadas, de igual modo otro tanto sucede a las almas que decaen antes de alcanzar el fin de sus esfuerzos y se hunden en medio de los combates. Por este motivo Pablo dice que los que alcanzan gloria, honor y paz son aquéllos que corren *con perseverancia en el buen obrar*².

Es lo que precisamente Cristo ahora intenta con sus discípulos. Él los había recibido y se alegraban por ello, mas la pasión y las tristes palabras iban a interrumpir su gozo. Por eso, luego de decirles lo que podía consolarlos, añade: *Os he dicho estas cosas para que mi gozo permanezca en vosotros y vuestro gozo sea cumplido*, esto es, «para que no os apartéis de mí, para que no interrumpáis la carrera. Os

habéis regocijado en mí, y os habéis regocijado mucho, mas ha sobrevenido la tristeza. Por este motivo os la quito, para que vuestro gozo llegue a término, manifestando con ello que los avatares presentes no son dignos de tristeza, sino de alegría. He visto que os habéis escandalizado, pero no os desprecié ni os reproché nada. Al contrario, os dije palabras de consuelo. Deseo conservaros siempre en el mismo amor. Oísteis hablar del reino y os alegrasteis. Pues bien, para que vuestro gozo sea colmado, os he dicho estas cosas».

Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros como yo os he amado. ¿Observas la caridad de Dios entrelazada con la nuestra y como unificada y encadenada con ella? Por este motivo, algunas veces habla de dos mandamientos y en otras de uno. No es posible que quien guarde uno no observe el otro. En una ocasión dice: *De aquí depende toda la Ley y los profetas*³. En otra: *Lo que quisiereis que os hagan a vosotros los hombres, hacédselo vosotros a ellos. Porque ésta es la Ley y los Profetas*⁴. Y además: *Plenitud de la Ley es la caridad*⁵, que es lo que en este pasaje también se pone de manifiesto. Si «permanecer» depende de la caridad, y la caridad de la observancia de los mandamientos, como el mandamiento es que nos amemos los unos a los otros, permanecer en Dios, en suma, depende de la caridad mutua. No habla del amor simplemente, sino que se refiere también al modo en el que ama: *Como yo os amé*. Una vez más demuestra que su partida no estaba motivada por el odio, sino por el amor.

En ningún momento, sin embargo, les habla en estos términos, sino que ya antes lo hace con la descripción del buen pastor⁶, y, en ese punto, les exhorta, les muestra la grande-

za del amor y les manifiesta quién era. ¿Por qué siempre ensalza la caridad? Porque ella es el distintivo de los discípulos y ella la que da consistencia a la virtud. Por este motivo Pablo, a fuer de verdadero discípulo de Cristo y de conocerla por experiencia, afirma de ésta lo mismo⁷.

*Vosotros sois mis amigos. No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Vosotros sois mis amigos, porque todas las cosas que he oído de mi Padre os las he dado a conocer*⁸. Entonces ¿cómo dice: *Muchas cosas tengo que deciros, mas no podéis llevarlas ahora*⁹? Las expresiones: «todas las cosas» y «he oído» significan que sólo dice aquello que ha oído del Padre. Habida cuenta de que se considera muestra especialísima de amistad decir los secretos, afirma: «Os hice dignos de comunicároslo». Seguidamente pone de manifiesto otra muestra nada habitual de amistad ¿Cuál? *No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros*¹⁰, es decir: «Yo fui tras vuestra amistad». No se contentó sólo con esto, sino que añade: *Yo os puse*, es decir, «os planté», *para que vayáis* (todavía se sirve de la metáfora de la viña), es decir, «para que os extendáis» *y deis fruto, y vuestro fruto permanezca*. Si el fruto permanece, mucho más vosotros mismos.

2. ¿Ves de cuántas maneras muestra el amor? Les descubre los secretos, es el primero en buscar su amistad, les hace grandes beneficios y padece por ellos lo que entonces padeció. Así les manifiesta que constantemente permanecerá con ellos para que den fruto, porque es necesario que gocen de su auxilio para que puedan fructificar. *Para que cuanto pidieréis a mi Padre en mi nombre os lo dé*. Otorgar lo que se pide corresponde a aquél a quien se pide, mas

si se pide al Padre, ¿cómo es que lo otorga el Hijo? Para que entiendas que el Hijo no es inferior. *Os he dicho estas cosas para que os améis los unos a los otros.* Dado que ser perseguido y sufrir afrentas era algo duro, intolerable y suficiente para abatir a un alma excelsa, por este motivo, sólo después de muchos preliminares desciende a hablar de ello. Suaviza en primer lugar sus ánimos y después les habla de este asunto, poniendo sobradamente de manifiesto que estos sufrimientos tenían lugar en su beneficio, tal y como lo había demostrado en todo lo demás.

De la misma forma que les había dicho que no debían entristecerse, sino alegrarse, de que fuera al Padre, y que no lo hacía para abandonarlos, sino con mucho amor, de igual modo en este asunto les manifiesta que han de regocijarse y no dolerse. Observa cómo lo consigue. Les expone otro nuevo argumento. ¿Cuál? Que padecer persecución sería muestra evidente de virtud adquirida, y lo contrario no padecerla. Esto es lo que insinúa la expresión: *Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que es suyo.* Seguidamente, puesto que estas palabras no consiguieron su objetivo, continúa en su razonamiento. *No es el siervo mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros.* Manifestó que principalmente en este aspecto habrían de imitarle.

Mientras Cristo vivía en la carne, la guerra se dirigía contra él, mas, una vez muerto, la lucha se tornó contra ellos. Puesto que eran pocos para combatir contra tan gran muchedumbre y se turbaban por ello, levanta sus ánimos con estas palabras. «Esto, ser aborrecidos por ellos, ante todo os ha de causar alegría, porque de este modo participaréis de mis padecimientos. No debéis turbaros, en consecuencia, ya que no sois mejores que yo, porque, como ya he dicho, *no es el siervo mayor que su señor.* Seguidamente menciona un tercer motivo de consuelo, que consiste en que el Padre es injuriado juntamente con ellos. *Todo esto os harán por causa*

*de mi nombre, porque no conocen a aquél que me envió*¹¹, es decir, también a él le ultrajan.

Además, privando de perdón a los perseguidores, añade otro motivo de consuelo con las palabras siguientes: *Si yo no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado*¹², manifestando de este modo que obrarían inicua-mente contra él y contra los discípulos. «¿Por qué, entonces, nos has acarreado estos males? ¿No preveías, acaso, las guerras y el odio?». Por eso añade: *El que a mí me aborrece, aborrece también a mi Padre*¹³, anunciándoles por este motivo no pequeño castigo. Porque en todo momento se excusaban alegando que le perseguían en defensa de la honra del Padre, se expresó de este modo e impide así toda posible defensa. No se refería a unos milagros cualesquiera, sino a los que nadie más hizo. Ellos mismos eran testigos y decían: *Jamás apareció otro hombre como éste en Israel*¹⁴ y *Jamás se oyó decir que nadie haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento*¹⁵. Así fue la resurrección de Lázaro y así todo lo demás, también el modo de hacer los milagros.

Todo era extraordinario y admirable. ¿Por qué —alguien pregunta— te persiguen a ti y a nosotros? *Porque no sois del mundo. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo*. Les recuerda las palabras que había dicho a sus hermanos¹⁶, sólo que allí las dijo más veladamente para no herirlos, y en esta ocasión, por el contrario, lo descubrió todo. A continuación, puesto que el hecho nos causaba tanto estupor, apuntó también el motivo, esto es, su maldad. Mas no se detiene allí, sino que remite al profeta demostrando que ya él lo había vaticinado con las palabras: «Me aborre-

cieron sin ninguna causa»¹⁷. Otro tanto hace Pablo cuando, al admirarse de que los judíos no le hubieran creído, remite a los profetas que con anterioridad lo habían predicho y manifestaron la causa, esto es, su maldad y soberbia. Alguien podría decir: «Luego, si no guardaron tu palabra, tampoco guardarán la nuestra. Si a ti te persiguieron, también nos perseguirán a nosotros. Si vieron milagros cuales ningún otro hizo, si oyeron palabras cuales ningún otro dijo y no obtuvieron provecho alguno, si aborrecen a tu Padre y con él a ti, ¿por qué nos arrojas al peligro? ¿Cómo se podrá creer en nosotros? ¿Quién de nuestros conciudadanos nos prestará atención?».

3. Para que no se turbaran con tales pensamientos, observa qué consuelo les expone: *Cuando venga el Paráclito que yo enviaré, el Espíritu de verdad que procede del Padre, él dará testimonio de mí. Y vosotros daréis testimonio porque estáis conmigo desde el principio*¹⁸. Él será fidedigno, porque es Espíritu de verdad. Por eso no le llama Espíritu Santo, sino *Espíritu de verdad*. Las palabras: *que procede del Padre* significan que todo lo sabe con perfección, como también él había dicho de sí mismo: *Sé de dónde vengo y adónde voy*¹⁹, refiriéndose también en ese punto a la verdad. *Que yo enviaré*. He aquí cómo no sólo lo envía el Padre, sino también el Hijo. Los mismos apóstoles se basan en ello cuando afirman: *Quienes comimos y bebimos con él*²⁰. El Espíritu Santo daba testimonio de que estas palabras no eran vanas.

*Os he dicho esto para que no os escandalicéis*²¹, es decir, cuando veáis a muchos que no creen y a vosotros padeciendo terribles sufrimientos. *Os echarán de las sinagogas*.

Ya habían decretado que si alguno confesaba a Cristo fuera arrojado de la sinagoga. *Y viene la hora en que cualquiera que os mate juzgará hacer un servicio a Dios*²². Seguidamente les consuela al decirles: *Y harán esto porque no conocieron al Padre ni a mí*²³. En este punto les recuerda la bienaventuranza que al comienzo había pronunciado: *Bienaventurados seréis cuando os injurien, persigan y digan contra vosotros con mentira todo mal por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo*²⁴.

*Estas cosas os he dicho para que, cuando llegue la hora, os acordéis de ellas*²⁵, «de manera que por ellas creáis también las demás. No podréis decir que, por adularos, os dije sólo lo agradable, ni que las mías eran palabras de engaño, pues quien quisiera engañaros no habría de decir lo que os pudiera alejar. Os las he dicho de antemano para que cuando sucedan, no os sorprendan y os confundan. Y por otro motivo además: para que no digáis que yo no predije que habrían de suceder. Acordaos, por consiguiente, que yo os las dije». Los judíos, al perseguirlos, siempre pretextaban que los expulsaban como a falsarios. Pero esto no turbaba a los discípulos, ya que lo habían oído de antemano y conocían el motivo por el que lo padecían. En realidad, el porqué de lo que sucedía era suficiente para animarles. Por este motivo Cristo lo reitera en todo momento diciendo: *No me conocieron, Y lo harán por mí, Por mi nombre y por mi Padre*²⁶.

4. Pensemos nosotros esto mismo en las tribulaciones, cuando padezcamos a manos de hombres malvados, con la mirada puesta en el autor y cosumador de nuestra fe²⁷ y con-

sideremos que nuestros sufrimientos proceden de hombres perversos, por la virtud y por él. Si lo tenemos en cuenta, todo nos será fácil y soportable. Si padecer por personas amadas complace, padecer por Dios los sufrimientos ¿qué sensación producirá? Si él por nosotros denominaba gloria a lo más ignominioso, esto es, a la cruz, ¡cuánto más debemos tener nosotros esta disposición de ánimo! De este modo, si desdeñamos los padecimientos, mucho más despreciaremos las riquezas y el ansia de ellas. Conviene, en consecuencia, que cuando hayamos de sufrir algo que produce desagrado, no pensemos en las fatigas, sino en las coronas.

De la misma forma que los mercaderes no reparan sólo en los mares, sino en las ganancias que se desprenden de la navegación, de igual modo nosotros debemos pensar en el cielo y en la intimidad con Dios. Si juzgas agradable poseer mucho, piensa que Cristo no lo desea y, al punto, te parecerá desagradable. A su vez, si dar a los pobres te resulta enojoso, no repares únicamente en el gasto, sino traslada inmediatamente el pensamiento de la siembra a la siega. Cuando te sea difícil desdeñar el amor de la mujer de otro, piensa en la corona del esfuerzo y vencerás con facilidad. Si el temor a los hombres nos disuade de cometer actos inconvenientes, mucho más lo conseguirá el amor de Cristo.

Adquirir la virtud es difícil, mas mirémosla con la perspectiva de la grandeza de la promesa de los bienes futuros. Los que son virtuosos, independientemente de esto, la miran como hermosa en sí misma, motivo por el que la ejercitan y obran el bien por agradar a Dios, y no con los ojos puestos en el premio. Por eso tienen en gran estima la continencia, no para evitar el castigo, sino porque Dios ordenó vivirla. Mas si alguien es más débil, piense también en los premios. Hagamos lo mismo con relación a la limosna. Tengamos compasión de nuestro prójimo y no despreciemos a los que se consumen de hambre. ¿No es absurdo, acaso, que nosotros estemos sentados a la mesa entre risas y placeres,

y que, al oír a otros gemir en las encrucijadas, no nos volvámos siquiera a sus lamentos, sino que, por el contrario, nos enfademos y les llamemos impostores? ¿Qué dices, hombre? ¿Alguien va a engañar por un pan? Sí, respondes. Compadécete por ello mucho más, sácalo, con mayor motivo si cabe, de esa necesidad. Si no quieres darle, al menos no lo ultrajes; si no quieres rescatarlo del naufragio, al menos no lo empujes al abismo. En el momento en el que arrojas de ti al pobre que se te aproxima, piensa lo que serás ante Dios cuando le supliques. *Con la medida con que midiereis se os medirá también a vosotros*²⁸.

Considera qué atribulado se va aquél, cabizbajo, entre sollozos, después de recibir, además de la pobreza, la herida del ultraje. Si consideráis una maldición mendigar, mira qué tempestad provoca el hecho de que el que pide no obtenga nada y que se vaya, además, ultrajado. ¿Hasta cuándo nos asemejaremos a animales salvajes y, por la avaricia, ignoraremos nuestra propia naturaleza? Muchos, al oír estas cosas, sollozan, mas no quiero que sólo ahora, sino siempre, seáis compasivos. Piensa en aquel día, en el momento en el que hayamos de presentarnos ante el tribunal de Cristo, cuando pidamos compasión y Cristo, poniéndonos en medio, nos examine. ¿Qué diremos entonces? ¿Cómo nos defenderemos? Escucha cómo dice que los presentará allí públicamente: *Cuanto no hicisteis a uno de éstos, tampoco a mí me lo hicisteis*²⁹. No serán ellos quienes nos hablen, sino Dios quien nos reprenda en su nombre.

El rico vio a Lázaro, mas éste nada le dijo, sino que fue Abraham quien se ocupó de defenderlo. Sucederá así con los pobres que ahora nosotros despreciamos. No los veremos con la mano extendida y con aspecto miserable, sino en descanso. Seremos nosotros quienes entonces tomemos

su aspecto, y ¡ojalá que sólo sea su aspecto!, y no lo que, con mucho, es más terrible: el castigo. En ese lugar, el rico no deseaba comer las migajas de pan, sino que se sentía consumir, estaba terriblemente atormentado, y oyó las palabras siguientes: *Recibiste bienes en vida y Lázaro males*. No creamos que la riqueza es algo importante. Por el contrario, se tornará para nosotros camino de perdición si no ponemos cuidado, de la misma forma que, si prestamos atención, la pobreza nos reportará un aumento de felicidad y paz. Si la sobrellevamos con hacimiento de gracias, evitaremos los pecados y alcanzaremos un gran favor de Dios.

5. No busquemos siempre el placer, para que allí gocemos del placer. Por el contrario, abracemos el esfuerzo en la consecución de la virtud, cercenemos lo superfluo y no pretendamos nada que no sea gastar nuestra hacienda con los necesitados. ¿Cómo podremos defendernos si él nos promete el cielo y nosotros ni siquiera le damos pan, cuando por ti hace salir el sol y pone a tu servicio toda la creación y tú, en cambio, no le das vestido ni le haces partícipe de tu techo? ¿Qué digo el sol y la creación? Te ofreció su Cuerpo y su preciosa Sangre. Y tú ¿no le das ni siquiera de beber? ¿Le diste en una ocasión? Mas eso no es misericordia. En tanto que tienes y no le socorres, no haces todo lo que puedes.

Las vírgenes tenían también aceite en sus lámparas, pero no el suficiente³⁰. Es preciso que no seas tan parco, ni siquiera al dar de lo tuyo. Pero si das las cosas de tu Señor, ¿por qué eres tan mezquino? ¿Queréis que os diga el motivo de tanta inhumanidad? Lo que sucede es que éstos construyen su hacienda desde la avaricia y luego son reacios a dar limosna. Quien aprende a ahorrar de ese modo, desconoce qué es gastar. ¿Cómo podría ser que quien está

en disposición de robar esté inclinado a hacer lo contrario? El que se apodera de lo ajeno, ¿cómo podría dar a otro lo propio? El perro acostumbrado a comer carne no podrá guardar el rebaño; por eso los pastores los matan. Para que no nos suceda a nosotros lo mismo, abstengámonos de manjar semejante. Carne comen también los que causan por el hambre la muerte. ¿No ves cómo Dios nos ha proporcionado todas las cosas a todos en común? Si consintió en que entre los ricos hubiera pobres, lo hizo para consuelo de los ricos, a fin de que, gracias a la misericordia con ellos, pudieran despojarse de los pecados. Pero tú todavía eres en esto cruel e inhumano. De ello se deduce que si en asuntos de mayor importancia tuvieras el mismo poder, llevarías a cabo innumerables asesinatos y privarías de la luz y de la vida. Para que no sucediera así, a la fuerza cortó la insaciabilidad de aquéllos. Si os duele oír estas cosas, mucho más me duele a mí ver que suceden.

¿Hasta cuándo serás tú rico y aquél pobre? Sólo hasta el atardecer. Así de corta es la vida, y todo lo venidero está a las puertas, de suerte que puede juzgarse como una breve hora todo la vida. ¿Para qué quieres despensas rebosantes y multitud de esclavos y sirvientes? ¿Por qué no tienes, en cambio, millares de pregoneros de tu limosna? Las despensas no dejan oír su voz, antes al contrario, excitan la codicia de muchos ladrones. Las limosnas dadas a los pobres, sin embargo, subirán hasta el mismo Dios, te harán agradable la vida presente, anularán tus pecados y te proporcionarán gloria ante Dios y honor ante los hombres. ¿Por qué, entonces, has de privarte de tantos bienes? No son ellos, sino tú quien saldrá beneficiado de cuanto de bien hagas con ellos. Remediarás su situación presente, pero, de antemano, ganarás para ti mismo la gloria venidera y la confianza, la cual ojalá todos alcancemos, por la gracia y la benignidad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 78

No os dije estas cosas desde el principio porque estaba con vosotros. Ahora, sin embargo, voy al que me ha enviado, y ninguno de vosotros me pregunta: «¿Dónde vas?». Mas porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha llenado vuestro corazón

1. La tiranía que ejerce sobre nosotros el abatimiento es grande, de suerte que necesitamos mucho coraje para oponerle resistencia. Pero, como también tiene su parte de utilidad, aprovechemos lo bueno que hay en ella y dejemos lo inútil. Es bueno entristecerse cuando nosotros u otros cualesquiera pecamos, mas cuando caemos en alguna desgracia humana, entonces el abatimiento es innecesario. Éste fue el que se apoderó de los discípulos, que todavía no eran perfectos. Por eso los corrige con una reprimenda. Antes le hacían un sin fin de preguntas. Pedro le decía: *¿A dónde vas?* Tomás: *No sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?* Felipe: *Muéstranos a tu Padre*². Ahora, en cambio, luego de oír: *Os echarán de las sinagogas, os aborrecerán y, quien os dé muerte, pensará hacer un servicio a Dios*³, quedaron tan abatidos que nada le dijeron. Eso es lo que les reprochó, diciendo: *No os dije estas cosas desde el principio*

porque estaba con vosotros. Ahora, sin embargo, voy al que me ha enviado y ninguno de vosotros me pregunta. Mas porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha llenado vuestro corazón. La falta de medida en la tristeza es algo terrible, terrible y precursor de la muerte. Al respecto, decía Pablo: *No suceda que se vea consumido por el exceso de tristeza*⁴.

No os dije estas cosas desde el principio. ¿Por qué no las dijo desde el principio? Para que nadie objetara que hacía conjeturas acerca de lo que iba a suceder. ¿Por qué aborda un asunto de tanta dificultad? Utiliza un tono humano. ¿Realmente no se lo dijo? ¿No llamó a los doce y les dijo: *Seréis llevados a la presencia de gobernadores y reyes, y os azotarán en las sinagogas*⁵? ¿Cómo dice ahora: *No os las dije desde el principio*? Porque les habló de azotes y arrestos, pero no de que su muerte fuera deseada hasta el punto de ser considerada como un servicio a Dios, algo que era suficiente para llenarlos de terror, ya que iban a ser juzgados como impíos y corruptores. Hay que añadir, además, que allí les habló de lo que habrían de sufrir a manos de los gentiles, más aquí agregó con todo detalle lo que les sobrevendría de parte de los judíos, e indicó, además, que era algo que estaba a las puertas.

Ahora, sin embargo, voy al que me ha enviado y ninguno de vosotros me pregunta: «¿Dónde vas?». Mas porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha llenado vuestro corazón. El hecho de saber que él conocía la magnitud de su abatimiento no era pequeño consuelo. Estaban fuera de sí por el dolor provocado por su ausencia y por los males que les habían de sobrevenir. Ignoraban si podrían soportarlos con coraje. Mas ¿por qué no se lo dijo después, cuando descendió sobre ellos el Espíritu Santo? Para que aprendas que ya estaban firmes en la virtud. Si antes de ser dignos del Es-

píritu, y aun abrumados por la tristeza, no le abandonaron, piensa lo que llegarían a ser recibida la gracia. Que, escuchadas estas cosas, se mantuvieran con él hemos de atribuirlo a la acción del Espíritu. Ahora bien, sin la ayuda del Espíritu Santo, su comportamiento es fruto de su buena disposición y clara evidencia de su amor por Cristo.

*Pero yo os digo la verdad*⁶. Observa cómo una vez más les consuela. Lo que caracteriza al que siente solicitud por otros es, en vistas a su bien, no tratar con miramiento a los amigos ni apartarlos de lo que puede beneficiarlos. *Porque si yo no me fuera, no vendría el Paráclito*.

¿Qué responden a esto quienes no tienen la opinión adecuada acerca del Espíritu? ¿Conviene que se vaya el Señor y que venga el siervo? ¿Ves cuán grande es la dignidad del Espíritu? *Pero si me fuere os lo enviaré*. ¿Cuál es el beneficio? *Cuando venga amonestará al mundo*⁷, es decir, «cuando haya venido, no realizarán todo lo señalado impunemente. Lo sucedido bastaba para reducirlos al silencio. Ahora bien, cuando por el Espíritu se obre lo mismo, la enseñanza sea más perfecta y los milagros mayores, con mayor motivo serán condenados al ver cuanto se hace en mi nombre, lo que, precisamente, manifiesta más claramente mi resurrección. Cuando vean destruida la muerte, la maldad desterrada, enderezada la naturaleza torcida, expulsados los demonios, y el inefable ministerio del Espíritu, y todo por la invocación de mi nombre, ¿qué dirán? El Padre dio testimonio de mí; también dará testimonio el Espíritu. Cierto es que dio testimonio al principio, mas también ahora lo hará».

2. La expresión *amonestará al mundo* significa que impedirá toda defensa y pondrá de manifiesto que sus culpas

no son dignas de perdón. *De justicia, porque voy al Padre y ya no me veréis*⁸. Le acusaban de que no procedía de Dios y le tildaban de pecador y transgresor de la Ley⁹; por eso les dice que impedirá también ese pretexto. «Creer que no procedo de Dios me hace ser un transgresor de la Ley. Cuando el Espíritu Santo evidencie que fui al Padre, y no por un momento, sino para permanecer allí —eso es lo que significan las palabras: *ya no me veréis*—, ¿qué podrán objetar?». Observa la perversa opinión que queda destruida por estos dos argumentos. Obrar milagros no es propio de un pecador, pues un pecador, sin duda, no puede hacer milagros. Tampoco permanecer con Dios para siempre es cosa propia de un pecador.

*Y de juicio, porque el príncipe de este mundo queda ya juzgado*¹⁰. Habla de nuevo de la justicia porque derrotó al adversario, y no le habría vencido si fuera pecador, algo que ni siquiera un hombre justo podría haber hecho. «Que fue condenado por mí lo verán los que, en lo sucesivo, habrán de pisotearlo. Verán claramente, además, mi resurrección, que es, precisamente, su condenación, ya que no tuvo poder para detenerme. Decían que estoy endemoniado y que soy un impostor. Después de esto quedará claro que son acusaciones falsas. No habría expulsado al demonio si fuera reo de pecado. Ahora, sin embargo, ha sido condenado y expulsado».

*Todavía tengo muchas cosas que deciros, mas no las podéis soportar ahora*¹¹. Por ese motivo añade: *Nada hablará de sí mismo, sino que cuanto oyere, eso dirá, y anunciará lo que está por venir. Él me glorificará porque tomará de lo mío y os lo anunciará. Todo cuanto posee el Padre es mío*¹².

Afirma también: *Os conviene que yo me vaya; Ahora no lo podéis soportar, pero entonces podréis; y Él os conducirá a toda verdad.* Para que, al oír estas palabras no creyeran que el Espíritu Santo era mayor que él y cayeran en gran impiedad, dijo: *tomará de lo mío.* Cuando dice: *Nada hablará de sí mismo*, quiere decir que nada dirá por propia iniciativa. Por consiguiente, cuando Cristo dice: *No hablo de mí mismo*¹³, quiere decir que no dice nada fuera de las cosas del Padre, ni nada peculiar que se oponga a él ni extraño a él. En ese mismo sentido ha de entenderse lo referente al Espíritu Santo. Las palabras: *de lo mío* significan «de lo que nos es común». *Os anunciará lo que está por venir.* Con estas palabras levantó su ánimo, porque la naturaleza humana ansía sobremanera conocer lo que está por suceder. Por ese motivo le preguntaban constantemente: *¿A dónde vas?, ¿cuál es el camino?* Para librarlos de esta preocupación les dice lo anterior.

*Él me glorificará*¹⁴. ¿Cómo? En mi nombre hará milagros. Después de la venida del Espíritu, iban a hacer milagros mayores; por eso, una vez más, pone de manifiesto la igualdad con las palabras *Él me glorificará*. ¿A qué se refiere cuando dice: *toda verdad*? Esta expresión testimonia que nos conducirá a toda verdad. Sucede que, por estar revestido de carne, por no parecer que hablaba de sí mismo, ya que todavía no entendían claramente su resurrección por ser todavía muy imperfectos, a causa de los judíos, para que no pareciese que le castigaban como a un transgresor de la Ley, a menudo no decía nada excelso sobre sí mismo ni se desviaba abiertamente de la Ley.

Los discípulos estaban apartados de los judíos y éstos ya fuera del camino. Muchos habían de creer y recibir el perdón de los pecados y habría quienes hablaran de él. Por

lo cual, razonablemente, no decía nada sublime sobre sí mismo. Ésta es la razón por la que, después de decir: *os conducirá a toda verdad*, añadió: *No hablará de sí mismo*. El Espíritu no necesita enseñanza. Escucha cómo lo dice Pablo: *Así también las cosas de Dios nadie las conoce sino el Espíritu de Dios*¹⁵. De la misma forma que el espíritu del hombre conoce las cosas del hombre sin necesidad de aprenderlas de otro, así también el Espíritu Santo *tomará de lo mío*, es decir, «hablará en total consonancia con mis palabras». *Todo cuanto posee el Padre, mío es*.

3. Pero ¿por qué no vino antes de que él se fuera? Porque él no podía venir antes de que la maldición fuera quitada y destruido el pecado, cuando todavía todos eran reos acreedores de castigo. ¿Por qué dice entonces: *Le enviaré*? Es como si dijera: «Os prepararé para que lo recibáis». ¿Cómo puede ser enviado el que está en todas partes? En primer lugar, se pone así de manifiesto la distinción de personas. Se expresa de este modo por ambas razones. Estaban inseparablemente unidos, por eso les persuade a estar adheridos al Espíritu y rendirle adoración. Él podía obrar estos efectos, mas permite que los haga el Espíritu para que conozcan su dignidad.

De la misma forma que el Padre podía conducir el curso de lo existente, mas es el Hijo quien lo hace para que conozcamos su poder, de igual modo sucede con el Espíritu. Por el mismo motivo que él se encarnó, delega en el Espíritu la ejecución y silencia las bocas de los que, por su impiedad, habrían de abusar de aquella obra de inefable misericordia. Si dijeran que el motivo por el que el Hijo se encarnó es porque es inferior al Padre, les responderemos que eso carece de fundamento. Por eso en el bautismo se invo-

ca a la Trinidad. El Padre es capaz de hacerlo todo, y también el Hijo y el Espíritu Santo. Mas del Padre nadie duda, y podría dudarse del Hijo y del Espíritu Santo.

Por eso se invoca a la Trinidad en el rito de iniciación bautismal, para que por la participación en la dispensa de esos inefables beneficios entendamos la unidad de su dignidad. Que el Hijo puede hacer por sí mismo lo que en el bautismo hace con el Padre, y lo mismo el Espíritu Santo, escuchalo enseñado con toda claridad. Decía a los judíos: *Para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad sobre la tierra para perdonar pecados*¹⁶. Y: *Para que seáis hijos de la luz*. Y también: *Yo les doy vida eterna*. Y después: *Para que tengan vida y la tengan abundantemente*¹⁷. Veamos ahora cómo el Espíritu hace esto mismo ¿Dónde puede verse? *A cada uno* —dice la Escritura— *es dada la manifestación del Espíritu para utilidad*¹⁸. El que esto da, sin duda dará mucho más el perdón de los pecados. En otro pasaje dice: *El Espíritu es quien vivifica*¹⁹. Y además: *Vivificará por el Espíritu Santo que habita en nosotros*. Y: *El Espíritu es vida por la justicia*²⁰. Y una vez más: *Si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la Ley*²¹. *Porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre para recaer en el temor, sino el espíritu de adopción*²².

Todos los milagros que obraban, los hacían por el Espíritu que había venido a ellos. Escribiendo a los corintios, Pablo decía: *Pero fuisteis lavados, pero fuisteis santificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios*²³. Habían oído muchas cosas acerca del Padre, habían visto al Hijo haciendo muchos prodigios, pero del Espíritu todavía no tenían un conocimiento claro; por eso

hace milagros e introduce el conocimiento perfecto de sí mismo. Mas, para que, como he dicho anteriormente, no fuera juzgado mayor por eso, dice: *Cuanto oyere, eso hablará, y anunciará lo que está por venir*. Si no fuera éste el motivo, ¿no sería absurdo decir que lo habría de oír después, y eso por los discípulos? Luego, según vosotros, no lo había de saber sino es gracias a los que habrían de oírlo. ¿Qué podría ser más injusto que este modo de expresarse? Por otro lado, ¿qué había de oír? ¿No había anunciado él todo esto por los profetas? Ya se tratara de la abrogación de la Ley de Moisés, ya de Cristo, de su divinidad y de su encarnación, todo estaba dicho. Así es. ¿Qué podría decir después con más claridad?

Anunciará lo que está por venir. En este punto pone de manifiesto su dignidad, porque, sin duda, es propio de Dios decir lo que está por acaecer. Ahora bien, si lo conociera por otros, no sería mejor que los profetas. Aquí, sin embargo, manifiesta el conocimiento exactísimo de Dios, ya que no es posible que el Espíritu diga algo diferente. Las palabras: *de lo mío tomará* significan o «de la gracia que vino a mi carne», o «de la ciencia que yo poseo», no como el que tiene necesidad y aprende de otro, sino porque su conocimiento es uno y el mismo que el del Hijo. ¿Por qué se expresó de esta forma y no de otro modo? Porque todavía no conocían la doctrina relativa al Espíritu. Por ello pretende una sola cosa, que crean en él, lo reciban y no se escandalicen. Les había dicho: *Uno es vuestro maestro, Cristo*²⁴. Y para que no creyeran que desobedecían a Cristo si obedecían al Espíritu, les dice esto ahora. Una es, en definitiva, la voluntad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y así desea que seamos nosotros cuando dice: *Para que sean uno como tú y yo somos uno*²⁵.

4. Nada puede compararse con la unidad y la concordia, porque de este modo uno vale por muchos. Si están unidos dos o diez hombres, cada uno no es uno, sino que se decuplica, y hallarás en los diez uno solo, y en uno solo los diez. Si tienen un enemigo, queda vencido como quien acomete no a uno, sino a diez, ya que queda derribado, no por una, sino por diez bocas. ¿Uno de ellos está necesitado? Mas no se ve en dificultad, porque por la mayor parte, esto es, por los nueve restantes, tiene recursos, pues la parte necesitada, aun siendo la menor, queda cubierta con la abundancia de la mayor. Cada uno de ellos tiene veinte manos, veinte ojos y veinte pies. No ve sólo con sus propios ojos, ni sólo anda con sus propios pies, ni sólo trabaja con sus propias manos, sino también con los ojos, pies y manos de los demás. Tiene diez almas, y no cuida él solo de sí mismo, sino también de los demás. Otro tanto sucedería si fueran cien, y se multiplicaría la fuerza.

¿Percibes la excelencia de la caridad, cómo hace a uno solo invencible y lo multiplica? ¿Cómo uno puede estar al mismo tiempo en muchas partes, por ejemplo, en Persia y en Roma? ¿Cómo puede la caridad lo que no logra la naturaleza? Parte del hombre está aquí y parte allí, o por mejor decir, todo entero aquí y todo entero allí. Considera dónde llegaría su fuerza si tuviere mil o dos mil amigos. ¿Te das cuenta de cómo la caridad multiplica la fuerza del hombre? Porque, verdaderamente, es admirable que uno se multiplique en mil. ¿Por qué, entonces, no adquirimos esa fuerza y adquirimos seguridad? Es mejor que el poder y la riqueza, que la salud y la misma luz; es el fundamento de la alegría. ¿Hasta cuándo hemos de limitar el amor a uno o a dos?

Entiende lo que digo aun desde la óptica contraria. Supongamos que uno no tenga ningún amigo, cosa propia de una locura extrema. Éste ¿qué tipo de vida llevará? Aunque fuera inmensamente rico, aunque viviera en la opulencia y en el lujo, aunque posea un sin fin de bienes, se halla des-

provisto y desnudo de todo. Con amigos no sucede así. Aunque sean pobres, son más pudientes que los ricos. Lo que uno no se atreve a decir en su defensa, lo dirá el amigo. Los favores que uno no puede procurarse a sí mismo, los obtendrá a través del amigo, e incluso muchos más. Será para nosotros, en definitiva, causa de beneficio y seguridad. No puede sufrir daño quien es custodiado por tantos guardas. De hecho, ni siquiera el rey tiene guardias tan diligentes como lo son los amigos, ya que aquéllos lo custodian por obligación y temor, y éstos lo hacen de grado y por amor, y el amor es, con mucho, más fuerte que el temor. El rey teme a sus guardias y el amigo confía en los suyos más que en sí mismo, y por ellos no teme a nadie que pueda tramar asechanzas.

Practiquemos el comercio con esta mercancía²⁶: El pobre, para tener consuelo en su pobreza; el rico, para tener aseguradas sus riquezas. El que manda, para que pueda gobernar con confianza; el que obedece, para disponerse favorablemente a los que mandan. Es la base de la manse dumbre, es el fundamento de la apacibilidad. Entre las fieras, son las más rebeldes e indomables las que no viven en manadas. Por eso, para estar unos con otros, habitamos ciudades y tenemos plazas. A esta unión exhortaba Pablo con las palabras: *no abandonando nuestra asamblea*²⁷. No existe mal como la soledad y ser insociable e inaccesible. ¿Qué decir de los monjes y de los que habitan las cumbres de las montañas? Ni siquiera éstos carecen de amigos, sino que huyeron del tumulto de las plazas y tienen muchos compañeros de su mismo espíritu y fuertemente enlazados entre sí, y para este fin precisamente se retiraron.

Puesto que la competencia en los asuntos del mundo ocasiona tantas disensiones, apartados del bullicio, cultivan

la caridad con toda diligencia. Yo desco, en la medida de lo posible, que conozcan cómo han de tratar unos con otros, mas, si no es así, al menos que permanezca inamovible la amistad. No es el lugar el que hace los amigos. En realidad, hay muchos que los admiran, y no los admirarían si no los quisieran. Ellos, por su parte, ruegan por todo el mundo, que es la mayor prueba de amistad. Por el mismo motivo nos abrazamos en los misterios: para que, aunque seamos muchos, seamos uno. Hacemos también oración en común por los no iniciados, hacemos invocaciones por los enfermos, por los frutos del mundo, de la tierra y del mar. ¿Ves el poder de la caridad en las oraciones, en los misterios, en las exhortaciones? Es la causa de todos los bienes. Si nos acogemos a ella con seguridad, administraremos bien las cosas presentes y alcanzaremos el reino. Ojalá que todos lo alcancemos, por la gracia y la misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 79

«Dentro de un momento dejaréis de verme; pero un momento más tarde me veréis de nuevo, porque me voy al Padre». Por tanto, algunos de sus discípulos se dijeron los unos a los otros: «¿A qué viene eso de dentro de un momento?»

1. Cuando un alma está dolida y abrumada por la tristeza, nada ahonda más su pena que oír continuamente palabras lúgubres. ¿Por qué, entonces, después de que Cristo había dicho: *Me voy* y *No volveré a hablaros*, retomó otra vez la cuestión diciendo: *Dentro de un momento dejaréis de verme* y *Voy al que me envió*?². Una vez los hubo alentado con sus palabras acerca del Espíritu, hundió de nuevo sus espíritus. ¿Por qué hizo esto? Estaba poniendo a prueba su temple, haciéndolo más verdadero y preparándolos para soportar con entereza su partida a fuerza de oír repetidamente cosas tristes. Cuando reflexionaran sobre lo que sus palabras describían, soportarían después el hecho en sí con serenidad. Analizándolo más en profundidad, hay consuelo en el hecho mismo de decir: *Voy al Padre*. Pues estas palabras dejaban claro que él no perecería, sino que su muerte sería simplemente una especie de metamorfosis.

Por otra parte, les dio un consuelo adicional al no decir meramente: *Dentro de un momento dejaréis de verme*, sino añadir: *Un momento más tarde me veréis de nuevo*. Así mostró que volvería, que su partida sería sólo pasajera y que su presencia con ellos sería eterna.

Sin embargo, ellos no entendieron esto. Por tanto, con toda la razón alguien podría preguntarse cómo fue que, aunque habían oído a menudo estas cosas, se hallaban tan perplejos como si no hubieran oído nada. ¿Cómo es que no entendieron? Bien a causa de su tristeza, como personalmente creo, pues ella apartó de sus mentes las palabras de él, o bien debido a la oscuridad de lo dicho. Y, por tanto, les pareció que él estaba exponiendo dos cosas contradictorias, aunque en realidad no lo eran. «Si te veremos —dijeron—, ¿dónde te irás? Pero si te vas, ¿cómo te veremos?». Por eso declararon: «No sabemos qué está diciendo». Ellos sabían, sin duda, que él iba a marcharse, pero no entendían que volvería a ellos al cabo de un tiempo. Por este motivo, los reprendió por no captar el significado de lo que dijo.

Debido a que deseaba inculcar firmemente en sus mentes sus enseñanzas acerca de su muerte, ¿qué dijo? *Os digo que lloraréis y os lamentaréis*, lo cual fue cierto en cuanto a su crucifixión y muerte, *pero el mundo se regocijará*³. Como no deseaban que él muriera, se apresuraron a creer que no moriría, y cuando oyeron que iba a morir, se sintieron desconcertados, sin saber qué podría significar *dentro de un momento*. Por eso les dijo: *Lloraréis y os lamentaréis, pero vuestro dolor se convertirá en gozo*.

Después, tras señalar que al dolor sigue el gozo y que el dolor traerá gozo, que el dolor es efímero, y el gozo, eterno, continuó con un ejemplo tomado de la experiencia terrena. ¿Qué dijo? *Una mujer a punto de parir sufre dolor*⁴.

Se servía de una comparación frecuentemente empleada por los profetas, que comparaban sus sufrimientos con el dolor excesivo de los dolores del parto⁵. Lo que quería decir es algo como: «Un dolor tan agudo como el del parto se apoderará de ti. Sin embargo, el dolor de dar a luz se torna motivo de gozo». Al mismo tiempo, se ratificaba en su enseñanza acerca de la resurrección y señalaba que su partida era como dejar el vientre para ver la luz del día. Es como si hubiese dicho: «No os sorprendáis de que os conduzca con tanto dolor hacia lo que es conveniente para vosotros, pues la madre, también, en el proceso de convertirse en madre, padece sufrimiento seguido de gran gozo».

Aquí insinuaba él, además, un significado místico, a saber, que él mismo cumplió el castigo por el pecado a través de los dolores de ese parto que fue su muerte y dio lugar a que el nuevo hombre se regenerara gracias a ello. Por otra parte, no dijo simplemente que la angustia del parto desaparece, sino que la mujer ni siquiera la recuerda, tal es el gozo que siente. Así sucederá también con los santos. Pero, en realidad, la mujer no se regocija por el hecho de que un hombre haya venido al mundo, sino más bien porque le ha nacido un hijo. Si fuera por la primera razón, nada impediría que las mujeres que nunca han dado a luz sintieran el gozo de la maternidad ante el parto de otra mujer. ¿Por qué habló así? Porque se estaba valiendo del ejemplo únicamente con este fin: mostrar que el dolor es efímero, mientras que el gozo es eterno; además, que la muerte es una transformación a la vida y que el provecho resultante es comparable al inmenso derivado de los dolores del parto. No dijo: «que ha nacido un niño», sino *que ha nacido un hombre*. Me parece que se refería indirectamente a su propia resurrección y también al hecho de que, gracias a las

punzadas de sus sufrimientos, iba a ser conducido, no a la muerte, sino a su reino. Por ello, no dijo: «que le ha nacido un niño», sino *que un hombre ha nacido al mundo*.

*Y vosotros, por tanto, sentís dolor ahora, pero os veré de nuevo y vuestro dolor se convertirá en gozo*⁶. Después, para dejar claro que no moriría jamás, dijo: *Y nadie os la arrebatará. Ese día no me pediréis nada*. Una vez más, con estas palabras no estaba diciendo otra cosa sino que él provenía de Dios. *Entonces, ciertamente, lo sabréis por fin todo*.

¿Qué significa: *no me pediréis nada*? «No necesitaréis un mediador, sino que bastará con mencionar simplemente mi nombre y lo recibiréis todo». *Si le pedís al Padre cualquier cosa en mi nombre*. Estaba señalando el poder de su nombre, pues, ciertamente, sin ser visto ni requerido, sino simplemente nombrado, les haría ganar la aprobación del Padre. ¿Cuándo ocurrió esto en realidad? Cuando dijeron: *Ten en cuenta sus amenazas y concede a tus siervos anunciar tu palabra con toda libertad y obrar milagros en tu nombre*⁷. Y el lugar donde se encontraban se estremeció. *Hasta ahora no habéis pedido nada*. Con estas palabras estaba señalando una vez más que verdaderamente era provechoso para ellos que él se marchara, si hasta entonces no habían pedido nada, sino que cuando él se hubiera ido recibirían todo lo que pidieran. «Cuando finalmente ya no esté con vosotros, no penséis que habéis sido abandonados. Mi nombre será para vosotros una fuente de mayor confianza».

2. Como sus palabras eran algo oscuras, añadió: *Estas cosas os he dicho en parábolas. Se acerca la hora en que no os hablaré más en parábolas. Habrá un tiempo en que sabréis todas las cosas claramente*⁸. Se refería al tiempo poste-

rior a la Resurrección. *Entonces os hablaré libremente del Padre.* Y resultó que estuvo con ellos durante cuarenta días y conversó con ellos, comiendo con ellos y discutiendo asuntos concernientes al reino de Dios⁹.

«En este momento, sin duda, debido a que tenéis miedo, no prestáis atención a mis palabras. Pero luego, cuando me hayáis visto levantarme de entre los muertos y cuando estéis en mi compañía, seréis capaces de aprender todas las cosas con seguridad porque el Padre mismo os amará, pues vuestra fe en mí se habrá vuelto firme. Y no pediré al Padre: vuestro amor por mí será suficiente para ganar su favor, porque me habéis amado y habéis creído que vengo de Dios. *Vine del Padre y he venido al mundo. De nuevo dejo el mundo y voy al Padre*¹⁰. Sin embargo, sus palabras acerca de la resurrección no los animaron, ni oír después: *Vengo de Dios y a Él me voy*. Así que siguió repitiendo esto. Les aseguró, por una parte, que su fe en él estaba bien fundada, y, por otra, que estarían seguros. En consecuencia, no les faltaron razones para asombrarse cuando les dijo: *Dentro de un momento dejaréis de verme, pero un momento más tarde me veréis de nuevo*, pero su asombro no duró más.

¿Qué significa: *Ese día no me pediréis nada*? «No diréis: *Muéstranos al Padre y ¿Dónde te vas?*¹¹, porque conoceréis todo el saber y el Padre tendrá la misma actitud que yo hacia vosotros». Los estaba induciendo a que extrajeran consuelo particularmente de saber que su relación con el Padre sería cordial. Por eso dijeron: *Ahora sabemos que lo sabes todo*¹². ¿Percibes que él había replicado evidentemente en conformidad con lo que estaban pensando en sus corazones? *Y no necesitas que nadie te pregunte*, es decir: «Sabías

lo que nos preocupaba antes de oírlo, y apaciguaste nuestra inquietud cuando dijiste: *El Padre os ama porque me habéis amado*». Después de tantas pruebas y tamaña evidencia, sólo dijeron: *Ahora sabemos*. ¿Percibes qué inmaduros eran aún espiritualmente?

Después, como habían dicho: *ahora sabemos* como si le estuvieran haciendo un favor, declaró: «Necesitáis mucho más que esto para llegar a la perfección. No sois aún ni mucho menos perfectos. Por tanto, ahora me venderéis a mis enemigos y se apoderará de vosotros un miedo tal que no seréis capaces siquiera de apartaros de mí los unos en compañía de los otros. Sin embargo, no sufriré daño alguno por ello». ¿Ves la condescendencia de su lenguaje una vez más? Llegó a reprocharles su continua necesidad de que él condescendiera a su bajeza. Cuando dijeron: *Mira, ahora hablas con sencillez y no con parábolas, y por esta razón creemos en ti*, les mostró que, cuando declaraban su fe, en realidad no creían, y no dio crédito a lo que decían. Dio la misma réplica en otra ocasión para enderezar sus pensamientos.

Por su bien, añadió las palabras: *El Padre está conmigo*, pues deseaba que lo tuviesen presente constantemente. Después, para mostrar que al decir estas cosas aún no les había dado un conocimiento perfecto, pero también para que sus pensamientos no los volvieran rebeldes, pues es probable que aún pensarán con criterios y discurrieran que no disfrutarían de ayuda por su parte, dijo: *Estas cosas os digo, que en mí tenéis paz*; esto es: «que no me apartéis de vuestros pensamientos, sino que me deis la bienvenida».

No dejéis que nadie fuerce estas palabras acomodándolas a su errado entender. Fueron pronunciadas para nuestro consuelo y por amor a nosotros. «Cuando soportáis sufrimientos semejantes a los que he mencionado —quería decir él— vuestros problemas no tendrán fin. Mientras estéis en el mundo, padeceréis aflicción: no sólo ahora que soy traicionado, sino también después. Sin embargo, levantad vuestros

corazones, pues no sufriréis daño grave. Si el maestro ha vencido a sus enemigos, los discípulos no deberían sentirse atribulados». Pero ¿cómo, si puede saberse, has vencido al mundo? «He arrojado a su príncipe a lo profundo¹³. Por otra parte, lo sabréis después, cuando todos los hombres cedan ante vosotros y os obedezcan».

3. Ahora nos es posible también ser conquistadores, si lo deseamos, observando al príncipe de nuestra fe, y recorriendo el camino que él mismo ha abierto para nosotros. Así, ni siquiera la muerte nos vencerá. «¿Qué? —diréis—, ¿no moriremos?». Sí, moriréis, pero, a la vista de estos hechos, queda claro que no os vencerá. Con seguridad el luchador será célebre, no cuando no pelea con su oponente, sino cuando, después de pelear con él, no es vencido. Hemos asumido la muerte, pero no somos simples mortales, sino que somos inmortales debido a nuestra victoria sobre ella. Seríamos mortales si permaneciéramos para siempre en su poder. Igual que no podría llamar inmortales a los animales dotados de larga vida, aunque permanezcan durante mucho tiempo exentos de la muerte, así también cuando un hombre va a resucitar después de la muerte no es mortal, aunque haya sido abatido por la muerte.

Si un hombre se ruboriza durante un momento, decídme, por favor: ¿diremos entonces que siempre está rojo? De ninguna manera, pues la condición no es permanente. Si alguien palidece, ¿lo llamaremos icterico? De ninguna manera, pues la afección es sólo temporal. Bien, entonces no llaméis mortal a quien cae durante un breve espacio de tiempo bajo el dominio de la muerte. Si hiciéramos eso, deberíamos llamar muertos también a los que están dormidos, pues han muerto, por así decirlo, y están inactivos.

Pero la muerte corrompe los cuerpos de los muertos. ¿Y qué? No lo hace de manera que permanezcan en un estado de corrupción, sino de forma que mejoren. Venzamos, pues, al mundo, apresurémonos a la inmortalidad, sigamos a nuestro Rey, levantemos un trofeo para él, despreciemos los placeres del mundo. No hay necesidad de grandes esfuerzos: transfiramos nuestra alma al cielo y el mundo entero habrá sido conquistado. Si no lo codicias, ha sido derrotado. Si lo ridiculizas, ha sido vencido.

Somos extraños y viajeros. No dejemos que ningún juicio nos entristezca. Suponed que vosotros, nacidos en ilustre patria y descendientes de renombrados ancestros, llegarais a una tierra lejana y fuerais desconocidos para todos, y no tuvierais con vosotros sirvientes o riqueza. Si alguien os insultara, no os molestaríais tanto como haríais si lo sufrierais en casa. El claro conocimiento de que estabais en una tierra extraña y extranjera os persuadiría para soportarlo todo pacientemente: no sólo el ser despreciados, sino también el hambre, la sed y cualquier otro sufrimiento. En el momento presente también, considerad el hecho de que sois en realidad extraños y viajeros, y no dejéis que nada en este país extraño os moleste. Y digo esto pues tenéis una ciudad cuyo arquitecto y constructor es Dios. Además, vuestra misma estancia aquí es breve y pasajera. Dejad que quien así lo desee os golpee, os insulte, os difame. Estamos en una tierra extranjera y vivimos desdichadamente.

Doloroso es, sin duda, padecer este sufrimiento en la patria de uno a manos de sus propios conciudadanos. Entonces hay la mayor infamia y desgracia. Sin embargo, si uno está donde no tiene conocidos, lo soporta todo pacientemente. El insulto asume mayores proporciones según la intención de quien insulta. Por ejemplo, si alguien que sabe que un príncipe es un príncipe lo insulta, el insulto es más amargo. Pero si lo insulta pensando que es un ciudadano privado, no puede afectar a quien en realidad sufre el in-

sulto. En consecuencia, sigamos esa línea de razonamiento. Quienes nos insultan no saben lo que somos: ciudadanos del cielo, inscritos en nuestra patria en lo alto y miembros del coro de los querubines. Bien, entonces no estemos tristes, no veamos el insulto como insulto. Si nos conocieran, no nos ofenderían.

¿Nos consideran sin valor y no nos tienen en cuenta? No veamos esto como un insulto. Si un caminante, habiéndose adelantado a sus sirvientes, se sentara durante un momento en una posada para esperarlos y el posadero, u otro caminante, ignorando su identidad, comenzara a peyorar y clamar contra él, seguramente se reiría de la ignorancia del otro, ¿verdad? O mejor, ¿no disfrutaría con el error? ¿No haría una diversión de la cuestión, como si el insultado hubiese sido otro? Actuemos nosotros también así. Digo esto porque estamos sentados en una posada, esperando a nuestros compañeros de viaje en esta carretera. Cuando estemos todos al fin juntos, entonces sabrán a quién están insultando ahora. Entonces menearán sus cabezas y dirán: *Éste es aquel de quien nosotros, necios, nos reíamos*¹⁴.

4. Consolémonos con estas dos consideraciones: que realmente no estamos siendo insultados, pues no saben quiénes somos, y que, si deseamos vengar la injusticia, pagarán la más severa pena por ello después. Sin embargo, ¡que ninguno de nosotros albergue tan cruel e inhumano deseo! Entonces, ¿qué ocurre si somos insultados por nuestros compatriotas? Esto sí sería ciertamente una dura prueba. No, más bien esto sería una nimiedad. ¿Cómo es eso? Porque no soportamos del mismo modo ser insultados por aquellos que amamos que por aquellos que no conocemos.

De hecho, frecuentemente nos valemos de este recurso para levantar el ánimo de aquellos que sufren insulto: «La persona que te ha herido es tu hermano; así que sopórtalo con valor». «Es tu padre» o «es tu tío». Y si el nombre de «hermano» o de «padre» impone hasta el punto de revestir de dócil tolerancia, mucho más podría decir lo mismo de quien es más próximo que éstos. Pues no somos meramente los unos hermanos de los otros, sino miembros los unos de los otros y un solo cuerpo. Si el nombre de hermano desconcierta, mucho más debería el de «miembro». ¿No has oído el proverbio mundano que dice que debemos aceptar a nuestros amigos con sus defectos? ¿No has oído a Pablo decir: *Soportad los unos las cargas de los otros*?¹⁵.

¿No ves a la gente enamorada? Ya que no podemos ilustrar esto con vuestra experiencia, me veo obligado a recurrir a ese conocido ejemplo. Pablo también obró así cuando habló como sigue: *Por otra parte, teníamos padres de nuestra carne para corregirnos, y los respetábamos*¹⁶. Lo que dijo a los romanos es incluso más apropiado: *Igual que cedisteis vuestros miembros como esclavos de impureza, e iniquidad a iniquidad, así ahora ceded vuestros miembros como esclavos de justicia*¹⁷. Por tanto, también tenemos el coraje de ceñirnos a este ejemplo.

¿No veis cuán grandes aflicciones soportan los amantes porque están consumidos por la pasión por las meretrices? Son abofeteados, golpeados, ridiculizados, y soportan a una engreída amante, cuando los desdeña y les dirige insultos sin número? Sea como sea, si muestran siquiera una vez algún signo de dulzura o delicadeza, todo está bien con ellos, todo lo pasado se olvida y todo se sobrelleva con serenidad: pobreza, enfermedad o cualquier cosa por el esti-

lo. Consideran sus vidas felices o desgraciadas de acuerdo con la buena o mala disposición de su amante. Más aún: no distinguen entre honor y deshonor, sino que, incluso si alguien los insulta, lo soportan con facilidad debido al placer y a la felicidad que les proporciona la presencia de ella. Si ella les lanza reproches, e incluso si escupe en su cara, consideran que son rosas lo que ella les arroja al sufrir esto. Ahora ¿qué hay de asombroso en sus sentimientos hacia ella? Es decir, piensan que su casa es la más espléndida de todas, incluso si está hecha de barro y amenaza ruina. Aun así, ¿por qué hablo de las paredes de la casa? Porque, al ver los lugares donde pasan las veladas, se maravillan.

En este punto, sin embargo, permítaseme hablar en lo sucesivo como el apóstol. Incluso como dijo: *Igual que cedisteis vuestros miembros como esclavos de impureza, así ceded vuestros miembros como esclavos de justicia*, de este modo también hablo yo. Igual que hemos amado a esas mujeres, amémonos los unos a los otros, y entonces pensaremos que no tenemos que soportar nada terrible. ¿Por qué me limito a hablar de los unos y los otros? Amemos a Dios de este modo. ¿Os estremecéis porque pido para Dios un amor tan grande como el que mostramos por una meretriz? Yo me estremezco porque ni siquiera en esa medida lo mostramos.

Si os parece, continuemos la discusión, incluso si lo que decimos es muy doloroso de oír. La mujer amada no promete nada de valor a sus amantes, sino deshonor, vergüenza y oprobio. Pues el hecho de tener trato con una meretriz hace que esta relación sea ridícula, vergonzosa, una deshonra. Dios, por el contrario, promete el cielo y las bendiciones celestiales y nos hace sus hijos y hermanos del Unigénito. Por otra parte, durante tu vida te abastece de incontables dones, y, cuando mueres, te da la resurrección. Además, promete que repartirá inimaginables bendiciones y nos hará más estimados y más respetados.

La meretriz obliga a dilapidar todas sus posesiones para su ruina y destrucción, mientras que Dios nos empuja a sembrar para el cielo y nos da el céntuplo y la vida eterna. Ella usa a su amante como a un esclavo, dando órdenes más duras que las de cualquier tirano, mientras que Dios dice: *Ya no os llamaré siervos, sino amigos*¹⁸.

5. ¿Veis los grandes males en un ejemplo y las bendiciones en el otro? ¿Cuáles son las consecuencias? Muchos hombres se muestran solícitos respecto a los intereses de su mujer, obedecen ciegamente cualquiera de sus mandatos, abandonan hogar, padre, madre, amigos, riqueza y patrocinio y permiten que todos sus asuntos caigan en la negligencia y la necesidad. Frecuentemente, por otro lado, no elegimos emplear ni siquiera una tercera parte de nuestras posesiones en beneficio de Dios —o, más bien, en el nuestro propio—, sino que, cuando vemos a un hombre hambriento, lo ignoramos y desdeñamos al desnudo, y ni siquiera intercambiamos una palabra con él.

Los amantes de la meretriz ven a la criada de ésta e, incluso si es extranjera, se paran en medio de la plaza pública y conversan con ella, sintiéndose orgullosos y honrados, desatando oleadas de verborrea. Consideran sus vidas enteras como nada en beneficio de ella, desprecian gobernantes y soberanía —quienes han experimentado esta aflicción, bien lo saben—, y, cuando ella les da órdenes, se muestran más agradecidos que sus esclavos. ¿No es lógico que haya infierno? ¿No es lógico que les aguarden castigos sin número?

Mantengámonos en guardia y ofrezcamos al servicio de Dios tanto, o al menos la mitad, de lo que esos otros dedican a la meretriz. Incluso un tercio. ¿Os estremecéis de nuevo? Os lo pregunto porque yo también lo hago. Sin em-

bargo, no deseo que os estremezcáis sólo ante mis palabras, sino también en cuanto a vuestros actos. En realidad, nuestros corazones están llenos de escrúpulos mientras estamos en este lugar, pero al abandonarlo lo dejamos todo a un lado. Por tanto, ¿qué se gana?

Si es necesario gastar dinero en otro sitio que no sea la iglesia, nadie se queja de su pobreza. Cuando un hombre es golpeado, incluso toma prestado dinero para vengarse. Pero si mencionamos aquí la pobreza, alegan como excusa hijos, esposa, hogar, cuidado de su hacienda y otros pretextos demasiado numerosos para citar. «Pero hay un gran placer ahí», dirás. Sí, y eso es por lo que me lamento y lloro. ¿Qué ocurriría si te mostrase que mayor placer hay aquí? Allí, la vergüenza, la afrenta y el despilfarro restan no poco placer, y también la discusión y la enemistad. Aquí, por el contrario, todo es diferente. ¿Qué hay semejante a estar aquí sentado esperando el cielo y el reino, el esplendor de los santos y la vida sin fin?

«Pero estas cosas son una mera expectativa, mientras que esas otras se experimentan de verdad», dirás. ¿Experimentarse? ¿Quieres que te diga qué placeres se experimentan también aquí? Repara en cuánta libertad disfrutas y cómo no le temes a nadie. Vives virtuosamente y no tiembles ante enemigo, conspirador, delator, competidor, rival en amor, hombre celoso, pobreza, enfermedad u otra causa humana alguna. Ahí, por el contrario, aunque hay diez mil cosas que se ajustan a tu deseo y las riquezas fluyen sobre ti como si manasen de una fuente, la amarga competencia de rivales, la conspiración y las artimañas harán de tu vida la más estragada de todas cuantas se hallan infestadas de estos problemas. Si una mujer despreciable y voluptuosa nos atrae, debemos declarar la guerra a su placer. Esa condición es más dura que morir diez mil veces, y más insoportable que ningún castigo.

Aquí, por el contrario, no hay nada como esto. Pues la Escritura dice: *El fruto del Espíritu es caridad, gozo,*

*paz*¹⁹. Nunca discusión o gasto de dinero mal aconsejado, o reproche acompañando al gasto. Si das un óbolo, pan o una bebida fría, recibirás mucha gratitud. Nada te provocará preocupación o angustia, sino que todo te reportará alta estima y te librará del reproche.

¿Qué defensa tendremos, qué perdón si despreciamos estas cosas y nos entregamos a sus opuestas y nos arrojam-
os voluntariamente al horno de fuego ardiente? Ruego a quienes sufren esta enfermedad que se salven a sí mismos, se reencuentren con la salud y no se permitan caer en la desesperación. Por otra parte, ese bien conocido hijo pródigo se encontraba en una situación mucho más grave que éstos, pero, cuando volvió a la casa de su padre, se le restituyó en su anterior lugar de honor, e incluso parecía que se le estimaba más que a su hermano, que siempre había vivido intachablemente.

Imitémoslo y, volviendo a nuestro Padre sin importar el retraso, liberémonos de ese cautiverio y restablezcámonos en la libertad, en orden a que también nosotros disfrutemos el reino del cielo por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 80

Estas cosas dijo Jesús. Y levantando sus ojos al cielo, dijo: ¡Padre, ha llegado la hora! Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique

1. *Todo aquel que cumple los mandamientos y los enseña, será llamado grande en el reino del cielo*², dice la Escritura, y muy acertadamente, además. Pues es fácil enseñar verdadera sabiduría de palabra, pero ilustrar las palabras con las propias obras es tarea de un alma grande y noble. Al hablar de paciencia, Cristo puso en práctica sus palabras ante ellos y les dijo que siguieran ese ejemplo. La razón de que tras esta exhortación volviera a la oración es enseñarnos a refugiarnos en Dios en nuestras pruebas y a despreciar todo lo demás.

Puesto que él había dicho: *En el mundo tendréis aflicción*³, y así había perturbado sus almas, las calmó de nuevo con su oración, pues aún lo consideraban un hombre. Dijo esta oración para instruirlos, exactamente igual que había ocurrido en el caso de Lázaro, cuando expresamente enseñó la razón de su oración al Padre: *Por los que me rodean hablo, para que crean que me has enviado*⁴. Estuvo bien que lo hiciera en el caso de los judíos, pero ¿por qué fue apro-

piado en el caso de los discípulos? En el caso de los judíos era necesario porque, después de grandes pruebas de su divinidad, simplemente dijeron: *Ahora sabemos que conoces todas las cosas*. Necesitaban que su fe fuera confirmada. El evangelista no se refirió a su acción como a una oración, sino ¿qué? Dijo: «Levantó sus ojos al cielo», y quiso decir que las palabras de Cristo fueron un coloquio con su Padre más que una petición.

En otro lugar habló realmente de oración, y en una ocasión lo representa de rodillas y en otra, levantando sus ojos al cielo, no te confundas. Por medio de estas referencias se nos enseña perseverancia en nuestras peticiones, de manera que, cuando estemos en pie, miremos hacia arriba, no sólo con los ojos de nuestro cuerpo, sino también con los de nuestro entendimiento. Y también que, cuando nos postremos de rodillas, lo hagamos con el corazón contrito. Cristo vino, no sólo para revelarse, sino también para enseñar inefable virtud. Y fue necesario que la enseñara, no solamente con sus palabras, sino también con sus actos.

Escuchemos qué dijo en este ejemplo. *¡Padre, ha llegado la hora! Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique*. Una vez más estaba señalándonos que no iba a la cruz contra su voluntad. ¿Cómo podría ir contra su voluntad, si rezaba para que sucediera y llamaba «gloria» a sus sufrimientos, y no sólo gloria de quien es crucificado, sino también de su Padre? Resultó así, pues no sólo el Hijo, sino también el Padre, realmente fueron glorificados. Antes de la cruz, ni siquiera los judíos lo conocían, pues la Escritura dice: *Israel no me conoce*⁵, mientras que después de la cruz el mundo entero acudió a él.

Después habló de la manera de esta glorificación y de cómo él lo glorificaría: *Como tú le has dado poder sobre*

*toda carne en orden a que todo lo que le has dado no perezca*⁶. Dando gloria a Dios es como, indefectiblemente, se obra con rectitud. Pero ¿qué significa *como tú le has dado poder sobre toda carne*? Estaba señalando que las enseñanzas contenidas en su predicación estaban destinadas, no sólo a los judíos, sino al mundo entero, y estaba estableciendo las primeras bases de la llamada de los gentiles. Había dicho: *No vayáis a los gentiles*, y muy pronto iba a decir: *Id, y haced discípulos de todas las naciones*⁷. Enseñaba ahora que también su Padre deseaba lo mismo.

Esto ofendió gravemente a los judíos y también a los discípulos. Ni siquiera después de tantas cosas aceptaron gustosamente la idea de estar unidos a los gentiles, hasta que no recibieron instrucción del Espíritu. Digo esto porque, incluso entonces, los judíos se ofendieron mucho ante la perspectiva. Por eso, a pesar de la revelación del Espíritu, Pedro, al llegar a Jerusalén, a duras penas tuvo éxito en escapar de la censura cuando habló de la cuestión de la sábana que descendió del cielo anudada⁸. Pero ¿qué significa: *Tú le has dado poder sobre toda carne*? Preguntaré a los herejes: «¿Cuándo recibió este poder? ¿Antes de que él los creara, o después?». Fue después de la crucifixión y resurrección cuando habló de ello. En ese momento, como sabes, dijo: *Todo el poder me ha sido otorgado. Id, y haced discípulos de todas las naciones*⁹.

¿Qué, entonces? ¿No tenía poder antes a partir de sus propias obras? Pese al hecho de que él los había creado, ¿no tenía poder sobre ellos después de haberlos hecho? Él ha hecho todas las cosas, incluso en el pasado: castigar a algunos como pecadores, reformar a otros que dieron la espalda al pecado, pues la Escritura dice: *No esconderé de mi*

*siervo Abraham lo que voy a hacer*¹⁰ y honrar a otros por vivir con rectitud. ¿Tenía poder en ese momento, lo perdió en éste y lo recuperó luego? ¿Qué clase de demonio clamaría que esto es cierto? Pero si su poder era el mismo entonces y ahora, *como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a quien quiere*, dijo, ¿qué significan sus palabras? Estaba a punto de enviarlos a los gentiles. Y para que no pensarán que esto era una innovación, porque había dicho: *No fui enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel*¹¹, señalaba que, tanto su Padre como él, deseaban la salvación de los gentiles.

No es de extrañar que hiciera esta declaración en un tono muy humilde. Hablando así, no sólo los edificaba a ellos en ese momento, sino también a los venideros. Y, como he dicho, con tanta humildad siempre mostró convincentemente que sus palabras estaban hechas a la medida de la debilidad de sus oyentes.

2. ¿Qué significa *de toda carne*? No todos los hombres creían. Aun así, por lo que respecta a su misión, todos podrían haber creído. Y, si no hicieron caso de sus palabras, el fallo no era del maestro, sino de quienes rechazaron sus enseñanzas.

En orden a que a todo lo que le has dado, él pueda dar vida eterna. No te sorprendas si aquí habla también de un modo humano. Hizo esto por las razones mencionadas y, también, porque siempre estaba en guardia contra atribuirse grandeza a sí mismo, ya que esto desconcertaba a sus oyentes, pues, por el momento, nada extraordinario se evidenciaba en él. Cuando Juan hablaba por su cuenta, no lo escribió así, sino que llevó sus palabras a un nivel sublime, diciendo: *Todas las cosas fueron hechas a través de él y sin él nada fue*

hecho; y: Él era la vida; Él era la luz y Él vino. No dijo que Cristo no tenía poder a no ser que lo hubiera recibido, sino que incluso dio a otros *el poder de convertirse en hijos de Dios*. También Pablo declaró que él es igual a Dios¹².

Él, sin embargo, pidió de un modo humano: *En orden a que a todo lo que le has dado, él pueda dar vida eterna. Ahora ésta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a aquel a quien has enviado, Jesucristo*¹³. Dijo: *el único Dios verdadero* para diferenciarlo de los dioses que no existen. E hizo esto porque estaba a punto de enviarlos a los gentiles. Si no están de acuerdo con esto y la palabra «único» debería negar que el Hijo es Dios verdadero, llevando este razonamiento más allá, también negaría totalmente que él es Dios. Digo esto porque él dijo: *No buscáis la gloria que viene del único Dios*¹⁴.

¿Qué, entonces? ¿No será el Hijo Dios? Pero, si el Hijo es Dios y si él es Hijo del Padre que es llamado *el único Dios*, es muy evidente que él es Dios verdadero, e Hijo de quien es llamado «el único Dios verdadero». ¿Por qué, cuando Pablo dijo: *O yo solo y Bernabé*¹⁵, con seguridad no estaba excluyendo a Bernabé? «Solo» se usa para separarlo de los demás. Aun así, si él no es Dios verdadero, ¿cómo es él «la verdad»? ¿Por qué, preguntaría yo, decimos que un hombre no es un hombre verdadero? ¿No decimos esto cuando la criatura no es un hombre en absoluto? Así, si el Hijo no es Dios verdadero, ¿cómo es él Dios? Más aún, ¿cómo nos hace dioses e hijos, si él no es Dios verdadero? He discutido estas cuestiones muy detalladamente en otro lugar. Continuemos, por tanto, con el texto que sigue a éste.

Te he glorificado en la tierra. Dice *en la tierra* con razón, pues el Padre estaba ya glorificado en el cielo, con la glo-

ría que era suya por naturaleza, y también porque era adorado por los ángeles. Por tanto, no estaba hablando de la gloria que es propia de Dios por su propia naturaleza, pues seguiría teniendo esa gloria aunque nadie lo glorificara, sino que se refería a la gloria que es suya por razón del culto que le rinde el hombre. La palabra *glorifícame* tiene ese significado.

Para que aprendas que se refería a ese tipo de gloria, escucha sus siguientes palabras: *He cumplido la tarea que me has encomendado*¹⁶. Aun así su tarea estaba todavía en sus comienzos. O, más bien, no había empezado aún. ¿Cómo, entonces, podía decir: *he cumplido*? Quería decir: «He hecho todo lo que me incumbía». O estaba hablando de lo que iba a tener lugar como ya cumplido, o, como parece más probable, quería decir que todo había sido ya cumplido de antemano porque la raíz de las bendiciones por venir había sido establecida y, por medio de sus frutos, seguiría inevitablemente. Y también, que él estaría presente en los eventos que iban a tener lugar después de esto y tomaría parte en ellos.

Estaba hablando, una vez más, con condescendencia para sus oyentes, cuando dijo: *que tú me has encomendado*. Si él hubiera esperado a oír para aprender su tarea, eso habría restado mucho esplendor merecido a su gloria. Resulta claro a partir de muchos textos que él vino a cumplir su tarea por su propia voluntad. Por ejemplo, cuando Pablo dijo: *Nos amó tanto que se entregó por nosotros*. También: *Se anonadó, tomando la naturaleza de un esclavo*. Y de nuevo: *Como el Padre me ha amado, también yo os he amado*¹⁷.

Padre, glorifícame contigo, con la gloria que tenía contigo antes de que el mundo existiera. Ahora ¿dónde está esa gloria? Dando por descontado que con razón carecía de glo-

ría a ojos de los hombres, porque estaba revestido de carne, ¿por qué buscaba ser glorificado con Dios? ¿Qué quiso decir aquí? Son palabras relativas a la encarnación, puesto que su naturaleza humana aún no había sido glorificada, ni gozaba aún de incorruptibilidad, ni compartía el trono real. Por eso no dijo «en la tierra», sino *contigo*.

3. También nosotros gozaremos de esa gloria en nuestra propia medida, si estamos atentos. Por ello Pablo dijo: *Siempre que suframos con él, también con él seremos glorificados*¹⁸. Por tanto, ya que tamaña gloria está a nuestro alcance, quienes actúan como sus propios enemigos por pereza y torpeza merecen compasión infinita. Aunque no hubiera infierno, serían los más desdichados, porque, aunque pueden reinar y ser glorificados con el Hijo de Dios, se están privando a sí mismos de estas bendiciones.

Si fuera necesario ser asesinado, o morir diez mil muertes, o dejar diez mil vidas y exactamente igual cantidad de cuerpos cada día, ¿no soportaríamos semejantes sufrimientos a cambio de obtener semejante gloria? Pero ni siquiera despreciamos nuestra riqueza, aunque habremos de ser desposeídos de ella, incluso a nuestro pesar. No despreciamos nuestros bienes aunque permanecen en este mundo y no son de nuestra propiedad. Pues nosotros sólo gestionamos las cosas que no son nuestras, incluso si las heredamos de nuestros antepasados.

Sin embargo, puesto que en realidad el infierno aguarda, y el gusano que no muere, y el fuego inextinguible y el rechinar de dientes, ¿cómo soportaremos esto, me pregunto? ¿Por qué nuestra vista no es clara, sino que, en vez de eso, desperdiciamos todos nuestros recursos en cotidianos conflictos y peleas y discusiones sin sentido, alimentando la

tierra, engordando nuestros cuerpos y no preocupándonos de nuestras almas; no teniendo en cuenta las cosas necesarias, sino dedicando nuestros pensamientos a cuestiones superfluas y vanas? Construimos elaboradas tumbas, adquirimos casas costosas, arrastramos con nosotros multitudes de todo tipo de siervos; deliberamos acerca de diferentes supervisores: colocando funcionarios a cargo de campos, casas, dinero —y funcionarios a cargo de estos funcionarios—, pero no consultamos acerca de nuestra alma desolada.

Ahora, ¿en qué acabará todo esto? ¿No tenemos un solo estómago que llenar? ¿No tenemos un solo cuerpo que vestir? Entonces, ¿por qué este excesivo bullicio acerca de las cuestiones de negocios? ¿Qué sucede? ¿Y por qué dividimos el alma que se nos ha asignado y la rompemos en pedazos por la administración de tales cuestiones, invocando una dura esclavitud para nosotros mismos? Quien necesita muchas cosas es un esclavo de muchas cosas, aunque parezca ser su dueño. Pues el dueño es, ciertamente, un esclavo de sus siervos, e introduce otra especie más vinculante de esclavitud. Es un esclavo de un modo diferente, pues no se atreve a aventurarse en la plaza pública, o el baño, o el campo, sin sus siervos, mientras que ellos, por el contrario, frecuentemente andan por ahí sin él. Por el contrario, el que parece ser el dueño no se atreve a salir de su casa si sus esclavos no están con él. Si simplemente da un paso fuera de su casa solo, piensa que será objeto de burlas.

Tal vez algunos se reirán de mí por decir estas cosas, pero por esta razón merecerían compasión infinita. De hecho, para mostrar que esto es esclavitud, me gustaría hacerte algunas preguntas: ¿Te gustaría necesitar de alguien para llevarte bocados de comida a la boca o la copa a tus labios? ¿No consideras que esta dependencia de otros sería digna de compasión? Por otra parte, si siempre necesitaras muletas para caminar, ¿no te considerarías digno de lástima y el más desdichado de todos por esto? Bien, entonces de-

berías sentirte así en este momento también. Pues no hay diferencia entre que un hombre soporte esta dependencia a causa de los hombres o de cosas irracionales.

Pero, dime: ¿no son los ángeles diferentes a nosotros en esto: que ellos no necesitan tantas cosas como nosotros? Bien, entonces, cuanto menos necesitemos, más nos acercamos a ellos, y cuanto más necesitamos, más nos hundimos al nivel de esta vida fugaz. Para cerciorarte de que esto es así, pregunta a los ancianos qué tipo de vida consideran bendita: aquella en la que han poseído poder vacuo sobre estas cosas, o esa que viven ahora, cuando están apartados de ellas. Por esto hemos invocado su testimonio: porque los que están en el arrebato de la juventud no perciben la pesada carga de esta esclavitud.

De un modo similar, considera el caso de quienes están aquejados de fiebre. Cuando se sienten muy sedientos beben muchos tragos y necesitan muchos, pero cuando, al restablecerse su salud, están libres de la sed acuciante, se consideran benditos. ¿Te das cuenta de que en cada ejemplo es digno de compasión tener necesidad de muchas cosas, y está muy lejos de la verdadera sabiduría? Es una servidumbre siempre creciente y un deseo que consume.

Entonces, ¿por qué voluntariamente hacemos que esta desdicha crezca en nosotros? Dime, por favor: si te fuera posible vivir sin techo ni paredes y no sufrir por ello daño alguno, ¿no elegirías más bien esto? ¿Por qué, entonces, incrementas las evidencias de tu debilidad? ¿No consideramos a Adán bendito por esta razón: que no necesitaba nada, ni vivienda, ni ropas siquiera? «Sí —dirás—, pero en realidad se nos ha colocado en una condición en la que sí necesitamos cosas». ¿Por qué acrecentamos esas necesidades? Si no pocos hombres prescinden de muchas cosas, incluso de las estimadas como necesidades, me refiero a esclavos, mansiones y dinero, ¿qué excusa tendremos si excedemos los límites de lo que realmente necesitamos? Cuanto más numerosas sean las

posiciones de que te rodeas, más completamente te esclavizas. Pues, cuantas más cosas necesitas, más circunscribes tu libertad. La libertad absoluta, en el fondo, es no necesitar nada en absoluto. El siguiente grado es tener pocas necesidades, un grado de libertad que poseen los ángeles y quienes los imitan. Considera cuán loable es que los hombres hagan esto mientras permanecen en sus cuerpos mortales.

Pablo se refería a ello cuando escribió a los corintios: *Pero os aborrearé eso*, y, en orden a que tales como éstos no sufrieran tribulaciones en la carne¹⁹. La razón por la que el dinero recibe su nombre es que podemos usarlo de acuerdo con nuestra necesidad, no que podamos guardarlo y acumularlo, ya que esto no es poseerlo, sino ser poseído por él. Pues si nos proponemos determinar cómo incrementar nuestra riqueza, no cómo disfrutarla de acuerdo con nuestra necesidad, el orden de las cosas se invierte y se ha apoderado de nosotros, no nosotros de ello.

Liberémonos de esta dura esclavitud y seamos libres en algún momento. ¿Por qué estamos ideando múltiples e innumerables lazos para nosotros mismos? ¿No es suficiente para ti el lazo impuesto por la naturaleza, los necesarios límites de tu vida y el enjambre de problemas sin número? Y, pese a ello, ¿te creas aún otros y te los atas a los pies como grilletes? ¿Alcanzarás algún día el cielo y serás capaz de permanecer a tan elevada altura?

Es deseable, deseable para un hombre, cortar estas cuerdas y ser capaz de alcanzar la ciudad de lo alto, puesto que otros obstáculos son también mayúsculos. En orden a que podamos superarlos todos, abracemos la pobreza. Pues así lograremos igualmente la vida eterna por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 81

He manifestado tu nombre a los hombres que me has dado de entre el mundo. Eran tuyos y tú me los has dado y ellos han aceptado tu palabra

1. Se dice que el Hijo de Dios es el ángel del gran consejo² debido a sus muchas enseñanzas, pero especialmente porque reveló a su Padre a la humanidad. Por eso él dice ahora esto: *He manifestado tu nombre a los hombres*. Después de decir: *He cumplido tu tarea*, siguió explicando esta declaración diciendo de qué tipo de tarea se trataba. Aun así el nombre de Dios ya había sido manifestado, sin duda. Efectivamente, Isaías había declarado: «Has jurado por el Dios verdadero»³. Sin embargo, como he dicho a menudo y ahora repito, aunque había sido manifestado, era obvio sólo para los judíos, y ni siquiera para todos ellos. Pero ahora él estaba hablando a los gentiles. No sólo dejó esto claro, sino también que conocían a Dios como el Padre. No es lo mismo, desde luego, saber que él es el Creador que saber que él tiene un Hijo. Y Cristo «manifestó su nombre» tanto con palabras como con obras.

Que me has dado de entre el mundo. Exactamente como él había dicho previamente: *Nadie puede venir a mí a no ser*

*que se lo permita mi Padre; y A no ser que mi Padre se lo conceda*⁴, así dijo aquí: *que me has dado*. Aun así había declarado que él mismo es el camino. A partir de esto es claro que, en esta ocasión, estaba señalando dos asuntos con sus palabras: que estaba en completa armonía con el Padre y que era la voluntad del Padre que ellos creyeran en su Hijo.

Eran tuyos y tú me los has dado. Aquí él deseaba enseñarles que era muy amado por el Padre. Está claro que en realidad no necesita recibirlos, porque él mismo los había creado y era él mismo quien incesantemente los proveía de cuanto necesitaban. ¿Cómo, entonces, los recibió? En un sentido diferente, como he dicho. Esta aseveración atestiguaba su unidad con el Padre. Si alguien quiere atribuirle una interpretación meramente humana y tomarlo en su sentido literal, los discípulos no pertenecerán al Padre después de que el Hijo los ha recibido. Pues si, cuando el Padre los tenía, el Hijo no los tenía, es evidente que cuando se los entregó al Hijo renunció a su dominio sobre ellos. Y algo todavía más extraño se sigue también de esto: que cuando estaban con el Padre eran imperfectos, pero cuando vinieron al Hijo se volvieron perfectos. ¡Es ridículo decir semejantes cosas!

¿Qué quiso decir con esta afirmación? Que el Padre daba por descontado que creerían en el Hijo. *Y ellos han aceptado tu palabra. Ahora han aprendido que todo lo que me has dado viene de ti*⁵. ¿Cómo han aceptado tu palabra? «Creyendo en mí y no prestando ninguna atención a los judíos». Pues había dicho: *Aquel que cree en él ha puesto su sello de que Dios es verdadero*⁶.

Algunos interpretan el texto de este modo: «Ahora sé que todo cuanto me has dado viene de ti», pero eso no sería ló-

gico. ¿Cómo podría el Hijo ignorar lo que pertenece al Padre? Estaba hablando de los discípulos. Quiso decir: «A partir del hecho de haber dicho yo estas cosas, ellos han aprendido que todo cuanto me has dado viene de ti. No tengo nada ajeno, nada propio, fuera de ti». Es lo característico de una persona lo que le hace ajeno en otros aspectos. «Por tanto, han aprendido que todo cuanto les he enseñado es tuyo: tanto la doctrina como las leyes». ¿Y cómo lo han aprendido? «Por mis palabras, pues es a través de ellas como he estado enseñando. Y no sólo han aprendido esto, sino también que vine de ti», pues por el evangelio continuamente se esforzó en transmitir este conocimiento. *Rezo por ellos*⁷. ¿Qué estás diciendo? ¿Estás instruyendo al Padre como si él ignorase sus necesidades? ¿Estás hablándole como hablarías a un hombre carente de conocimiento? ¿Qué significa esta aparente separación? ¿Percibes que su oración no tenía otro propósito sino que aprendieran su amor por ellos? Pues quien da no sólo lo que posee, sino que también intercede para que otro haga lo mismo, muestra un amor mayor. ¿Qué significa: *Rezo por ellos*? *No rezo por el mundo* —dijo—, *sino por aquellos que me has dado*. Siguió repitiendo «me has dado» para que aprendieran que ésta era la voluntad del Padre.

Después, puesto que él había dicho frecuentemente: *Eran tuyos, y me los has dado*, para que no dedujeran que su soberanía no era sino recientemente adquirida y que acababan de ser recibidos por él, ¿qué dijo para disipar esta perversa sospecha? *Todas las cosas que son mías son tuyas, y las tuyas son mías; y soy glorificado en ellas*⁸. ¿Ves la igualdad del Padre y el Hijo? Para que al oír: *me has dado*, no pienses que los discípulos eran ahora trasladados de la esfera de poder del Padre, o que previamente a esto estaban fuera del poder del Hijo, él refutó ambas ideas hablando como lo hizo.

Era como si dijera: «Cuando oigas: *que me has dado*, no pienses que han sido colocados fuera del poder del Padre, pues las cosas que son mías son tuyas. Y cuando oigas: *son tuyos*, no pienses que están fuera de mi poder, pues las cosas que son tuyas son mías». Las palabras: *has dado* se usaron sólo con el objeto de condescender con la debilidad de sus oyentes. Pues las cosas que tiene el Padre son del Hijo y las cosas que tiene el Hijo son del Padre.

Esto no puede decirse del Hijo meramente como hombre, sino sólo en la medida en que posee una naturaleza más grande que la de un hombre, pues es obvio para todos que lo que pertenece a la naturaleza menor pertenece también a la mayor, pero no a la inversa. Sin embargo, en este contexto él combinó estrofa con antistrofa, y la antistrofa claramente revela la igualdad del Hijo con el Padre. Para dejar esto claro, dijo en otro lugar: *Todas las cosas que tiene el Padre son mías*⁹, refiriéndose al conocimiento. Dijo: *me has dado* y otras afirmaciones por el estilo, para señalar que no entraba en oposición con el Padre y las atrajo a sí, pero las recibió como propias. Después estableció la razón y la prueba diciendo: *y soy glorificado en ellas*, esto es, «porque tengo poder sobre ellas» o bien «porque me glorificarán, puesto que creen en ti y en mí, y nos glorificarán por igual». Pero, si él no fuese glorificado en ellas de la misma manera que el Padre, las cosas que el Padre tiene no serán tuyas, pues nadie es glorificado en las cosas sobre las que no tiene poder.

2. ¿Cómo es glorificado de la misma manera que el Padre? Todos murieron por él como por el Padre, y lo predicaron como hicieron con el Padre y exactamente igual que declararon que todo se hacía en nombre del Padre, así también que se hacía en nombre del Hijo.

*Y yo ya no estoy en el mundo, pero éstos están en el mundo*¹⁰, esto es: «Incluso cuando no soy visible en carne, soy glorificado a través de estos hombres». ¿Por qué dijo repetidamente: *No estoy en el mundo, y Puesto que los dejo, te los encomiendo, y Cuando estaba en el mundo los guardaba*? Si uno tomara estas afirmaciones al pie de la letra, se seguirían muchas extrañas contradicciones. ¿Cómo podría ser razonable que él dijera que no estaba en el mundo, y que, como partía, los encomendaba al cuidado de otro? Estas palabras parecen las de un simple hombre que los estaba abandonando para siempre.

¿No ves que conversó con ellos de un modo humano y de acuerdo con su entendimiento, pues pensaban que obtenían más seguridad de su presencia? Por eso dijo: *Cuando estaba presente, los guardaba*. Aun así ¿no dijo: *Vendré a vosotros y Estoy con vosotros hasta la consumación del mundo*¹¹? ¿Cómo es que ahora habla como si fuera a separarse de ellos? Al hacerlo, como he dicho, estaba hablando de acuerdo con el entendimiento de éstos, en orden a que se tranquilizaran un poco al oírle decir esto y para encomendarlos al cuidado de su Padre. Aunque le oían muchas palabras de ánimo, no estaban convencidos. Por eso, finalmente se dirigió al Padre, para probar su afecto por ellos. Fue como si hubiera dicho: «Puesto que me llamas a tu lado, ponlos a salvo. Pues voy a ti».

¿Qué estás diciendo? ¿No puedes protegerlos? «Sí, por supuesto que puedo». ¿Por qué, entonces, hablas de este modo? «Para que disfruten de mi gozo completo», esto es, «para que no se sientan turbados, ya que aún son imperfectos». Por otra parte, diciendo estas palabras, dejaba claro que dijo lo que dijo en beneficio de su paz y gozo, aunque su discurso pareciera más bien lo contrario. *Ahora yo ya no*

estoy en el mundo, pero éstos están en el mundo. Ésta era ciertamente la idea de la situación. Por tanto, por el momento él tuvo presente su debilidad. Si hubiera dicho: «los protegeré», no le habrían creído. Por ello dijo: *Padre santo, guárdalos en mi nombre, esto es, «con tu ayuda».*

Mientras yo estaba en el mundo, los guardé en tu nombre. Una vez más estaba hablando como hombre y como profeta, ya que en ninguna ocasión pareció haber hecho nada en el nombre de Dios. *Guardé a aquellos que me diste; y ni uno de ellos pereció excepto el hijo de la perdición, en orden a que la Escritura se cumpliera*¹². En otra parte, también, había dicho: *No perderé nada de lo que me has dado.* Aun así, no sólo pereció el hijo de la perdición, sino muchos otros en lo sucesivo. ¿Cómo es, entonces, que dijo: *No perderé nada?* Quiso decir: «No perderé nada en lo que a mí respecta». Para dejar esto claro dijo en otro lugar: *No lo expulsaré*¹³. Esto es: «No se perderá por mi culpa, aunque ni lo fuerzo ni, por otra parte, lo abandono. Pero si se va de mi lado voluntariamente, no lo obligaré por la fuerza a volver».

Pero ahora voy a ti. ¿Percibes que ahora sus palabras están expresadas en un tono humano? De ahí que, si alguien está dispuesto a restar mérito al Hijo a causa de ellas, también le restará mérito al Padre. De hecho, repara en que, desde el principio, por un lado parece que él está informando al Padre y encomendándole algo. Informando, cuando dijo: *No rezo por el mundo.* Encomendando, cuando dijo: *Los guardé hasta ahora, y ni uno pereció; y Guárdalos, entonces; y Eran tuyos, y me los has dado; y Mientras estuve en el mundo, los guardé.*

Sin embargo, la explicación que se aplica a todas estas afirmaciones es que él estaba adaptando sus palabras a su

debilidad. Cuando dijo: *Ni uno de ellos pereció excepto el hijo de la perdición*, añadió: *en orden a que la Escritura se cumpla*. ¿A qué Escritura se refería? A aquella que predijo muchas cosas de él. No fue, desde luego, por esta razón por lo que un hombre pereció, a saber, que la Escritura se cumpliera. Hemos discutido esta cuestión detalladamente antes de esto. Afirmé que éste es el método característico de la Escritura, a saber, relatar cosas que resultan de acuerdo con sus predicciones, como si hubiera sido la causa de esto. Aun así debemos examinarlo todo con cuidado, tanto la manera del hablante como su afirmación y también las leyes de la Escritura, no sea que vayamos a razonar falsamente, pues: *Hermanos, no os volváis niños de mente*¹⁴.

3. Ahora, deberíamos aplicar este texto no sólo al asunto de comprender la Escritura correctamente, sino también a la cuestión de esforzarse por vivir con rectitud. En efecto, los niños pequeños no desean cosas valiosas, sino que, generalmente, admiran las carentes de valor. Pues están encantados cuando ven carros, caballos, el auriga y ruedas, todo ello hecho de arcilla. Pero si vieran un rey sentado en un carro de oro y un par de yeguas blancas y gran profusión de ornamentos, ni siquiera se volverían a contemplarlo. Así también, si reciben muñecas hechas del mismo material, las visten como novias, mientras que no miran a las novias reales y hermosas. Y reaccionan de igual modo en el caso de muchas otras cosas.

Éste es el tipo de comportamiento que muchos hombres exhiben también ahora. Cuando oyen hablar de las cosas del cielo, no prestan atención, sino que, como los niños, se emocionan ante todo lo hecho de arcilla, y así se pierden admirando las riquezas terrenas. Estiman la gloria y el placer en

la vida presente, aunque estas cosas son juguetes como aquéllas, mientras que las cosas celestiales son fuente de vida verdadera y gloria y descanso. Sin embargo, exactamente igual que los niños lloran si se los priva de sus juguetes, y ni siquiera pueden desear las cosas auténticas, así ocurre con muchos que parecen hombres. Por ello Pablo dijo: *no os volváis niños de mente*.

¿Amas la riqueza terrena y no las riquezas que permanecen contigo, sino sólo juguetes infantiles? Si vieras a alguien admirando una moneda hecha de plomo y arrodillándose para recogerla, concluirías que su pobreza es grande, mientras tú coleccionas cosas aún menos valiosas que esto y te cuentas entre los ricos. ¿Cómo es esto lógico? Por el contrario, declaramos que un hombre rico es el que desprecia todas las cosas presentes. Pues nadie, nadie elegirá desdeñar estas cosas como de poco valor, plata, oro y el resto, a no ser que desee cosas de mayor valor, exactamente igual que nadie desdeña la moneda de plomo a no ser que esté en posesión de una de oro.

Cuando veas a un hombre despreciando el mundo entero, considera que no está obrando así sino porque tiene sus miras puestas en un mundo mayor. El granjero desprecia unos pocos granos de trigo cuando está esperando una cosecha mayor. Pero si, aunque es incierto que nuestra esperanza se cumpla, condenamos nuestra riqueza a la destrucción, mucho más deberíamos hacerlo en el caso de que sea seguro. Por tanto, ruego y suplico, no te castigues a ti mismo y no te prives de los tesoros de arriba por aferrarte al barro, o por llevar tu barco al puerto cargado sólo de paja y heno.

Dejad que cualquiera que lo desee hable de nosotros; dejad que encuentren defectos en la continua repetición de mis advertencias; dejad que nos llamen necios, desagradables, molestos; no dejaremos de amonestaros frecuentemente sobre estas cuestiones y de citaros discretamente a

todos vosotros esas palabras del profeta: *Redime tus pecados con limosnas y tus iniquidades con trabajos de caridad a los pobres y cuélgalos de tu cuello*¹⁵. No hagas esto hoy y pares mañana. Digo esto porque este cuerpo necesita alimento diario.

Así también el alma, o mejor, mucho más. A no ser que esté bien nutrida, se vuelve más débil y aletargada. No desatendamos esto, pues está pereciendo y muriendo. Recibe a diario muchas heridas de la lujuria, la ira, la pereza, la blasfemia, la venganza, la envidia, y debemos aplicarle remedios. La limosna no es remedio nimio, ya que puede aplicarse a todas las heridas. *Dad limosna* —dice la Escritura— *y todo lo tendréis limpio*¹⁶. Limosna, no rapiña, pues lo que se da de la rapiña no permanece, incluso si lo das a los necesitados. Es la limosna que está libre de toda injusticia lo que limpia. Es mejor que ayunar y dormir en el suelo. Aunque esas prácticas son más difíciles y exigen más esfuerzo, la limosna es más provechosa: ilumina el alma, la enriquece, la hace noble y hermosa. El fruto del olivo no fortalece a los atletas tan eficazmente como este aceite de oliva vigoriza a los comprometidos en el certamen de la piedad. Unjamos, entonces, nuestras manos, para que podamos levantarlas incondicionalmente contra el enemigo.

Aquel que se preocupa por mostrar piedad para con los necesitados, de modo similar se abstendrá prontamente de la codicia. Aquel que persevere en dar a los pobres, de modo similar se abstendrá prontamente de la ira y nunca se hinchará de orgullo. Pues exactamente igual que, cuando un médico cuida constantemente de los heridos, concibe fácilmente serias reflexiones al observar la difícil condición de la naturaleza humana en los infortunios de otros

hombres, así también, si nos comprometemos a ayudar a los pobres, fácilmente adquiriremos sabiduría verdadera. No admiraremos la riqueza ni consideraremos importantes las posesiones de esta vida, sino que despreciaremos todas esas cosas. Elevándonos sobre ellas hasta las alturas del cielo, obtendremos con facilidad las bendiciones eternas por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 82

Les he dado tu palabra y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo, como yo no soy del mundo

1. Cuando somos perseguidos por los malvados aunque seamos virtuosos, y somos tratados despectivamente por ellos a causa de nuestra búsqueda de la virtud, no nos sentimos atribulados ni lo encontremos difícil de soportar. Pues la virtud está constituida por naturaleza de tal manera que inspira odio en el bando de los malvados. Envidian a los que se esfuerzan por vivir con rectitud, ya que piensan que consiguen una excusa para sí mismos si pueden difamar a los buenos. Por eso los odian como exponentes de una conducta opuesta a la suya y no reparan en medios para deshonrar el modo de vida de sus rivales.

Sin embargo, no nos entristezcamos, pues ésta es una prueba de virtud. Por ello Cristo dijo: *Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que es suyo*. Y en otro lugar, de nuevo dijo: *Ay de vosotros cuando todos los hombres hablen bien de vosotros*². E igualmente: *Les he dado tu palabra y el mundo los ha odiado*. Estaba mencionando esto como la razón de que merecieran ser objeto de gran solicitud por parte de su Padre. Quiso decir: «Han sido odiados a causa de ti y de tu palabra. En consecuencia, con

justicia deberán disfrutar el beneficio de todo el cuidado de tu providencia».

No rezo para que los saques del mundo, sino para que los apartes del mal. Estaba arrojando luz sobre lo que quería decir, aclarándolo. Con esta afirmación señalaba inequívocamente que su preocupación por ellos era muy grande, ya que estaba intercediendo con tanta vehemencia en su defensa. Aun así él mismo había declarado que el Padre haría cualquier cosa que ellos le pidieran³. ¿Cómo es que intercede por ellos? Por ninguna otra razón, como he dicho, que no fuese mostrar su amor. *No son del mundo, como yo no soy del mundo.* ¿Por qué dijo en otro lugar: *Los hombres que me has dado de entre el mundo eran tuyos?* En el segundo caso habla de su naturaleza humana, mientras que en el otro se refiere a la maldad. Pronuncia un largo discurso en alabanza de ellos, diciendo en primer lugar que no eran de este mundo. Después, que el Padre mismo los había dado, que habían guardado su palabra y que eran objeto de odio a causa de esto. No te confunda que dijera: *Como yo no soy del mundo.* La expresión «como» no implica aquí plena identidad. Exactamente igual que, cuando usó la expresión «como» refiriéndose a él mismo y al Padre, su plena igualdad se insinuaba porque su naturaleza es la misma, así, cuando la usó en relación a él y nosotros, queda implícita la abismal diferencia entre nosotros, porque hay una diferencia grande, incluso infinita, entre ambas naturalezas. Si *él no pecó, ni se encontró engaño en su boca*⁴, ¿cómo podrían los apóstoles ser colocados en un plano de igualdad con él?

Entonces, ¿qué significan las palabras *no son del mundo*? «Tienen algo más en perspectiva, no tienen nada en común con la tierra, sino que se han convertido en ciudadanos del cielo». Con estas palabras mostraba su amor, pues los alaba-

ba ante su Padre y los encomendaba a él que lo había engendrado. Al decir «guárdalos» no quiso decir meramente libertad respecto al peligro, sino que también se estaba refiriendo a su perseverancia en la fe. Y por eso añadió: *Santifícalos en tu verdad*⁵; «hazlos santos dándoles el Espíritu y la doctrina verdadera». Exactamente igual que cuando dijo: *Estáis limpios debido a la palabra que os he dicho*⁶, así también ahora dijo lo mismo: «Instrúyelos, enséñales la verdad». Pero antes había dicho que era el Espíritu quien haría esto. ¿Cómo es que ahora se lo pide al Padre? Para que aprendas una vez más su igualdad. Pues las enseñanzas verdaderas sobre Dios santifican el alma.

No te sorprendas si él habla de santificación causada por la palabra. Para mostrar que se estaba refiriendo a la doctrina, añadió: *Tu palabra es la verdad*; esto es, «no hay nada falso en ella. Todas sus palabras deben ser completamente cumplidas». También dejó claro que no hay nada puramente figurativo, nada puramente material en su palabra, como Pablo, también, dijo de la Iglesia que Cristo la santificaba por medio de la palabra. Pues también sabía que la palabra de Dios limpia las almas⁷.

Me parece que la palabra *santifícalos* tiene otro significado, a saber: «Apártalos para la palabra y la predicación». Eso es de nuevo evidente a partir de lo que sigue: *Como tú me has enviado al mundo* —dijo—, *así también yo los he enviado*. También Pablo declaró esto: *Encomendándonos el mensaje de reconciliación*⁸. Pues los apóstoles también tomaron posesión del mundo por la misma razón por la que Cristo vino. Pero la expresión «como» aquí, una vez más, no implica igualdad entre Cristo y los apóstoles. ¿Cómo podrían ser enviados hombres de un modo diferente a como

lo fue Cristo? Estaba acostumbrado a hablar del futuro como si ya hubiese tenido lugar.

*Y por ellos me santifico a mí mismo, para que también sean santificados en la verdad*⁹. ¿Qué significa *me santifico a mí mismo*? «Te ofrezco sacrificio». Todos los sacrificios son llamados «santos», y las cosas que se consagran a Dios son llamadas «santas» de un modo especial. Como la antigua santificación estaba prefigurada en el cordero, y ahora no estaba sólo en figura sino en realidad, dijo: *Para que también ellos sean santificados en tu verdad*. «Digo esto porque te los consagro y ofrezco». Afirmó esto porque su cabeza iba a convertirse en víctima y porque ellos mismos también iban a ser inmolados. Pues la Escritura dice: *Presentad vuestros miembros como sacrificio vivo, santo; y Se nos ve como oveja que va a ser sacrificada*¹⁰. Así, sin muerte los estaba haciendo sacrificio y oblación. A partir de las palabras que siguen es obvio que al decir: *me santifico a mí mismo*, se estaba refiriendo indirectamente a su inmolación: *Pero no sólo rezo por éstos, sino también por aquellos que a través de su palabra van a creer en mí*¹¹. De hecho, puesto que él murió por éstos y había dicho: *Por ellos me santifico a mí mismo*, para que nadie pensara que hizo esto sólo por los apóstoles, añadió: *Pero no sólo rezo por éstos, sino también por aquellos que a través de su palabra van a creer en mí*.

2. Con estas palabras una vez más levantó sus espíritus al señalar que habría muchos discípulos. Pues, ya que él había hecho común a muchos lo que ellos habían considerado su privilegio particular, los consoló de nuevo dejando claro que serían responsables de la salvación del resto. Así

que, después de tratar acerca de su salvación y santificación por la fe y el sacrificio, finalmente habló del tema de la armonía, y concluyó su discurso con esto. Tal como había comenzado con ello, llegó al final con el mismo asunto. Había empezado diciendo: *Un nuevo mandamiento os doy*¹² y aquí: *Para que sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti*¹³. Una vez más la expresión «como» no implica plena igualdad de su parte, pues tal cosa no les era posible, sino que significa: «en la medida en que es posible para los hombres». Es exactamente igual que cuando dijo: *Sé misericordioso como tu Padre es misericordioso*¹⁴.

¿Qué significa «en nosotros»? «En su fe en nosotros». Pues, ya que nada ofende tanto a todos los hombres como la disensión, introdujo el tema de que todos deberían ser uno. ¿Qué es, entonces? ¿Realmente cumplió esto?, preguntarás. Sí, lo cumplió a la perfección. Pues todos los que creen a través de los apóstoles son uno, aunque algunos se han separado de ellos. Esta deserción no se le escapó. Más que eso: la predijo, y señaló que resultaba de la depravación humana. *Para que el mundo crea que me has enviado*. Había comenzado su discurso con esta idea cuando dijo: *Por esto todos los hombres sabrán que sois mis discípulos, porque os amáis los unos a los otros*¹⁵. Pero ¿cómo creería el mundo porque fueran uno? «Porque tú eres un Dios de paz», quiso decir. «Si se atienen a los mismos preceptos que su maestro, los que los escuchen conocerán al maestro gracias a los discípulos. Pero si están en guerra los unos con los otros, los demás hombres negarán que sean los discípulos de un Dios de paz. Y si no soy pacífico, no reconocerán que tú me has enviado». ¿Percibes cómo ya al final dio prueba de su plena armonía con el Padre?

Y la gloria que me has dado se la he dado a ellos, «por mis milagros, por mis enseñanzas y para que sean una sola alma. Pues una gloria mayor que la de los milagros consiste en que estén unidos. Al igual que se maravillan ante Dios porque no hay disensión ni conflicto en esa naturaleza divina, y esto es su mayor gloria, así también sean estos discípulos notables a este respecto», declaró. Pero, ¿cómo es que le pidió al Padre que les concediera este favor, aunque él dijo que él mismo se lo daría? Hablara de milagros, de armonía o de paz, fue él quien les garantizó todas estas cosas. A partir de este hecho es evidente que la petición a su Padre fue hecha por el consuelo de ellos. *Yo en ellos y tú en mí*¹⁶. ¿Cómo les dio esta gloria? Estando en ellos y teniendo al Padre con él de modo que él los uniera. En otro lugar no habló así, pues no dijo que el Padre viniera a través de él, sino que él y el Padre vendrían y *harían su morada en él*¹⁷. Con la segunda afirmación refutó el sospechoso razonamiento de Sabelio, y con la primera, el de Arrio.

Para que sean perfectos en unidad, y para que el mundo sepa que me has enviado. Dijo esto repetidamente, para mostrar que la paz puede atraer a los hombres hacia él más eficazmente que los milagros. Pues, al igual que el conflicto hace que los hombres se dispersen, la armonía hace que se unan. *Y que los he amado como tú me has amado*. Aquí de nuevo la expresión «como» significa ser amado en la medida en que un hombre puede serlo, y que su entrega por ellos es una prueba de su amor. Después de decir que estarían a salvo, que no serían vencidos, que serían santificados, que muchos creerían a través de ellos, que gozarían gran gloria, que no sólo los amaba él, sino también el Padre, empezó a hablar también de las cosas destinadas a venir tras su partida de esta vida: de las recompensas y coronas que

los esperaban. Pues dijo: *Padre, deseo que donde esté yo, estén también los que me has dado*. Eso era lo que estaban buscando cuando repetidamente preguntaban: ¿*Adónde te vas?*

¿Qué estás diciendo? ¿Recibirás este favor pidiéndolo y no lo has obtenido todavía? ¿Cómo es que puedes asegurarles: *Os sentaréis en doce tronos?*¹⁸. ¿Cómo es que hiciste otras promesas aún más grandes que ésta? ¿No ves que estaba formulando todo lo que decía con la intención de condescender con su debilidad? Pues ¿cómo, si no, pudo decir: *Seguiréis después?*¹⁹. De hecho, dijo esto para fortalecer y confirmar el amor de Pedro. *En orden a que contemplen mi gloria, la que tú me has dado*²⁰. Una vez más esto es una prueba de su completa armonía con el Padre, más sublime que las anteriores, pues añadió: *antes de la creación del mundo*. Pero también una muestra de condescendencia con su debilidad, pues especificó: *Mi gloria, la que tú me has dado*. Si ésta no es la explicación, debería preguntar a los que lo niegan: «¿No es el que da superior al que recibe su don?» ¿Acaso después de haberlo engendrado primero a él, no le dio su gloria a continuación, permitiendo que estuviera sin gloria hasta entonces? Pero ¿cómo podría ser esto razonable? ¿Percibes que la expresión *has dado* realmente significa «has engendrado»? Pero ¿por qué no dijo «En orden a que compartan mi gloria» en lugar de *para que contemplen mi gloria?*

3. Aquí él estaba sugiriendo que todo verdadero descanso consiste en contemplar al Hijo de Dios. Y, desde luego, esto los glorificará. Pablo, también, dijo esto: *Todos nosotros, con los rostros sin velo, reflejando como un espejo la gloria del Señor*²¹. Al igual que quienes contemplan los

rayos de sol y gozan del beneficio de una clarísima atmósfera obtienen placer de su órgano de la vista, así también, de aquí en adelante, nuestra vista nos causará aún más placer. Al mismo tiempo él señaló que la visión que veremos no es la que puede verse con los ojos del cuerpo, sino un cierto ser fascinante.

*Padre justo, el mundo no te ha conocido*²². ¿Qué significa esto? ¿Qué conexión tiene con lo siguiente? Aquí él estaba indicando que nadie conoce a Dios excepto quienes conocen al Hijo. Lo que quiso decir es algo como esto: «Me gustaría que todos los hombres fueran de esta clase, pero no te han conocido, aunque no puedan encontrar ningún defecto en ti». Tal es el significado de las palabras: *Padre justo*. Me parece que dice esto por decepción, porque ellos no deseaban llegar a conocer a quien es tan bueno y tan justo. Como los judíos habían dicho que conocían a Dios y que Cristo no lo conocía, los refutaba declarando: *Me has amado antes de la creación del mundo*. Se defendía así contra las acusaciones de los judíos. Pues ¿cómo podría oponerse al Padre si había recibido gloria de él, si había sido amado por él antes de la creación del mundo, si deseaba que ellos fueran testigos de la gloria del Padre? «Lo que claman los judíos de que ellos te conocen y yo no es imposible. Por el contrario, te conozco, y ellos no han alcanzado tu conocimiento».

Y éstos han sabido que tú me has enviado. ¿Percibes que se estaba refiriendo indirectamente a los que decían que él no venía de Dios y que estaba resumiéndolo todo en esta afirmación? *Y les he dado a conocer tu nombre y lo haré conocer*²³. Pero tú sabes que el conocimiento perfecto viene del Espíritu. «Sí, pero las cosas que son del Espíritu son más. En orden a que el amor con que me has amado per-

manezca en ellos y yo en ellos. Si aprenden quién eres, sabrán que no estoy separado de ti, que me amas sobremanera y que soy tu Hijo verdadero y uno contigo. Cuando estén persuadidos de esto como deben estarlo, guardarán cuidadosamente su fe en mí y su fuerte amor por mí. Y cuando me amen como deben, permaneceré en ellos».

¿Percibes cómo llevó su discurso a un hermoso fin al concluirlo con amor, la madre de todas las bendiciones? Creamos en Dios y amémoslo, para que no se nos diga: *Dicen que conocen a Dios, pero con sus obras lo repudian*. Y de nuevo: *Ha negado la fe y es peor que un no creyente*²⁴. Si éste acude en ayuda de esclavos, familiares y extranjeros, mientras que tú ni siquiera te preocupas por quienes pertenecen a la misma familia que tú, ¿cuál será tu excusa cuando Dios sea blasfemado e insultado por tu causa? Considera cuántas oportunidades nos ha dado Dios para obrar el bien. «Apíadate de éste como tu familiar, de ése como tu amigo, de éste como tu vecino, del otro como tu conciudadano, de éste como ser humano», dice. Si nada de eso te sirve y rompes todos los lazos, escucha a Pablo diciendo que eres *peor que un no creyente*. Aunque el no creyente no ha oído nada sobre la limosna o sobre las cosas del cielo, te ha sobrepasado al mostrar caridad, mientras que tú, a quien se ha ordenado amar a tus propios enemigos, miras a los miembros de tu hacienda como enemigos y reparas en tu dinero antes que en sus cuerpos.

Por otro lado, el dinero que se gasta no sufrirá pérdida, pero tu hermano, abandonado, perecerá. ¿Qué locura es preocuparse del dinero pero despreocuparse de un allegado? ¿De dónde nos ha sobrevenido esta pasión por la riqueza? ¿De dónde viene esta inmisericordia y crueldad? Supón que alguien, como si estuviera sentado en la parte más alta de

un teatro, mirase hacia abajo al mundo entero. O mejor: si te parece, limitémonos a una sola ciudad.

4. Si alguien, sentado en un punto alto y ventajoso pudiera observar todos los asuntos humanos, piensa cuánta estupidez descubriría, cuán grandes riadas de lágrimas derramaría, cuántas cosas ridículas encontraría risibles, cuántas que son odiosas odiaría. Hacemos cosas dignas de ridículo, de la carga de la locura, de lágrimas y de odio.

Este individuo cría perros para cazar bestias salvajes y él mismo degenera en un estado de ferocidad. Otro alimenta burros y toros a fin de poder usarlos para mover piedras, mientras que no presta ninguna atención a los hombres que se están consumiendo de hambre. Gasta dinero a manos llenas para que se esculpan hombres de piedra y descuida por completo a los hombres de verdad que se están petrificando como resultado del maltrato. Otro colecciona teselas de oro y cubre los muros de su casa con gran solicitud, pero ve los cuerpos de los pobres desnudos y permanece inamovible. Por otro lado, éstos planean añadir nuevos atuendos a los que ya tienen, mientras que ese hombre ni siquiera puede cubrir su propio cuerpo sin ropa. En los tribunales, uno consumirá a uno y el otro a otro. Uno gasta dinero en meretrices y parásitos, otro en actores y bailarines, otro más en elaboradas viviendas y en adquisiciones de tierra y edificios. Éste cuenta su interés y su interés compuesto, aquél toma notas en sus tablillas, repletas de muchos crímenes, y ni siquiera disfruta de descanso por la noche, preocupado como está en hacer daño a otros hombres. Cuando el día amanece, uno va a su injusto lucro, otro a su licencioso despilfarro, otros a su especulación.

Grande es el celo mostrado por fines inútiles e incluso prohibidos, pero no se dedica ni un pensamiento a los que realmente importan. Quienes juzgan llevan el nombre de jueces, pero en realidad son ladrones y asesinos. Si uno exa-

mina los pleitos o sentencias legales, en ambos casos descubrirá, incluso aquí, diez mil actos perversos: fraudes, robos, intrigas. Hay mucho tiempo para estas cosas, pero ni un pensamiento acerca de las espirituales. Por el contrario, todos oscurecen la puerta de la iglesia, pero sólo para mirar dentro. Esto, sin embargo, no es lo que se pide: necesitamos buenas obras y una intención pura. Si pasas todo el día trabajando para tu propia ganancia y luego vienes a la iglesia y murmuras unas pocas palabras, no sólo no has estado complaciendo a Dios, sino que en realidad lo has enfurecido más. Si deseas reconciliarte con él, muéstrale la evidencia de tus actos: entérate de los escombros de los infortunios, toma nota de los desnudos, de los hambrientos, de los que sufren injusticia. Él ha creado incontables modos de que ames a tu prójimo.

No nos engañemos viviendo vidas vacuas y sin propósito. No seamos inmisericordes con los demás porque ahora gocemos de buena salud. Bien al contrario, recordando que cuando hemos caído enfermos y hemos estado en nuestro último extremo, prácticamente hemos muerto por miedo y expectación de la vida venidera, supongamos que nos hemos encontrado de nuevo con el mismo infortunio, sintamos el mismo miedo y así volvámonos hombres mejores de aquí en adelante, porque, ciertamente, nuestras acciones presentes merecen condena sin mesura.

Ahora, algunos hombres en los tribunales son como leones y perros; algunos en la plaza pública son como lobos; algunos hay que viven una vida de ocio, pero éstos ni siquiera emplean su ocio como deberían, y pasan todo su tiempo libre en el teatro y sus vicios. No hay nadie en absoluto que menosprecie estas prácticas, mientras que hay muchos que los emulan y se irritan porque no pueden igualarlos. Este grupo debe ser también castigado, aunque en realidad no lleven a cabo estos propósitos perversos. Pues *no sólo hacen ellos estas cosas, sino que aplauden a otros que*

*las hacen*²⁵. Digo esto porque sus deseos son tan corruptos como esas obras perversas, y a partir de esto es obvio que resulta posible ser castigado incluso a causa sólo de una intención perversa.

Cada día digo estas cosas, y no cejaré en ello. Pues, si algunos me escuchan, habrá merecido la pena. Si no hay nadie que me preste atención ahora, oiréis estas verdades en un momento en que escucharlas no os reportará ningún provecho, y entonces os culparéis a vosotros mismos por no haberlo hecho antes, mientras que nosotros estaremos libres de culpa. Sin embargo, espero no sólo que no tengamos esta excusa que alegar, sino que incluso seáis motivo de orgullo para nosotros ante el tribunal de Cristo, para que juntos disfrutemos de las bendiciones del cielo por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 83

Después de decir estas cosas, Jesús marchó con sus discípulos más allá del torrente Cedrón, donde había un huerto, en el que él y sus discípulos entraron

1. La muerte es algo asombroso y que inspira gran temor, pero no a quienes poseen la sabiduría verdadera de arriba. El hombre que no tiene clara comprensión de la vida venidera, sino que considera la muerte como una suerte de aniquilación y fin de la vida, con razón se estremece y está asustado bajo la ilusión de que significa pasar a un estado de no existencia. Nosotros, por el contrario, que por la gracia de Dios hemos aprendido los misterios y secretos de su sabiduría y que consideramos la muerte como una mera transición, no tenemos motivo para temblar ante ella. Deberíamos regocijarnos y tener el corazón alegre, porque, dejando atrás esta vida efímera, pasamos a otra, mucho mejor y más brillante y que no tiene fin.

Para enseñarnos esta lección con su ejemplo fue Cristo a su pasión, no por coacción o por necesidad, sino voluntariamente. *Jesús pronunció estas palabras —declara el evangelista— y marchó más allá del torrente Cedrón, donde había un huerto, en el que él y sus discípulos entraron. Judas, quien lo traicionó, también conocía este lugar, ya que Jesús a me-*

nudo se había encontrado allí con sus discípulos. Se puso en camino en mitad de la noche, cruzó un río y fue directamente al lugar familiar para su delator para facilitar la tarea a sus oponentes y liberarlos de toda dificultad. Además, estaba mostrando a sus discípulos que iba a su pasión voluntariamente, pues este hecho bastaba para darles gran coraje. Así pues, entró en el huerto como si entrase en una prisión.

Después de haberles dicho estas palabras. ¿Qué quieres decir? Acababa de terminar el discurso en el que estaba conversando con su Padre y había estado rezando. ¿Por qué no dices que después de terminar su oración marchó al huerto? Porque sus palabras no fueron en realidad una oración, sino que fueron pronunciadas por el bien de los discípulos.

Y sus discípulos también entraron en el huerto. Los había librado del miedo tan eficazmente que ya no se frenaban, sino que incluso avanzaban hacia el interior del huerto. Aun así, ¿cómo es que Judas fue allá? Y ¿de qué fuente extrajo su información cuando fue allá? De que fuera allá se desprende claramente que Cristo había pasado la noche muchas veces fuera. Pues, si de ordinario pasara la noche bajo techo, Judas no habría ido a buscarlo fuera, en ese reducto solitario, sino a su vivienda, esperando encontrarlo durmiendo allí.

Para que al oír la palabra «huerto» no concluyas que se estaba escondiendo, el evangelista añadió: *Judas conocía el lugar.* Y no sólo eso, sino también: *A menudo se había encontrado allí con sus discípulos.* Hizo esto porque con frecuencia concertaba encuentros con ellos en privado para hablar con ellos de importantes cuestiones y de aquellas que no era conveniente que los demás oyeran. Estas conversaciones tenían lugar, en su mayor parte, en cumbres y en jardines, ya que siempre buscaba un lugar libre de distracciones a fin de que las mentes de sus oyentes pudieran concentrarse mejor.

Judas, entonces, tomando la cohorte y guardas de los sumos sacerdotes y fariseos, fue allá. A menudo, en otras ocasiones, habían intentado arrestarlo, pero no habían po-

dido hacerlo. De esto se deduce que en este momento él se rindió voluntariamente. ¿Y cómo persuadieron a la cohorte para que acompañara a Judas? Eran soldados, y por ello se comprometerían a hacer cualquier cosa por dinero.

Jesús, sabiendo que todo esto se le avecinaba, se adelantó y les dijo: ¿A quién buscáis? No esperó a enterarse cuando lo capturaran, sino que habló y actuó con seguridad, como *quien sabía todas estas cosas*. Pero ¿por qué fueron armados si sólo pretendían arrestarlo? Temían a sus seguidores y, por ello también, se aproximaron a una hora intempestiva de la noche. *Y se adelantó y les dijo: ¿A quién buscáis? Ellos le contestaron: A Jesús de Nazaret.* ¿Percibes su insuperable poder y cómo permaneció en medio de ellos y los cegó? Pues el evangelista ha dejado claro que la oscuridad no fue responsable de la pregunta, ya que mencionó que también tenían antorchas. E, incluso si no las hubiere, deberían haberlo reconocido al menos por su voz.

Además, incluso si estaban dubitativos, ¿cómo pudo Judas, que había estado continuamente en su compañía, albergar duda alguna? Digo esto porque él mismo estaba también con ellos, pero no reconoció a Cristo más que ellos, sino que cayó al suelo con ellos. Ahora Jesús se sirvió de esto para dejar claro que no sólo eran incapaces de arrestarlo, sino que ni siquiera podían verlo cuando estaba en medio de ellos, a no ser que él mismo lo permitiera.

Preguntó entonces de nuevo: ¿A quién buscáis? ¡Oh, qué estupidez! Sus palabras los abatieron a tierra y ni siquiera así se convirtieron, aunque habían experimentado el efecto de tamaño poder, sino que de nuevo volvieron al mismo asunto. Entonces, cuando había llevado a buen término todas las cosas que le incumbían, finalmente se rindió y les dijo: *Os he dicho que soy yo. Judas, el que lo delató, estaba también con ellos.* ¿Notas la circunspección mostrada por el evangelista, cómo no vilipendió al traidor, sino que simplemente relató el incidente y concentró sus esfuerzos en

mostrar una sola cosa, a saber, que todo tuvo lugar de acuerdo con la voluntad de Cristo? Después, él se anticipó a la objeción de cualquiera que dijera que fue él mismo quien los condujo a este acto rindiéndose y mostrándoles claramente el camino para hacerlo. Por el contrario, fue después de que se sirvió de todos los recursos posibles calculados para disuadirlos, en el momento en que estaban persistiendo en la maldad y no tenían excusa, cuando él se rindió y dijo: *Si me buscáis a mí, dejad que éstos se vayan*², mostrando así hasta en la última hora su amor por ellos.

Quiso decir: «Si, ciertamente, me queréis a mí, no involucréis a estos hombres en esto. Mirad, me estoy entregando», para que la palabra que dijo se cumpliera: *De aquellos que me has dado no he perdido ni uno*. En realidad, sin embargo, en este pasaje se estaba refiriendo no a esta pérdida, la de la muerte, sino a la otra de la eternidad. Pero el evangelista la aceptó como referida también a la vida presente. Alguien puede preguntarse cómo fue que no arrestaron a los discípulos junto con él y les dieron muerte, especialmente porque Pedro suscitó su ira con lo que le hizo al siervo. ¿Qué los retuvo? Nada sino el poder que los había postrado en el suelo. En consecuencia, para dejar claro que lo que tuvo lugar ocurrió, no de acuerdo con su voluntad, sino por el poder y consentimiento del que fue arrestado, el evangelista añadió: *Para que la palabra que dijo se cumpliera: Ni uno de éstos se ha perdido*.

2. Con lo cual, Pedro, envalentonado por las palabras de Cristo y por lo que ya había tenido lugar, tomó armas contra los agresores. Pero ¿cómo es –preguntarás– que aquél a quien se había ordenado no tener cartera ni dos túnicas, tenía una espada?³. Me parece que, temiendo que ocurriera

lo que ocurrió, se había preparado para ello de antemano. Y si objetas: «¿Cómo es que aquél a quien se había ordenado no dar una bofetada siquiera⁴ ahora se convertía en un asesino?», replico que se le había prohibido defenderse a sí mismo, pero aquí estaba defendiendo, no su propia persona, sino a su maestro. Además, los discípulos no eran en ninguna manera perfectos y sin defecto. Si deseas ver a Pedro buscando la perfección, míralo después, cuando fue herido y lo soportó mansamente, y cuando padeció incontables sufrimientos dolorosos con calmada resignación.

Jesús aquí obró un milagro, tanto para enseñarnos que debemos hacer el bien a los que nos hieren, como para revelarnos su poder. Curó la oreja del siervo y dijo a Pedro: *Todos los que tomen la espada morirán a espada*⁵. Aquí también actuó como había hecho al lavarles los pies, poniendo freno a su ímpetu con una reprobación. El evangelista divulgó el nombre del siervo porque el incidente era muy importante, no sólo porque Cristo realizó una curación, sino porque curó a un hombre que era enemigo y que iba a golpearlo un poco después, y también porque contuvo la hostilidad que podría haberse suscitado contra los discípulos por este hecho. Y fue también por la siguiente razón por lo que el evangelista dio el nombre: para que fuera posible a quienes lo leyeron en aquel momento indagar y determinar si el milagro tuvo lugar realmente. Más aún: no sin propósito mencionó la oreja derecha, sino que me parece que deseaba decir que el apóstol simplemente falló al ir a decapitar al hombre que lo había atacado.

Jesús no sólo contuvo a los discípulos amenazándolo, sino, además, lo animó con otras palabras y dijo: *¿No beberé la copa que el Padre me ha dado?*⁶. Estaba señalando que

lo que estaba teniendo lugar no acaecía por el poder de sus enemigos, sino por su propia voluntad. Y estaba dejando claro que él no era un enemigo de Dios, sino que era obediente a su Padre hasta la muerte. Finalmente, Jesús fue hecho prisionero, lo ataron y lo llevaron a Anás. ¿Por qué a Anás? Con regocijo estaban haciendo desfilar su triunfo como si erigieran un trofeo. *Pues era el suegro de Caifás, y fue Caifás quien había aconsejado a los judíos que convenía que un solo hombre muriese.* ¿Por qué el evangelista de nuevo nos recuerda esta profecía? Para aclarar que estas cosas tuvieron lugar para nuestra salvación. Además, la verdad es de una excelencia tal que incluso sus enemigos lo proclaman. Para que sus oyentes no se inquietaran al oír hablar de las cadenas de Cristo, recordó esa bien conocida profecía: que su muerte era salvación para el mundo.

Pedro lo iba siguiendo, así como otro discípulo. ¿Quién era el otro discípulo? El autor mismo de este Evangelio. ¿Y por qué no se mencionó a sí mismo? Cuando se apoyó en el pecho de Jesús, con razón ocultó su identidad, pero ¿por qué lo hizo ahora? Por la misma razón. Soy de esta opinión porque aquí también estaba relatando algo que iba muy en su favor, a saber, que cuando todos habían huido él continuó siguiendo a Jesús. Por tanto, ocultó su identidad y antepuso a Pedro a sí mismo, pero fue forzado a mencionarse a sí mismo, así como a Pedro, para que supieras que estaba dando una versión más fiel que la de otros acerca de los hechos en el patio, pues estuvo presente. Aun así, nota cómo obvió lo que redundaba en su alabanza. Para que nadie dijera: ¿Cómo es que cuando todos habían escapado este hombre entró aún más dentro que Simón? dijo: *Fue porque era conocido del sumo sacerdote*, de modo que nadie lo admiraría por haber acompañado a Cristo dentro, ni nadie extendería sus alabanzas por su coraje.

Lo asombroso, por el contrario, fue lo de Pedro porque, aunque estaba muy asustado, llegó hasta al patio, cuando los

demás habían huido. En consecuencia, su ida allí procedía de su amor por Cristo, pero el hecho de que no entrara dentro provenía de su angustia de mente y de su miedo. El evangelista registró estos detalles para allanar el camino para excusar que negara a Cristo. Mencionó el hecho de que él mismo era conocido del sumo sacerdote, no algo que redundara en su prestigio, sino que, como había dicho que sólo él entró con Jesús, para que no concluyas que esa acción tuvo un motivo sublime, explicó la razón. Más aún, dejó claro con lo que dijo después que Pedro también habría entrado si se lo hubieran permitido. Pues, cuando salió y ordenó a la portera que lo llevara dentro, Pedro entró inmediatamente.

Pero ¿por qué no lo llevó dentro el propio Juan? Porque estaba profundamente preocupado por Cristo, y por ello permanecía cerca de él. Por eso le pidió a la mujer que lo llevara dentro. ¿Qué dijo la mujer? *¿No eres tú también uno de los discípulos de este hombre? Y él dijo: No lo soy⁷.* ¿Qué estás diciendo, Pedro? ¿No declaraste, hace sólo un momento: *Si es necesario dar mi vida por ti, lo haré?* ¿Y no puedes siquiera soportar la pregunta de la portera? No es un soldado quien te está haciendo la pregunta, ¿no? Ni uno de esos que acaban de arrestar a Cristo. Es solamente una portera haciendo una pregunta informal, y su manera de preguntar no es siquiera impertinente. Pues no dijo: «¿Eres discípulo de ese impostor y bribón?», sino *de este hombre*, y ésta era la pregunta de una simpatizante, no de alguien que critica. Pedro, sin embargo, no pudo soportar interrogatorio alguno.

En realidad, las palabras: *no eres tú también* se debieron al hecho de que Juan estaba dentro; de ahí que la mujer se dirigiese amablemente a Pedro. Aun así él no se percató en absoluto y no comprendió: no cuando fue interrogado la pri-

mera vez, ni la segunda, ni incluso la tercera, sino sólo cuando un gallo cantó. Más aún, ni siquiera esto le proporcionó completa conciencia de su pecado hasta que Jesús lo miró acusatoriamente⁸. De hecho, Pedro continuó calentándose junto con los siervos del sumo sacerdote, mientras Cristo era encerrado en prisión, atado. Mencionamos esto, no como menosprecio a Pedro, sino para mostrar la verdad de lo que Cristo había dicho. *El sumo sacerdote, mientras tanto, interrogaba a Cristo acerca de sus discípulos y sus enseñanzas.*

3. ¡Oh, qué hipocresía! Aunque le había oído predicar en el Templo y enseñar abiertamente, ahora decía que deseaba conocer sus enseñanzas. Como no podían alegar ningún cargo contra él, preguntaban sobre sus discípulos: dónde estaban, por qué los había reunido, cuál era su propósito y en qué términos lo seguían. El sumo sacerdote pretendía formular la acusación de que Cristo era un insurrecto y un rebelde y que nadie le prestaba atención, excepto sólo esos discípulos, como si él fuera un malhechor. ¿Qué hizo Cristo entonces? Replicó: *He hablado abiertamente al mundo, no en privado a mis discípulos. He enseñado abiertamente en el templo*⁹. ¿Qué es eso? ¿No dijo nada en secreto? Sí lo hizo, pero no del modo que estos hombres pensaban: por miedo y para planear una rebelión. Por el contrario, habló en secreto cuando lo que decía estaba más allá de la comprensión de la multitud.

¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que me han oído. Contestó así, no porque buscarse que sus enseñanzas fueran corroboradas, sino para mostrar que él estaba seguro en la confianza de que todo lo que había dicho era verdad. Esto había declarado al principio de su vida pública: *Si diera testimonio de mí mismo, mi testimonio no sería ver-*

*dadero*¹⁰, y estaba insinuando esto en esta ocasión, también, cuando deseaba establecer la credibilidad de su testimonio de sí mismo más allá de la duda. Pues cuando el sumo sacerdote se refirió a sus discípulos como si fueran sus únicos pupilos, ¿qué dijo él?: «¿Me preguntas a mí sobre mis enseñanzas? Pregunta a mis enemigos, esos que conspiran contra mí y me atan. Deja que hablen ellos». Constituye una irrefutable prueba de la verdad de lo que un hombre dice cuando llama a sus enemigos como testigos de sus palabras.

¿Qué replicó el sumo sacerdote? Aunque debería haber iniciado esta investigación, no lo hizo, sino que *uno de los guardas que estaban presentes le dio una bofetada* al decir él estas palabras. ¿Qué acto puede ser más imprudente que éste? Estremeceos, vosotros, cielos, asómbtrate, tierra, ante el largo sufrimiento del Señor y la arrogancia de sus esclavos. Pero ¿qué es lo que él había dicho? No fue, ciertamente, como negándose a hablar por lo que preguntó: *¿Por qué me preguntas a mí?*, sino con el deseo de apartar todo pretexto para su arrogancia. Aun así, cuando fue golpeado por decir esto, aunque tenía el poder de golpear, destruir y acabar con todas las cosas, no hizo nada de eso, sino que pronunció palabras calculadas para destruir toda su ferocidad.

Dijo: *Si he hablado mal, da testimonio de la maldad*. Esto es: «Si tienes algún defecto que achacar a mis palabras, muéstralo: pero, si no tienes ninguno, ¿por qué me golpeas?». ¿Ves que el juicio estuvo lleno de confusión y mala voluntad y desprecio y desconsideración por la ley? El sumo sacerdote le había interrogado hipócritamente y a traición. Cristo había respondido sin rodeos y respetuosamente. ¿Qué debería, entonces, haber seguido? Refutar o aceptar lo que él dijo. Sin embargo, esto no es lo que ocurrió, sino que el guarda le dio una bofetada. No era un tribunal de justicia lo

que estaba en sesión, sino una asamblea sin ley y tiránica. Acto seguido, ya que no había nada más que conseguir por esta vía, *lo enviaron atado a Caifás. Pero Pedro se quedó calentándose*. ¡Ay, qué letargo frenó ahora al exaltado e impetuoso discípulo mientras se llevaban a Jesús! Ni siquiera después de esto se conmovió, sino que siguió calentándose, para que aprendas cuán grande es la debilidad de la naturaleza humana cuando Dios la deja a su albedrío. Y así, cuando fue interrogado una vez más, repitió su negación.

Entonces *un pariente del siervo cuya oreja Pedro había cortado dijo: ¿No te vi en el huerto?*, pues estaba indignado ante el acto de Pedro. Ni siquiera la mención del huerto le hizo recordar lo que había ocurrido allí y el tierno amor que Cristo había mostrado con sus palabras, sino que apartó todos estos pensamientos de su mente debido a su miedo. Pero ¿por qué todos los evangelistas universalmente registraron esta negación de Pedro? No fue para condenar al discípulo por esto, sino con el deseo de enseñarnos qué gran mal es no poner la confianza completamente en Dios, sino confiar en uno mismo. Y en cuanto a ti, maravíllate ante la solicitud del maestro y de cómo, incluso bajo arresto y atado, se preocupaba profundamente por su discípulo y, con una mirada, lo levantó de su caída y lo movió a las lágrimas.

Lo condujeron entonces de Caifás a Pilato. Esto tuvo lugar para que la multiplicidad de jueces atestiguara el tortuoso juicio de la verdad, aunque no deseaban dar testimonio de esto. *Era muy de mañana*. Antes del canto del gallo fue conducido a Caifás, y muy de mañana, a Pilato. Con estos detalles el evangelista mostró que, aunque él fue interrogado en medio de la noche, no era convicto. Por tanto, Caifás lo envió a Pilato. Sin embargo, dejando que los detalles del juicio ante Caifás los relataran los otros evangelistas, él habló acerca de lo que siguió.

Repara en el ridículo comportamiento de los judíos. Aunque habían arrestado a un hombre inocente y portaban

armas, no entraron en el palacio pretoriano *para no contaminarse*. Aun así, te pregunto: ¿qué tipo de profanación se cometía entrando en una sala de justicia cuando los malhechores eran castigados justamente? Los que pagaban el diezmo de la menta y el anís¹¹ no consideraban que se contaminaban al convertirse en asesinos, pero pensaban contaminarse simplemente por entrar en la corte de Pilato.

¿Por qué no lo ejecutaron, en lugar de conducirlo a Pilato? La mayor parte de su poder y autoridad había sido recortada debido a que sus asuntos estaban bajo el control de los romanos. Además, temían ser castigados después si los acusaba. Pero ¿qué significa: *para que comieran la pascua*? El propio Cristo, sin duda, había aguardado a la Pascua, al primer día de los ácidos. Por tanto, el evangelista quiso referirse a toda la festividad con la palabra «pascua»; o bien quiso decir que entonces estaban observando la pascua, mientras que Cristo lo había hecho un día antes, guardando su propia inmolación real para el día de preparación, el día en que la pascua tenía lugar realmente antaño. En resumen: estos hombres portaban armas, lo cual no estaba permitido y, aunque estaban empapados de sangre derramada, tenían escrúpulos sobre el lugar, así que pidieron a Pilato que saliera fuera. Al salir dijo: *¿Qué acusación traéis contra este hombre?*¹².

4. ¿Ves que estaba libre de la envidia y ambición de ellos? Pues, al ver a Cristo atado y conducido hasta él por hombres como éstos, consideró que los fundamentos para la acusación no estaban claros. De ahí que hiciese la pregunta, dando a entender que era extraño que ellos mismos, por una parte, se arrogasen el derecho de poner a prueba a Cristo y, por otra, le encomendaran a él el trámite de la sentencia sin juicio. ¿Qué replicaron ellos? *Si no fuera un cri-*

minal, no te lo habríamos traído. ¡Oh, qué necedad! ¿Por qué no especificáis su crimen, sino sólo lo sugerís? ¿Por qué no aportáis pruebas del mal?

¿Percibes que siempre estaban eludiendo las acusaciones francas y en realidad no tenían nada que decir? Anás le había preguntado acerca de su enseñanza y, cuando oyó su réplica, lo envió a Caifás. Cuando este último lo hubo interrogado de nuevo sin descubrir nada, lo mandó a Pilato. Pilato dijo: *¿Qué acusación traéis contra este hombre?* Pero ni siquiera aquí tuvieron nada que decir, sino que se sirvieron de la alusión una vez más. Por consiguiente, él mismo, sin saber qué hacer, dijo: *Lleváoslo y juzgadlo según vuestra ley. Entonces los judíos le dijeron: No nos es lícito ejecutar a nadie. Y dijeron esto para que la palabra del Señor se cumpliese, aquella por la que dijo de qué muerte iba a morir.* ¿Cómo se indica esto con las palabras: *No nos es lícito ejecutar a nadie?*

El evangelista dijo esto dando a entender que Cristo iba a morir no sólo por ellos, sino también por los gentiles, o bien que no era permisible para los judíos sentenciarlo a la crucifixión. Y cuando dijeron: *No nos es lícito ejecutar a nadie*, estaban hablando estrictamente en referencia a esa época del año. Además, Esteban, que fue lapidado hasta morir, prueba que sí ejecutaban la pena capital, aunque lo hicieran de otra manera. Sin embargo, deseaban crucificar a Cristo para hacer un espectáculo hasta de la forma de su muerte.

Pilato, queriendo desentenderse de este enojoso asunto, no lo sometió a un largo juicio. Entrando de nuevo, interrogó a Jesús y dijo: *¿Eres el rey de los judíos?* Jesús contestó: *¿Esto lo dices tú, o te lo han dicho otros?* ¿Por qué hizo Cristo esta pregunta? Porque deseaba exponer el perverso propósito de los judíos. Pilato, sin duda, había oído esto de boca de mucha gente y, como los judíos no presentaron ningún cargo concreto, para no prolongar la investigación, decidió sacar a la luz lo que estaban discutiendo continuamente.

Además, cuando les hubo dicho: *Juzgado según vuestra ley*, deseando insinuar que su crimen no atentaba sólo contra la ley judía, declararon: «No nos es lícito, pues no ha cometido ofensa contra nuestra ley, sino que el cargo concierne al bienestar general». Por tanto, Pilato, consciente de esto, dijo, como si él mismo fuera a exponerse a un peligro: *¿Eres el rey de los judíos?* No replicó Cristo con una pregunta porque necesitara información, sino porque deseaba que la culpa de los judíos quedara clara para Pilato. Por eso dijo: *¿Te lo han dicho otros?* Dejando clara su culpa, Pilato replicó: *¿Soy yo un judío? Tu propia gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?* Con estas palabras deseaba quedar limpio.

En resumidas cuentas, como Pilato había preguntado: *¿Eres el rey?*, Jesús decía, para reprenderlo: «Esto lo has oído de boca de los judíos. ¿Por qué no investigas sus cargos más inquisitivamente? Dicen que soy un criminal, pregúntales qué crimen he cometido. No haces esto, sino que simplemente falsificas cargos. ¿Dices esto por ti mismo o a partir de otra fuente?». Cuando Pilato hubo oído esto, no fue capaz de responderle inmediatamente, sino que se limitó a refugiarse en la conducta de la multitud, diciendo: «Te han entregado a mí. Por tanto, debo preguntarte qué has hecho».

¿Qué respondió, entonces, Cristo? *Mi reino no es de este mundo*¹³. Estaba elevando los pensamientos de Pilato, ya que, a diferencia de los judíos, no era muy malvado, y él deseaba mostrarle que no era simplemente un hombre, sino Dios, y el Hijo de Dios. *Si mi reino fuera de este mundo, mis seguidores habrían luchado para que yo no hubiera sido entregado a los judíos*. Estaba disipando el miedo que Pilato había estado abrigando hasta ahora, a saber, la sospecha de que él tenía los ojos puestos en su poder. ¿No es su reino

de este mundo? Sí, por supuesto que lo es. ¿Por qué dijo que no lo es? No quiso decir que no ejerciera dominio sobre este mundo, sino que tenía su soberanía de lo alto y que no era un mero poder humano, sino mucho mayor y más brillante que eso. Pero, si es mayor, ¿cómo es que fue hecho prisionero por el poder humano? Esto ocurrió por su propia voluntad. No reveló esto, pero ¿qué dijo? *Si yo fuera de este mundo, mis seguidores habrían luchado para que yo no fuese entregado*. Con estas palabras estaba señalando la debilidad de nuestro reino terreno porque su fuerza reside en sus seguidores, mientras que el reino celestial se basta a sí mismo y no necesita de nadie.

Los herejes, basando sus proclamas en este pasaje, alegan que él es independiente respecto al Creador. ¿Qué ocurre, entonces, con las palabras: *Vino a los suyos*? ¿Y qué con las de: *No son del mundo, como yo no soy de este mundo*?¹⁴. Dice que su reino no es de aquí, no para privar al mundo de su providencia y gobierno, sino para mostrar, como he dicho, que su reino no es humano ni transitorio. ¿Qué dijo, entonces, Pilato? ¿*Entonces, eres rey*? Jesús contestó: *Tú lo has dicho, soy rey. Por esto nací*. Si nació rey, todos sus otros atributos son también innatos, y no tiene nada que haya recibido. Así que cuando oigas: *Como el Padre tiene vida en sí mismo, también así ha concedido al Hijo tener vida en sí mismo*¹⁵, no atribuyas a esto otra interpretación que la que se refiere a su eterna generación, y similarmente en lo que respecta a los otros pasajes. *Y he venido por esta razón: para dar testimonio de la verdad*, esto es, «para decir esto, enseñarlo y convencer de ello a todos los hombres».

5. Y tú, hombre, al oír estas cosas y ver a tu Señor conducido con grilletes de un lado a otro, no tengas estima por

la vida presente. ¿No es extraño que Cristo haya soportado tamaños sufrimientos por tu bien, en tanto que tú con frecuencia no puedes siquiera tolerar duras palabras? Él fue escupido y tú te adornas con lujoso atavío y anillos y, si no recibes palabras de aprobación de todos los hombres, no consideras la vida digna de ser vivida. Fue insultado, soportó burlas y bofetadas de mofa, mientras tú deseas recibir honor en toda ocasión y no puedes soportar la deshonra recibida por Cristo. ¿Oyes a Pablo decir: *Sed mis imitadores como yo lo soy de Cristo?*¹⁶. Cuando alguien te ridiculice, recuerda a tu Señor, ante quien hincaron la rodilla con burla, lo deshonraron de palabra y obra y mostraron gran hipocresía para con él. Y él no sólo no actuó en reciprocidad, sino que devolvió lo opuesto, a saber, gentileza y amabilidad.

Imitémoslo también, pues de este modo podremos permanecer ilesos ante cualquier tipo de insulto. Pues no es quien insulta, sino el carácter débil que es perturbado por los insultos, lo que hace eficaz la burla y provoca que inflija dolor. Si no eres perturbado, no eres insultado. El dolor de tales sufrimientos viene, no de quienes lo infligen, sino de aquellos que lo consideran sufrimiento. ¿Por qué te sientes perturbado ante ello? En particular, si eres insultado injustamente no deberías sufrir por ello, sino más bien compadecerte por el que te daña. Y si has sufrido afrenta con justicia, tienes mucho menos motivo para quejarte. Al igual que, si alguien te llama rico cuando eres en realidad pobre, las palabras de halago no son nada para ti, sino que la alabanza es absurda, así si alguien dice lo que no es cierto a modo de insulto, el oprobio no es nada a tus ojos.

Por otra parte, si la conciencia de que el insulto es merecido se apodera de ti, no te sientas perturbado ante las palabras, sino corrige tus acciones. Digo esto incluso con res-

pecto a las cosas que son verdaderamente insultos. Sin embargo, si alguien airea comentarios insultantes sobre tu pobreza o cuna humilde, esto es de nuevo meramente ridículo. La ignominia pertenece, no a quien oye estos insultos, sino a quien los profiere, ya que no sabe cómo valorar verdaderamente las cosas.

Pero cuando estos insultos son proferidos ante mucha gente que ignora la verdad, el daño es demasiado grande para soportarlo, dices. Bien al contrario, esto es particularmente fácil de soportar, puesto que tu audiencia se compone de testigos que te alaban y te muestran aprobación, mientras que desprecian y ridiculizan a tu adversario. Pues no es el hombre que se justifica a sí mismo, sino aquel que permanece en silencio, quien es admirado por los que son verdaderamente sabios. E incluso si no hay ninguna persona verdaderamente sabia entre los presentes, no prestes más atención por esta razón a quien te critica y encuentra tu satisfacción en tu audiencia celestial. Allí, todos te alabarán y aplaudirán y aprobarán. Más aún, un ángel compensa el mundo entero. Pero ¿por qué hablo sólo de los ángeles, cuando Dios mismo pronunciará tu alabanza?

Instruyámonos por medio de estas reflexiones. Pues no es defecto de un hombre permanecer en silencio cuando es insultado. Por el contrario, es digno de culpa que el hombre insultado devuelva el insulto. Si fuera un defecto soportar tales palabras en silencio, Cristo no habría dicho: *Si alguien te golpea en la mejilla derecha, vuélvele también la otra*¹⁷. Por tanto, si alguien dice lo que no es verdad, compadezcámoslo también por esto, porque se está atrayendo el castigo y venganza administrados a los que han hablado contra otros y se vuelve indigno incluso de leer la Escritura. Pues *al hombre perverso dice Dios: ¿Por qué recitas mis*

*preceptos y profesas mi alianza con tu boca? Te sientas a hablar contra tu hermano*¹⁸.

Y si dice verdad, también merece compasión. El fariseo tenía razón, pero no hizo daño a su oyente. Bien al contrario, lo ayudó. Sin embargo, se privó a sí mismo de bendiciones sin número, destruyendo su futuro con esta confesión pública¹⁹. De ahí que, en ambos casos, el hombre que te insulta es quien sufre la injuria, no tú. Por otro lado, si te controlas a ti mismo, obtienes una doble ganancia: hacerte a Dios propicio a causa de tu silencio y fortalecer tu disciplina, aprovechando la ocasión brindada por las palabras de tu adversario para corregir tus actos y no tomando en consideración la alabanza de los hombres. En efecto, nos ha apenado ver que muchos hombres han quedado boquiabiertos de admiración ante la gloria mundana.

Así que, si deseamos ser verdaderamente sabios, tendremos la convicción de que la gloria mundana no es nada. Aprendamos esto, por tanto, y, reflexionando sobre nuestros propios defectos, efectuemos gradualmente su corrección: éste en el presente mes, el otro en el mes siguiente, y señalemos otro para corregir después de éste. Así, subiendo peldaño a peldaño, alcancemos el cielo por la escala de Jacob. Digo esto porque me parece que esa bien conocida visión, la escala de Jacob, era un símbolo de esto, a saber, la ascensión a través de la virtud, poco a poco, por la cual es posible ascender de la tierra al cielo, no por peldaños perceptibles a los sentidos, sino por la enmienda y corrección de los hábitos de uno. Emprendamos, pues, este viaje y ascendamos hasta alcanzar el cielo y disfrutar todas las buenas cosas allí, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 84

Para esto nací y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo el que pertenece a la verdad oye mi voz

1. La paciencia es una virtud maravillosa. Sitúa el alma en un puerto en calma, protegiéndola de las nubes y vientos del mal. Cristo nos ha enseñado esta virtud en todas las ocasiones, pero especialmente ahora que está siendo objeto de juicio y por la fuerza conducido de un sitio a otro. Digo esto porque, cuando fue llevado ante Anás, replicó con gran gentileza, y todo lo que dijo en respuesta al guarda que lo golpeó estaba calculado para disipar la niebla de su orgullo. Más aún, cuando fue de allí adonde Caifás, y luego adonde Pilato, pasando toda la noche en estos «juicios», demostró su mansedumbre en todo momento.

Cuando declararon que era un malhechor, pero no fueron capaces de probarlo, permaneció en silencio. Pero cuando se le interrogó acerca de su reino, replicó a Pilato en orden a instruirlo y conducirlo a pensamientos más elevados. ¿Por qué no condujo Pilato la investigación en presencia de los judíos, sino en privado, entrando en el palacio pretoriano? Porque tímidamente sospechaba su grandeza y deseaba obtener información precisa acerca de todas

las cosas, sin distracción por las ruidosas protestas de los judíos.

Después, cuando preguntó: *¿Qué has hecho?*, Jesús no replicó, sino que, en lugar de eso, contestó a la pregunta ulterior en los pensamientos de Pilato, a saber, en referencia a su reino. Dijo en respuesta: *Mi reino no es de este mundo*. Esto es: «Soy un rey, pero no de la clase que sospechas. Por el contrario, soy uno mucho más ilustre». Tanto con estas palabras como con las que siguen, estaba dejando claro que no había hecho ningún mal. Pues al decir: *Para esto nací y para esto he venido, para dar testimonio de la verdad*, estaba señalando que no había hecho ningún mal. Entonces declaró: *Todo el que pertenece a la verdad oye mi voz*, y con estas palabras estaba intentando persuadir a Pilato de que se uniera a aquellos que eran receptivos a su enseñanza. Quiso decir: «Si un hombre pertenece a la verdad y la desea, me escuchará con atención indivisa». Tan poderosamente, por cierto, atrajo a Pilato con estas breves palabras que éste último replicó: *¿Qué es la verdad?*

Sin embargo, por el momento, se apresuró a ocuparse del asunto que requería atención inmediata. Era consciente de que llevaría tiempo explorar esta cuestión y deseaba rescatar a Cristo del ataque de los judíos. Por tanto, salió fuera y ¿qué dijo? *No encuentro culpa en él*. Ahora, fíjate en cuán prudentemente habló. No dijo: «Puesto que ha hecho mal y merece la muerte, mostrad indulgencia para con él teniendo en cuenta la festividad». Bien al contrario, primero lo absolvió de toda culpa y entonces indicó que, incluso si no deseaban dejarlo ir libre a causa de su inocencia, de sobra merecía que lo favoreciesen permitiéndole beneficiarse de la época festiva. Por tanto, añadió: *Tenéis por costumbre que libere a alguien por la pascua*; y luego, obsequiosamente: *¿Deseáis, por tanto, que libere al rey de los judíos?* Entonces todos gritaron: *¡No a este hombre, sino a Barrabás!* ¡Oh qué decisión tan execrable! Reivindican a los que son como

ellos mismos y liberan al culpable mientras decretan castigo para el inocente: tal ha sido su costumbre desde antaño. Por favor, nota, por otra parte, el amor mostrado por el Señor en todo momento.

Pilato lo mandó azotar, tal vez con el deseo de agotar y apaciguar la cólera de los judíos. Pues, ya que no había podido liberarlo con sus esfuerzos previos, estaba luchando para detener el horrible acto al menos en este punto. Así, ahora lo había mandado azotar y permitido que acaeciera lo demás, a saber, cubrirlo con el manto púrpura y coronarlo de espinas para calmar su ira. Por tanto, lo llevó ante ellos coronado de espinas para que, al ver los agravios que se le habían infligido, su mala voluntad quedase satisfecha y purgada de su veneno.

¿Cómo es que los soldados hicieron estas cosas, si no fue por mandato de su gobernante? Para ganarse el favor de los judíos, porque ya desde el principio no fue por sus órdenes por lo que marcharon contra él durante la noche, sino más bien para complacer a los judíos, puesto que osarían hacer cualquier cosa por dinero. Sin embargo, a pesar de tantos y tan duros sufrimientos, Cristo permaneció en silencio, exactamente igual que había hecho en el juicio, y no replicó nada. Pero, te lo ruego, no te limites a escuchar esto, sino guárdalo siempre en tu mente, y cuando veas al Rey del mundo y de todos los ángeles convertido en diversión de los soldados por las palabras y acciones de éstos, y soportarlo en silencio, imítalo tú con tus obras. Como Pilato le había llamado *el rey de los judíos*, hicieron una pantomima para ridiculizarlo. Después, llevándolo fuera, dijo: *No encuentro culpa en él*. En consecuencia, Cristo marchó llevando la corona de espinas, pero ni siquiera entonces su ira se extinguió. Bien al contrario, siguieron gritando: ¡*Crucifícalo!* ¡*Crucifícalo!* Por consiguiente, Pilato, viendo que todo era en vano, dijo: *Lleváoslo y crucificadlo*. De esto se sigue claramente que había permitido los previos ultrajes

para intentar por todos los medios agotar su loca furia. *Pues —dijo— no encuentro culpa en él*².

2. Repara de cuántas maneras el juez le declaró no culpable, mientras lo absolvía repetidamente de los cargos contra él. Sin embargo, nada de esto tuvo efecto alguno en esos perros. Digo esto porque las palabras: *Lleváoslo y crucifícadlo* indican que estaba negando su responsabilidad por el hecho y diciéndoles que hicieran algo que no tenían derecho a hacer. Ellos habían llevado a Cristo a la presencia de Pilato para que la crucifixión resultara de un veredicto pronunciado por el gobernador, pero ocurrió justo lo contrario: él fue absuelto por el veredicto del gobernador. Después, desconcertados como estaban, dijeron: *Tenemos una Ley, y conforme a nuestra Ley debe morir, porque se ha autoproclamado Hijo de Dios*. ¿Cómo es que, cuando el juez dijo: *Lleváoslo y juzgadlo según vuestra ley*, replicasteis: *No nos es lícito ejecutar a nadie*, y ahora recurrís a la Ley? Reparad en el cargo: *Se ha proclamado Hijo de Dios*. ¿Es un crimen, para quien realiza las obras del Hijo de Dios, decir que es Hijo de Dios?

¿Qué hizo Cristo después? Permaneció en silencio, incluso mientras Pilato y los judíos estaban intercambiando estos comentarios, cumpliendo así esa profecía: *No abrirá su boca. Por su humildad su juicio fue retirado*³. Pilato se asustó al oír que se había proclamado Hijo de Dios. Temía que lo que él había dicho fuera cierto y él pareciese haber obrado mal. Los judíos, por el contrario, aunque habían sabido de este hecho por sus obras y por sus palabras, no se estremecieron de temor, sino que desearon destruirlo por la misma razón por la que deberían haberse postrado ante él.

Por tanto, Pilato no preguntó más: *¿Qué has hecho?* Temblando de miedo, ahora empezó a dirigir la investigación a un plano espiritual, y dijo: *¿Eres el Cristo?* Pero Jesús no le contestó, pues, ya que Pilato había oído: *Para esto nací y para esto he venido, y Mi reino no es de aquí*, debería haberse resistido a los judíos y salvado a Cristo. Sin embargo, fracasó en esto y cedió a la presión de los judíos. Después, viéndose refutados en cada una de sus alegaciones, cambiaron de tema y recurrieron a un cargo político declarando: *Todo el que se autoproclama rey se opone al César.*

Pilato debería haber investigado cuidadosamente si Cristo estaba atacando el poder soberano e intentando derrocar al César de su trono. Sin embargo, no llevó a cabo una indagación detallada en este punto. Esto se debe a que Cristo no le contestó, porque sabía que Pilato estaba preguntando cuestiones sin objeto. Además, debido a que sus actos testificaban por él, no deseaba derrotar a sus enemigos verbalmente y hablar en su propia defensa. Así probó que era por su propia voluntad por lo que acudió a esta dura prueba.

En consecuencia, cuando permaneció en silencio, Pilato dijo: *¿No sabes que tengo poder para crucificarte? ¿Ves cómo estaba dictando sentencia sobre sí mismo?* Pues si todo el poder estuviera en tus manos, ¿por qué no liberar a Cristo si no encuentras culpa en él? Cuando Pilato hubo pronunciado esa acusación implícita contra sí mismo, Cristo dijo: *Aquel que me entregó a ti tiene el mayor pecado*, para mostrarle que él también era reo de pecado.

Por otra parte, para aplacar su orgullo y disipar su ceguera, dijo: *No tendrías poder en absoluto si no se te hubiera dado.* Estaba dejando claro que su cargo le había sido dado, no por accidente ni por el voto de la mayoría, sino por un poder místico. A fin de que al oír *si no se te hubiera dado* no pienses que Pilato estaba libre de toda culpa, añadió: *Aquel que me entregó ante ti tiene mayor pecado.* «Si en realidad era dado, ni él ni ellos serían culpables». En

vano dices esto, pues la palabra «dado» significa «permitido», como si dijera: «Se ha consentido que estas cosas tengan lugar, pero no por eso estás libre de culpa». Con estas palabras Cristo aterrizó a Pilato y le ofreció una clara defensa de sí mismo.

Por tanto, *Pilato estaba buscando un modo de liberarlo*. Pero los judíos gritaron de nuevo: *Si liberas a este hombre no eres amigo del César*. Ya que no habían logrado nada alegando cargos basados en la Ley, traicioneramente se volvieron hacia las leyes seculares y dijeron: *Todo el que se autoproclama rey se opone al César*. ¿Qué hacía evidente tal usurpación? ¿Cómo puedes probarla? ¿Por su atuendo púrpura? ¿Por su diadema? ¿Por su adorno? ¿Por sus soldados? ¿No anduvo él siempre sin guardas, en compañía de sus doce discípulos, observando la moderación apropiada en su uso de todas las cosas: comida, ropa y vivienda?

¿Qué desvergüenza, qué inoportuna precaución! Pilato, pensando que estaría arriesgando su futuro si no tomaba en consideración estas palabras, siguió adelante como si estuviera juzgando el caso, y el que se sentara deja esto claro, pero, sin hacer ninguna investigación del cargo, les entregó a Cristo, con la esperanza de que esto los desconcertaría. Como prueba de que éste era su motivo para obrar así, escucha lo que dijo: *¡He aquí a vuestro rey!* Y cuando gritaron: *Crucifícalo*, de nuevo añadió: *¿Crucificaré a vuestro rey?* Pero ellos gritaron: *No tenemos más rey que el César*.

Se estaban exponiendo deliberadamente al castigo. Por eso Dios los abandonó, porque primero ellos mismos se apartaron de su providencia y protección. Como habían negado unánimemente su dominio sobre ellos, les permitió ser destruidos de acuerdo con su propio deseo expreso. Pero sus palabras pudieron haber extinguido su ira al final. Sin embargo, temían que él pudiera reunir de nuevo a la gente a su alrededor si era liberado, y ordenaron todas sus acciones a partir de esta consideración. Una fuerza temible, cier-

tamente, es la ambición, temible y capaz de destruir el alma de uno. Por ello, nunca le escucharon en absoluto. Bien al contrario, Pilato, como resultado de oír sólo unas pocas palabras, deseaba liberarlo, mientras que los judíos persistían en su ataque, gritando: ¡*Crucifícalo!* Aun así, ¿por qué intentaban ejecutarlo de ese modo?

Ésta era una forma de morir muy ignominiosa. Para que ningún recuerdo honorable le subsistiera, se esforzaban por llevarlo a una execrable desgracia, sin darse cuenta de que la verdad es exaltada por los obstáculos. Como prueba de que sospechaban que conservaría el honor, escucha lo que dijeron: *Hemos oído cómo ese impostor decía: Al tercer día resucitaré*⁴. Estaban haciendo prodigiosos esfuerzos, disponiéndolo todo sin orden ni concierto a fin de arruinar su reputación posterior. Y seguían gritando continuamente: ¡*Crucifícalo!*, pues la indisciplinada turba era arrastrada por la corrupta influencia de sus caudillos.

3. No nos contentemos sólo con leer estas cosas: guardémoslas en nuestros pensamientos: la corona de espinas, el manto púrpura, la caña, los golpes, las bofetadas en las mejillas, los esputos, el ridículo. Si continuamente las ponderamos, tales cosas bastarán para frenar por completo nuestra ira. Si somos burlados, si somos tratados injustamente, sigamos diciendo: *Ningún siervo es más grande que su maestro*⁵. Recordemos también las cosas dichas por los judíos, palabras furiosas, como declararon: *Tienes un demonio, Eres un samaritano y Por Belcebú, expulsa los demonios*⁶.

Soportó todos estos sufrimientos para que siguiéramos sus pasos y para que tolerásemos la burla, la clase de insulto que más punza. No obstante este hecho, no sólo soportó

la burla con paciencia, sino que puso todo su empeño en salvar y en librar del castigo que los aguardaba a quienes estaban infligiéndole estos sufrimientos. Digo esto porque envió a los apóstoles para llevar a cabo también la salvación de estos hombres. Puedes oírlos decir: *Sabemos que actuasteis por ignorancia*⁷, y de este modo los atraían al arrepentimiento.

Imitemos también esto. Nada complace a Dios tanto como que amemos a nuestros enemigos y hagamos bien a quienes nos tratan mal⁸. Cuando alguien te insulte, no guardes resentimiento contra él, sino contra el demonio que le está tentando para que haga eso. Desahoga tu cólera con él, pero compadece al hombre que es tentado por él. Pues, si mentir viene del demonio, mostrar ira sin propósito procede mucho más de esa fuente. Cuando veas que alguien se ríe de ti, piensa que es el demonio quien lo está tentando. La burla no pertenece a los cristianos. Aquél a quien se ha pedido que llore y que ha oído: *Ay de ti que ríes*⁹ y que no obstante nos insulta, se ríe de nosotros y alimenta el fuego de su ira, es digno, no de que lo insultemos, sino de que lo compadezcamos, ya que Cristo se conmovió incluso al pensar en Judas.

Llevemos, pues, todas estas consideraciones a la práctica con nuestros actos. Si no los realizamos correctamente, sin propósito y en vano, hemos venido al mundo, o mejor, hemos venido en beneficio del mal. La fe no basta para conducirnos al reino. Bien al contrario, debido a ella, los que viven vidas reprobables pueden ser condenados más severamente. Pues *el que conoce la voluntad de su maestro y no la cumple, recibirá muchos azotes*¹⁰. Y de nuevo dice: *Si no hubiera venido a hablarles, no tendrían pecado*¹¹. ¿Qué de-

fensa tendremos nosotros, que estamos dentro del palacio real, que hemos sido juzgados dignos de entrar en el *Santa Sanctorum* y hemos participado en los misterios que nos libran del pecado, si nos volvemos peores que los paganos, que no tienen parte alguna en estos privilegios?

Si los paganos han practicado tan ejemplar filosofía de vida por la gloria mundana, ¡cuánto más deberíamos nosotros practicar cada virtud por el cumplimiento de la voluntad de Dios! De hecho, sin embargo, ni siquiera despreciamos el dinero. Ellos, por el contrario, a menudo han tenido en poco incluso sus propias vidas, y en tiempo de guerra han entregado a sus hijos a la loca furia de los demonios y así han despreciado su propia naturaleza en favor de los demonios, mientras que nosotros ni siquiera despreciamos la plata en favor de Cristo. No despreciamos la ira por complacer a Dios, sino que estamos podridos de apatía, y nuestra condición no es mejor que la de los pacientes febriles. Como ellos están ardiendo, completamente poseídos por su dolencia, así estamos también nosotros, asfixiándonos por una especie de fuego. Somos totalmente incapaces de contenernos ante nuestra pasión sin bridas, mientras alimentamos la llama tanto de la ira como de la avaricia.

Por tanto, me quedo avergonzado y atónito al ver cómo algunos de entre los paganos desprecian la riqueza, mientras todos nosotros tenemos un deseo desenfrenado por ella. Pues, incluso si descubrimos algunos de entre nosotros que sí la desdennan, aun así están atrapados en las redes de otras pasiones, a saber, la ira y la envidia, y es difícil encontrar una conducta que esté completamente libre de vicio.

Ahora, la razón de esto es que no nos esforzamos por tomar los remedios disponibles en las Escrituras y no las leemos cuidadosamente, con reparo, contricción y remordimiento, sino sólo casualmente. La gran cantidad de escombros de asuntos mundanos que se acumulan, todo lo entierra y, si hay alguna ganancia, la destruye. Si una persona

que tiene una herida, después de aplicar un remedio, no lo sujeta, sino que permite que se desprenda y se expone al agua, al polvo, al calor que agosta y a las incontables cosas que son propicias para agravar la llaga, no obtendrá beneficio alguno del tratamiento, pero no por ineficacia del remedio, sino debido a su propia negligencia.

Esto nos ocurre frecuentemente también cuando prestamos un poco de atención a las revelaciones divinas, pero de inmediato volvemos nuestros pensamientos a los asuntos terrenos. Así, toda la semilla plantada es ahogada y se vuelve improductiva. Por tanto, en orden a que esto no tenga lugar, sigamos estudiando las Escrituras durante un tiempo. Levantemos la vista al cielo y luego volvamos la mirada hacia abajo, a los monumentos y tumbas de los difuntos. Hagamos esto, pues el mismo fin nos aguarda también, y frecuentemente la inevitable partida se nos echará encima antes de que el atardecer de la vida haya llegado.

Preparémonos para este viaje. Deberíamos hacerlo, pues necesitamos muchas provisiones, ya que hay mucho calor ardiente en el camino, mucha aridez, mucha soledad. No es posible parar en una posada durante un rato, no es posible comprar nada, si uno no toma de aquí todo lo que necesita. Escucha lo que dijeron las vírgenes: *Id a los que venden*. Pero cuando fueron, no encontraron nada de aceite. Escucha lo que dijo Abraham: *Entre nosotros y vosotros hay un abismo*¹². Escucha lo que dijo Ezequiel acerca de ese día: *Ni Noé ni Job ni Daniel salvarán a sus hijos*¹³. No nos limitemos a oír estas palabras, sino que, habiendo tomado de aquí suficientes provisiones para la vida eterna, contemplemos con confianza a nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 85

Entonces Pilato se lo entregó para que fuera crucificado. Y así tomaron a Jesús y se lo llevaron. Y soportando la cruz él solo, marchó al lugar llamado la Calavera, en hebreo Gólgota, donde lo crucificaron

1. La prosperidad tiene un modo de provocar la caída y completa disolución de los incautos. Así, los judíos, quienes desde el principio habían gozado del favor de Dios, repetidamente se volvieron a la ley del reino de los gentiles, y cuando estaban en el desierto, después de recibir el maná, ¡seguían recordando las cebollas!². Del mismo modo, en este caso rechazaron el reino de Cristo y acudieron al del César en busca de apoyo. Por tanto, Dios lo erigió como rey sobre ellos de acuerdo con su declaración.

Cuando Pilato hubo oído estas cosas, les entregó a Cristo para que fuera crucificado. Estaba actuando muy ilógicamente en esto. Pues, aunque debía haber investigado si Cristo había intentado realmente derrocar al gobierno, sólo motivado por el miedo, tácitamente consintió en el cargo, aunque Cristo, anticipándose a esto y para prevenirlo de tan craso error, había declarado: *Mi reino no es de este mundo*³. Sin embargo, rindiéndose por completo a los intereses de

esta vida, Pilato no deseó obrar bien hasta el heroísmo, aunque el sueño de su mujer debió de haberlo aterrado sobremanera. Por el contrario, nada lo influyó para bien, ni lo conmovieron en absoluto las consideraciones no mundanas, sino que les entregó a Cristo. Más aún, colocaron la cruz sobre sus hombros como si fuera un maldito. E hicieron esto porque consideraban la madera de mal agüero, y no podían siquiera soportar tocarla. Éste fue también el caso en el tipo, pues Isaac llevó la madera para el sacrificio. En aquel momento, sin embargo, el sacrificio sólo tuvo lugar hasta el punto que el padre deseó, pues era sólo un tipo, mientras que ahora estaba teniendo lugar realmente, pues era el cumplimiento del tipo.

Y marchó al lugar llamado la Calavera. Algunos dicen que allí murió y yace enterrado Adán, y que Jesús erigió su trofeo sobre la muerte en el lugar donde la muerte había iniciado su dominio. Avanzó cargando con su cruz como un trofeo en oposición a la tiranía de la muerte y, como es costumbre en los conquistadores, también él llevó sobre sus hombros el símbolo de su victoria. ¡Qué importa que los judíos estuvieran actuando aquí por un fin totalmente diferente!

Lo crucificaron y con él a unos ladrones, cumpliendo inconscientemente la profecía también en este detalle. Las mismas cosas que hicieron para injuriarlo fueron las que contribuyeron a revelar la verdad, en orden a que conocieras su poder. Digo esto porque el profeta había predicho esta circunstancia desde tiempos remotos con las palabras: *Fue reputado con los malvados*⁴. El espíritu del mal, desde luego, deseó confundir el asunto, pero no tuvo éxito. En verdad hubo tres crucificados, pero sólo Jesús fue glorificado, para que aprendas que era su poder el que estaba al mando de todas las cosas. Aunque fue cuando los tres fueron atados a

la cruz cuando los milagros tuvieron lugar, nadie atribuyó nada de lo que tuvo lugar a ninguno de los otros, sino sólo a Jesús. Así, la estrategia del demonio se frustró y se volvió contra él mismo. Digo esto porque uno de los otros dos fue salvado. No sólo no vio él menguada su gloria por la crucifixión, sino que incluso la aumentó no poco. Convertir al ladrón en la cruz y conducirlo al paraíso fue un logro en nada inferior al de la partición de las rocas.

Y Pilato también escribió una inscripción, al mismo tiempo para vengarse de los judíos y para defender a Cristo. Ellos lo habían entregado tratando de hacerlo pasar por alguien de poca importancia y habían intentado fortalecer una opinión errónea sobre él asociándolo con los ladrones. De ahí que, para que fuese imposible que nadie en el futuro imputara cargos perversos contra él y lo calumniara como un don nadie y un malhechor, silenció sus lenguas y las lenguas de todos los que desearan calumniarlo, señalando que se habían alzado contra su propio rey.

Y así fijó la inscripción en su lugar, como si fuera a servir a modo de trofeo, dando voz a un mensaje espléndido: proclamando su reino y anunciando su soberanía, aunque no su dominio universal. Dejó esto claro, no sólo en una lengua, sino en tres. Como era posible que, debido a la festividad, hubiera muchas razas mezcladas entre los judíos, inscribió la proclamación del loco acto de los judíos en todas sus lenguas, de modo que ninguno dejara de tener conciencia de la vindicación de Cristo. Hizo esto porque los judíos calumniaron a Cristo incluso cuando estaba en la cruz.

Aun así, ¿qué daño os ha hecho esta inscripción? Ninguno. Si él era sólo un hombre mortal, poseído por la debilidad humana y a punto de que su vida se apagara, ¿por qué os asustaba una inscripción que declaraba que él era el rey de los judíos? Pero ¿qué dijeron? *Di que el dijo esto*. Según lo has puesto, es un rótulo y una declaración pública, pero si se añadiera «dijo», sería una prueba evidente de

su irreflexión y jactancia. Pilato, sin embargo, no se conmovió ante su argumento, sino que persistió en su decisión. No era asunto nimio el que se estaba deliberando, sino uno de máxima importancia. La madera de la cruz se perdería de vista, ya que nadie se encargó de preservarla, tanto por influencia del miedo como porque los creyentes estaban por entonces apremiantemente comprometidos con otros asuntos acuciantes. Pero en fecha posterior sería buscada y es posible que las tres cruces descansaran juntas. Así pues, se estaba obrando con previsión para que la que perteneció al Señor no pasara desapercibida: primero, por el hecho de que era la que se hallaba en el centro. Y segundo, era claramente obvia para todos debido al rótulo, ya que las cruces de los ladrones no tenían inscripción arriba.

Ahora, los soldados se repartieron sus ropas entre ellos, pero no su túnica. Repara en la frecuencia con que hacían que se cumpliesen profecías con sus actos perversos. Digo esto porque este detalle había sido predicho desde antiguo. Por otra parte, aunque hubo tres crucificados, la profecía sólo se cumplió en relación a Cristo. ¿Por qué no hicieron esto en el caso de los otros dos, sino sólo respecto a él? Ten la bondad de reparar en la exactitud de la profecía. El profeta declaró no sólo que se repartirían las ropas entre ellos, sino también que no las repartieron⁵. Así, los soldados se repartieron algunas de las ropas de Cristo en partes, pero no se repartieron la túnica: decidieron su posesión por sorteo. Las palabras *tejida desde arriba*⁶ no carecen de significado: algunos dicen que entrañan una alegoría, la de que el crucificado no era meramente hombre, sino que poseía su divinidad.

2. Algunos, sin embargo, dicen que el evangelista estaba así diciendo de qué tipo de túnica se trataba. Puesto que

en Palestina unían dos tiras y tejían sus ropas de una pieza, Juan dijo *tejida desde arriba* para indicar que se trataba de una de estas túnicas cortas. Además, me parece que lo dijo para sugerir la cualidad ordinaria de las ropas de Cristo y que, como en todos los demás aspectos, también en el vestir escogió lo simple y sencillo. Estas cosas hicieron los soldados, mientras que él mismo, aunque crucificado, encomendaba a su madre a su discípulo para instruirnos en el cuidado de nuestros padres, incluso en nuestra agonía. Cuando ella acudió a él en un momento inoportuno, dijo: *¿Qué quieres de mí, mujer?* y *¿Quién es mi madre?*⁷. Pero aquí mostró gran ternura y la encomendó al discípulo que amaba.

Una vez más, Juan oculta su identidad por humildad, pues, si deseara jactarse, habría expuesto la razón por la que era amado. Habría hecho eso, pues es posible que fuese por alguna razón grande y notable. Pero ¿por qué no dirigió ninguna otra palabra a Juan y no lo confortó en su dolor? Porque no era el momento para palabras de consolación. Además, no era en sí poca cosa que fuera juzgado digno de tamaño honor. Así recibió la recompensa por su fidelidad. Repara también, por favor, en cómo él hizo todo con calma, incluso estando crucificado: hablar al discípulo sobre su madre, cumplir profecías, entregar al ladrón bellas esperanzas para el futuro. Pero, antes de ser crucificado, se le vio sudar, en una agonía, asustado. ¿Por qué ocurrió esto? De ningún modo pasó por casualidad, de ningún modo sin un propósito claro. Pues en el momento previo se mostró la debilidad de su naturaleza humana, mientras que aquí se estaba mostrando la infinita vastedad de su poder.

Además, nos estaba instruyendo en ambos casos: incluso si nos sentimos sobremanera perturbados anticipando

agudos sufrimientos, no por ello hemos de negarnos a aceptar el sufrimiento, sino que cuando realmente entremos en nuestro juicio, entonces todo resultará muy fácil y nada duro de soportar. No temblemos, pues, ante la idea de la muerte. Naturalmente, nuestra alma alberga un fuerte deseo por la vida, pero en nuestro interior reside el poder de librarla de estos lazos y debilitar este apego por la vida, o de lo contrario: de amarrar nuestras almas con él y hacerlo todavía más despótico.

Al igual que tenemos por naturaleza el deseo de relación sexual, pero cuando practicamos la castidad debilitamos el poder de este impulso, así también es éste el caso en lo que respecta a nuestro deseo de vida. Como Dios ha implantado en nosotros el deseo de relación carnal para perpetuar nuestra raza con la generación de hijos, pero sin prohibirnos seguir el camino más elevado de la continencia, así también ha infundido el deseo de vida, prohibiéndonos quitarnos nuestra propia vida, pero no disuadiéndonos de mantener una actitud de apego por la vida presente. Ahora, puesto que sabemos estas verdades, debemos mantenernos cuidadosamente en el camino del medio: ni yendo al encuentro de la muerte por nuestra propia mano, incluso si estamos soportando pruebas sin límite, ni, por otro lado, retrocediendo y acobardándonos cuando somos sometidos a sufrimientos deseados por Dios, sino preparándonos con coraje para la lucha, aprovisionándonos para la vida venidera más que para la presente.

Había mujeres junto a la cruz, y el sexo débil en aquel momento parecía el más fuerte, tan completamente trastocadas estaban las cosas entonces. Y cuando Cristo hubo confiado a su madre al discípulo, dijo: *He aquí a tu hijo*. ¡Dios mío, cuánto honor! ¡Con cuán gran dignidad honró a su discípulo! Puesto que él estaba ahora partiendo, confió su cuidado al discípulo. Ya que como madre suya estaría naturalmente dolida y necesitaría un protector, con razón la

puso en manos de su amado discípulo. A él le dijo: *He aquí a tu madre*. Pronunció estas palabras para unirlos en amor mutuo y, por tanto, como el discípulo era consciente de esto, *la llevó a su casa*⁸.

¿Por qué no mencionó a ninguna otra mujer, aunque otras estaban también allí? Para enseñarnos a dar a nuestras madres más que a ninguna otra. Pues, al igual que no debemos siquiera reconocer a padres que actúen como obstáculos para nuestros asuntos espirituales, así también cuando no nos ponen ninguna dificultad en ningún sentido, debemos darles todo lo que merecen y anteponerlos a todos los demás, en pago por traernos a la existencia, en pago por cuidar de nosotros, en pago por las innumerables formas en que nos han ayudado. Con su consideración por su madre aquí, Cristo también estaba refutando la vergonzosa enseñanza de Marción, pues, si no hubiera nacido en la carne y no tuviera madre, ¿por qué iba a ser ella la única por la que él hizo semejante previsión?

Después de esto Jesús, sabiendo que todas las cosas se habían cumplido. Él sabía que ninguna parte del plan divino quedaba ya sin cumplir. El evangelista se esforzó por todos los medios en mostrar que, en esta muerte, cada detalle era controlado por el que estaba muriendo, que la muerte no entró en su cuerpo hasta que él mismo lo deseó, y él lo deseó sólo después de que todo se había cumplido. Por eso había dicho: *Tengo poder para abandonar mi vida y poder para recuperarla de nuevo*⁹. Por tanto, sabiendo que todas las cosas se habían logrado ya, dijo: *Tengo sed*, cumpliendo con ello, de nuevo, una profecía.

Ahora repara, por favor, en la insensibilidad de los presentes. Pues, incluso si tenemos innumerables enemigos y hemos sufrido un daño irreparable de ellos, al verlos morir

nos compadecemos de ellos. Sin embargo, estos hombres ni siquiera entonces se ablandaron ni se volvieron más amables a causa de lo que veían, sino todo lo contrario: más agresivos, aumentaron su burla. Ofreciéndole una esponja empapada en vinagre, se la ofrecieron a la manera como se la ofrecían a los criminales condenados, ya que era por esta razón por lo que se usaba un hisopo además de la esponja.

Cuando lo hubo tomado, dijo: ¡Está consumado! ¿Ves que todo se hizo calmada y autoritariamente? Lo que sigue también muestra esto. Puesto que todas las cosas se habían consumado, inclinando la cabeza, que no estaba sujeta a la cruz, entregó su espíritu¹⁰, esto es, expiró. Ordinariamente, no es después de inclinar la cabeza cuando uno expira. Aquí, sin embargo, fue justo lo contrario. Pues no fue cuando hubo expirado cuando inclinó su cabeza, sino que, después de inclinar su cabeza, entonces expiró. Con todos estos detalles el evangelista dejó claro que Cristo mismo es Señor de todo.

3. Sin embargo, una vez más los judíos, que tragarón el camello y colaron el mosquito¹¹, aunque se hallaban en el trance de ejecutar un acto tan descarado, tenían no obstante escrúpulos respecto al día. *Ya que era el día de la preparación, en orden a que los cuerpos no quedaran en las cruces, rogaron a Pilato que se les rompieran las piernas.* ¿Ves lo poderosa que es la verdad? Por las cosas que se estaban esforzando en hacer, la profecía fue cumplida. Por medio de ellos, una predicción sin conexión con ellos recibió cumplimiento, cuando los soldados vinieron y rompieron las piernas de los otros, pero no las de Cristo. A pesar de esto, para complacer a los judíos, perforaron su costado con una lanza y ahora insultaron su cuerpo sin vida.

¡Oh, qué brutal y execrable acto! Sin embargo, no te sientas perturbado ni desalentado, querido. Pues las mismas cosas que hicieron con un propósito perverso se convirtieron en poderosos paladines de la verdad. Había una profecía que decía: *Contemplantarán a aquel al que han perforado*. Y no sólo éste, sino también este acto descarado se convertirían en evidencia para confirmar la fe de futuros creyentes, como Tomás y otros como él.

Se cumplió, además, un misterio inefable, pues *ahí salieron sangre y agua*. No accidentalmente o por casualidad brotaron tales arroyos, sino porque la Iglesia había sido fundada a partir de ambos. Sus miembros saben esto, puesto que han venido a la vida por el agua y son alimentados por la carne y la sangre. Los misterios tienen su fuente ahí, de modo que cuando te acerques al cáliz sobrecogedor debes ir como si fueses a beber de su mismísimo costado.

Y quien lo vio ha dado testimonio, y su testimonio es verdadero, esto es: «No he oído esto de otros, sino que yo mismo lo he visto en persona, así que mi testimonio es verdadero». Indudablemente lo es, porque te está hablando de un agravio. No era algo grande y maravilloso lo que estaba narrando, de suerte que podrías recelar de su palabra. Bien al contrario, él mismo, para contener las lenguas mentirosas de los herejes, para predecir los futuros misterios y en consideración del tesoro que albergaban en ellos, dio una detallada relación de lo que tuvo lugar.

Esa bien conocida profecía fue igualmente cumplida: *Ni uno de sus huesos romperéis*. Pues, incluso si esto se dijo en referencia al cordero entre los judíos, el tipo precedió por razón de la verdad y fue cumplido en este suceso. Más aún: por ello el evangelista citó al profeta. Puesto que no se le hubiera considerado digno de crédito debido a que estaba haciendo referencia constantemente a su testimonio, acudió a Moisés para testificar que esto no sólo no tuvo lugar por accidente, sino que había sido predicho en escritos de anta-

ño. Éste es el significado de esa famosa profecía: *Ni uno de sus huesos se romperá*¹².

De nuevo estaba fortaleciendo la creencia en las palabras del profeta con su propia experiencia. «He dicho estas cosas –quiso decir– para que sepáis que hay una estrecha relación entre el tipo y la verdad». ¿Ves qué gran esfuerzo hizo a fin de que algo que parecía desgraciado y que probablemente acarrearía vergüenza, fuese, no obstante, creído? Pues el hecho de que el soldado agraviera el cuerpo sin vida de Cristo fue mucho peor que el hecho de que estuviera crucificado. «A pesar de esto –quiso decir– he dicho esto, y lo he dicho con gran cuidado, para que lo creas». No seamos incrédulos, no dejemos que nadie ponga en entredicho nuestras palabras a través de la vergüenza. Pues los detalles que parecen más ignominiosos de todos son los que predicán con más elocuencia nuestras bendiciones.

Después de estas cosas llegó José de Arimatea, que era un discípulo, aunque no uno de los Doce, sino tal vez uno de los setenta. Creyendo que la ira de los judíos había remitido durante un tiempo a causa de la crucifixión, se acercó sin miedo y se ocupó del enterramiento. Llegó él, entonces, y pidió el permiso de Pilato, que lo concedió. ¿Por qué no iba a hacerlo? Nicodemo prestó su ayuda también e hizo un enterramiento espléndido, pues aún consideraban a Cristo simplemente un hombre. Así, llevaron las especias que son más apropiadas para preservar el cuerpo durante mucho tiempo y no le permite convertirse rápidamente en presa de la corrupción, un procedimiento que indicaba que no le suponían nada extraordinario, excepto que le estaban prodigando muy tierno afecto.

Pero ¿cómo es que ninguno de los Doce acudió: ni Juan, ni Pedro, ni ninguno de los apóstoles por él elegidos? Más

aún, el discípulo no ocultó este hecho. Si alegan que fue porque tenían miedo de los judíos, es probable que estos hombres estuvieran entorpecidos también por ese mismo miedo. También Nicodemo había sido *un discípulo secreto por miedo a los judíos*, según declara el evangelista. Nadie podría decir que tomó parte en el enterramiento porque desdénaba su poder. Acudió a pesar de su miedo. Por otra parte, Juan, que había estado presente y había visto a Cristo cuando expiró, no hizo nada semejante. ¿Por qué? Me parece que José era uno de los judíos más prominentes, y esto es obvio en vista de la suntuosidad del funeral. Era muy conocido de Pilato, y por esta razón obtuvo el permiso. Más aún, lo enterró, no como un criminal condenado, sino como es costumbre entre los judíos, con gasto generoso, como un hombre grande e ilustre.

4. Pero, como el tiempo apremiaba, pues su muerte tuvo lugar a la hora nona y habían ido después a Pilato y se habían llevado el cuerpo, y es probable que se les echara encima la tarde, cuando no estaba permitido trabajar, lo depositaron en una tumba que estaba a mano. La providencia de Dios dispuso que fuera depositado en una tumba nueva donde nadie había sido enterrado aún, a fin de que no se pensara que la resurrección lo había sido de alguna otra persona que yaciera allí con él, y para que los discípulos pudieran ir fácilmente y así convertirse en testigos oculares de lo que aconteciera, ya que el lugar era accesible.

Y a fin de que no sólo ellos fueran testigos del enterramiento, sino también los enemigos de Cristo. Pues la colocación de sellos en la tumba y el hecho de apostar soldados como guardas atestiguaban el enterramiento. Cristo se esforzó para que esto fuera reconocido no menos claramente que la resurrección. Los discípulos, por tanto, se esmeraron mucho en el enterramiento para probar que realmente había muerto. Todo el tiempo que siguió a esto confirmaría la re-

surrección, pero si su muerte hubiera sido dudosa y no bien evidente, habría atraído la incertidumbre sobre la cuestión de la resurrección. Por otro lado, no fue sólo por estas razones por lo que fue enterrado cerca, sino también para probar la falsedad de la historia acerca del robo del cuerpo.

Ahora, el primer día de la semana, esto es, el día del Señor, al romper el día, *María Magdalena fue temprano y vio la piedra retirada de la tumba*. Había resucitado mientras que la piedra y los sellos permanecían aún en la tumba. Como era necesario que los otros también fueran informados, la tumba se abrió después de la resurrección, y de este modo el suceso ganó credibilidad. Fue esta circunstancia, de hecho, lo que sobresaltó a María. Sentía un afecto muy tierno por su maestro, y por eso, cuando el sábado hubo pasado, no podía soportar permanecer inactiva, sino que fue, al romper la mañana, con el deseo de obtener algún consuelo del lugar.

Cuando vio el lugar y la piedra retirada, no entró ni se inclinó y miró, sino que corrió donde los discípulos con gran excitación. Lo que más la preocupaba era esto: deseaba saber qué había sido del cuerpo de Cristo. Digo esto porque el hecho de que corriera indica esto, y sus palabras lo prueban. Gritó: *Se han llevado a mi señor y no sé dónde lo han puesto*. ¿Ves cómo todavía no entendía nada con claridad acerca de la resurrección, sino que pensó que la localización del cuerpo había sido cambiada, de modo que contó todo a los discípulos tal como se figuraba la situación?

El evangelista no privó a la mujer de tan extraordinario motivo, ni estimó que fuera una desgracia haber sabido primero estas cosas de boca de una mujer que había salido en la oscuridad de la noche. Su honradez resplandece en cada pasaje de su Evangelio. Cuando hubo llegado y dicho estas cosas, los apóstoles, al oírlas, se apresuraron con gran afán a la tumba y vieron los lienzos depositados allí, una circunstancia que era señal de que la resurrección había teni-

do lugar. Si alguien hubiera cambiado la localización del cuerpo, no lo habría desnudado para hacerlo. O, si lo hubieran robado, no se habrían tomado la molestia de quitar el pañuelo de la cabeza y enrollarlo y colocarlo *aparte*. ¿Cómo lo habrían hecho? Habrían tomado el cuerpo tal y como estaba.

Por eso, Juan, anticipándose a esa discusión, dijo que Cristo fue enterrado con gran cantidad de mirra, porque ésta pegaría los lienzos al cuerpo con la solidez del plomo. Además, cuando oigas que el pañuelo estaba colocado aparte, no seguirás la opinión de los que declararon que el cuerpo fue robado. Pues el ladrón no habría sido tan necio como para emplear su esfuerzo en un detalle tan nimio. ¿Por qué razón depositaría el pañuelo a un lado? Y ¿cómo pasaría desapercibido al hacerlo? Digo esto porque probablemente habría desperdiciado tiempo en esto y habría sido detectado a causa de este retraso.

Pero ¿por qué estaban los lienzos colocados a un lado y el pañuelo doblado en otro? Para que te dieras cuenta de que no fue labor de hombres con prisa o nervios el poner los paños en un lugar y el pañuelo en otro y doblar este último. Debido a este hecho los apóstoles creyeron en la resurrección. Por eso se les apareció Cristo después de todo esto, ya que entonces estaban preparados para creer a causa de lo que habían visto. Repara aquí también en la humildad del evangelista al dar testimonio de la meticulosidad del examen que Pedro realizó de la tumba. Pues, aunque Juan había llegado primero y había visto los lienzos colocados allí, no hizo indagaciones ulteriores, sino que se mantuvo al margen. Pero Pedro entró afanosamente y examinó todo con minuciosidad, obtuvo una perspectiva más detallada, y entonces Juan fue llamado a mirar dentro. Entrando después de Pedro, él también vio las ropas fúnebres colocadas allí y separadas las unas de las otras. En verdad, haberlas separado y haberlas colocado esto en un lado y lo otro, doblado, en otro, fue

labor de alguien que actuaba con cuidadosa parsimonia y no la de alguien que actuara apresurada y caprichosamente.

5. Cuando oigas que el Señor se levantó de entre los muertos sin cubrirse con su sudario, olvida tu necesidad en lo que a funerales se refiere. ¿Qué sentido tiene este derroche excesivo y estúpido que lleva la penuria a los dolientes y no reporta beneficio alguno al difunto, sino que, si hay que decirlo, es incluso perjudicial? Pues la suntuosidad del enterramiento con frecuencia ha sido el motivo de robos de tumbas y ha causado que el que había sido enterrado con tanto cuidado haya sido arrojado fuera desnudo y desenterrado. Pero, ¡oh vanagloria, qué gran despotismo ejerce incluso sobre el dolor, qué gran locura!

Muchos hombres, para que la tumba no sea robada, recortan estos finos lienzos y los llenan con muchas especias, de suerte que se vuelvan doblemente inservibles para los ladrones, y los han entregado a la tierra así. ¿No es acto de hombres locos, labor de necios, hacer un gran despliegue y hacerlo desvanecerse de nuevo? Sí —dicen—, pero ideamos todos estos recursos a fin de que todo permanezca seguro con el cadáver. ¿Qué ocurre, entonces, si los ladrones de tumbas no se llevan esto? ¿No se aprovecharán de ello las polillas y los gusanos? Y más que eso: si las polillas y los gusanos no lo consumen, ¿no lo destruirán el tiempo y la decadencia? Sin embargo, supongamos que ni los ladrones de tumbas, ni las polillas, ni los gusanos, ni el tiempo, ni ninguna otra cosa consume lo que yace ahí, sino que el cuerpo permanece incorrupto hasta su resurrección, y que esta parafernalia sigue nueva y reciente e intacta. ¿Qué beneficio obtendrá el difunto de ella cuando el cuerpo resucite en su desnudez, mientras estas cosas permanecen aquí y no nos ayudan en absoluto en ese terrible trance?

¿Por qué tuvo Cristo un funeral elaborado? Cuídate mucho de comparar su caso con el de los hombres ordina-

rios, pues la mujer pecadora incluso derramó ungüento en sus sagrados pies. Sin embargo, sí tenemos que decir una palabra en relación con estos asuntos: en primer lugar, estas cosas fueron hechas por gente que aún no había captado la enseñanza sobre la resurrección. Fue por esta razón por lo que el evangelista dijo: *Según el modo judío*. Los que estaban honrando así a Cristo no eran ninguno de los doce. Estos últimos no le rindieron demasiado honor externo. Los doce, de hecho, no lo honraron asistiendo a su enterramiento, sino con su propia muerte y sacrificio y arriesgándose por él. Si el funeral era ciertamente un honor, lo era mucho menos que lo que acabo de mencionar. Además, como dije, nuestra presente discusión versa sobre los funerales de los hombres. En aquel momento era al Señor a quien se le ofrecía un funeral espléndido.

Para que aprendas que Cristo no sentía ninguna estima por estas cosas dijo: *Me visteis hambriento y me disteis de comer, sediento y me disteis de beber, desnudo y me cubristeis*¹³. En ninguna parte dijo: «Me visteis muerto y me enterrasteis». Digo estas cosas, no para abolir el enterramiento —Dios lo prohíba—, sino para poner fin al derroche y a la ambición intempestiva. Pero dirás: «El sufrimiento y el dolor y la compasión por el difunto nos inspira a hacer estas cosas». Ese derroche no es una expresión de compasión por el difunto, sino de vanagloria. Si realmente deseas mostrar tu dolor por el muerto, te mostraré otro tipo de enterramiento y te enseñaré cómo ponerle ropas que resucitarán con él y le darán una espléndida apariencia. Éstas son ropas que no consumirán las polillas, ni arruinará el tiempo, ni robarán los ladrones de tumbas. ¿Cuáles? El atuendo de la limosna.

Estas ropas resucitarán con él, pues el sello de la limosna está en él. Resplandecerán en estas ropas quienes enton-

ces oigan: *Me disteis de comer cuando estaba hambriento.* Estas son las que hacen ilustres a los hombres, las que los hacen famosos, las que les dan seguridad. Las otras que ahora están en boga no son más que comida para las polillas y sustento para los gusanos. No estoy diciendo esto para prohibir los funerales, pero sí insto a que se celebren con moderación, así como a cubrir el cuerpo y no consignarlo desnudo a la tierra. Pues, si se prescribe para los vivos no tener más que sus ropas, mucho más aplicable es esto a los muertos¹⁴.

El cuerpo de un hombre muerto no necesita ropa, como la necesitaba cuando estaba vivo y respirando. En vida necesitamos cubrirnos con ropa para protegernos del frío y por pudor. Cuando morimos, sin embargo, no necesitamos ropas fúnebres por ninguna de estas razones, sino meramente para que el cuerpo no yazca desnudo. Más aún, incluso mejor que nuestro sudario, tenemos la tierra a modo de atuendo bello y más adecuado a la naturaleza de nuestros cuerpos. Si no debe buscarse nada superfluo donde hay tamañas necesidades, mucho más inoportuno es el despliegue excesivo donde no hay tal necesidad. Pero quienes vean el funeral se reirán de él, objetas. Si alguno de los presentes se ríe, no deberías tener en cuenta a nadie tan necio. En realidad, habrá muchos que, por el contrario, sentirán admiración y aplaudirán nuestra conducta verdaderamente sabia. Pues no es esto lo que merece ser ridiculizado, sino las cosas que hacemos ahora en los funerales: llorar, gemir, enterrarnos a nosotros mismos con el difunto. Estas cosas sí merecen ser ridiculizadas y castigadas.

Comportarnos con verdadera sabiduría, por el contrario, tanto en estas cuestiones como al observar la proporción debida en cuanto a las ropas fúnebres, sin duda nos re-

portará recompensas y alabanzas. Todos nos elogiarán y se admirarán ante el poder de Cristo, y dirán: «Cielos, ¡qué grande es la fuerza de aquel que fue crucificado! Ha persuadido a los hombres, que van a morir y perecer, de que la muerte no es muerte. No actúan como hombres que van a perecer ellos mismos, sino como si enviaran a los muertos a una morada mejor. Los ha convencido de que este cuerpo corruptible de arcilla se vestirá con las ropas de la inmortalidad, mucho más espléndidas que las de seda y paño de oro. Por esta razón no se preocupan demasiado por la tumba, sino que concentran sus pensamientos en el enterramiento realmente digno: una vida ejemplar».

Estas son las cosas que dirán si nos ven actuar con verdadera sabiduría. Si, por el contrario, nos ven doblarnos de dolor, imitando a las plañideras, rodeados de un grupo de mujeres gemebundas, nos ridiculizarán, se reirán de nosotros y nos condenarán por innumerables cosas, criticando nuestro gasto excesivo, nuestros necios esfuerzos. Digo esto porque oímos a todos los hombres hacer estas acusaciones, y con toda la razón. ¿Qué excusa tendremos si adornamos ricamente el cuerpo que está destinado a ser consumido por la decadencia y los gusanos, mientras ignoramos a Cristo que está sediento según anda por ahí, desnudo y sin amigos? Detengamos, entonces, este cuidado sin sentido, exagerado, por los muertos. Enterremos al difunto de tal modo que sea en beneficio de nosotros mismos y de ellos para la gloria de Dios. Donemos generosas limosnas por ellos, enviemos con ellos los mejores gastos de viaje. Si, de verdad, la memoria de los hombres ilustres que han muerto ha sido provechosa para los vivos, pues dice la Escritura: *Protegeré esta ciudad en atención a mí mismo y a mi siervo David*¹⁵, la limosna es aún más provechosa. Incluso ha resucitado a los muertos,

como cuando las viudas rodearon a Pedro mostrando cuánto solía hacer Dorkás mientras estaba entre ellas¹⁶.

Por tanto, cuando un hombre está al borde de la muerte, deja que su pariente haga los preparativos para el funeral y déjale que persuada al moribundo de que legue algo a los necesitados. Déjale que lo envíe a la tumba con este tipo de atuendo fúnebre. Déjale también que lo persuada para que nombre a Cristo su heredero. Si los que incluyen a reyes en la lista de sus herederos dejan ilimitada seguridad a sus parientes al hacerlo, considera cuán gran ventaja obtendrá un hombre, tanto para sí mismo como para todos los que le pertenecen, si deja a Cristo como heredero suyo, junto con sus hijos. Este tipo de funeral es hermoso y es provechoso, tanto para los que permanecen en la tierra como para el difunto. Si tenemos funerales de este tipo, estaremos espléndidamente adornados en el momento de nuestra resurrección.

Si nos preocupamos del cuerpo y nos desentendemos del alma, soportaremos muchos sufrimientos terribles entonces, e incurriremos en gran ridículo. Pues la ignominia resultante de dejar esta vida desprovistos de virtud no es pequeña. El cuerpo que es desenterrado no es tan dolorosamente vergonzoso como el alma que entonces aparezca sin virtud. Vis-támonos con ésta, cubrámonos con ella, especialmente durante toda nuestra estancia aquí. Pero si la hemos descuidado aquí, enmendemos nuestra negligencia cuando estemos moribundos. Encarguemos severamente a nuestros familiares ayudarnos tras nuestra muerte por medio de la limosna. Ayudándonos los unos a los otros de este modo, sintámonos todos seguros de nuestra recompensa eterna por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 86

Volvieron otra vez los discípulos a su casa, pero María se quedó llorando fuera, junto al sepulcro

1. La naturaleza femenina es compasiva e inclinada a piedad. Lo digo para que no te cause extrañeza que María llorase amargamente junto a la tumba y Pedro no hiciese lo mismo. *Los discípulos volvieron otra vez a su casa* —dice la Escritura—, *pero ella permaneció llorando*. En efecto, su naturaleza era pronta al desánimo y, además, no conocía todavía con claridad la doctrina de la resurrección. Ellos, en cambio, después de ver los lienzos y de que creyeran, se fueron a sus casas llenos de estupor. ¿Por qué no fueron en seguida a Galilea, tal y como se les había mandado antes de la pasión? Quizás esperaban a los otros, pero, ante todo, estaban todavía muy perplejos.

Es un hecho, sin embargo, que ellos se fueron y ella se quedó junto al sepulcro. Tal y como dije, la contemplación del sepulcro era para ella un gran consuelo. ¿Ves cómo, para quedarse más tranquila, asoma la cabeza, deseosa de ver el lugar donde había estado el cuerpo? Por esto, por su mucha diligencia, recibió un premio no pequeño. Lo que los discípulos no vieron, ella, en cambio, fue la primera en verlo, es decir, a los ángeles que estaban sentados, uno a los pies

y otro a la cabeza, vestidos de blanco y con aspecto resplandeciente y alegre. Puesto que, en lo espiritual, la mujer no estaba suficientemente elevada para admitir la resurrección con sólo la vista de los sudarios, sucede algo más, y ve a los ángeles sentados con resplandecientes vestiduras, de suerte que, entre tanto, se repone del dolor y obtiene consuelo.

Mas nada le dicen de la resurrección, sino que avanza hacia este dogma poco a poco. Vio rostros alegres, mucho más que lo ordinario, vio la vestidura resplandeciente, oyó la voz compasiva. ¿Qué le dijo? *Mujer, ¿por qué lloras?*². A través de todo ello, como si una puerta se abriera, era conducida paulatinamente al entendimiento de la resurrección. Es más, la forma misma en la que estaban sentados la llevó a preguntar, ya que parecían conocedores de lo ocurrido. Por eso no estaban sentados juntos, sino separados el uno del otro. No era natural que ella osara preguntarles, mas, con la pregunta que le hacen y con la forma de estar sentados la inducen a hablar. ¿Qué dice ella? Con ardor y con afecto al mismo tiempo dice: *Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto*. ¿Qué dices? ¿Todavía no reconoces la resurrección y piensas aún en el traslado del cuerpo? ¿Ves cómo todavía no había aceptado esta sublime doctrina?

*Después de haber dicho esto, se volvió hacia atrás*³. ¿Es lógico, acaso, que, mientras hablaba con ellos y sin obtener respuesta alguna todavía, se volviera hacia atrás? Me parece que, mientras ella hablaba, de súbito, Jesús se apareció tras ella y llenó de estupor a los ángeles, quienes al ver a su Señor, al punto, tanto en su porte como en su mirada y actitud, dieron muestras de que lo veían, y esto es lo que hizo volverse a la mujer y mirar hacia atrás. Así se apareció a los ángeles, pero no a la mujer, sino que a ella se le apareció

con un aspecto más humilde y ordinario, con el fin de no atemorizarla cuando por primera vez lo viera. Es evidente, ya que creyó que era un hortelano. No era conveniente elevar rápidamente a una persona humilde, sino poco a poco. De nuevo le pregunta: *Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?*⁴. Manifestó que sabía lo que quería preguntarle y la llevó a responder. Lo entendió así la mujer y no mencionó el nombre de Jesús, sino que, como si tuviera información acerca de lo que le iba a preguntar, le dijo *Si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo tomaré*. Emplea los términos «depositar», «levantar» y «llevar», como si hablara de un muerto. Lo que quiere decir es: «Por miedo a los judíos os lo llevasteis de aquí. Decidme dónde y yo lo recogeré. Grande era la bondad y el afecto de la mujer, mas todavía sus pensamientos no alcanzaban nada sublime. Por ese motivo le revela su presencia, no a través de la vista de su persona, sino a través de la voz.

De la misma forma que unas veces se manifestaba a los judíos y otras se les ocultaba, aunque estuviera presente, de igual modo ahora, cuando quiso, se dio a conocer a través de la voz. Cuando preguntó a los judíos: *¿A quién buscáis?*⁵, mientras él quiso, no lo reconocieron ni por el aspecto ni por la voz. Otro tanto sucedió aquí. Sólo la llamó por su nombre para reprocharle y para reprenderle por imaginar cosas semejantes de quien estaba vivo. *¿Cómo volviéndose atrás habla*, si él ya estaba conversando con ella? Me parece que, después de preguntar ella: *¿Dónde lo has puesto?*, se volvería a los ángeles para preguntarles el motivo de su asombro y que, a continuación, cuando Cristo la llamó por su nombre, ella se volvió hacia él y se apartó de éstos, cuando Cristo se le reveló por su voz. Cuando la llamó *María*⁶,

ella lo reconoció. De todo ello se deduce que el hecho de que lo reconociera se debió, no a la contemplación de su aspecto, sino al oír su voz. Considera cómo él le dijera: *No me toques*⁷. Esto debe comprenderse a la luz de que ella se volvió. ¿Por qué le dijo: *No me toques*? Algunos mantienen que ella pedía una gracia espiritual, pues le había oído decir a los discípulos: *Si voy a mi Padre, le rogaré y os dará otro consolador*⁸.

2. Pero ¿cómo oyó esas palabras si no estaba con los discípulos? Por lo demás, una interpretación semejante está lejos de la intención de este pasaje. ¿Cómo iba a pedirle eso, si todavía no había ido al Padre? ¿Cuál es su significado entonces?

A mí me parece que ella quería estar con él como tiempo atrás y que, por la alegría de verlo, no pensó en su grandeza, aunque su apariencia corporal era, con mucho, mejor. Por eso la aparta de ese pensamiento y de un trato tan confiado —ni siquiera con los discípulos aparece conversando con tanta familiaridad— y eleva su pensamiento de forma que lo trate con una actitud mucho más reverente. Ahora bien, de habérselo dicho abiertamente, habría parecido duro y arrogante. Diciendo: *Aún no he subido a mi Padre* manifestaba lo mismo, pero sin aspereza. Al decir: *Aún no he subido* demuestra que se aprestaba a hacerlo.

Por eso, porque él partía hacia allí e iba a dejar de estar entre los hombres, ella no podía mirarlo del mismo modo que antes. Que esto es así se colige de lo siguiente: *Ve y di a mis hermanos*. No lo iba a hacer inmediatamente, sino después de cuarenta días. ¿Cómo, entonces, dice estas palabras? Porque deseaba elevar su pensamiento y persuadirla de que iba a los cielos. Las palabras: *mi Padre y vuestro*

Padre, mi Dios y vuestro Dios hacen referencia a la encarnación. De la misma forma que la acción de ascender se refiere al cuerpo, ya que dirigía estas palabras a la que todavía no imaginaba nada excelso. Luego ¿es Padre de él de una forma y de otra distinta de nosotros? Es evidente que sí. Si es Dios de los justos de forma distinta a como lo es de los demás hombres, con mayor motivo lo será del Hijo y de nosotros. Había dicho: *Di a mis hermanos*. Por eso, para que no creyeran que eran iguales a él, pone de manifiesto la diferencia. Él iba a sentarse en el trono de su Padre, mientras que ellos iban a colocarse junto a él. De esta suerte, aunque según la naturaleza corporal se hizo hermano nuestro, sin embargo hay una gran diferencia en dignidad, tanta que no es posible definirla.

Ella fue a anunciar estas cosas a los discípulos⁹. Tan grande es su fidelidad y perseverancia. Y ellos ¿por qué se entristecieron por su partida y no le dijeron lo que le habían dicho anteriormente? Antes sufrían porque habría de morir, mas ahora, resucitado, ¿por qué iban a entristecerse? Ella les relató la visión de Cristo y sus palabras, todo lo cual era suficiente para consolarlos. Oído esto, era natural que los discípulos, o bien no dieran crédito a las palabras de la mujer, o bien, si se lo daban, se dolieran de que no los hubiera considerado a ellos dignos de la visión, pese a haberles anunciado que se les aparecería en Galilea. Con el fin de que no se angustiaran con estos pensamientos, él no dejó que pasara ni un solo día, sino que, incrementado su deseo, ya sea porque supieran que había resucitado, ya porque se lo oyeron a la mujer, cuando estaban ansiosos por verle y también temerosos, circunstancia que hacía mayor el deseo, entonces, ya atardecido, se les apareció, y de forma muy admirable.

¿Por qué se les apareció cuando ya había atardecido? Porque era natural que entonces tuvieran más miedo. ¿Pero esto es admirable! ¿Cómo no lo creyeron un fantasma? Entró cuando las puertas estaban cerradas, y de repente. Contribuyó a ello, sin duda, que la mujer les había infundido mucha fe, pero, sobre todo, que él mostró un aspecto sereno y apacible. Durante el día no se les apareció para que todos estuvieran reunidos, pues era grande su consternación. Ni siquiera llamó a la puerta, sino que de improviso apareció en medio de ellos y les mostró su costado y sus manos. Al mismo tiempo, con su voz calmó sus tempestuosos pensamientos diciendo: *Paz a vosotros*¹⁰. Con estas palabras les recuerda lo que les había dicho antes de la crucifixión, esto es: *Mi paz os doy, y Tened paz en mí, que en el mundo tenéis tribulación*¹¹.

*Se alegraron los discípulos al ver al Señor*¹². ¿Ves que sus palabras tienen cumplimiento en las obras? Antes de la crucifixión les había dicho: *De nuevo os veré y se alegrará vuestro corazón, y vuestra alegría nadie os la quitará*¹³, y ahora lo cumple. Todo esto les llevó a una fe mucho más segura. Mantenían una guerra sin tregua con los judíos; por eso les repite una y otra vez: *Paz a vosotros*, para darles un consuelo proporcionado a esa contienda.

3. Ésta es la primera frase que dijo después de la resurrección, motivo por el que Pablo continuamente dice: *La gracia y la paz sean con vosotros*¹⁴. A las mujeres, sin embargo, les anuncia alegría, ya que este sexo vive en tristeza, y fue ésta la primera maldición que recibió¹⁵. Por consiguiente, era oportuno que a los hombres les anunciara paz

a causa de la guerra y a las mujeres alegría a causa de la tristeza. Después de poner fin a todo lo que era objeto de tristeza, habla de lo conseguido con la cruz, y esto fue la paz.

Había removido todos los obstáculos, logrado una brillante victoria, llevado todo a cumplimiento. Y a continuación añade: *Como me envió el Padre, así yo también os envió*¹⁶. Con estas palabras eleva sus ánimos y les demuestra que, si van a llevar a cabo su obra, han de confiar en él. Ya no pide al Padre por ellos, sino que les da poder con autoridad. *Sopló y dijo: Recibid el Espíritu Santo. A los que perdonéis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retuvieréis, les serán retenidos*¹⁷. De la misma forma que un rey que envía gobernadores les da potestad para poner en prisión y para sacar de ella, de igual modo, al enviar a los discípulos, les confiere este poder. ¿Por qué dijo: *Si yo no me voy, él no vendrá*¹⁸ y ahora les da el Espíritu? Algunos opinan que en ese momento no les dio el Espíritu, sino que, al soplar sobre ellos, los dispuso a recibirlo.

Porque, si Daniel perdió la razón cuando vio un ángel¹⁹, ¿qué no les habría sucedido a los discípulos al recibir aquella gracia inefable, si no los hubiera preparado primero? Por este motivo no dijo: «Habéis recibido el Espíritu Santo», sino *Recibid el Espíritu Santo*. No se equivocaría quien dijera que entonces recibieron un cierto poder espiritual y una cierta gracia, pero no para resucitar muertos y hacer milagros, sino para perdonar pecados. Diferentes son, en efecto, los carismas del Espíritu²⁰. Por ese motivo, añadió: *A los que perdonéis los pecados, les serán perdonados*, manifestando qué clase de poder les comunicaba.

En el mismo lugar, y pasados cuarenta días, recibieron el poder de obrar milagros. Por eso dice: *Recibiréis el poder del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén y en toda Judea*²¹ y serán testigos por sus milagros. Es inefable la gracia del Espíritu, y múltiples son sus dones. Esto sucede para que aprendas que uno es el don y el poder del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Lo que parece ser propio del Padre pertenece también al Hijo y al Espíritu Santo. ¿Por qué dice que nadie va al Hijo *si el Padre no lo lleva*²²? Pero esto también es propio del Hijo: *Yo —dice— soy el camino. Nadie va al Padre sino por mí*²³. Mas observa ahora cómo también es propio del Espíritu: *Nadie puede decir: «Jesucristo es el Señor», salvo en el Espíritu Santo*²⁴. Al mismo tiempo vemos que los apóstoles fueron dados a la Iglesia, unas veces por el Padre, otras por el Hijo y otras por el Espíritu Santo, y vemos que la variedad de gracias son del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

4. Pongamos, por consiguiente, todo el esfuerzo a fin de tener con nosotros al Espíritu Santo y honremos a quienes ha sido confiado su poder. Grande es la dignidad de los sacerdotes. *A los que perdonéis los pecados les serán perdonados*. Por este motivo, Pablo decía también: *Obedeced a vuestros jefes y estadles sujetos*²⁵ y tenedlos en mucha estima. Tú cuidas de tus cosas y, si las llevas bien, no tendrás que dar razón de los otros.

El sacerdote, en cambio, aunque ordene bien su propia vida, si no cuida celosamente por tus intereses y por los de todos los demás que están a su cargo, va al infierno con los malvados. Con frecuencia, aunque sus propios pecados no

le condenen, le pierden, sin embargo, los vuestros, si es que no ha cumplido con todo lo que era su responsabilidad. Conocedores de la magnitud de su riesgo, mostradles mucho afecto, tal y como lo manifestó Pablo cuando dijo: *Ellos velan por vuestras almas*, y no de cualquier forma, sino *como quien ha de dar cuenta de ellas*²⁶, motivo por el que es necesario que gocen de gran respeto. Si vosotros, juntamente con los demás, los insultáis, tampoco vuestras cosas irán bien. Mientras el piloto conduce con tranquilidad, las posesiones de los pasajeros estarán a salvo. Mas si él se acobarda porque los pasajeros lo insultan y porque hay desavenencias entre ellos, no podrá estar vigilante y ejercer su oficio de la misma forma y, aunque no lo pretenda, lanzará a los pasajeros a desgracias innumerables. Sucede lo mismo con el sacerdote. Si goza de vuestra estima, será capaz de cuidar de vuestros intereses. Pero si, por el contrario, le causáis disgusto, sus manos perderán el vigor y, aunque sea de ánimo esforzado, le exponéis a ser víctima de las olas juntamente con vosotros.

Considera lo que dice Cristo de los judíos: *En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Haced todo cuanto os digan que hagáis*²⁷. Ahora no es posible decir «sobre la cátedra de Moisés se sentaron los sacerdotes», sino «sobre la cátedra de Cristo», que su enseñanza es la que han recibido. Por eso afirma Pablo: *Somos embajadores de Cristo, como si Dios os exhortara por medio de nosotros*²⁸.

¿No veis que todos los hombres están sujetos a los gobernantes temporales, incluso en el caso de que con frecuencia los súbditos sean de un linaje más noble y superiores en conducta y prudencia a los que mandan sobre ellos? Sin embargo, por consideración con quien les confirió el

poder, nada de esto tienen en cuenta, sino que respetan la decisión del que gobierna, sea quien fuere el que ejerce el poder. Grande es el temor si un hombre elige. Ahora bien, si es Dios el que escoge, despreciaremos al elegido, lo injuriaremos, le cargaremos de oprobios sin número y, aunque se nos ordene no juzgar a nuestros hermanos, afilaremos la lengua contra los sacerdotes. ¿Cómo defender tal conducta, ya que, sin ver la viga que llevamos en nuestros ojos, examinamos minuciosamente la paja del prójimo²⁹? ¿No sabes que, si juzgas así, te preparas un juicio mucho más difícil para ti mismo?

No digo esto como defensa de quienes ejercen indignamente el sacerdocio; por el contrario, los compadezco y lloro por ellos. Pero no por eso afirmo que sea justo ser juzgado por los súbditos y, mucho menos todavía, por los más simples. Aun en el supuesto de que su conducta sea muy censurable, tú, si prestas atención a tus propias cosas, no sufrirás ningún daño en aquello que fue encomendado por Dios al sacerdote. Si hizo que hablara una asna y concedió bendiciones espirituales a través del adivino, si mediante la boca de un animal irracional y la lengua impura de Balaán obró en favor de los judíos, que lo habían ofendido³⁰, ¿cuánto más no obrará todo en favor de vosotros, que sois buenos, aunque los sacerdotes sean perversos, y os enviará el Espíritu Santo? Porque no es la pureza individual la que por su propia pureza le atrae, sino que todo es efecto de la gracia. *Todo es por vuestro propio bien* —dice el Apóstol—, *ya sea Pablo, ya sea Apolo, ya sea Cefas*³¹.

Lo encomendado a un sacerdote sólo a Dios compete darlo y, por mucho que avance la prudencia humana, siempre aparecerá como inferior a aquella gracia. Digo esto, no

para que conduzcamos nuestra vida de forma negligente, sino para que no suceda que, si vuestros superiores son perezosos, vosotros, los regidos, vayáis a ocasionaros males. ¿Qué digo de los sacerdotes? Ni un ángel, ni un arcángel pueden hacer algo con respecto a los dones de Dios, sino que son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo los que lo administran todo. El sacerdote simplemente presta su lengua y ofrece sus manos. No era justo que los que se reúnen en la fe sufrieran algún daño en lo relativo a los símbolos de nuestra salvación por la perniciosa conducta de otro. Conocedores de todo ello, temamos a Dios y estimemos a sus sacerdotes mostrándoles todo respeto, a fin de que, tanto por nuestras buenas obras cuanto por la reverencia a ellos mostrada, recibamos de Dios una gran recompensa, por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 87

Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le dijeron: Hemos visto al Señor. Él les dijo: Si no veo... no creeré

1. De la misma forma que es clara muestra de simpleza creer con facilidad y a la ligera, de igual modo, escrutar y examinar sin mesura es señal de un entendimiento obstinado. Éste es el motivo por el cual se acusa a Tomás. Los apóstoles le habían dicho: *Hemos visto al Señor*, y él no los creyó, no tanto porque desconfiara de ellos, cuanto porque consideraba algo imposible la resurrección de los muertos. No les contestó más que: *Si no meto mi mano... no creeré*. ¿Cómo es que él sólo estaba ausente cuando todos los demás estaban reunidos? Parece posible que, después de la dispersión que tuvo lugar tras la muerte de Cristo, él todavía no hubiera regresado.

Al contemplar al discípulo incrédulo, considera la misericordia del Señor, cómo por una sola alma se muestra a sí mismo con las heridas y cómo se aparece para salvar a uno solo, aunque fuera más rudo que todos los demás, ya que buscaba creer a través de los sentidos menos espirituales y ni siquiera daba crédito a los ojos. No dijo: «si no veo», sino: *si no palpo*, no fuese que cuanto viera fuera mera fan-

tasía. Y todo ello aunque los discípulos que se lo comunicaban eran entonces dignos de todo crédito, y pese a que Cristo mismo lo había prometido. Aun así Tomás pidió más, y ni siquiera de ello le privó Cristo.

¿Por qué no se le apareció en seguida, sino pasados ocho días? Para que en ese intervalo de tiempo, mientras era instruido por los discípulos y oía lo mismo, se inflamara con un deseo más ardiente y fuera en lo sucesivo más firme en la fe. ¿Cómo sabía que el costado de Cristo fue abierto? Lo había oído a los discípulos. ¿Por qué creyó una cosa y no la otra? Porque la resurrección era algo extraño e inusual. Considera al mismo tiempo la honestidad de los apóstoles, cómo no ocultan las debilidades, ni las propias ni las ajenas, sino que las transcriben con toda verdad.

De nuevo aparece Jesús y no espera a que Tomás lo aborde ni a oír algo semejante, sino que, sin que Tomás diga nada, él se adelanta a cumplir los deseos que él había expresado, demostrando con ello que estaba presente cuando Tomás decía aquellas cosas a los discípulos. Utilizó las mismas palabras, aunque con tono de reproche y como amonestación para lo sucesivo. Después de decirle: *Trae aquí tu dedo y mira mis manos. Mete tu mano en mi costado*, añadió: *Y no seas incrédulo, sino fiel*². ¿Ves cómo su perplejidad procedía de su falta de fe? Sucedió esto, sin embargo, antes de recibir el Espíritu, no después, cuando ya eran perfectos. No lo reprendió sólo con estas palabras, sino también con las siguientes.

Cuando Tomás estaba completamente convencido y exclamó: *Señor mío y Dios mío*³, Cristo le dijo: *Porque me has visto has creído. Bienaventurados los que no vieron y creyeron*. Admitir las cosas que no se ven es, sin duda, lo que caracteriza a la fe: *La fe es garantía de las cosas que no*

*se esperan, la evidencia de las que no se ven*⁴. En este punto declara bienaventurados, no sólo a los discípulos, sino también a los que después de ellos habrán de creer. En ningún momento ellos buscaron evidencias, sino que aceptaron inmediatamente la resurrección por los lienzos e, incluso antes de ver el cuerpo, creyeron sin ninguna reserva. Por eso, recordemos también ahora la sentencia: *Bienaventurados los que no vieron y creyeron*.

Es justo preguntar cómo un cuerpo incorruptible mostraba las señales de los clavos y era capaz de ser tocado por una mano mortal. No te turbes, sin embargo, porque todo era una muestra de la condescendencia de Cristo. Aquel cuerpo tan ligero y tenue que entró cerradas las puertas, estaba exento de toda crasitud. Cristo, no obstante, hace su aparición de aquel modo para que se creyera en la resurrección, de suerte que conocieran que era el mismo que había sido crucificado y que no había resucitado otro en lugar de él. Por eso resucita con las marcas de la crucifixión, y por el mismo motivo come. De hecho, los apóstoles repetidamente se referían a este hecho como prueba de la resurrección, diciendo: *Nosotros que con él comimos y bebimos*⁵. De la misma forma que, por verle andar sobre las olas antes de la crucifixión, no afirmamos que aquel cuerpo es de una naturaleza distinta a la nuestra, de igual modo, por verle con las heridas después de la resurrección, no podemos afirmar que es corruptible, ya que se apareció así por la salvación del discípulo.

*Otros muchos milagros hizo también Jesús*⁶. Como este evangelista había relatado menos milagros que los otros, señala que tampoco los demás los narraron todos, sino cuantos eran necesarios para atraer a la fe a los oyentes. Puesto

que si se escribieran todos, creo que el mundo no tendría cabida para los libros⁷.

2. De todo ello resulta evidente que cuanto escribieron lo dijeron, no por ambición, sino sólo para que fuera útil. Los que omitieron muchas cosas ¿cómo habrían de escribir por ambición? Pero ¿por qué razón no lo contaron todo? Principalmente en atención a la gente, pero además, porque pensaban que quien no creyera en lo dicho tampoco habría de creer si narraran más cosas. Y a la inversa: el que admitiera aquello no necesitaría nada más para confirmar su fe.

En este pasaje, no obstante, me parece que el evangelista se refiere a los milagros obrados después de la resurrección, motivo por el cual señala: *En presencia de sus discípulos*⁸. Antes de la resurrección convenía que hiciera muchos milagros para que creyeran que era Hijo de Dios. Después de la resurrección era conveniente para que aceptaran el hecho de que había resucitado. Por eso especificó: *en presencia de sus discípulos*, porque sólo estuvo con ellos después de la resurrección. Por el mismo motivo decía también: *El mundo ya no me ve*⁹. Seguidamente, para que aprendas que sólo en atención a los discípulos sucedían aquellas cosas, añadió: *Para que creyendo tengáis vida eterna en su nombre*¹⁰. Aquí se refiere a la humanidad en general y pone de manifiesto que no beneficia a aquél en quien se cree, sino a nosotros mismos. *En su nombre*, es decir, «por medio de él», pues él es la vida.

*Después de esto, se manifestó a sus discípulos en el mar de Tiberíades*¹¹. ¿Ves cómo no está continuamente con ellos como antes? Se les apareció al anochecer y luego desapare-

ció. Pasados ocho días se les apareció de nuevo, y luego, una vez más, desapareció. Después se les apareció junto al mar, y de nuevo causó un gran temor. ¿Qué quiere decir: *se manifestó*? De estas palabras se colige que no habría sido posible verlo si él no lo hubiera consentido, porque su cuerpo era incorruptible e inmortal. ¿Por qué da la referencia del lugar? Para demostrar que ya casi les había quitado el miedo, de suerte que salían de casa e iban por todos los sitios. Ya no estaban encerrados en casa, sino que habían ido a Galilea para eludir el peligro de los judíos.

Simón sale a pescar. Cristo no estaba siempre con ellos, ni se les había dado el Espíritu, ni todavía habían recibido ninguna misión y, no teniendo nada que hacer, volvieron a su oficio. *Estaban juntos Simón, Tomás, llamado Dídimo, Natanael, que había sido llamado por Felipe, los hijos de Zebedeo y otros dos*¹². No tenían otra ocupación y se fueron a pescar, y lo hacían de noche porque tenían miedo. Lucas se refiere también a este hecho, mas no alude a esta circunstancia, sino a otra¹³. Los demás discípulos los seguían, pues todos estaban unidos entre sí y, al mismo tiempo, porque deseaban ver la pesca y gozar de esos momentos de ocio.

Estaban ellos trabajando y fatigados cuando se les apareció Jesús, pero, con el fin de entablar conversación con ellos, no se les da a conocer de repente. Les dice entonces: *¿Tenéis algo de comer?*¹⁴. De momento les habla al modo humano, como si tuviera la intención de comprarles algo. Como ellos le respondieron que no tenían nada, les ordenó echar la red a la derecha y, una vez que la hubieron echado, hallaron pesca. Lo reconocieron, y los discípulos Pedro y Juan manifiestan lo peculiar de sus respectivos caracteres.

Pedro más ardiente, Juan más espiritual. Pedro mucho más impulsivo, Juan más cauteloso. Por eso Juan fue el primero en reconocer a Jesús, mientras que Pedro el primero en llegar a él.

Los indicios no eran unas señales cualesquiera. ¿De qué señales se trataba? En primer lugar, el hecho de pescar tantos peces; después, no haberse rasgado la red; además, hallar, antes de desembarcar, las brasas preparadas, el pez sobre ellas y el pan. Jesús no las hizo de una materia existente, tal y como, de acuerdo con el designio divino, acostumbraba a hacer antes de la crucifixión. Tan pronto como Pedro lo reconoció, lo abandonó todo, los peces y la red, y se ciñó. ¿Ves su respeto y su amor? Aunque había doscientos codos de distancia, no esperó a ir hacia él en barca, sino que fue nadando.

¿Qué dice entonces Jesús? *Venid y comed*¹⁵. Y *ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle*. Ya no tenían la misma libertad de hablar, ni la misma confianza, ni le hacían preguntas, sino que, sentados en silencio, con gran reverencia y respeto, le escuchaban. *Sabían que era el Señor*; por eso no le preguntaban. Por un lado veían su aspecto diferente y lleno de gran majestad, y por eso estaban atónitos y deseaban preguntarle algo acerca de éste. Por otro, el temor y el hecho de saber que era él y no otro reprimía la pregunta, y comían silenciosos lo que él había preparado para ellos con un poder mucho mayor. Aquí no eleva sus ojos al cielo ni obra otras cosas humanas que había hecho antes, demostrando de esta forma que las había realizado por condescendencia con su debilidad.

Porque él no estaba constantemente con ellos como antes, el evangelista dice: *Ésta fue la tercera vez que se les apareció cuando resucitó de los muertos*¹⁶. Les ordena que le

lleven comida, demostrando que lo que veían no era un fantasma. Pero en este punto no dice que comió con ellos; en cambio Lucas señala en otro pasaje: *Estuvo comiendo con ellos*¹⁷. No nos compete decir cómo lo hacía; sucedía, no obstante, de una forma asombrosa, no porque su naturaleza necesitara alimento, sino por condescendencia con nuestra debilidad, como prueba de la resurrección.

3. Al oír estas cosas quizá os hayáis enfervorizado y hayáis llamado bienaventurados a los que estuvieron con él entonces y a los que han de estar en el día de la resurrección general. Hagamos todo cuanto podamos para ver aquel rostro tan maravilloso. Si ahora, cuando escuchamos estas cosas, tanto nos enardecemos y deseamos vivir en aquellos días en los que estuvo sobre la tierra y oír su voz, ver su rostro, acercarnos a él, tocarlo y servirlo, considera qué será verlo, no ya en cuerpo mortal ni obrando acciones humanas, sino escoltado por los ángeles, también ellos en cuerpo glorioso, y que le miran y gozan de una felicidad que no es posible expresar. Os ruego, en consecuencia, que nos esforcemos para no perder tan gran gloria. No es difícil si realmente lo deseamos. No es arduo si nos consagramos a ello. Porque *si sufrimos, reinaremos con él*¹⁸. ¿Qué significa *si sufrimos*? Si llevamos las tribulaciones, las persecuciones, si andamos por el camino estrecho.

El camino estrecho es poco atractivo a la naturaleza, pero se hace más fácil cuando escogemos seguirlo por la esperanza en el futuro. *La momentánea y ligera tribulación nos prepara un peso eterno de gloria incalculable, y no fijamos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles*¹⁹. Volvamos, por tanto, los ojos a los cielos, pensemos y mi-

remos siempre allí. Si nos ocupamos siempre en ello, no nos afectará lo que hay de dulce en esta vida y no llevaremos pesadamente lo amargo de ella. Por el contrario, nos reiremos de estas y de otras cosas semejantes, y nada habrá que pueda esclavizarnos e impulsarnos si dirigimos allí sólo nuestro deseo y miramos aquel amor.

¿Por qué digo que nosotros no nos entristecemos con las desgracias de esta vida? Ni creeremos verlas, porque esto, sin duda, es lo que caracteriza al amor. Todos los días pensaremos en las personas que amamos, aunque no estén presentes, sino ausentes. Verdaderamente, la tiranía ejercida por el amor es fuerte: nos separa de todo y encadena nuestra alma con lo que es objeto de nuestro amor. Si amáramos a Cristo de esta forma, todo lo relativo a esta vida nos parecería una sombra, una ilusión y un sueño. Diremos también nosotros: *¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿La tribulación o la angustia?*²⁰. No mencionó el dinero, o la riqueza, o la hermosura, cosas que no tenían valor alguno y eran ridículas, sino que expuso las que le parecían difíciles, tales como el hambre, las persecuciones y la muerte. Él las despreció como si nada fueran, y nosotros, en cambio, por el dinero nos apartamos de lo que es nuestra vida y nos separamos de nuestra luz.

Mientras que Pablo nada antepone al amor de Cristo —ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo futuro, ni ninguna otra criatura—, nosotros, por el contrario, en el momento que vemos un poco de oro, nos inflama con el deseo de poseerlo y pisoteamos las leyes de Cristo. Si todo esto es intolerable en teoría, mucho más lo es en la práctica. Y he ahí lo malo: que nos horrorizamos de oírlo y no nos horroriza hacerlo. Por el contrario, juramos y perjuramos con toda facilidad, robamos, exigimos usura, descuidamos la

continencia, dejamos la oración fervorosa, transgredimos muchos mandamientos y, por el dinero, hacemos caso omiso de nuestros propios miembros. Quien ama el dinero, hará males sin número a su prójimo, y con él a sí mismo. Con facilidad se encolerizará, lo insultará, lo llamará loco, jurará y perjuraré y no observará ni siquiera los últimos mandamientos de la Antigua Ley.

Ciertamente, quien ama el oro no amará al prójimo. Ahora bien, a nosotros se nos ordena amar incluso a los enemigos por el reino de los cielos. Si, aun cumpliendo los mandamientos de la Antigua Ley, no entraremos en el reino de los cielos si nuestra justicia no supera la de aquéllos²¹, ¿qué excusa tendremos si transgredimos incluso esos mandamientos? El que ama el dinero, no sólo no amará a los enemigos, sino que además tratará a los amigos como enemigos.

4. ¿Qué digo de los amigos? En realidad, los que aman el dinero a menudo ignoran la naturaleza misma. Un hombre así no conoce parentesco, no se acuerda de la amistad, no respeta la edad, no tiene amigos, es enemigo de todos y, en especial, de sí mismo, ya no sólo porque destruye su propia alma, sino también porque se tortura a sí mismo con preocupaciones, afanes y tristezas infinitas. Empezará viajes, enemistades, peligros, asechanzas y toda clase de cosas, sólo para poseer la raíz de todos los males y tener mucho oro.

¿Qué puede existir más terrible que esta enfermedad? En realidad, se ve privado completamente del lujo y del placer, algo por lo que tanto pecan los hombres, y de toda gloria y honor. El que ama el dinero sospecha constantemente de los demás hombres, y muchos lo acusan, lo envidian, lo calumnian y lo acechan. Los que son tratados injustamente, como víctimas que son, lo aborrecen. Los que no

son objeto de injusticia, temiendo padecerla y sufriendo con quienes la padecen, muestran la misma hostilidad para con ellos. Los que son más importantes y poderosos, resentidos e indignados por el tratamiento que da a los inferiores, e incluso también por envidia, son sus enemigos y lo aborrecen. ¿Qué digo de los hombres? En realidad, cuando un hombre tiene a Dios luchando contra él, ¿qué puede esperar? ¿Qué consuelo? ¿Qué refrigerio?

El que ama el dinero no será capaz de hacer uso de él, sino que será su esclavo y guardián, pero no su señor. En constante pugna por conseguir más, jamás querrá gastarlo, se limitará a sí mismo y será más pobre que los pobres, como quien nunca alcanza respiro de su codicioso desco. Las riquezas son para que las usemos, no para que las custodiemos. Si hemos de sepultarlas lejos, ¿quién habrá más miserable que nosotros, que nos esforzaremos por abarcar cuanto podemos, con el único fin de sepultarlo e impedir el uso común?

Existe además otra enfermedad que no es menor. Unos sepultan sus riquezas bajo tierra y otros en el vientre, buscando el placer y la embriaguez, incurriendo con este daño en el castigo merecido por el libertinaje. Unos gastan el dinero en parásitos y aduladores, otros en el juego y prostitutas y en otros despilfarros semejantes, abriendo así infinitos caminos que conducen al infierno y los apartan del camino recto y señalado, el que lleva al cielo. Y eso a pesar de que el cielo no sólo promete beneficio, sino un placer mayor que todos los hasta ahora enumerados. Quien gasta dinero con las prostitutas será ridículo y desgraciado. Tendrá muchos enemigos y su placer será breve, o, por mejor decir, ni siquiera breve, ya que no le agradecerán cuanto les haya dado. Porque tinaja perforada²² es la casa de otro.

Esta clase es osada, y Salomón comparó su amor con el infierno. No cesa hasta no ver al amante despojado de todas sus posesiones, y ni siquiera entonces. Pues, una vez engalanada, insulta al humillado, lo ridiculiza y le ocasiona tantas aflicciones que las palabras no son capaces de expresarlas. No es así el placer de quienes se salvan. Carece de rival, pues todos se alegran y regocijan, tanto los que están bien, cuanto los que lo contemplan. Ni la ira, ni la tristeza, ni la vergüenza, ni el oprobio asedian su alma. Por el contrario, la alegría de su conciencia es grande, grande la esperanza en el futuro, espléndida la gloria, abundante el resplandor, y, mayor que todo, la aprobación de Dios y la promesa de seguridad. Nada de obstáculos, nada de sospechas, sino puerto en calma y tranquilidad completa. Considerando todo lo cual y comparando placer con placer, escojamos el mejor, para que alcancemos también los bienes futuros, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 88

Cuando hubieron comido, Jesús le dice a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? Él le respondió: Sí, Señor, tú sabes que te amo

1. Existen muchas cosas que pueden hacernos gratos a Dios, que nos hacen ilustres y dignos de mérito. Pero lo que realmente nos logra el favor divino es la solicitud por los que están próximos a nosotros. Esto es lo que precisamente Cristo le pide a Pedro. Cuando hubieron acabado de comer, *Jesús le dice a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? Él le respondió: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Él le dice: Apacienta mis corderos.* ¿Cómo, pasando por alto a los demás discípulos, trata con Pedro de este asunto? Él era el escogido de entre los apóstoles, portavoz de los discípulos y cabeza del grupo. Por ese motivo Pablo fue a conocerlo, prefiriéndolo a los demás².

Al mismo tiempo, Cristo entrega a Pedro la primacía sobre sus hermanos para demostrarle que, en lo sucesivo, debe tener confianza, ya que su negación ha sido completamente olvidada. No menciona la negación ni le reprocha lo sucedido, sino que le dice: «Me amas, ponte al frente de tus hermanos, muéstrales ahora el ardiente amor que siempre manifestaste y del que te gloriabas y, por la salvación

de mis ovejas, entrega la vida que decías que darías por mí». Preguntado por su amor a Cristo una vez y, de nuevo, una segunda, lo puso a él mismo como testigo, ya que conocía los secretos de su corazón. Pero todavía se le preguntó una tercera vez, y entonces se turbó, temeroso de que se repitiera lo que antes había sucedido: que, reafirmado en sus palabras, después fue refutado, motivo por el que acude de nuevo a él. Cuando le contestó: *Tú lo sabes todo*³, se refiere a lo pasado y lo futuro.

¿Ves cómo se ha convertido en un hombre mejor y más prudente, y ahora ya no se atreve a envalentonarse y contradecirle? Por eso se turbó. Cristo le pregunta tres veces, y tres veces le ordena lo mismo, demostrando de este modo que estimaba en mucho el cuidado de sus ovejas, y que ésta es la mayor muestra de amor para con él. Luego de hablarle del amor a él, Cristo le predice el martirio que habría de sufrir, para demostrarle que no decía lo que había afirmado porque desconfiara de él, sino, antes al contrario, porque confiaba mucho en él.

Seguidamente, deseoso de manifestarle una prueba de amor a Cristo y de enseñarnos a nosotros de qué manera hemos de amarle, añade: *Cuando eras joven, te ceñías e ibas adonde querías, pero cuando envejecas otros te ceñirán y te llevarán adonde no quieres*⁴. Pero, en realidad, Pedro sí quería y lo deseaba, y es el motivo por el que Cristo se lo revela. Él había dicho en muchas ocasiones: *Daré mi vida por ti*⁵, y: *Aunque preciso fuere morir contigo, no te negaré*⁶, y por eso mismo le concede sus deseos. ¿Qué significan, entonces, las palabras *adonde no quieres*? Se refiere al sentimiento de la naturaleza humana, a la tendencia a la autoconservación de la carne y a que el alma es separada del

cuerpo contra su voluntad. De allí que, aunque la voluntad era firme, la naturaleza, sin embargo, flaqueaba. Porque nadie conservaría el cuerpo a pesar del dolor, si Dios, tal y como señalé anteriormente, no juzgara eso rigurosamente para evitar que haya muchas muertes violentas. Aún así, el demonio ha tenido poder para arrastrar a muchos hombres al precipicio y a la fosa. Si no hubiera en el alma un deseo tan fuerte por conservar la vida del cuerpo, muchos pondrían fin a sus vidas por esa angustia, aunque sea pasajera.

En resumen, las palabras *adonde no quieres* se refieren a un sentimiento natural. ¿Por qué, después de decir: *cuando eras joven*, añade: *cuando envejecas*? Manifiesta con estas palabras que Pedro en ese momento no era joven, como, en efecto, no lo era, pero tampoco era viejo, sino un hombre maduro. ¿Por qué le recuerda su vida pasada? Para demostrarle que así es su modo de obrar. A los ojos humanos, el joven es útil, mientras que las personas de edad son inútiles. Quiere significar que cuando una persona llega a la vejez, su nobleza reluce más brillantemente, su virtud es más notoria y no sufre menoscabo por la edad. Le decía estas cosas, no para turbarlo, sino para animarlo, pues conocía bien el amor que le tenía, y que desde hacía mucho tiempo abrigaba ese deseo. Al mismo tiempo, le revela el modo en el que iba a morir. Puesto que Pedro siempre había deseado sufrir peligros por él, le dice eso.

Seguidamente, el evangelista, para llamar la atención de su audiencia, añadió: *Esto lo decía para indicar con qué muerte había de glorificar a Dios*⁷. No dijo «moriría», sino *había de glorificar a Dios*, para que aprendas que sufrir por Cristo es gloria y honor para el que padece. *Después de haber dicho esto, le dice: Sígueme*. De estas palabras se deduce su solicitud por Pedro y cuán íntimamente estaba

unido a él. Si alguien objetara algo, le respondería que a Pedro no lo escogió para maestro de una cátedra, sino de todo el mundo. *Pedro se volvió y vio que detrás seguía el discípulo a quien Jesús amaba, el que en la cena se había recostado sobre su pecho. Pedro pregunta...⁸.*

2. ¿Por qué el evangelista recalca que se había recostado sobre el pecho de Cristo? No por casualidad y sin motivo alguno, sino para poner de manifiesto con qué naturalidad Pedro lo trataba después de la negación. El que entonces no se atrevía a preguntarle, sino que buscó a otro como intermediario, ése ostentó la primacía sobre sus hermanos. Además, no sólo no encargó a otro lo que a él le correspondía, sino que incluso formula al Maestro una pregunta sobre el otro y, mientras Juan mantiene silencio, él habla.

Aquí también se pone de manifiesto el amor que sentía por él. Pedro quería mucho a Juan, algo que también es evidente por los acontecimientos que sucedieron después, además de que en todo el Evangelio, como también en los Hechos [de los Apóstoles], se manifiesta este lazo de unión. Cristo le había predicho grandes cosas, había puesto el mundo en sus manos, le había profetizado el martirio y había dado testimonio de que su amor era mayor que el de los demás. Por eso Pedro, deseoso de que Juan participara de lo mismo, le pregunta: *Y éste ¿qué?* En la otra ocasión, como no se sentía capaz de preguntar, incita a Juan a hacerlo por él.

Por ese motivo ahora, devolviéndole el favor y creyendo que él quería preguntarle sobre sí mismo, pero que no se atrevía, formuló él mismo la pregunta. ¿Qué responde Cristo? *Si quisiera que éste permaneciese hasta que vuelva, a ti ¿qué?*⁹. Le preguntaba con inquietud, ya que no deseaba separarse de Juan; por eso Cristo, demostrándole que,

por mucho que lo amara, no podía superar su amor, le dice: *Si quisiera que éste permaneciese hasta que vuelva, a ti ¿qué?* Con estas palabras nos enseña a no estar preocupados, a que nada nos inquiete más allá de lo que él juzgue conveniente. Pedro era siempre impulsivo y estaba pronto a hacer preguntas de este estilo; por eso, Cristo le replica para frenar una vez más su entusiasmo y enseñarle que no debe tomarse un cuidado excesivo más allá de lo que conviene.

Se divulgó este rumor entre los hermanos —esto es, entre los discípulos—: *que aquél no va a morir. Pero Jesús no dijo: «No va a morir», sino «Si quisiera que éste permaneciese hasta que vuelva, a ti ¿qué?»*¹⁰. Es decir, «no creas que tengo el mismo plan para vosotros». Jesús actuaba así porque no era adecuada la relación de afecto que existía entre los dos discípulos. Iban a recibir el encargo de proteger a todo el mundo, y por eso no convenía que estuvieran ligados el uno al otro, ya que esto podría ocasionar un gran daño a la tierra. Por eso le habla así.

En este pasaje considera la modestia del evangelista. Después de recoger la opinión de los discípulos acerca de las palabras de Cristo, la corrige porque no habían entendido lo que él quería decir. *Jesús no dijo...*, sino: *Si quiero que permanezca. Éste es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas y las escribió y sabemos que es verdadero su testimonio*¹¹. ¿Cómo es que sólo él hace estas afirmaciones, cuando ninguno de los otros las hace? ¿Por qué da testimonio de sí mismo por segunda vez y parece que se opone a su auditorio? ¿Cuál es el motivo? Se dice que fue el último en escribir, y bajo la dirección e inspiración de Dios. Por este motivo manifiesta repetidas veces el amor de Cristo por él y pone de relieve así el motivo por el que se vio impulsado a escribir.

Lo recalca una y otra vez para hacer dignas de crédito sus palabras y para manifestar claramente que el amor le llevó a escribir. ¿Por qué? Por lo que a continuación se dice: *Muchas otras cosas hizo Jesús, que, si se escribieran una por una, creo que ni el mundo mismo podría contener los libros que se habrían de escribir*¹². «De ello se deduce que no escribí para complacer. Había muchas cosas que podían haber sido escritas y yo no dije acerca de ellas tanto como los demás evangelistas. Por el contrario, omití gran parte de ellas y expuse, sin embargo, las asechanzas de los judíos, las lapidaciones, el odio, los ultrajes, las calumnias, y revelé cómo llamaban a Cristo endemoniado e impostor. Es evidente, así pues, que no lo hice para ganarme su favor». El que intentara ganarse su favor debería seguir un rumbo contrario, es decir, callar lo injurioso y revelar lo espléndido. Puesto que escribió cuanto escribió con plena certeza, no rehusa apelar a su propio testimonio, desafiando a su auditorio a que lo examinen detalle por detalle y a probar la verdad de los acontecimientos.

Sin duda, nosotros, cuando creemos decir algo verdadero, no rehusamos dar nuestro propio testimonio. Si nosotros lo hacemos, con mayor motivo lo hizo aquel que escribía movido por el Espíritu, algo que también hacían los demás apóstoles, quienes en su predicación decían: *Nosotros somos testigos de lo que decimos, y también el Espíritu, que Dios dio a quienes le obedecen*¹³. Juan había sido testigo de todo cuanto escribió, no abandonó a Cristo cuando fue crucificado y quedó al cuidado de su madre, hechos todos indicativos del amor de Cristo por él y de que lo conocía todo con exactitud. No te sorprendas si dice que fueron hechos tantos milagros. Por el contrario, reflexiona en el inefable poder de quien los obra y acepta con fe lo que se cuenta.

Tan fácil como a nosotros nos es el hablar, tanto, o por mejor decir, mucho más fácil todavía, le era a él obrar lo que quería. Bastaba sólo con que lo quisiera y todo se cumplía.

3. Prestemos, por consiguiente, atención a estas palabras del evangelista y no cesemos de examinarlas y analizarlas, pues de su continuo estudio obtendremos el mayor beneficio. Podremos de este modo purificar nuestras vidas, y así lograremos cortar las espinas. El pecado y el cuidado por las cosas del mundo es algo infructuoso y doloroso. De la misma forma que la espina, por dondequiera que se la agarre, pincha al que la toma, de igual modo las cosas del mundo, sea por donde sea que se las tome, causan daño a quien las abraza y se cuida de ellas. No sucede lo mismo con las cosas espirituales. Se asemejan, por el contrario, a una perla, que, como quiera que se mire, siempre deleita los ojos.

Por ejemplo, uno ha dado limosna, y éste no sólo se complace en la esperanza de la vida futura, sino que también se regocija en los bienes de esta vida, lleno en todo momento de confianza y realizando todo con plena naturalidad. Alguien ha vencido una pasión perniciosa: antes de alcanzar el reino de los cielos recibe aquí el fruto, alabado y admirado, más que por cualquier otro, por su propia conciencia. Así sucede con cada una de las demás obras buenas. De la misma forma, las malas, antes de llegar al infierno, ya aquí atormentan la conciencia. Si piensas en la vida futura mientras pecas, estás temeroso y tembloroso, aunque nadie te castigue. Si piensas en la vida presente, tienes muchos enemigos y vives bajo sospecha y ni siquiera puedes mirar de frente a los que te causaron algún daño y, lo que es más, ni siquiera a los que no te dañaron. Y no es tanto el placer como el tormento que en pago recibimos: mientras la conciencia nos hace reproches, los hombres nos condenan, Dios está irritado con nosotros, el infierno ansía recibirnos y nuestros pensamientos no tienen reposo.

Grave, en efecto, grave y pesadísimo, y más abrumador que el plomo, es el pecado. El hombre que siente este peso no es capaz de alzar la vista, incluso por muy insensible que pueda llegar a ser. Así sucedía con Ajab. Era en extremo impío y, como sentía este peso, caminaba cabizbajo, contrito y desdichado. Por eso se ciñó de saco y derramaba fuentes de lágrimas¹⁴. Si nosotros hiciéramos lo mismo y llorásemos como él, expiaríamos nuestras ofensas, como Zaqueo, y obtendríamos perdón¹⁵. Como sucede con los tumores y con las úlceras: si primero no se detiene el humor que fluye y afecta a la herida, independientemente de los remedios que se apliquen, todos serán inútiles en tanto que no se frene la fuente del mal. Sucede lo mismo con nosotros: si no evitamos la avaricia y reprimimos este flujo funesto, aunque hagamos limosna, la haremos en vano. Lo que ella cura, la avaricia lo arrebat, lo destruye y ocasiona un daño peor que el primero.

Pongamos fin a la rapiña y hagamos limosna. Si nos exponemos innecesariamente a la caída, ¿cómo podremos reponernos? Si una persona está a punto de caer y alguien tira de él hacia arriba –eso es precisamente la limosna– y, sin embargo, otro tira de él con violencia hacia abajo, no resultará ninguna otra cosa de esa contienda salvo despedazar a ese hombre. Para que esto no nos suceda, que cuando la codicia nos tira hacia abajo la limosna nos abandone y se vaya, aligeremos nuestro peso y volem, para que, libres de los males y perfeccionados por la eficacia de las buenas obras, alcancemos los bienes eternos, por la gracia y la misericordia de nuestro Señor Jesucristo.